

«Astuta, satírica, subversiva: una historia deliciosamente envenenada»
—L. S. Hilton, autora de *Maestra*, bestseller del *New York Times*

DARCEY BELL

UN
PEQUEÑO
FAVOR

NI LA AMISTAD, NI EL AMOR SON
TAN SIMPLES COMO PARECEN



PRIMERA PARTE

Post en el blog: ¡Urgente!

¡Hola, mamás!

Esta es una publicación diferente a todas las que he hecho hasta ahora. No es que sea más importante, ya que lo que le pasa a nuestros hijos —sus ceños fruncidos y sus sonrisas, sus primeros pasos y sus primeras palabras— es la cosa más importante en el mundo.

Digamos que esta publicación es... MÁS URGENTE. Mucho más urgente.

Mi mejor amiga desapareció, lleva dos días desaparecida. Se llama Emily Nelson. Como saben, nunca menciono los nombres de mis amigos en el blog, pero ahora, por razones que pronto entenderán, estoy dejando de lado (temporalmente) mi estricta política de respetar el anonimato.

Miles, mi hijo, es el mejor amigo de Nicky, el hijo de Emily. Ambos tienen cinco años. Nacieron en abril, así que empezaron a ir a la escuela unos cuantos meses después de lo normal y son un poco más grandes que los otros niños en su grupo. Yo diría que son más maduros. Miles y Nicky son todo lo que una madre desea. Decentes, honestos, amables; cualidades —que me disculpen los hombres, si están leyendo esto— que no son tan comunes en los chicos.

Los niños se conocieron en la escuela. Emily y yo nos conocimos cuando íbamos por ellos a la hora de la salida. Es raro que los niños se hagan amigos de los hijos de las amigas de su mamá, o que las mamás se hagan amigas de las madres de los amigos de sus hijos. Pero esta vez sucedió. Emily y yo tuvimos suerte. Por algo que tenemos en común, no somos las mamás más jóvenes. Tuvimos nuestros hijos a los treinta y tantos, ¡cuando nuestro reloj biológico estaba caducando!

A veces Miles y Nicky inventan obras de teatro y las actúan. Yo dejo que las graben con mi celular, aunque usualmente soy cuidadosa con el tiempo que los niños dedican a los aparatos electrónicos, que son un gran reto para la crianza moderna. Hicieron «Las aventuras de el Incomparable Dick», una

asombrosa comedia de detectives. Nicky era el detective; Miles, el delincuente.

—Soy el Incomparable Dick, el detective más inteligente del mundo — dijo Nicky.

—Soy Miles Mandíbula, el delincuente más malvado del mundo — respondió Miles, actuando de villano en un melodrama victoriano, en el que se reía con voz grave muchas veces. Se persiguieron alrededor del jardín fingiendo que se disparaban (¡sin pistolas!) con los dedos. Estuvo fantástico.

¡Solo deseé que el papá de Miles —Davis, mi difunto esposo— hubiera podido verlo!

A veces me pregunto de dónde sacó Miles sus habilidades actorales. Supongo que de su papá. Una vez observé a Davis mientras daba una presentación a unos clientes potenciales, y quedé sorprendida de lo energético y animado que era. Pudo haber sido uno de esos guapos actores jóvenes encantadoramente bobos con cabello lacio y brillante. Conmigo era diferente. Más él mismo, supongo. Callado, amable, divertido, atento, aunque bastante testarudo, sobre todo cuando discutíamos sobre los muebles. Pero eso parecía natural, después de todo era un diseñador y arquitecto exitoso.

Davis era un ángel perfecto. Excepto alguna ocasión, quizá dos.

Nicky dijo que su mamá les ayudó a inventar a el Incomparable Dick. A Emily le encantan las historias de detectives y los *thrillers*. Los lee en el tren suburbano MetroNorth rumbo a Manhattan, cuando no tiene que estudiar para una junta o una presentación.

Yo solía leer antes de que Miles naciera. De vez en cuando agarro algo de Virginia Woolf y leo unas cuantas páginas para recordar quién solía ser —quién soy todavía, espero—. Debajo de las fiestas infantiles, los desayunos escolares, las tempranas horas de dormir, está la chica que vivía en Nueva York y trabajaba en una revista. Una persona que tenía amigos, que los fines de semana salía al *brunch*. Ninguno de esos amigos tiene hijos, nadie se ha mudado a los suburbios. Perdimos comunicación.

La escritora favorita de Emily es Patricia Highsmith. Puedo entender por qué le gustan sus libros; son adictivos. Pero muy estresantes. El personaje principal usualmente es un asesino, un acosador o una persona inocente evitando ser asesinada. El que yo leí era sobre dos tipos que se encuentran en

un tren. Ambos acuerdan cometer un asesinato para hacerse un favor uno al otro.

Estaba dispuesta a dejarme atrapar por el libro pero no lo terminé. Aun así, cuando Emily me preguntó al respecto, le dije que me encantó.

La siguiente vez que fui a su casa, vimos en DVD la película de Hitchcock basada en la novela. Al principio me preocupé, ¿y si Emily quería hablar de las diferencias entre la película y el libro? Pero la película me cautivó. Una escena, en la que un carrusel está fuera de control, me pareció demasiado escalofriante para verla.

Emily y yo estábamos sentadas en lados opuestos de su enorme sofá, nuestras piernas estaban estiradas, había una botella de buen vino blanco en la mesa de centro. Cuando ella me vio mirando la escena del carrusel a través de la separación entre mis dedos, me sonrió y levantó su pulgar. Disfrutaba verme asustada.

Yo no podía dejar de pensar: «¿Y si Miles estuviera en ese carrusel?».

Después de que terminó la película le pregunté a Emily:

—¿Crees que la gente haga cosas así en la vida real?

Emily rio.

—Dulce Stephanie, te asombrarías de lo que la gente puede hacer. Cosas que nunca admitirían ante nadie, ni siquiera ante ellos mismos.

Quería decirle que yo no era tan dulce como ella pensaba, que también había hecho cosas malas. Pero estaba demasiado sorprendida para hablar, sonaba demasiado parecida a mi madre.

Las mamás saben qué difícil es pasar una noche de buen descanso sin tener historias de miedo repicando en nuestras cabezas. Siempre le prometí a Emily que leería más libros de Highsmith, pero ahora desearía no haber leído ese. Uno en el que la víctima de asesinato era la prometida de otro chico.

Y cuando tu mejor amiga desaparece, no es algo en lo que quieras pensar demasiado. No es que piense que Sean, el esposo de Emily, podría lastimarla. Obviamente ellos tenían problemas. ¿Qué matrimonio no los ha tenido? Y Sean no es mi persona favorita. Pero básicamente es un tipo decente —creo.

Miles y Nicky van al mismo jardín de niños, la excelente escuela pública de la que he blogueado varias veces. No la escuela de nuestro pueblo que tiene problemas de financiamiento debido a que la población (envejecida)

local votó por bajar el presupuesto escolar, sino el mejor colegio, en el pueblo de al lado, no muy lejos de la frontera de Nueva York y Connecticut.

Debido al reglamento de urbanismo nuestros hijos no pueden tomar el autobús escolar. Emily y yo los llevamos en la mañana. Yo recojo a Miles todos los días. Los viernes, Emily trabaja medio día, así que puede recoger a Nicky; a menudo ella, yo y los chicos hacemos cosas divertidas, como ir por una hamburguesa o a jugar minigolf los viernes por la tarde. Su casa está a diez minutos de la mía en auto. Somos prácticamente vecinas.

Me encanta estar en la casa de Emily, estirarme en su sofá, desde el que una de las dos se levanta frecuentemente para verificar que los niños estén bien. Me encanta la manera en que mueve las manos mientras habla. La forma en la que la luz parpadea sobre su hermoso anillo de diamante y zafiro. Hablamos mucho sobre la maternidad. Nunca se nos terminan los temas de conversación. Es tan emocionante tener una amiga de verdad que a veces olvido lo solitaria que estaba antes de conocerla.

Durante el resto de la semana Alison, la niñera de medio tiempo, recoge a Nicky de la escuela. Sean, el esposo de Emily, trabaja hasta tarde en Wall Street. Emily y Nicky tienen suerte si alguna vez Sean llega a tiempo para cenar con ellos. En esos días raros en los que Alison se enferma, Emily me manda un mensaje y yo la remplazo. Los chicos van a mi casa hasta que Emily pueda regresar a la suya.

Quizás una vez al mes, Emily tiene que quedarse hasta tarde en el trabajo. Y dos veces, tal vez tres, ha tenido que estar fuera de la ciudad durante una noche completa.

Como esta vez. Antes de su desaparición.

Emily trabaja en relaciones públicas en Manhattan para un diseñador de modas famoso, cuyo nombre es prudente no mencionar. De hecho ella es la *directora* de relaciones públicas de un diseñador de modas *muy* famoso. Intento ser consciente y no mencionar marcas en el blog, debido a que eso genera problemas de confianza; mencionar marcas para impresionar es una actitud muy desagradable. También por eso me he negado a aceptar publicidad.

Incluso si ella está retrasada o en una junta, me escribe cada par de horas, suele llamar cuando tiene un minuto libre. Es ese tipo de mamá. No es

posesiva, ni controladora, ni cualquier otra expresión negativa que la sociedad usa para juzgar y castigarnos por amar a nuestros hijos.

Cuando Emily regresa a la ciudad después del trabajo, siempre va directo de la estación hacia mi casa para recoger a Nicky. Tengo que recordarle que maneje dentro del límite de velocidad. Cuando su tren está retrasado, me manda un mensaje. ¡Constantemente! En qué estación va, su tiempo estimado de llegada, hasta que le contesto: NO TE PREOCUPES. LOS CHICOS ESTÁN BIEN. LLEGA AQUÍ CUANDO SEA. BUEN CAMINO.

Han pasado dos días en los que ella no ha aparecido, ni se ha comunicado conmigo, ni siquiera ha respondido mis mensajes o llamadas. Algo terrible ha sucedido. Ha desaparecido. No tengo idea de dónde esté.

Mamás ¿Emily les parece el tipo de madre que dejaría a su hijo y desaparecería durante dos días sin escribir, ni llamar, o contestar a mis mensajes o a mis llamadas? Algo está mal, ¿no les parece?

Bueno, tengo que irme, huelo galletas de chispas de chocolate quemándose en el horno. Pronto les contaré más.

Las quiere,
Stephanie

Post en el blog: *¿Dónde vivimos ahora?*

¡Hola, mamás!

Hasta ahora he intentado no mencionar el nombre de nuestro pueblo. La privacidad es tan valiosa y escasa en estos días. No quiero sonar paranoica pero incluso en un pueblo como el nuestro podría haber cámaras escondidas observando qué marca de tomates enlatados compramos. Especialmente en nuestro pueblo. La gente asume que es un pueblo rico porque está en la zona privilegiada de Connecticut, pero no es tan rico. Emily y Sean tienen dinero. Yo tengo suficiente para vivir con lo que mi esposo Davis me dejó. Otra de las razones por las que puedo permitirme bloguear sin que se trate de un negocio.

Pero la desaparición de Emily lo transforma todo y porque alguien cerca de nosotros pudo haberla visto, así que estoy frenética y siento que necesito decirlo: Warfield. Warfield, Connecticut. Está a dos horas de Manhattan en MetroNorth.

La gente se refiere a la zona como un suburbio, pero yo, que crecí en los suburbios y viví en la ciudad, siempre he sentido que es el campo. He blogueado sobre cómo Davis me arrastró desde la ciudad hasta aquí mientras yo pateaba y gritaba. Pasé años intentando salir de los suburbios. He blogueado sobre cómo me enamoré de mi vida de campo. Sobre lo fantástico que se siente despertar con el sol entrando por una ventana colonial que Davis restauró sin tener que sacrificar ninguno de los detalles de la época; y cómo me encanta beber té mientras la máquina para hacer arcoíris que mi hermano Chris nos dio como regalo de bodas esparce luminosidad por toda la cocina.

A Miles y a mí nos encanta este lugar. O bueno, nos gustaba.

Hasta hoy, cuando me sentía tan ansiosa por Emily, todos —las mamás en la escuela, la buena Maureen en la oficina postal, el chico que empaca la comida— me parecieron siniestros, como en esas películas de terror en las

que todos en el pueblo forman parte de un culto o son zombis. Le pregunté a una pareja de vecinos, fingiendo un tono casual, si habían visto a Emily y me dijeron que no, sacudiendo la cabeza. ¿Fue mi imaginación o me miraron con extrañeza? Ahora ustedes, mamás, pueden darse cuenta de lo enloquecedor que es esto.

Mamás, discúlpeme, me distraje y empecé a parlotear, como siempre.

¡DEBÍ ESCRIBIR ESTO ANTES!

Emily mide 1.75 metros. Tiene el cabello rubio con mechuras oscuras (nunca pregunté si eran reales) y ojos café oscuro. Probablemente pesa alrededor de 55 kilos. Son suposiciones. Una no le pregunta a sus amigas: «¿Cuánto mides?, ¿cuánto pesas?». Aunque conozco a algunos hombres que piensan que las mujeres nunca hablamos de otra cosa. Tiene cuarenta y un años pero parece de treinta y cinco, a lo mucho.

Tiene una marca de nacimiento oscura debajo de su ojo derecho. Yo solo la noté cuando me preguntó si debería removerla. Respondí que no, que se veía bien, las mujeres en la corte francesa (lo leí) se pintaban lunares.

Emily siempre usaba un perfume, supongo que podría decir que era su esencia distintiva. Decía que estaba hecho por monjas italianas con azucenas y lilas; lo encargaba a Florencia. Me encanta eso de Emily, todas las cosas elegantes y sofisticadas que sabe y que nunca hubieran cruzado por mi mente.

Nunca he usado perfume. Siempre he pensado que es poco atractivo que las mujeres huelan a flores o especias. ¿Qué están escondiendo? ¿Cuál es el mensaje que quieren enviar? Pero me gusta el perfume de Emily. Me gusta distinguir por su esencia si ella está cerca o si estuvo en un cuarto. Puedo oler su perfume en el cabello de Nicky, si ella lo ha sostenido con fuerza y abrazado. Me ha ofrecido que pruebe su perfume, pero me parecía demasiado raro, demasiado íntimo, que ambas oliéramos como dos gemelas terroríficas.

Siempre trae puesto el anillo de zafiro y diamante que Sean le dio cuando se comprometieron. Y como mueve mucho las manos cuando habla, el anillo parece una criatura brillante con vida propia, como Campanita volando enfrente de Peter Pan y los niños perdidos.

Emily tiene un tatuaje, una de esas delicadas coronas de espinas alrededor

de la muñeca. Eso me sorprendió. No parecía alguien que se hiciera un tatuaje, especialmente uno que no pudiera cubrirse, a menos que usara manga larga. Al principio pensé que estaba relacionado con la industria de la moda, pero cuando sentí que la conocía lo suficiente como para preguntar, Emily me aclaró:

—Ah, eso me lo hice cuando era joven y alocada.

—Todos fuimos jóvenes y alocados. Hace mucho tiempo.

Me sentí bien al decirle algo que nunca podría haberle dicho a mi esposo. Si él me hubiera preguntado a qué me refería con «alocados» y yo le hubiera contestado, la vida como la conocíamos hubiera terminado. Claro que de todos modos la vida terminó. La verdad tiene una manera de salir a la luz.

Esperen, el teléfono está sonando. Quizás es Emily. Pronto les contaré más.

Con cariño,
Stephanie

Post en el blog: *Pequeños favores*

¡Hola, mamás!

No era Emily la que estaba llamando. Era una máquina contestadora que me decía que gané un viaje gratis al Caribe. ¿En qué estaba? Ah, claro.

El verano pasado nos bronceábamos en la alberca del vecindario mientras los niños chapoteaban en la piscina para bebés, Emily dijo:

—Siempre te estoy pidiendo favores, Stephanie. Estoy tan agradecida. Pero ¿puedo pedirte solo uno más? ¿Podrías cuidar a Nicky para que Sean y yo podamos ir de viaje el fin de semana por el cumpleaños de Sean, a la cabaña de mi familia? —Emily siempre la llama «la cabaña» pero imagino que la casa de vacaciones familiar en la orilla del lago al norte de Míchigan es un poco más sofisticada que eso—. Sorpresivamente Sean aceptó y quiero asegurar esto antes de que cambie de parecer.

Por supuesto dije que sí. Sabía qué problema era para ella sacar a Sean de su oficina.

—Con una condición —advertí.

—Lo que sea —dijo ella—. Dime.

—¿Puedes poner bronceador en esa parte de mi espalda difícil de alcanzar?

—Con gusto —Emily rio. Mientras sentí el roce de su mano pequeña y fuerte frotando el aceite en mi espalda recordé lo divertido que era ir a la playa con mis amigos en la preparatoria.

El fin de semana que Emily y Sean se fueron, Miles, Nicky y yo la pasamos muy bien. La alberca, el parque, una película, hamburguesas y vegetales en el asador.

Emily y yo somos amigas desde hace un año, cuando nuestros hijos se conocieron en el kínder. Aquí hay una fotografía de ella que tomé este verano en Six Flags, aunque no se puede ver muy bien; es una *selfie* de los cuatro, hijos y mamás. Quité a los niños con un escáner. Saben que me opongo

rotundamente a publicar fotografías de los hijos.

No sé qué traía puesto el día que desapareció. No la vi cuando dejó a Nicky en la escuela. Ella iba un poco retrasada ese día. Usualmente los autobuses llegan y descargan a todos al mismo tiempo. Los maestros tienen muchas cosas que atender, saludar a los niños, acarrearlos para que entren. No los culpo por no fijarse en cómo iba vestida Emily, o si notaron algo diferente en su estado de ánimo, que es alegre por lo regular, o si estaba ansiosa en cualquier sentido.

Probablemente, Emily se veía como siempre cuando va a la oficina: una ejecutiva a la moda (suele comprar la ropa de diseñador con un gran descuento) que va a trabajar a la ciudad. Me llamó temprano esa mañana.

—Por favor, por favor Stephanie, necesito tu ayuda, *otra vez*. Surgió una emergencia en el trabajo y me tengo que quedar hasta tarde. Alison tiene una clase. ¿Puedes recoger a Nicky en la escuela? Iré por él en la noche, a más tardar a las nueve.

Recuerdo haberme preguntado: «¿Qué significa una emergencia en la industria de la moda? ¿Los ojales son demasiado pequeños?, ¿alguien cosió un cierre al revés?».

—Por supuesto —dije—, me encanta poder hacerte un favor.

Un pequeño favor. El tipo de pequeño favor que las mamás nos hacemos unas a otras todo el tiempo. Los chicos estarán encantados. Estoy segura de recordar que le pregunté a Emily si quería que Nicky se quedara a dormir. Y estoy segura de que dijo «no, gracias». Ella quería verlo al final de un día difícil, aun si estaba dormido.

Recogí a Nicky y a Miles después de la escuela. Estaban felices. Se quieren como un par de cachorros. Se llevan mejor que si fueran hermanos, pues no pelean.

Jugaron en el cuarto de mi hijo y en los columpios, donde los podía cuidar desde la ventana. Les preparé un platillo saludable para cenar. Como saben, soy vegetariana pero Nicky solo quiere comer hamburguesas, y eso fue lo que cociné. No puedo contar las veces que he blogueado sobre lo mucho que me esfuerzo para balancear las cosas nutritivas con lo que les gusta. Los chicos platicaron de un incidente en la escuela: un chico fue enviado a la oficina del director por no escuchar a la maestra aun después de

que le dieron tiempo para reflexionar.

Se hizo tarde. Emily no llamó, lo que me pareció extraño. Le escribí y no me contestó, lo que parecía todavía más extraño.

Bueno, dijo que se trataba de una *emergencia*. Quizás algo pasó en una fábrica de alguno de los países en los que se hace la ropa. Cosida por esclavos, según mi impresión, pero eso jamás debe ser mencionado. Tal vez hay otro escándalo que implica a su jefe, Dennis, quien ha tenido episodios de abuso de sustancias muy bien publicitados. Emily ha hecho un gran trabajo de control de daños. Acaso estaba en una junta y no pudo salir, estaba en algún sitio sin recepción celular. Quizá perdió su cargador.

Si conocieran a Emily sabrían qué improbable es que hubiera perdido su celular. O que no encontrara una manera para llamar a casa y preguntar cómo estaba Nicky.

Nosotras, las mamás, estamos muy acostumbradas a permanecer en contacto. Saben qué se siente intentar contactar a alguien. Es como si estuvieras poseída. Llamas y mandas mensajes e intentas dejar de llamar o mandar mensajes porque *acabas de llamar y mandar mensajes*.

Cada vez que me enviaba al buzón de voz, escuchaba la *voz profesional* de Emily, animada, fresca, directo al grano: «Hola, estás llamando a Emily. Por favor, deja un mensaje breve y me comunicaré contigo en cuanto pueda. ¡Hablamos pronto!».

Emily, soy yo, Stephanie, llámame.

Los niños tienen que irse a dormir. Emily todavía no llama. Esto nunca había pasado. Siento mariposas en el estómago por el miedo. Terror, en realidad. Pero no quiero que los niños se enteren, especialmente Nicky...

No puedo seguir escribiendo, mamás. Estoy demasiado alterada.

Con cariño,
Stephanie

Post en el blog: *Fantasmas del pasado*

¡Hola, mamás!

Todas recuerdan con qué frecuencia blogueé sobre no dejar que Miles viera mi dolor cuando su padre, Davis, murió en el mismo accidente que mi hermano Chris.

Era una bella tarde de sábado. Davis perdió el control de nuestro Camaro *vintage* y chocaron contra un auto. Nuestro mundo entero cambió en un minuto.

Perdí a dos hombres que eran importantes para mí, sin contar a mi papá, quien murió cuando yo tenía dieciocho años. Y Miles perdió a su padre y a su querido tío.

Miles tenía solo dos años, pero podía percibir mi dolor. Tenía que ser fuerte por su bienestar y no derrumbarme hasta que él se dormía. Así que pueden decir que tuve una buena (si se le puede llamar a eso *buena*) preparación para no enloquecer o dejar que los niños sospecharan qué tan preocupada estaba por Emily.

Después de que acosté a los niños, tomé otra copa de vino para calmar mis nervios. A la mañana siguiente desperté con dolor de cabeza, pero me comporté como si todo estuviera bien. Vestí a los niños. Que Nicky se quedara a dormir tan seguido con nosotros ayudaba a que la situación no pareciera extraña. Nicky y Miles son del mismo tamaño, así que Nicky podía usar su ropa. Esa fue otra forma de darme cuenta de que Emily quería recoger a Nicky anoche, pues siempre manda un cambio de ropa cuando él se queda a dormir.

Emily todavía no ha llamado por teléfono. Me estaba acercando al pánico total. Mis manos temblaban tanto que cuando les serví a los niños sus Cheerios crujientes se derramaron sobre la mesa de la cocina y el piso. Nunca antes había extrañado tanto a Davis —alguien que me ayudara, me aconsejara y me calmara—.

Decidí dejar a los niños en la escuela y después intentar averiguar algo. No sabía a quién llamar. Sabía que Sean, el esposo de Emily, el padre de Nicky, estaba en algún lugar de Europa, pero no tenía su número celular.

Puedo escuchar a todas las madres pensar que rompí mis propias reglas. ¡¡¡NUNCA INVITAR A UN NIÑO A UNA PIJAMADA SIN UN TELÉFONO DE EMERGENCIA!!! El teléfono de la casa de ambos padres, el teléfono de sus trabajos y sus celulares. Un familiar cercano o alguien autorizado para tomar una decisión médica. El nombre y el número telefónico del proveedor de asistencia médica del niño.

Tenía el teléfono de la niñera, Alison. Es una persona responsable, confío en ella, aunque ustedes saben que me preocupó por los niños criados por niñeras. Según Alison, Emily le contó que Nicky se había quedado a dormir con Miles. ¡Buenas noticias! No le pregunté cuánto tiempo le había dicho que el chico se quedaría. Tuve miedo de que pareciera que yo no estaba... bien, y ustedes saben qué sensibles somos las madres con las cuestiones de competencia.

Ustedes, mamás, pensarán que no solo fue irresponsable sino una locura cuando les digo que no tenía el número del celular del papá de Nicky. No hay excusa. Solo puedo pedirles que no me juzguen.

Cuando dejé a los niños en la escuela, le dije a la señora Kerry, su estupenda maestra de kínder, que los niños se habían quedado a dormir conmigo. Tuve un presentimiento muy extraño: metería en un problema a Emily si decía que ella no había regresado y que ni siquiera había llamado. Como si yo... como si estuviera perjudicándola. Acusándola por ser una mala mamá.

Dije que no podía contactarme con Emily... que estaba segura de que todo estaba bien. Debimos habernos confundido sobre cuánto tiempo se iba a quedar Nicky. Pero, por si acaso, ¿la escuela podría darme el teléfono de Sean, el padre de Nicky? La señora Kerry dijo que Emily había mencionado que su esposo estaba pasando unos días en Londres, por negocios.

Me caen bien los maestros de Miles. Todos leen mi blog. Aprecian que escribo positivamente de la escuela, con qué frecuencia les demuestro mi cariño por el gran trabajo que están haciendo con nuestros hijos.

La señora Kerry me dio el teléfono de Sean. Pero pude ver (por encima de

mi celular) que ella me estaba mirando con una expresión ligeramente desconfiada. Me dije que estaba siendo paranoica, de nuevo; que ella estaba preocupada, mas no inquieta. Intentaba no juzgar.

Me sentí mejor cuando tuve el teléfono de Sean. Debí llamarlo inmediatamente. No sé por qué no lo hice.

Llamé a la compañía de Emily en la ciudad.

La compañía de Dennis Nylon. Ya. Para mí y para muchas de ustedes, mamás, Dennis Nylon es lo que Dior o Chanel era para nuestras mamás. Un dios todopoderoso de la moda, inaccesible, impagable.

Le pedí al joven (todos los que trabajan ahí, menos Emily, son prácticamente unos niños) que contestó el teléfono que me comunicara a la oficina de Emily Nelson. Su asistente, Valerie, me preguntó por milésima vez quién era yo exactamente. Está bien, lo entiendo. Valerie jamás me ha visto. ¿Pero hay tantas Stephanies en su vida? ¿Emily tiene tantas?

Le respondí que era la mamá del mejor amigo de Nicky. Valerie dijo que lo sentía, pero Emily había salido de la oficina por un momento. «No —dije— yo lo lamento. Nicky se quedó a dormir en mi casa anoche y Emily no ha venido a recogerlo. ¿Hay alguien con quien pueda hablar?». Estaba pensando que todas las mamás deberían tener una Valerie. ¡Una asistente! Hacemos tantas cosas, necesitamos mucha ayuda.

Davis tenía dos asistentes, Evan y Anita. Jóvenes diseñadores talentosos. Algunas veces siento que soy la única persona en el mundo que no tiene un asistente. Por supuesto que estoy bromeando. Tenemos mucho más que la mayoría de la gente, pero aun así...

Notaba que algo no estaba bien. Valerie me dijo que alguien me llamaría pronto. Pero nadie llamó.

He blogueado sobre la división tonta e hiriente que con frecuencia se hace entre las mamás que trabajan y las mamás que se quedan en casa. Lo he mantenido en secreto, pero siempre me he sentido un poquito celosa de la carrera de Emily. El glamur, la excitación, ¡la ropa prácticamente gratis! Los números telefónicos de las celebridades que no están en la guía telefónica, las pasarelas. Todas las cosas lindas que Emily hace mientras yo estoy en casa preparando sándwiches de mantequilla de maní, limpiando jugo de manzana derramado y blogueando. No subestimo lo feliz y agradecida que estoy de

poder llegar (ahora) a miles de mujeres alrededor del mundo. Sé que Emily se ha perdido muchas cosas, de esas, ordinarias y divertidas, que Miles y yo hacemos todas las tardes.

Nadie en la compañía de Emily parece estar preocupado. Ella ha trabajado ahí casi desde que salió de la universidad. Dennis debería salir en los noticieros y suplicar que alguien la encuentre.

Relájate, Stephanie. Cálmate. No ha pasado tanto tiempo.

Gracias, mamás. Me reconforta saber que están ahí leyendo esto.

Con cariño,
Stephanie

Post en el blog: *¿Todo es mi culpa?*

¡Hola, mamás!

¡Qué mamá tan típica soy! Por ahora casi me convengo de que todo el malentendido es mi culpa. Emily debió pedirme que cuidara a Nicky durante un par de días, en vez de una noche. Entonces ¿por qué recuerdo que me dijo que Nicky no se quedaría a dormir, que ella vendría a las nueve?

Muchas de nosotras hemos compartido en el blog lo difícil que es para las mamás sentir que tienen contacto con la realidad —qué día es, qué se espera de nosotras, qué dijo o no dijo alguien—. Nada es más fácil que convencer a una mamá de que algo es su culpa. Aun cuando no sea así. Especialmente cuando no es así.

Esa tarde, estaba tan inquieta que esperaba ver a Emily bajo el roble grande cerca de la entrada de la escuela donde siempre espera los viernes. Estaba tan segura de que ella estaría ahí que, por un segundo, imaginé que la veía.

No podía tratarse de ella. Para empezar, era miércoles. Tenía el oscuro presentimiento que tienes cuando no puedes encontrar a tu hijo por ningún lado y durante el larguísimo tiempo que tardas en encontrarlo parece que tu corazón va a explotar. Había una época en la que Miles disfrutaba esconderse de mí y yo enloquecía cada vez...

Esperen, tengo un plan. Pronto les contaré más.

Con cariño,
Stephanie

Post en el blog: *Una visita a casa de Emily*

¡Hola, mamás!

Normalmente no iría a casa de Emily sin haber llamado antes. Intenté comunicarme a su teléfono fijo. Nadie contestó. Emily me dio las llaves de su casa y me pidió las mías. Estaba impresionada porque era algo que una mamá adulta y sensata haría, además significaba que éramos realmente amigas. Podíamos usar las llaves en una emergencia. O incluso si llegábamos temprano en una visita para que los niños jugaran y la otra no estuviera en casa. Esto era una emergencia. Yo no quería invadir la privacidad de Emily pero tenía que asegurarme de que ella no se hubiera caído o lastimado o estuviera enferma y necesitara mi ayuda.

No podía llevar a los niños. ¿Si encontraba algo terrible? Mi imaginación estaba descontrolada, imaginé su casa manchada de sangre, al estilo Charles Manson. La imaginé en una tina ensangrentada.

Decidí detenerme en la casa de Emily de camino a la escuela para recoger a los niños.

El solo hecho de estacionarme en su entrada se sintió peligroso y espeluznante. Llovía ligeramente, un ventarrón sacudía los árboles y yo sentí que las ramas decían: «No vayas ahí, no vayas ahí». Estoy bromeando. Soy una mamá sensata. No escucho a los árboles hablar. Me sentí mucho mejor cuando descubrí el auto de Maricela, la sirvienta, en la entrada. Maricela me dijo que estaba terminando, lo que fue reconfortante. Si Emily estuviera muerta o herida en algún lugar de la casa, ella lo hubiera notado.

Maricela es un ángel. Me gustaría que trabajara para nosotros, pero Miles y yo no podemos pagarle.

—La señora dijo que estaría fuera durante cuatro días. Me pidió que viniera a limpiar y otra vez para revisar si las plantas necesitaban agua.

¡Cuatro días! ¡Qué alivio!

—¿Ha sabido algo de ella?

—No, ¿por qué tendría que saber algo? —preguntó dulcemente Maricela —. ¿Señora, está bien? ¿Quiere algo de beber?, ¿de comer? La señora dejó fruta fresca en el refrigerador.

La fruta fresca era una buena señal. Emily pensaba regresar. Pedí un vaso de agua y Maricela fue por él.

Me sentí extraña por sentarme en el sofá en el que pasé tantas horas con Emily. Su sofá grande y cómodo de repente se sintió grumoso y extraño, como algo en lo que podrías hundirte y nunca salir de ahí. Como una planta carnívora. Consideré buscar pistas en la casa.

¿Por qué Emily no me había dicho que se iría cuatro días? ¿Y por qué no regresa mis llamadas? Conocía a mi amiga. Algo horrible había pasado.

Estar en la casa de Emily me hizo sentir más nerviosa y asustada. Seguía esperando que ella entrara y me preguntara qué estaba haciendo. Primero me sentiría aliviada, encantada de verla, y después quizá culpable, aun cuando ella me dio muchas razones para entrar en su casa.

¿Dónde está? Yo sentía que iba a lloriquear, como un niño.

Miré arriba, en la cornisa, la fotografía de las gemelas. Había cosas maravillosas en casa de Emily: alfombras persas, floreros chinos, piezas icónicas de diseño, obras maestras de la mueblería moderna de mediados de siglo pasado. Davis hubiera amado su casa, ojalá viviera para verla. Pero Emily consideró importante mostrarme la fotografía en blanco y negro de dos chicas con vestidos de fiesta y diademas peculiarmente bellas y cautivadoras, sonriendo a medias por un conocimiento secreto. Emily dijo:

—Esa foto me costó más que todo lo que hay en la casa y me gusta más que todo. Si te digo cómo la conseguimos, nuestro amigo en la casa de subastas tendría que matarme. ¿Cuál gemela crees que es la dominante?

Fue casi como un *déjà vu*, un recuerdo de otra vida. Mi otra vida, cuando viví en la ciudad y trabajé en una revista. Una revista de decoración de casas que puedes comprar en un supermercado, pero una revista a fin de cuentas. Portada, papel, textos, fotos. Solía tener una vida en la que conocía a gente que hacía comentarios extraños y preguntas interesantes, que tenía objetos hermosos e inesperados en sus casas. Gente que habla de otras cosas que las clases que toman sus hijos después de la escuela y si es posible reconocer los tomates realmente orgánicos. ¡Gente que se divertía!

—No lo sé —le dije a Emily—. ¿Cuál crees tú que sea?

—A veces creo que una, a veces creo que la otra —respondió.

—Quizá ninguna.

—*Eso nunca pasa* —dijo ella—. Siempre hay una dominante, incluso en una amistad.

¿Emily era mi amiga dominante? Yo la admiro, lo sé...

Ahora mi amiga había desaparecido. Y ahí estaban las gemelas, mirándome con sus pequeños rostros tiernos e indescifrables.

La sala lucía perfecta. Naturalmente. Maricela estaba aquí. En la mesita de centro —Davis hubiera sabido qué genio de mediados de siglo lo diseñó— había un libro. Era una novela de Patricia Highsmith: *Those who walk away*. De entre sus páginas sobresalía un separador de la librería local. Ahí fue cuando se me ocurrió —no justo en ese instante, más bien en un parpadeo— que Emily podía haberse marchado. Dejar a su hijo conmigo y salir corriendo. La gente se marcha. Sucede. Los amigos, los vecinos y los miembros de su familia dicen que nunca lo sospecharon.

Decidí leer la novela de Highsmith para buscar información que pudiera haber pasado por alto. Información sobre Emily. No pude tomar su libro. Cuando ella regrese se enojará. Ordenaré un ejemplar si la biblioteca no lo tiene. Si puedo mantenerme tranquila y razonable, todo saldrá bien. Todo esto resultará ser una pesadilla, un error, un malentendido del que Emily y yo nos reiremos después.

Maricela me trajo agua en un vaso *vintage* de lunares. El vaso perfecto. ¡Incluso el vaso era tan propio de Emily!

—Beba —dijo Maricela—, se sentirá mejor.

Bebí el agua clara y fría. Pero no me sentí mejor.

Agradecí a Maricela y me fui de la casa. Miré mi teléfono. No tenía mensajes ni correos. Estaba segura de que Emily no era de «las que se marchan». Algo estaba muy mal.

Debí llamar a la policía. Pero todavía estaba en la negación, culpándome por entender mal los hechos, por escuchar decir a mi amiga algo que no dijo. Mientras tanto, mi subconsciente corría en quinta velocidad pasando por películas de terror sobre robo de autos, secuestros, asesinato, el cadáver en una zanja, el golpe en la cabeza que dejaría vagando a Emily con amnesia.

Quizás alguien la encontró. Quizás alguien la traerá a casa.

Es por eso que publico esto. Todos hemos escuchado sobre esos milagros que son el lado positivo de Internet. Lo mejor de las redes sociales y de los blogs. Así que le pido a la comunidad de madres que mantenga sus ojos de lince bien abiertos. Si ven a una mujer que se parezca a Emily, pregúntenle si está bien. Si ven a una mujer que se parezca a Emily y está herida o enferma, escríbanme inmediatamente al teléfono que está abajo en la pantalla.

¡Gracias, mamás queridas!

Con cariño,
Stephanie

(Del blog de Stephanie, al día siguiente)

Post en el blog: *Pensándolo mejor y una llamada a Sean*

¡Hola, mamás!

Pasos erráticos. Sueños raros. Cuando desperté a las seis, no sabía lo que estaba mal. Entonces recordé que Emily había desaparecido. Después recordé el resto y tenía miedo de ver mi teléfono. Di mi teléfono privado y le pedí a mis lectores que reportaran a cualquier mujer que se pareciera a Emily, quien, para ser honesta, se parece a muchas mamás rubias, delgadas, bonitas, tonificadas por el gimnasio. Su tatuaje y su anillo podrían reducir el perfil, pero muchas mamás tienen tatuajes. Quién sabe si ella usa su anillo, ¿y si se lo robaron?

Gracias al cielo, la comunidad de madres es muy sensata. Solo recibí dos mensajes. Ambos avistamientos de Emily fueron en lugares (uno en Alaska, otro en el norte de Escocia, es asombroso lo lejos que ha llegado mi pequeño blog) tan distantes que no veo cómo Emily pudo llegar ahí en el corto tiempo que lleva desaparecida.

De hecho pensé en cambiar mi número telefónico en caso de que miles de mamás me contactaran para ayudarme. De todas formas... Nosotras siempre tenemos que ser cuidadosas con nuestra información personal. Pero es el único número que tiene Emily y todavía espero que me llame. Nicky y yo necesitamos que ella pueda localizarnos.

La segunda noche, durante la cena, Nicky se empezó a poner ansioso. Cualquier niño se sentiría así. Estoy segura de que él sentía mi ansiedad. Hasta ahora jamás se había quedado a dormir dos noches seguidas, sin contar el fin de semana que sus padres se fueron de viaje, en el que todos nos divertimos mucho y nadie estaba nervioso. Ahora Nicky empezó a preguntarme cuándo iría su mamá a recogerlo. Comió su hamburguesa

vegetariana e inmediatamente vomitó. Acaricié su cabeza y le dije que su mamá regresaría pronto y que iba a llamar a su padre.

Eran las siete cuando llamé a Sean a Inglaterra. Estaba tan desesperada que, de forma estúpida, olvidé la diferencia de horarios. Sonaba adormilado.

—¿Te desperté? ¡Lo siento mucho! —¿por qué me estaba disculpando? ¡Su esposa había desaparecido!

—No me despertaste —dijo con voz gruesa—. ¿Quién habla?

Tuve la extrañísima tentación de reírme. Porque siempre me había preguntado si Sean tendría su genial acento británico si lo despertaras de un sueño profundo. Sí lo tenía.

—La amiga de Emily —dije—, Stephanie.

—Stephanie —repitió, no tenía idea de quién era yo, aunque me había visto muchas veces—, ¿qué sucede, Stephanie?

—No quiero ser alarmista —dije—, pero Emily dejó a Nicky conmigo y me preguntaba dónde está y cuándo va a regresar a casa. Debí haberla malentendido, no sabía que Nicky se quedaría...

Casi podía escuchar cómo se acababa su paciencia. Hasta que se terminó.

—Ella está viajando por negocios —dijo planamente—, estará fuera por un par de días —claro y definitivo.

—Oh —respondí—, qué alivio. Siento mucho haberte molestado.

—No hay problema —dijo—, y siéntete libre de llamarme otra vez si me necesitas... Stephanie.

Solo después de que colgamos me di cuenta de que él no preguntó cómo estaba Nicky. ¿Qué tipo de padre era? ¿Qué tipo de esposo? ¿No estaba ni siquiera un poco preocupado por su esposa? Pero por qué debería estar preocupado. Ambos estaban separados por viajes de negocios. Así es como ellos viven. ¿Yo creía que un esposo y su mujer tenían que hablar todas las noches?

Además lo desperté. Muchos hombres pueden permanecer medio conscientes durante mucho tiempo después de despertar. Otro lujo que las mamás solteras no nos podemos dar.

Emily no regresó esa noche. No llamé a Sean de nuevo, una vez más fingí

que todo estaba bien. Una noche normal con los niños. Nicky lloró un poco. Dejé que los niños fueran a mi cama para ver caricaturas en la televisión hasta la hora de dormir. Empujé los malos pensamientos al fondo de mi mente, algo que las mamás aprendemos a hacer. Solo tenía que ser paciente. Darle un día. No había nada que hacer más que esperar.

La noche siguiente Emily todavía no regresaba, cuando Sean llegó de Inglaterra. Me llamó del aeropuerto. Ahora él también sonaba nervioso. Dejó sus cosas en casa. Donde debió esperar (¡o temer!) encontrar a Emily. Después manejó directamente hacia mi casa.

Tan pronto como Nicky escuchó la voz de su papá vino volando desde el cuarto de Miles y se arrojó a los brazos de su padre. Sean levantó a su hijo, lo besó y lo abrazó contra su pecho.

De alguna manera, que Sean estuviera en mi casa cargando a su hijo asustado pero valiente hizo que mis miedos líquidos se transformaran en hielo sólido.

Esto era real. Mi amiga había desaparecido.

Mamás de todos lados, por favor ayúdenme.

Con cariño,
Stephanie

Stephanie:

Mi mamá solía decir que todo el mundo tiene secretos. No es bueno decirlo a una hija que quieres que se convierta en una persona saludable capaz de tener relaciones saludables con otras personas saludables. Pero, con certeza, mi mamá tenía sus razones.

Cuatro días después de que mi padre murió, cuando yo tenía dieciocho años, un extraño tocó a nuestra puerta. Mi madre miró por la ventana y dijo: «¡Mira, Stephanie! Es tu padre».

Yo había escuchado la expresión «loca de pena» pero mi mamá estaba perfectamente cuerda. Por supuesto que tenía el corazón roto por la pérdida de papá. Ellos se amaban mucho. Al menos, hasta donde yo sé.

Quizá ninguna de nosotras creyó que papá realmente se había ido. Él viajaba mucho, así que durante un tiempo, después de su ataque al corazón en el campo de golf cerca de nuestra casa, en un suburbio agradable de Cincinnati, parecía como si él todavía estuviera en un viaje de negocios. Era ejecutivo de una compañía farmacéutica que asistía a conferencias y a reuniones en todo el país.

De cualquier manera, lo que mi mamá quería decir era: «Mira, es tu padre cuando tenía veinticuatro años, el año en que nos casamos».

Me asomé por la ventana.

El hombre joven en el umbral era el novio en la fotografía de la boda de mis padres.

Nunca lo había visto antes, aun así sentí que lo había visto todos los días de mi vida. De hecho, sí lo había visto. Yo había vivido con él dentro de la fotografía enmarcada sobre el polvoriento piano vertical.

La única diferencia es que el extraño traía unos *jeans* y una chamarra de mezclilla, en lugar de un esmoquin blanco, y su cabello negro estaba cortado estéticamente, en lugar de engominado hacia atrás, al estilo de Elvis, como mi papá en la foto de su boda.

Mi mamá dijo: «Dile que entre». Era tan bien parecido que no podía dejar de mirarlo. Mi papá había sido guapo antes de que acabaran con él los viajes, beber en exceso y la comida de los aeropuertos.

—Solo quédate ahí, no digas una palabra —le dijo mamá al chico. Quitó la fotografía de la boda del piano y se la dio. Él observó la foto. Parecía conmovido. Después se rio con mucha fuerza. Todos reímos.

—Supongo que nos podemos saltar el examen de ADN —dijo él.

Su nombre era Chris. Vivía en Madison, Wisconsin. Mi papá era su padre. Solían verse cada seis meses, cuando mi padre redirigía sus viajes para que pudiera pasar por Wisconsin y visitar a su otra familia: Chris y su madre.

Chris encontró el obituario de papá en la versión en línea de nuestro periódico local. Apareció en sus notificaciones de Google, lo que me hace pensar que quería seguirle el rastro a mi papá. Su padre. Su madre había muerto de una falla en el corazón un año antes. Chris no era mencionado en el obituario, solo nosotras. Y estábamos registradas, bueno, mi papá lo estaba, en la guía telefónica.

Tardé un poco en digerir el hecho de que este muchacho guapo fuera mi hermano. Seguía esperando a que él me dijera que era un primo lejano que se parecía a mi papá.

Hubo otro extraño detalle que debería agregar: en ese momento yo me veía casi igual a mi madre cuando ella tenía mi edad. Todavía la recuerdo, aunque menos de lo que solía hacerlo. Me parecía a ella en la fotografía de la boda, y mi recién encontrado hermano Chris se veía como mi... nuestro, padre. Y ahí estábamos los dos, la feliz pareja nupcial, directamente de la cima del pastel de bodas, clonada y resucitada después de veinte años. ¿Qué puedo decir? Era excitante.

Yo iba vestida con *jeans* y una camiseta. Pero estaba consciente de sostener mi cuerpo justo como mi mamá en su vestido de bodas, mis hombros firmes en mis costados y las manos dobladas sobre mi pecho como patas de ardilla. Cuando me obligué a bajar los brazos y pararme como una persona normal, me di cuenta de que Chris miró mis senos.

¿Mi madre sospechaba la verdad? ¿Fue por ello que siempre hablaba de que todos tenían secretos? Nunca pude preguntarle, especialmente después de que Chris entró a nuestras vidas.

Ella invitó a Chris a sentarse en la mesa de la cocina y le sirvió un plato de carnes frías que quedaron del funeral de mi padre. Pedimos demasiado, y aunque la conmoción por la muerte de papá fue magnificada por la sorpresa de conocer a un hermano nuevo, el hecho de que Chris estuviera sentado en la silla de papá comiendo mortadela tranquilamente hacía parecer que todo era casi normal. Casi correcto.

—Chris, lamentamos mucho no haberte invitado al funeral —dijo mi madre.

¿Por qué mamá se estaba disculpando? Porque siempre lo hacía, justo como se supone que las mujeres tienen que hacer. ¡Siempre todo es nuestra culpa! Aun cuando compadecía a mi madre, quería que se callara.

—Dios, ¿por qué tendrían que haberlo hecho? No sabían nada sobre mí —dijo Chris.

Todos debimos pensar que era culpa de papá. Pero era un poco tarde para culparlo.

—Yo soy el que debe disculparse —dijo Chris.

—¿Por qué? —preguntó mi madre.

—Por aparecerme así —dijo—, y supongo que... por existir.

Chris tenía una sonrisa hermosa. Todos reímos de nuevo. Desde que papá había muerto, mamá y yo no nos habíamos reído tanto.

—Come más —dijo mamá, y sirvió en su plato sin esperar a que él respondiera. Me encantó ver cómo comía, voraz y agradecido.

¿Sería diferente mi vida si mi madre no hubiera dicho que era demasiado tarde para que Chris emprendiera el camino largo a su casa, si no lo hubiera invitado a pasar la noche?

Lo que pasó, tenía que pasar. Chris y yo pasamos toda la noche platicando. No recuerdo de lo que hablamos. Nuestras vidas, nuestros deseos, nuestros miedos. Nuestras infancias, nuestros sueños para el futuro. ¿Qué tenía que decir? ¿Qué es lo que sabía? Tenía dieciocho años, era una niña.

En la mañana, Chris me pidió mi número celular. La tarde siguiente llamó. No se había ido a Wisconsin. Se había hospedado en un motel cercano a nuestra casa.

Yo tenía novio. Recientemente había ido al baile de graduación con él. Habíamos tenido sexo unas cuantas veces. Él era el primer chico con el que

yo me había acostado y me preguntaba por qué era todo el alboroto.

No estaba pensando en mi novio. Estaba pensando en qué tan rápido podría manejar hasta el motel de Chris sin que me multaran.

Chris me dijo en qué cuarto estaba. Me dieron escalofríos cuando toqué a la puerta, no dejé de temblar mientras entraba a su cuarto, lo saludé con un beso tímido y busqué un lugar en el cual sentarme. Había una silla desvencijada a un lado de un escritorio. Su ropa estaba apilada cuidadosamente en la silla. Ambos sabíamos que me iba a sentar en la cama.

Él se sentó junto a mí. Rozó mi pecho con el reverso de su mano.

—Ven aquí —dijo, aunque yo ya estaba ahí.

Todavía puedo escucharlo; y cuando lo hago, me quedo sin aliento y siento las rodillas débiles, justo como lo experimenté en ese momento. Después de eso entendí lo que era el sexo. Por qué la gente hacía cualquier cosa por él. Moría por él. Una vez que lo supe, siempre quise más. Era un punto sin retorno. Chris y yo no podíamos estar lejos uno del otro. Yo quería, necesitaba estar ahí: en ese espacio emocionante, intensamente placentero e íntimo, en el que nos encontrábamos juntos.

Debo tener cuidado en dónde y cuándo me permito recordar los momentos con Chris. No puedo pensar en eso cuando estoy en público, ciertamente tampoco cuando estoy manejando. Ese mismo deseo líquido corre a través de mí. Mis párpados se hacen pesados, quedo somnolienta por el deseo. Cierro los ojos por el calor y me derrito en un charco de deseo puro.

* * *

La noche que Sean llegó de Londres, acosté a los niños en el cuarto de Miles. Nicky lloraba y no quería irse a dormir, porque su papá estaba en casa. Y —nadie tenía que decirlo— porque su mamá no estaba. Pero Sean entró y se quedó con él hasta que se quedó dormido.

Le pregunté a Sean si quería un trago.

—Nunca antes en mi vida había querido tanto un trago —contestó—, pero no creo que sea una gran idea oler a alcohol cuando la policía venga.

Me sentí aliviada cuando llamó a la policía. Significaba que estaba

tomando esto en serio. No sentí que yo estuviera en la posición de llamar y reportar a una amiga desaparecida.

No sé por qué enviaron a la policía estatal, que en nuestra área se dedica más que nada a las multas de tránsito. Ese es su campo de trabajo, junto con las peleas domésticas ocasionales.

Fue extraño que los policías fueran quienes se veían culpables cuando entraron. El sargento Molloy tenía cabello y bigote pelirrojos, como una estrella porno de la vieja escuela. El labial de la oficial Blanco (¿a las mujeres policías les permiten usar tanto maquillaje?) estaba embadurnado. Cruzó por mi mente que estaban besuqueándose en el auto cuando Sean me llamó.

Quizá por eso parecían confundidos. Al principio creyeron que yo era la esposa de Sean, así que ¿por qué había reportado como desaparecida a su esposa? Y después pensaron que mi casa era la casa de Sean... Tuvo que pasar un tiempo para que las cosas quedaran claras: Sean era el esposo, yo era la amiga. Cuando el sargento Molloy preguntó desde hacía cuánto tiempo llevaba desaparecida Emily, Sean tuvo que mirarme para conocer la respuesta. Dije que seis días; el sargento Molloy se encogió de hombros como si su esposa —traía puesto un anillo de bodas— siempre se fuera durante semanas sin avisarle a nadie. La oficial Blanco lo miró con extrañeza, pero el sargento observaba fijamente a Sean, como preguntándose por qué Sean necesitaba preguntarme cuánto tiempo llevaba desaparecida su esposa. O por qué habíamos esperado tanto.

—Disculpen —dijo Sean—, tengo un poco de *jet lag*.

—¿Ha viajado? —preguntó el sargento Molloy.

—Estaba en Londres —contestó Sean.

—¿Visitando a la familia? —Gran deducción, Holmes. ¡El acento era una pista!

—Negocios —dijo Sean.

Los policías intercambiaron una mirada larga. Probablemente aprendieron en la academia de policías que el esposo es siempre el principal sospechoso. Pero se perdieron la clase en la que explicaron qué hacer si el esposo estaba en el otro lado del Atlántico cuando la esposa desapareció.

—Dele un par de días más —dijo el sargento—, quizá solo quiere un tiempo fuera. Unas vacaciones de su vida.

—Usted no entiende —dije—, Emily dejó a su hijo conmigo, ella jamás se iría dejándolo así, sin llamar ni ponerse en contacto.

—Con mayor razón —dijo la oficial Blanco—, yo tengo tres hijos y, créame, hay días en los que sueño con lo dulce que sería tomar un descanso, hospedarme en un bonito *spa* cómodo en algún lugar y tener un poco de tiempo para mí.

Me desconecté por un momento al pensar en mi blog y en las veces que había escuchado a las mamás decir cosas como esa. Pero Emily no era así. ¿Cómo los podía hacer entender que algo estaba realmente mal?

Mientras tanto, los policías le preguntaban a Sean si había intentado comunicarse con cualquiera de sus amigos o familiares.

—Yo soy su amiga —dije—, su mejor amiga. Yo soy a quien ella le diría si...

El sargento Molloy me interrumpió.

—¿Familia? ¿Parientes cercanos?

—Su mamá está en Detroit —dijo Sean—, pero estoy seguro de que Emily no iría allá. Ella y su madre han estado distanciadas durante años.

Estaba conmocionada. Emily me había hecho creer que ella y su madre tenían una amorosa —aunque no particularmente cercana— relación. Emily había sido muy empática cuando le conté sobre mi mamá y mi papá.

—¿Sabe por qué? —preguntó la oficial Blanco. ¿Qué relevancia podría tener esto en la desaparición de Emily? Ellos debieron asumir que sus placas y uniformes les daban permiso para hacer cualquier pregunta indiscreta que quisieran.

—A mi esposa no le gustaba hablar al respecto —contestó Sean—, había problemas del pasado lejano que jamás se resolvieron. De cualquier forma, su madre, pobrecita, sufre de demencia. Según lo que contaba mi esposa, ella no siempre está segura de quién es o dónde está. Entra y sale de la realidad. Piensa que su esposo, quien lleva muerto una década, está vivo todavía. Si no fuera por la enfermera...

—Aun así —dijo la oficial Blanco—, la gente en problemas con frecuencia se dirige a su hogar de la infancia, su primer lugar de seguridad.

—Le puedo garantizar que mi esposa no está ahí. Ese, definitivamente, no era el lugar donde ella se sentía segura. Además, ¿por qué mi esposa estaría

en problemas?

¿Sería posible que Sean estuviera mintiendo? Emily nunca dijo que su madre tuviera mala salud. La única queja que alguna vez mencionó fue que su madre odiaba su marca de nacimiento debajo de su ojo y la había presionado para que se la removiera. Emily se había resistido —más que nada para desafiar a su madre—, pero el conflicto le había dejado un complejo sobre ese punto negro para toda la vida.

Yo siempre creí que nos decíamos todo.

Los policías no podían esperar a salir de ahí y escribir su reporte. O quizá solo estaban ansiosos por seguir besuqueándose en la patrulla. Nos dijeron que les avisáramos si sabíamos algo de Emily y que los detectives nos contactarían en un día o dos, si ella todavía no aparecía. ¿Un día o dos? ¿En verdad?

El timbre sonó otra vez. Era el sargento Molloy.

—Una cosa más —dijo como Peter Falk, en las repeticiones de *Columbo*. Casi me río—, espero que no esté planeando ningún otro viaje a Europa en el futuro cercano —le dijo a Sean.

—Estaré justo aquí —dijo Sean con frialdad—, quiero decir, en mi casa, cuidando a mi hijo.

Después de que escuché a la patrulla irse, dije:

—Supongo que todavía queremos ese trago.

—Definitivamente —respondió Sean.

Serví para cada uno un *bourbon* doble, y nos sentamos en la mesa de la cocina, dando sorbos, sin decir nada. Era casi agradable beber sin hablar, tener un hombre en la casa después de tanto tiempo. Pero después recordé por qué Sean estaba ahí. Y me sentí aterrorizada, otra vez.

—Quizá debas hablarle a su madre —dije.

Por lo menos estaríamos haciendo algo. Yo quería estar ahí cuando Sean llamara. O Emily había omitido información importante sobre su vida o le había mentado a Sean. O Sean le había mentado a la policía. Nada de eso tenía sentido. ¿Por qué él mentiría sobre algo así? ¿Por qué mentiría ella?

—Seguro —respondió—, vale la pena intentarlo. Al menos puedo hablar con la enfermera de su mamá.

Sean marcó. Yo quería pedirle que pusiera la llamada en altavoz. Pero eso

hubiera sido demasiado extraño.

—Hola, Bernice —comenzó—, detesto molestarte, pero ¿has sabido algo de Emily, de casualidad? Oh, por supuesto. Supuse que no. No, todo está bien. Creo que ella viajó por la compañía. Y yo acabo de llegar a casa. Nicky está bien, se quedó con una amiga. No quise alarmarte —hubo un silencio. Después Sean completó—: Claro, hablaré con ella si eso es lo que quiere. Estoy contento de escuchar que ella está teniendo uno de sus días buenos —otro silencio, después—. Buenas noches, señora Nelson. Espero que esté bien. Me pregunto si ha sabido algo de su hija —silencio—. Emily, no, eso pensé. Dele mis saludos si la ve. Y cuídese. Adiós, adiós.

Había lágrimas en los ojos de Sean cuando colgó. Y me sentí terrible por ser miserable y suspicaz. Sin importar cualquier sentimiento confuso que tuviera por Sean, Emily era su esposa. La mamá de Nicky. Sean la amaba. Y estábamos juntos en esto.

—Oh, esa pobre anciana —dijo Sean—, me preguntó: «¿Mi hija?, ¿cuál hija?».

Al escuchar eso casi me sentí feliz de que mi madre hubiera muerto de repente, misericordiosamente, antes de que tuviera que verla desaparecer en etapas.

—¿Y la cabaña familiar en el lago —pregunté—, al sur de Míchigan, donde pasaron tu cumpleaños? ¿Crees que ella pudo haber ido ahí?

Sean me lanzó una rápida mirada escrutadora, como si se preguntara cómo me enteré de la cabaña, como si él no quisiera que yo supiera de la cabaña. ¿No se acordaba de que yo cuidé a Nicky cuando él y Emily huyeron a su fin de semana romántico?

—De ninguna manera —dijo—, le encantaba estar ahí. Pero no sola. Nunca sola. Tenía miedo de que el sitio estuviera embrujado.

—¿Cómo embrujado?

—No lo sé —contestó Sean—, nunca le pregunté. Una vez ella dijo que estaba lleno de fantasmas.

Me pregunté qué tan cercanos habían sido Emily y Sean en su matrimonio si ella había dicho que la cabaña familiar estaba embrujada y él nunca le preguntó a qué se refería.

—Ella me dijo que sus padres habían sido distantes, controladores, gente

muy fría, y que los tiempos duros por los que pasó a sus veinte años fueron una reacción a lo que sufrió en un hogar sin amor. Siempre pensé que esa era una de las cosas que teníamos en común. Nuestras infancias fueron un desastre.

La desaparición de Emily y, supongo, el *bourbon*, le habían permitido a Sean —normalmente tan inglés y reservado— hablar conmigo con mayor libertad que nunca. De hecho, nunca habíamos intercambiado más que unas cuantas palabras, así que tal vez lo que quiero decir es: hablar con mayor libertad de la que yo *imaginaba* que él tendría. Quería decirle que mi infancia también había sido un desastre. Pero un tipo diferente de desastre. Mientras iba creciendo, mi infancia me parecía prolija y disciplinada. Fue hasta después cuando entendí qué tan desastrosa había sido.

Aunque no dije nada de eso. No solo porque había cosas sobre mí que Sean no necesitaba saber, sino también porque tenía miedo de parecer que estaba compitiendo contra él o contra Emily por quién tenía la infancia más desgraciada.

Una tarde, no mucho tiempo después, Sean me llamó para preguntarme si podía recoger a Nicky en la escuela. Los detectives le habían pedido que fuera a la comisaría en Sharon. Iba a salirse del trabajo para llegar pero no sabía qué tan rápido estaría en su casa.

Eran las seis cuando llegó a mi casa. Dos detectives lo habían interrogado, de nuevo un hombre y una mujer, los detectives Meany (¿en verdad ese era su apellido?) y Fortas. Me contó que parecían un poco más competentes que los policías que habían ido a mi casa aquella noche.

Al menos se tomaron la molestia de contactar a la policía en Detroit, que visitó a la mamá de Emily y recibió la misma respuesta que Sean. No, la señora Nelson no la había visto. No, la señora Nelson no tenía idea de dónde podría estar su hija. De hecho, más que nada hablaron con su enfermera. La señora Nelson tenía uno de sus «días malos» y apenas podía recordar el nombre de su hija.

Sean dijo que durante toda su conversación con los detectives sintió que ellos seguían las instrucciones de un libro de texto: *Entrevista con el esposo de la mujer desaparecida*. En todo caso, había sido agotador. Ellos le hicieron las mismas preguntas una y otra vez. ¿Sabía a dónde habría podido ir

Emily? ¿Su matrimonio era feliz? ¿Se peleaban? ¿Alguna razón por la que ella podría haber estado insatisfecha? ¿Alguna posibilidad de que ella tuviera un amante? ¿Alguna historia de alcoholismo o abuso de alguna sustancia?

—Les dije que ella experimentó un poco con las drogas. Igual que todos a los veinte años. Les sonreí, como un idiota. Pero me reía solo. Ellos no sonreían, por lo visto no se divirtieron a sus veinte años. Duró horas. El cuarto de interrogatorios era deprimente. Iban y venían. Igual que en esos programas de detectives de la BBC que siempre me han gustado y a Emily no. Y aun así... nunca sentí que de verdad sospechaban que yo había hecho algo. Para ser honesto, Stephanie, sentí que ellos no creían que Emily estuviera muerta. No sé por qué, cómo se atreven a asumir que saben cualquier cosa sobre nosotros. Sobre mi matrimonio. Pero tengo la impresión de que ellos piensan que Emily solo recogió sus cosas y se fue. Que huyó de casa. Decían una y otra vez: «En la ausencia de un cuerpo, en la ausencia de cualquier tipo de violencia...», mientras yo quería gritarles: «¿Y qué con la ausencia de Emily?».

—¿Qué hay con eso? —Yo había atendido a cada palabra de Sean, al mismo tiempo pensaba que su comentario sobre que a Emily no le gustaban los programas de detectives era la primera queja que le había escuchado sobre ella. Ella se quejaba mucho de él. Él no la escuchaba. La hacía sentir estúpida. Todas las esposas en nuestro pueblo podrían decir lo mismo sobre sus esposos. Yo podría haber dicho lo mismo sobre Davis.

Unos días después, la detective Meany llamó. Estaba agradecida de que Sean me hubiera prevenido sobre su apellido, así no me reí ni dije nada estúpido cuando ella se presentó. Me dijo que visitara su oficina cuando fuera conveniente para mí. Ellos trabajarían según mis horarios. Eso fue amable. Pero ¿fue mi imaginación el tono irónico ligeramente despectivo en su voz cuando dijo *horarios*?

Manejé hacia la comisaría de Sharon después de dejar a Miles en la escuela. Confieso que estaba nerviosa. Parecía que todos me miraban como si yo hubiera hecho algo malo.

La detective Meany y el mucho más joven detective Fortas me preguntaron las mismas cosas que a Sean, aunque, por supuesto, no me preguntaron sobre mi matrimonio con Emily. Lo que más querían saber es si

Emily era infeliz. Durante todo el tiempo en el que hablé, el detective Fortas miraba su teléfono, y dos veces envió mensajes que seguramente no tenían nada que ver conmigo.

Yo dije que ella amaba su vida. Jamás haría esto. ¡Una esposa y madre devota ha desaparecido y ustedes no han hecho nada! ¿Por qué yo era la única en defender a mi amiga? ¿Por qué su esposo no había dicho lo que yo estaba diciendo? Quizá porque Sean es inglés. Demasiado educado. O quizá sintió que este no era su país. Era mi responsabilidad.

—Está bien —el detective Fortas sonaba como si me estuviera haciendo un gran favor—, veremos qué podemos averiguar.

Ese fin de semana, los detectives aparecieron en la casa de Sean y Emily y preguntaron si podían registrar el lugar. Afortunadamente, Nicky estaba conmigo —jugaba con Miles—, así que Sean los dejó pasar. Mencionó que su búsqueda había sido provisional y breve. Sintió que casi eran policías estatales de verdad o vendedores de casas que querían comprar el lugar.

Le pidieron fotos de Emily. Él juntó unas cuantas fotografías que les entregó. Afortunadamente, me llamó antes, y yo le sugerí que no les diera ninguna en la que apareciera Nicky, él estuvo de acuerdo en que eso era buena idea.

Entre los dos les dimos a los detectives una descripción completa: el tatuaje en su muñeca, su cabello, el anillo de diamante y zafiro. Sean lloró cuando les dijo lo del anillo. Yo tuve que evitar contarles sobre su perfume. No parecía algo que uno le dice a un detective que sigue el rastro de una persona desaparecida. ¿Azucenas? ¿Lilas? ¿Monjas italianas? Muchas gracias por su ayuda, señora. Le llamaremos si la necesitamos.

Finalmente, la compañía de Emily despertó de su profundo letargo. Su silencio no era sorprendente. Ella era la voz pública de la compañía Dennis Nylon y, sin ella, nadie ahí sabía cómo hablar.

Dennis Nylon era el nombre punk de su jefe. Había surgido de la *street fashion* del punk, para convertirse en el más chic y costoso. Traía puesto su traje *skinny* negro, el traje Dennis Nylon unisex, apareció en el noticiero de las seis en punto para decir que ellos cooperaban y apoyaban completamente

los esfuerzos de los detectives por encontrar a Emily. Su querida empleada y su amiga valiosa. Traía puesta una corbata con el logo de la compañía, lo que (para mí) era de pésimo gusto. Pero quizá nadie más lo notó.

De hecho, lo que dijo fue: «Descubrir lo que le pasó a Emily Nelson». Parecía tan seguro de que algo le había pasado que me dieron escalofríos. En la esquina de la pantalla había un número para llamar si tenías cualquier información. Parecía un infomercial con un teléfono por si querías pedir esa corbata. Aun así, su aparición en la televisión atrajo más atención sobre el caso, al menos durante un tiempo. Los detectives me contaron que la compañía hizo una considerable donación al departamento de policía para inspirar a los detectives a esforzarse más.

La compañía Dennis Nylon se ofreció voluntariamente a hacer volantes y distribuirlos en la zona. Enviaron un autobús lleno de becarios de moda y, durante un día completo, nuestro pueblo fue invadido por un enjambre de jóvenes andróginos y esqueléticos, todos tenían cortes de cabello asimétricos y traían puesto un traje *skinny*, cargando montones de volantes, pistolas engrapadoras para los postes de teléfono y cinta de doble cara para las ventanas. *¿Ha visto a esta mujer?* Yo no estaba segura de *haberla visto* porque el retrato glamuroso de Emily —su cabello estaba perfectamente peinado, su marca de nacimiento borrada con Photoshop— se parecía tan poco a mi amiga que no estaba segura de que la hubiera podido reconocer. Ver la fotografía en todos lados me molestó y me reconfortó al mismo tiempo —era un recordatorio constante y angustioso de nuestra pérdida, que venía de la mano de un pequeño consuelo: al menos alguien estaba haciendo algo—.

Así que, algo o alguien levantó las nalgas de los detectives Meany y Fortas para que fueran a consultar a los *geeks* que vigilan la transmisión de circuito cerrado. Ellos siguieron el rastro de Emily hasta el aeropuerto JFK, donde se despidió de Sean con un beso. Pero ella nunca se registró en el vuelo a San Francisco en el que tenía una reservación. Ni yo ni Sean sabíamos que ella pensaba marcharse al oeste.

Sean había supuesto que ella iba hacia la ciudad, y que se había ido en el auto para pasar tiempo con él y despedirse. Después de eso, pensó, iría a trabajar. La gente en la compañía Dennis Nylon no sabían nada del viaje de negocios a la costa oeste.

Las cámaras de seguridad la grabaron saliendo de la terminal, después entrando a una agencia de autos donde rentó un sedán grande de cuatro puertas. Tomó lo primero que le ofrecieron, un Kia blanco. Los agentes interrogaron al agente de servicio de autos, pero él no recordaba nada excepto que Emily estaba convencida de no querer un GPS. Eso no le había parecido inusual. Mucha gente no quiere pagar más por un sistema de navegación cuando ya tiene uno en su teléfono.

Eso me pareció coherente a mí. Emily tenía un gran sentido de la ubicación. Cuando íbamos a cualquier lado, incluso a la alberca del pueblo, yo conducía mientras ella buscaba la ruta en su teléfono. Sabía cómo descifrar si había tráfico, aunque nunca había tráfico en nuestro pueblo, salvo que te dirigieras a la estación del tren en la hora pico. Cosa que yo nunca hago y ella hacía cinco días a la semana.

¿A dónde iba en ese auto? ¿Por qué no me escribió o me llamó?

Buenas noticias: los brillantes detectives descubrieron que la compañía de autos rentados tenía un pase corporativo EZ, y lo rastrearon hasta una caseta de peaje, a trescientos kilómetros al oeste de Manhattan, en la autopista a Pensilvania. Malas noticias: ahí fue donde perdieron su rastro. Parece que Emily dejó la carretera y tomó caminos de terracería, tiró su celular y desapareció del mapa. Entró en una zona sin cobertura telefónica.

Sean y yo les pedimos a los detectives que alertaran a la policía local y estatal cercanas donde ella fue vista por última vez, pero ya lo habían hecho. Si ella quiso huir de casa, podría estar en cualquier lado. Había muchísimas zonas sin cobertura en los caminos de terracería. Ellos tendrán que esperar a que aparecieran pistas nuevas.

Zona sin cobertura. Solo decirlo me da escalofríos.

La siguiente sorpresa fue que Emily había retirado del banco dos mil dólares en efectivo. Eso definitivamente sugiere que estaba planeando algún tipo de viaje.

No puedes sacar tanto de un cajero, al menos no en nuestro pueblo. La policía dijo que el material grabado con las cámaras de circuito cerrado del banco la mostraba en la ventanilla, sola. En varios días sucesivos. Parecía

posible (para mí que soy paranoica) que un delincuente o secuestrador de autos estuviera esperándola afuera, amenazándola con lastimar a su familia o a ella si pedía ayuda. Nunca pude entender por qué los policías no se tomaron en serio esta posibilidad. ¿No veían las noticias? Mamás inocentes son secuestradas de los estacionamientos de las plazas prácticamente todos los días.

Sean le dijo a su compañía que no podía viajar hasta que su esposa apareciera y ofreció ausentarse sin goce de sueldo. Pero ellos entendieron y lo emplearon por medio tiempo. Le asignaron un proyecto local para que pudiera trabajar desde casa con viajes ocasionales de Connecticut a la ciudad.

Para Sean lo más importante era Nicky. Tan cariñoso y tan presente que era hermoso verlo. Llevó a Nicky a la escuela todas las mañanas y todas las tardes fue a recogerlo. Tenía pláticas frecuentes con la maestra Kerry, en parte para mantenerla al tanto del progreso de la investigación, aunque probablemente ella ya sabía todo o, al menos, bastante.

Al principio había un poco de publicidad, sobre todo gracias a Dennis Nylon. ¡Una madre de Connecticut desaparece! Sean, el valiente esposo angustiado, apareció en la televisión y les pidió a todos los que hubieran visto a Emily que, por favor, contactaran a las autoridades. Él fue completamente convincente, y yo estoy segura de que todos le creyeron. Pero solo apareció en el noticiero local, ya nuestra historia había perdido atención desde el segmento protagonizado por Dennis Nylon.

Cuando los detectives descubrieron que Emily había rentado un auto y realizado un considerable retiro de dinero, el caso les pareció aún más una historia sobre una esposa que huye de casa. El interés de los medios de comunicación eventualmente se perdió, y los reporteros cambiaron de noticia. La coartada del esposo lo dejaba fuera de sospecha. No había pruebas nuevas ni pistas ni evidencia y Emily continuaba desaparecida.

Si Nicky no se ha derrumbado es por nosotros. Sean y yo hemos trabajado juntos. Nicky y Miles se han reunido muchas veces para jugar. Le di a Sean el nombre del terapeuta con quien llevé a Miles después de que murieron su padre y su tío, cuando Miles constantemente se escondía en lugares públicos para que no pudiera encontrarlo, y después se reía cuando yo me volvía loca de preocupación. El terapeuta me dijo que muchos niños

juegan a eso. Dijo que los niños siempre nos están probando. Así es como ellos aprenden. Yo no debía adjudicárselo a la muerte de su padre y de su tío, aunque obviamente eso había sido extremadamente traumático.

Me recomendó pedirle calmadamente a Miles que dejara de esconderse, y él lo haría. Dijo que Miles era consciente. Me gustó escuchar eso, igual que me gusta la sensación que tengo ahora: que Sean y yo estamos haciendo todo lo que podemos para que Nicky supere esto lo antes posible. No que esto pueda ser fácil.

Miles dejó de esconderse, y ahora me digo a mí misma que Nicky estará bien. Superaremos esto juntos.

Hemos mantenido a Nicky lejos de los reporteros. Su fotografía nunca apareció con las de Emily y Sean. Él se quedó en mi casa durante esos primeros días, cuando su papá tenía entrevistas con la gente de los medios de comunicación y reuniones con los detectives.

El auto rentado nunca fue localizado. Sean tuvo que llenar una tonelada de papeleo para que Emily fuera declarada desaparecida, lo que anuló el convenio de la renta del auto. Creo que lo ayudaron los abogados de la firma en la que trabaja.

Sean y yo somos un equipo. Nicky es nuestro proyecto. Tenemos largas conversaciones cuando Sean trae a Nicky a jugar con Miles, y cuando nos encontramos afuera de la escuela en las tardes. Le brindo a Sean mi apoyo y lo aliento a insistirle a la policía para que siga buscando a Emily. Los dos estamos de acuerdo en que es muy pronto para decirle a Nicky que su madre podría estar muerta, o tan solo sugerirlo. Nicky lo preguntará cuando quiera saberlo, y nosotros le diremos que todavía hay esperanza.

Hasta que no la haya.

Antes de que Emily desapareciera, no había pasado tiempo con Sean. Quizá si Davis viviera hubiéramos sido amigos todos. Podríamos haberlos invitarlos a cenar a la casa. Pero Davis llevaba dos años muerto cuando conocí a Emily. Parecía que Sean siempre estaba en el trabajo o en viajes de negocios, así que Emily y yo tuvimos una amistad únicamente entre mamás.

Aunque ahora para mí es difícil de creer, no me caía bien Sean. Supongo

que lo vi como un chico británico de fraternidad, esnob y de clase alta; un maestro del universo *wanna be*. Alto, guapo, con propiedades, seguro de sí mismo, para nada mi tipo. Él trabaja en un auténtico departamento de bienes raíces de una gran firma de inversiones en Wall Street. Aunque todavía no estoy del todo segura de lo que implica su trabajo.

Siempre es una bendición cuando descubres que una persona es más agradable de lo que creías. Desearía haber descubierto eso de Sean sin que Emily tuviera que desaparecer.

Emily solía quejarse de él. Ella decía que él nunca estaba en casa, le dejó todo el cuidado del niño a ella, no respetaba su inteligencia, la criticaba, la hacía sentir frágil e irresponsable, él no apreciaba lo mucho que ella hacía, no valoraba su aportación a la familia, no solo en términos del cuidado del niño sino tampoco financieramente. No tenía respeto por lo que hacía en su trabajo. Él pensaba que la industria de la moda no era más que un pedazo de pelusa lucrativa. A ella le gustaban los libros y a él la televisión. A veces —y Emily solo decía esto después de la segunda copa de vino— ella pensaba que Sean no era ni remotamente tan inteligente como él suponía. Al menos no tan inteligente como ella pensó que era cuando lo conoció.

Lo que sí mencionó fue que el sexo con Sean era increíble. Tan bueno que le cambió la vida. Me dijo que gracias al sexo lo demás se volvió menos importante. El sexo tan bueno que cambia la vida es otra de las cosas que intenté no envidiar de la vida de mi mejor amiga.

De cualquier manera, afirmó Emily, Sean no la engañaba ni bebía ni apostaba ni la violentaba, no hacía ninguna de esas cosas que los esposos terribles hacen. La verdad es que me gustaba cuando Emily se quejaba de su matrimonio. Yo amaba a Davis con todo mi corazón y mi alma. Aún lo extraño todos los días. Pero no era porque no hubiéramos tenido problemas. Todos los matrimonios los tienen, y las presiones y demandas de criar a un niño pequeño no ayudan.

Con frecuencia Davis me hacía sentir estúpida, incluso cuando estaba segura o casi segura de que esa no era su intención. Él sabía mucho sobre arquitectura y diseño y tenía muchas opiniones, llegó a un punto en el que, cuando íbamos a una tienda, yo tenía miedo de decir si me gustaba eso o no me gustaba aquello, por temor a la mirada fulminante que me aventaba

(inconscientemente, lo sé) si no estaba de acuerdo. Lo que sucedía casi siempre. Era un poco aburrido.

Pero como lo he bloqueado tantas veces, ser viuda significa que, a menos de que estés en un grupo de ayuda —yo nunca he estado en uno, aunque entiendo que muchas mujeres los encuentran útiles—, ninguna de las mujeres casadas que conozco mencionan a su marido, ni siquiera para quejarse. Supongo que tienen miedo de hacerme sentir peor porque no tengo ningún marido del cual quejarme. Como si fuera necesario escuchar a una mujer quejarse de que su marido ronca para que yo extrañe a Davis.

No me gustó mi conversación con Sean cuando lo localicé en Inglaterra, cuando Emily no pasó a recoger a Nicky. Él sonó no solo adormilado sino molesto. Bueno, discúlpame porque tu esposa desapareció. Perdón por despertarte. Él no parecía saber quién era yo, aunque fingió con esa manera británica, falsa y educada. Oh, Stephanie, sí claro.

Tuve la sensación de que Sean no recordaba haberme conocido, lo que no era muy halagador. He bloqueado sobre cuánta gente (en su mayoría, pero no únicamente, hombres) puede diferenciar a una mamá de otra, quizá porque la única cosa que ven es una carriola. Cuando Sean dijo que Emily había planeado estar fuera por trabajo durante unos cuantos días, lo dijo como si yo fuera la irresponsable.

Sean no tomó la desaparición de Emily con seriedad hasta que regresó a casa desde Inglaterra y ella no estaba ahí. Y en ese momento manejó directamente a mi casa. He bloqueado sobre cómo verlo a él y a Nicky en mi casa hizo que la ausencia de Emily finalmente fuera real.

Pero definitivamente no bloqueé sobre cómo Sean es mucho más alto, mejor parecido y atractivo de lo que recordaba. Para ser honesta, me siento desleal siquiera de notarlo.

Él pensó que ella estaría en Minnesota, pero ahora se preguntaba si le había dicho que iría a Milwaukee.

«Lo siento, soy inglés», aclaró Sean. ¿Significa que no se podía esperar que él pudiera diferenciar dos ciudades del medio oeste que empezaban con *M*? Tuve la intuición de que sacaba su cuento de «lo siento, soy inglés» cada vez que no estaba poniendo atención. Su esposa estaba en alguna ciudad del medio oeste pero él no sabía en cuál.

Esto es todo lo que tengo que decir: no estaba predispuesta a que él me gustara. Pero como Emily desapareció, yo empecé a respetarlo y a simpatizar con él. Se siente bien hablar sobre Nicky. Me gusta saber que Sean confía lo suficiente como para preguntarme lo que pienso sobre cómo está su hijo, sobre lo que él debería decirle a Nicky. Me parece un cumplido porque debe significar que él admira cómo he criado a Miles.

Hay algo *sexy* en permanecer en un estado de armonía perfecta y comprensión con un papá soltero extremadamente guapo. Lo que lo hace menos *sexy* es que no se trata de un papá cualquiera, sino del marido de mi mejor amiga desaparecida.

Si quiero tener la conciencia tranquila, si quiero seguir pensando que soy un ser humano decente, y no un monstruo, tengo que hacer todo lo posible por ignorar, por resistir, por ni siquiera reconocer la chispa entre nosotros. Lo que también es *sexy*, a su manera, así que hay un dilema, una de esas cosas de las que una no bloguea, al menos no si estás en tu sano juicio.

Supongo que es por eso que sigo pensando en el día en que Chris apareció en la casa de mi mamá, pues estar cerca de Sean me recuerda el día en que mi medio hermano entró a mi vida. Es la misma sacudida de atracción a alguien inapropiado. Alguien muy inapropiado. Esa emoción de excitación pura.

A mí me gustaba el tipo que salía en la fotografía de bodas de mis padres. Y ahora me atraía el esposo de mi amiga. No habría escogido a estos hombres, pero así sucedió. ¿Eso me convierte en una perversa o en una criminal, o simplemente en una mala persona?

Post en el blog: *Una noticia tras otra*

¡Hola, mamás!

Antes que nada, quiero agradecerles a las mamás de todos lados por sus palabras de empatía, amor y apoyo. Es en tiempos de crisis como este en el que nos cuidamos y hacemos que nuestras voces sean escuchadas. Las mamás silenciosas que han estado leyendo el blog y los comentarios sin decir nada, ahora escriben que sus plegarias están conmigo y con Sean, Nicky y Miles. En este momento de tristeza sería repugnante y vulgar decirles cuántas visitas en el sitio he tenido durante las últimas semanas.

Mientras tanto, me siento como la mala amiga que te deja plantada cuando la necesitas, o cuando estás preocupada por ella y quieres saber lo que está pasando. No he publicado nada durante un tiempo, aunque sé lo preocupadas que han estado. Pero mi vida se ha convertido en un caos, ya que he luchado por mantener la búsqueda de mi amiga y trabajado junto a su esposo por hacer que su hijo pequeño se sienta lo más seguro posible, dadas las circunstancias.

Sé por sus mensajes que muchas de ustedes seguían la historia de Emily mientras aparecía en las noticias. Sean y yo pusimos un alto cuando alguien sugirió hacer uno de esos terroríficos «reportajes de investigación» para la televisión. Sería demasiado traumático para Nicky si alguna vez lo encontrara en YouTube. Incluso cuando sabemos que esos *shows* algunas veces han logrado localizar a una persona desaparecida.

Algunos de ustedes podrían pensar que la razón por la que estoy escribiendo esto es por lo que han leído en los periódicos o han visto en la televisión. A lo que me refiero es a que un nuevo elemento (¡dinero!) ha hecho que las autoridades se interesen más en nuestro caso de lo que estaban cuando solo se trataba de la historia de una esposa y una madre hermosa que dejó el trabajo un día y nunca regresó a casa.

Como algunos de ustedes probablemente han escuchado, solo un mes

antes de la desaparición de Emily, una póliza de seguro de vida con valor de dos millones de dólares fue contratada a su nombre, pagadera a Sean.

Mamás, ¿ven lo que está pasando aquí? La vida real empieza a parecerse a uno de esos titulares de los programas de la televisión, un guion que probablemente no se pueda volver a realizar porque se ha hecho demasiadas veces. Esposo que se queda con la megapóliza de seguro. Esposa desaparece.

Antes de que se descubriera lo de la póliza, la policía interrogó a Sean. Brevemente. Procedimiento estándar. El esposo siempre es el principal sospechoso, como todo el mundo que tiene una televisión lo sabe. Pero su coartada funcionó a la perfección.

Él estaba en Inglaterra, donde prácticamente cada momento de su día es vigilado y grabado por cámaras de seguridad. Su hotel arrogante se rehusó a cooperar, pero cuando alguien de la embajada insistió, el hotel entregó el video que mostraba a Sean al entrar y salir de su cuarto de hotel. Hay un video de la noche en la que Emily desapareció, en el que se ve a Sean bebiendo un trago en el bar del hotel con una pareja de constructores, a la que él fue a conocer a Inglaterra. Y después se fue a dormir. Solo.

Que la póliza de seguro de vida de Emily tardara tanto en conocerse demuestra el nivel de eficiencia con el que estamos lidiando aquí. Mamás, ustedes ya lo saben si han intentado llenar una reclamación o registro de seguro de vida para sus hijos en el kínder. Cuando la policía por fin se enteró, los agentes regresaron para mirar —suspicaamente— a Sean.

La verdad es que Sean se olvidó de la póliza porque ha estado bajo mucho estrés. Lo que en mi opinión prueba que él es inocente. ¿Qué tipo de asesino de esposas a sangre fría saca una póliza y luego se olvida de ella? ¿En serio? Pero la policía lo entendió todo al revés. Creyó que esto sugería que él es culpable, que está fingiendo haberla olvidado, porque la verdad se ve muy mal. ¿Qué está pensando la policía? ¿Que Sean retiró la póliza y contrató a alguien para matar a su esposa? ¿Que él y yo estamos juntos en esto?

Nada de eso sucedió.

Quizás ustedes, mamás, me perdonen por no haber publicado en tanto tiempo, ahora que saben lo mucho que ha pasado en mi vida, empezando por este desafortunado y exasperante evento. Dos veces la policía ha detenido a Sean sin tener una orden de arresto. ¿Hay justicia en este país? ¿No tenemos

leyes en contra de esto? Incluso cuando uno conoce sus derechos, tiene dinero y un excelente abogado como el que tiene Sean, y el respaldo de una firma de Wall Street, eso no es suficiente para ahuyentar al anticuado sentido común de estos detectives de pueblos pequeños.

Cada vez que Sean es llevado a la estación de policía, Nicky, que ha sido un soldadito valiente hasta ahora, se pone inconsolable y yo tengo que manejar hasta su casa sin importar la hora que sea, día o noche, cargarlo y traerlo a casa, arrullarlo hasta que se queda dormido en mi regazo y acostarlo en la litera de Miles. A veces me quedo de pie en el umbral del cuarto, los observo mientras duermen y escucho sus ronquidos dulces y mocosos, y pienso qué angelicales son nuestros niños, lo mucho que confían en nosotros, y cómo —por más que lo intentemos— no hay manera de que podamos protegerlos de los horrores que la vida puede tener reservados para ellos.

De cualquier manera, este parece un buen momento para regresar a bloguear y decirle a las mamás que un hombre inocente está siendo perseguido y acosado. Es difícil para mí explicar cómo estoy tan segura de que él es inocente. Pero lo sé. Lo sé con todas las células de mi cuerpo. Durante este tiempo lleno de ansiedad en el que Emily ha estado ausente, Sean y yo hemos trabajado juntos para mantener nuestra moral, para mantener la búsqueda activa y, más importante, para fortalecer el ánimo de un niño valiente.

Ustedes, mamás, entienden que no ha sido fácil para Miles. Saber que la mamá de su mejor amigo pudo desaparecer lo hizo (¡obviamente!) un poco dependiente. Está reacio a quedarse a dormir en casa de Nicky. Pero una vez que supera la ansiedad de la separación, le encanta.

Muchas veces me he alejado de la casa de Emily (todavía pienso que es así) con los sollozos de mi hijo resonando en mis oídos. Pero sé que Miles estará bien. Se divertirá. Y la razón por la que sé esto es por la cercanía y confianza que he sentido, durante estas semanas difíciles, con el papá de Nicky. ¿Ustedes creerían que dejaría a mi hijo con un sospechoso del que se tuviera evidencia creíble en una investigación por asesinato?

De todas formas, no se ha cometido ningún asesinato. Lo que sigue destruyendo el caso inexistente de la policía es la ausencia de un cuerpo o cualquier evidencia de algo sucio. Primero, Emily estaba manejando en

Pensilvania, después ya no. No hay nada que indique que ella no se levantó un día y decidió que estaba harta de la maternidad, de la industria de la moda, de Connecticut, de Sean. De todo el paquete. Incluso de Nicky. Es posible que ella dejara todo para empezar una nueva vida, bajo otro nombre. Los policías dicen que pasa todo el tiempo.

¡Esta no es la amiga que creía conocer! Pero si Sean resultó ser lo opuesto a lo que yo pensaba, ¿no podría pasar lo mismo con Emily? Es una locura descubrir que estabas tan equivocada sobre alguien. Es difícil saber qué sentir. ¿Debería estar enojada con ella?, ¿conmigo? ¿Debería sentirme traicionada?, ¿engañada? Honestamente, solo me siento muy triste.

Para terminar este *post* en un tono menos melancólico, dejo una liga a la publicación en la que hablo sobre mi amistad con Emily. La escribí cuando todavía la llamaba E. Pero ahora ya saben a quién me refiero, aunque empiezo a pensar que quizá nunca supe quién era realmente ni lo que yo significaba para ella. O si después de todo, era realmente mi mejor amiga.

Esto me va a hacer llorar.

Pero de todas formas lo voy a publicar.

Con cariño,
Stephanie

(Liga a la publicación del blog: *Amigas para siempre*)

¿Qué es lo que nos impide a las mamás volvernos amigas de verdad? ¿Estamos resentidas con otras mamás porque siempre terminamos hablando de nuestros hijos como si ya no tuviéramos necesidades o deseos propios? ¿Otras madres nos hacen sentir culpables por pensar en otra cosa que no sean nuestros hijos? ¿O somos demasiado competitivas con otras mamás? ¿Cómo podemos ser amigas de alguien que nos dice que su bebé de nueve meses ya camina mientras que el nuestro de diez ni siquiera ha empezado a gatear?

No quiero mentir sobre lo solitaria que me sentía al quedarme en casa a cuidar a mi hijo. Hasta ese momento vivíamos en la ciudad. Yo tenía un trabajo en una revista para mujeres, escribía comercialmente sobre nuevos diseños de muebles y decoración, detalles y atajos domésticos, trucos para almacenar cosas, para remover manchas, ese tipo de cosas. Ahora que tengo una casa, no puedo recordar ni un detalle útil.

Mi esposo insistió en que la ciudad no es un sitio para criar a un niño. Él se esforzó en persuadirme y al final lo entendí. Pensé que vivir en los suburbios —de hecho, en el campo— sería divertido y así ha sido. En el momento en que mi esposo vio nuestra casa se enamoró de ella, aunque de nuevo al principio yo no pude ver su potencial. Otra vez me convenció y ahora me gusta más de lo que puedo expresar.

Pasé por un momento de locura justo después de mudarnos. Olvidé quién era yo. Lo único que me importaba era convertirme en una súperesposa y una súpermadre. Estaba viviendo en una pesadilla de los cincuenta. Hacía mis propias papillas de verduras y frutas crudas. Cocinaba cenas sofisticadas para mi esposo que estaba demasiado cansado para comer cuando regresaba del trabajo, o estaba lleno porque había salido a comer algo muy elaborado cuando yo había comido las sobras de la cena de la noche anterior. Y aunque intentaba ser comprensiva y paciente, peleábamos.

Tan pronto como mi hijo fue lo suficientemente grande, lo inscribí en todo tipo de cursos y actividades. Yoga para bebés. Danza para bebés. Clases de natación. Lo hacía para que aprendiera, se divirtiera y conociera a otros niños. Pero yo también quería conocer a otras mamás, hacer amigas, encontrar a mujeres cariñosas que tuvieran las mismas emociones confusas, las mismas recompensas y retos que los míos.

Pero nunca pude empezar nada con las mamás de Connecticut. Todas cerraban filas, estaban a la defensiva, habían regresado a ser las chicas malvadas que fueron en la preparatoria. Cuando yo intentaba iniciar una conversación se veían unas a las otras y prácticamente entornaban los ojos. Me miraban el tiempo suficiente para parecer amables, después continuaban hablando entre ellas.

Fue por eso que empecé este blog, para ponerme en contacto con otras mujeres que se sienten aisladas, mamás de todos lados que están lidiando con las demandas de la crianza. A algunas de ustedes les puede parecer extraño que una mamá que no puede hacer amigos en el mundo real empiece un blog en el que aconseje y comparta con amigos del mundo virtual. Pero lo que me ayudó a superar esto fue darme cuenta de que yo no podía ser la única mamá que no tenía amigos y se sentía sola.

Ser viuda hace que todo, incluida la maternidad, sea más difícil. Mi esposo se ha marchado. Él es lo primero en lo que pienso cuando despierto en la mañana; lo último antes de dormir. No, no lo primero. Siempre hay unos cuantos segundos de dicha cuando me despierto y olvido y me siento casi bien, después me doy cuenta de que su lado de la cama está vacío.

Meses después del accidente creí que iba a morir de pena. Y quizás hubiera hecho algo estúpido —lastimarme irreversiblemente— si no hubiera tenido a mi niño pequeño que me aventaba el salvavidas de su amor para evitar que me hundiera.

Mi hermano se había marchado también, así que no podía depender de él. Y esa era otra forma de pena. Me hice experta en las diferentes variedades del dolor.

Mi mamá había muerto, no mucho tiempo después que mi papá. Y yo no quería irme como ella lo hizo: con el corazón roto. No había nadie con quien pudiera hablar. Mis amigos en la ciudad habían continuado con sus vidas,

algunas veces pensaba que me menospreciaban porque me casé y tuve un hijo, cedí y me mudé a los suburbios.

Todo el mundo en nuestro pueblo sabía del accidente que mató a mi marido y a mi hermano. Hubiera engordado veinte kilos si me hubiera comido todos los guisados y bocadillos que trajeron, todos los pasteles que dejaron en mi puerta. Pero después de un tiempo fue como si un efecto de rebote se estableciera. La gente empezó a evitarme, como si la tragedia fuera contagiosa.

Lo superé. Bloguear me ayudó mucho, así como ayudaron las respuestas de las mamás alrededor del país y eventualmente del mundo: inteligentes, valientes, mujeres aliadas. Incluso conocí la opinión de unas cuantas viudas y nos desahogamos virtualmente. ¿Qué hacían las mamás antes de Internet?

Y luego, unos cuantos meses después de que mi hijo entrara al kínder, conocí a E.

Era una tarde lluviosa de un viernes demasiado caluroso para ser octubre. Habíamos ido a recoger a los niños de la escuela. Yo había olvidado mi paraguas y esperaba bajo la lluvia, a diferencia de las otras mamás que no salían de sus autos si creían que una nube amenazaba sus alaciados de salón. E. me llamó con un gesto hacia donde ella estaba, bajo el roble en donde siempre esperaba a su hijo. Tenía un paraguas enorme, lo suficientemente grande para mantenernos secas a las dos. Era un paraguas muy peculiar, de plástico transparente sobre una capa de líquido de algún tipo en el que nadaban felices patos amarillos de caricaturas.

Yo la había visto ahí antes. La había notado porque siempre se veía más natural y real de lo que se esperaba de una mujer que se viste con ropa tan costosa.

Dijo que su nombre era E. antes de decir que era la mamá de N. Su hijo estaba en el mismo grupo que el mío, eran amigos. Así que inmediatamente tuvimos algo en común. Los niños habían resuelto eso.

A diferencia de las otras mamás con miradas furtivas, ella me miró directamente a los ojos. Y yo sentí que en verdad me miró.

«Quizá debería bloguear sobre traer siempre un paraguas», dije. Y pude notar que se interesó en que yo blogueara.

—Toma este, quédatelo, es único. Un prototipo. Mi jefe mandó a hacerlos

para la gente de la franquicia pero no le gustó y canceló la orden —dijo.

—No puedo aceptarlo —respondí—. Especialmente si es el único que existe.

—Por favor —insistió—, tómalo. Mira, ¿estás ocupada esta tarde? Por qué no vienes a nuestra casa, está cerca. Los niños pueden jugar. Les puedo hacer chocolate caliente. Nosotras podemos tomar una copa de vino. Mi esposo no estará en casa por un par de horas.

La seguí en mi auto hacia su casa, a unos cuantos kilómetros de la escuela. Su casa parecía sacada de una revista, aunque mucho más elegante y de buen gusto que las que aparecían en la revista que yo trabajaba. Era una gran casa vieja georgiana, bastante amplia y llena con muebles de la calidad de los museos de la mitad del siglo XX. De las paredes colgaban pinturas y grabados de artistas famosos como Alex Katz.

Sobre un mantel había una fotografía de dos niñas gemelas. No diré quién era el artista porque nunca menciono los nombres de gente conocida en este blog. Pensé que era una elección extraña tener esa foto en el centro de la sala. Pero E. estaba orgullosa de ella y era mucho más interesante que todo lo que he visto en nuestro pueblo. Para tratarse de una casa en la que vivía un niño pequeño, el lugar estaba extremadamente limpio, casi como si fuera un escenario. Me sentí aliviada cuando comprobé que el cuarto de su hijo estaba tan desordenado como el cuarto del mío.

E. dijo que la sirvienta, M., era la responsable de mantener las cosas en orden. Dijo que no sabía qué haría sin M.

Las elecciones de E. para decorar su casa hubieran complacido a mi esposo. Cada tenedor y cuchillo, cada vaso, cada disposición y cada servilleta habían sido escogidos con reflexión y cuidado. Me asombra la gente así. Cómo saben exactamente qué comprar y cómo hacer que sus casas luzcan perfectas. Mi esposo tomó esas decisiones por nosotros, y yo estoy contenta de haberlo dejado. Mi mamá hubiera puesto fundas de plástico sobre los sofás, igual que su propia madre, si mi papá y yo no nos hubiéramos burlado.

Los niños se fueron a jugar. E. y yo abrimos una botella de vino, y empezamos la conversación que se ha mantenido a lo largo de nuestra amistad.

Se había mudado aquí un año atrás. Su esposo, un inglés, trabajaba en

Wall Street. Ella, su esposo y su hijo solían vivir en Uper East Side. Pero no pudo soportar a las otras mamás, las reuniones, la competencia constante por quién tenía más dinero y la ropa más sofisticada, por quién iba de vacaciones a hoteles para esquiar más exclusivos e islas caribeñas. Así que ella y su esposo esperaban que la vida en el campo fuera menos estresante para ellos y más saludable para su hijo. Y estaban en lo correcto. Creo.

Cuando me preguntó en qué trabajaba mi esposo y vio la expresión de mi rostro, antes de que yo dijera una palabra añadió: «Oh, lo siento tanto». Se dio cuenta de que algo terrible había pasado, pero se había mudado muy recientemente como para haber escuchado del accidente. Así que me sentí que estaba empezando otra vez desde cero y que podía escoger dónde, cuándo y qué quería contar de la catástrofe.

Era justo antes del Día de Gracias cuando le conté. E. y yo estábamos viendo a los niños recortar pavos de cartón y pegar plumas de hojas sobre ellos cuando le narré mi historia trágica. Empezó a llorar por mi pérdida, lágrimas de empatía y pena. Me dijo que le gustaría poder invitarme a pasar el Día de Gracias pero que usarían el periodo de vacaciones de su hijo para visitar a su suegra en Inglaterra.

—Está bien —dije—, Miles y yo estaremos aquí cuando regresen.

Y así ha sido desde entonces. Admiro a E. por trabajar mucho y ser una mamá fabulosa, por intentar ser una buena esposa y una buena amiga, y por hacerlo no solo con gracia sino también con glamur. Yo sé que ella admira mi blog. No había tenido una amiga así desde la primaria. Solo algunas personas —las afortunadas— tienen el regalo de la amistad, y resulta que ambas lo tenemos. Terminamos las oraciones de la otra y reímos de las mismas bromas. Nos encantan las películas de Fred Astaire y Ginger Rogers. Leo o intento leer las historias de detectives que le fascinan, si no son demasiado siniestras. Toda mi vida parece más viva. He tenido más paciencia conmigo y con mi hijo cuando puedo compartir con otro adulto las satisfacciones de mi vida cotidiana y mis preocupaciones.

En la superficie nos debemos ver muy diferentes. E. tiene un corte de cabello moderno y costoso. Yo me corto el cabello con una encantadora muchacha en el pueblo que solía trabajar en la ciudad, pero a veces pasa tanto tiempo antes de que me corte el cabello que parece que me lo corto sola. E. se

viste con ropa de diseñador, incluso los fines de semana. Mientras que yo pido cosas cómodas —faldas largas y vestidos— por Internet. Aun así, debajo de todo eso, en un nivel mucho más profundo, E. y yo somos parecidas.

Naturalmente, ella lee mi blog y elogia mucho mi escritura. Por la valentía y generosidad con las que estoy dispuesta a compartir la sorprendente aventura de la maternidad. Le cuento cosas que ni siquiera le dije a mi esposo. Es una gran emoción: soltar las cosas después de tenerlas tanto tiempo embotelladas. Saber que hay alguien que entenderá y que no juzgará.

Tener una amiga como E. ha hecho que recupere mi fe en nuestros súperpoderes: la habilidad que las mamás tenemos para cuidarnos entre nosotras. Podemos ser amigas. Verdaderas amigas.

Quiero dedicar este blog a mi mejor amiga, E.

Así que es para ti, E.

Con cariño,
Stephanie

Stephanie:

Cuando puse el *link* al *post* del blog sobre cómo me hice amiga de Emily no quería leerlo, pero no pude evitarlo. Justo como temía, me hizo llorar.

Ahora recuerdo un detalle en el que no puse atención en ese momento. Emily me explicó que el paraguas que me dio —el paraguas con patos que ahora he colocado en el ropero trasero, porque el recuerdo de esos primeros días es muy doloroso— era único. Esa tarde, al llegar a su casa me di cuenta de que en el vestíbulo principal había un perchero con una docena de paraguas iguales. Parecía casi como una pieza de arte. Por supuesto que no le pregunté sobre eso, después de todo nos acabábamos de conocer. Y luego se me olvidó. Pero ahora me pregunto. ¿Desde ese momento la entendí mal, la escuché mal? ¿Ella estaba mintiendo sobre el paraguas? ¿Por qué diría una mentira que, al minuto, en cuanto yo entrara por la puerta quedaría al descubierto?

En cualquier caso, eso fue lo que menos me molestó. Al leer el *post* me sentí horriblemente culpable. Porque me estaba empezando —nada más que empezando— a enamorar del marido de Emily.

Existe un momento en la vida en el que estás muy segura de que vas a tener sexo con alguien, aunque todavía no suceda. Todo está impregnado de deseo. Todo se siente como el espeso aire caliente que pesa mucho sobre la piel en el día más pantanoso del verano. Especialmente cuando es alguien con quien, por muchas buenas razones, no debes tener sexo.

Quizás un problema del matrimonio es que nunca se tiene ese sentido de anticipación, esa acumulación gradual del deseo. Algún día le explicaré a Miles todas las razones por las que no es bueno tener sexo en la primera cita. Como lo hicieron su mamá y su papá. Aunque no le contaré los detalles.

Mi primera cita con Davis ni siquiera fue una cita. Se suponía que se trataba de una entrevista. Nos vimos en una cafetería en Tribeca, cerca de su estudio. Su compañía se llamaba Davis Cook Ward, que era su nombre, su

nombre completo. Su carrera como diseñador y arquitecto iba extremadamente bien. Proyectaba casas para gente rica y, para divertirse, diseñaba hermosos muebles económicos de jardín hechos con materiales reciclados. Diseñó unos muebles de madera que serían exhibidos en la revista para la que yo trabajaba. Tomamos café, después comimos, después fuimos a su *loft*, donde nos quedamos hasta la mañana siguiente, cuando tuve que regresar a mi apartamento en East Village para cambiarme de ropa e ir a la oficina.

Mi relación con Davis fue cómoda. Fue divertida. Fue fácil. Pero nunca hubo un momento en el que haya sentido que podría morir si no lo tenía. Quizá porque ya lo tenía. La larga, lenta, deliciosa espera había terminado antes de empezar.

O quizá mi problema era que se trataba de una relación segura. Quizá necesitaba esa excitación de lo prohibido, el tabú, esa sensación de hacer algo que sé que está mal.

Una tarde Sean vino a recoger a Nicky y se quedó a cenar. Durante la cena comenzó una tormenta violenta. Yo insistí en que Sean pasara la noche en el cuarto de invitados, en lugar de salir a la intemperie. Y él estuvo de acuerdo.

Sean y yo hablamos hasta que se hizo demasiado tarde y estábamos tan cansados que se nos cerraban los ojos. Intercambiamos un pequeño beso cargado de deseo pero casto. Él se fue a su cuarto y yo al mío. Me acosté en mi cama, pero seguí completamente despierta. Pensar que él estaba ahí en la oscuridad, en mi casa, era casi como tener sexo. Me masturbé pensando en él. Me pregunté si él estaba haciéndolo también, pensando en mí.

El solo hecho de saber que él estaba a unos cuantos cuartos del mío era como tener sexo telefónico sin teléfono. Tuve que reprimir cada centímetro de mi cuerpo para no ir a su cuarto. Mientras tanto, me decía que nada pasaría, que no era el tipo de persona que se acuesta con el marido de su mejor amiga desaparecida.

Sabía que aun cuando lo pudiéramos hacer sin que nadie más se enterara, nos sentiríamos tan culpables que la próxima vez que viéramos a la policía lo notarían y quizá pensarían que esa culpa era por algo más. Incluso podrían

volver a abrir el caso en contra de Sean. Sabía que esto era ridículo pero de todas maneras...

Ahí está: el deseo en el aire. Todo está empapado de él, a pesar de que Sean y yo estamos pensando: la mejor amiga de mi esposa, el esposo de tu mejor amiga. Ella nos ama y confía en nosotros. ¿Qué tipo de personas somos? Y el hecho de que los dos sintamos lo mismo y sepamos que el otro también lo está sintiendo, lo vuelve más excitante, y más confuso.

Sean y Nicky vienen a cenar muchas noches y se quedan hasta tarde. Nicky se queda dormido en el cuarto de Miles, después Sean lo carga hasta el auto para llevarlo a casa. Sean y yo nos quedamos despiertos, bebiendo *brandy* y platicando, y a pesar de la tensión sexual, o quizá gracias a ella, él me ha contado más de sí mismo. Me habló de su infancia horrible, de su madre alcohólica, británica y rica, quien se casó con su padre, profesor de universidad (quien los dejó por una colega, cuando Sean tenía doce años), y descendió mucho en la escala social pero no en sus ambiciones e ilusiones sobre sí misma.

Yo hablo mucho de Davis y Miles. No menciono mi blog. Me llama la atención que sentía muchas ganas de que Emily respetara y admirara mi blog, pero ahora ni siquiera me gustaría que Sean lo leyera. Estoy orgullosa de lo que escribo. Pero evito el tema. Quizá no quiero que Sean piense que soy otra súpermamá demasiado involucrada en la maternidad, con una *laptop*. Él se burla de aquellas madres que proyectan esa competencia pasivo-agresiva y siempre tienen el equipo para bebés más novedoso. Las llama Capitán Mamá. No quiero que me vea como otra Capitán Mamá. Quizá me preocupa que me compare desfavorablemente con Emily y su glamurosa carrera en la moda.

Hablamos mucho sobre Emily. Me contó cómo se conocieron, un tema que —ahora que lo pienso me resulta extraño— nunca surgió cuando Emily hablaba de su vida. En una amistad usualmente uno intercambia esas historias al principio. La compañía de moda de ella y la firma de inversiones de él copresidían un proyecto de beneficencia que apoya a una organización para proveer agua limpia a mujeres en África. La cena fue en el Museo de Historia Natural, que con las flores, las velas y la atmósfera creada por la luz era terriblemente romántica.

Emily presentó a la persona que presentó a la persona que presentó a

Dennis Nylon, su jefe. Sean la vio en el podio con un sencillo pero deslumbrante vestido negro y, a través de los monitores gigantes que rodeaban el salón, notó las lágrimas en sus ojos mientras ella hablaba sobre la caridad y las vidas tan difíciles que tienen las mujeres a las que estaban ayudando, así que él decidió, ahí y en ese momento, que iba a casarse con ella.

Tuvo sentido para mí. Yo sabía lo emotivas que podían ser las lágrimas de Emily. La había visto llorar por mí, por mi esposo y por mi hermano. El recuento de Sean de cómo se conocieron y cómo fue su cortejo me pareció una de esas historias hermosas que desearía poder contar de mi propia vida, de mi matrimonio.

Hablar sobre Emily nos ayuda a los dos. Nos hace sentir esperanzados ante la posibilidad de que ella esté viva y podamos encontrarla. Eso disminuye la tensión entre nosotros, como si ella estuviera ahí para recordarnos que ambos la amamos, y que no nos amamos entre nosotros.

Una noche, Sean me dijo que había unas cosas de Emily que probablemente yo desconocía. Cosas que ella mantuvo en secreto. Contuve mi aliento porque todavía creía —aunque estaba claro que me había equivocado— saber todo sobre ella. O casi todo.

Resultó que su abuelo abusó de ella cuando era niña. Sus padres jamás lo admitieron, y esa fue una de las causas por las que ella se distanció. También (posiblemente era otra consecuencia de lo mismo) tuvo un problema de alcoholismo a los veinte años, además de coquetear un poco con las pastillas para el dolor y el Xanax, por lo que estuvo un mes en rehabilitación. Desde entonces ha estado limpia.

Estaba sorprendida no por lo que él me contó sino porque no sabía nada de eso. ¿A esto se refería ella cuando hablaba de sus días «alocados», en los que se tatuó? ¿Por qué estas cosas traumáticas no surgieron en las conversaciones y confidencias que compartimos? Yo le confié secretos que nunca le he contado a nadie más. ¿Por qué ella no confió en mí?

No hubo nada que me hiciera sospechar de los problemas que Sean me contó. Cuando estábamos juntas, ella siempre bebió con moderación. Incluso después de vencer sus adicciones la gente con problemas de bebida se comporta rara frente al alcohol. Y Emily no se comportaba así. Una vez en su

casa, un sábado por la tarde, me bebí casi una tercera copa de vino y ella, gentilmente, me recordó que tenía que manejar para llevar a Miles a casa.

Cada día era más obvio que, a menos de que hubiera sido lastimada o asesinada, nos abandonó a propósito. Ella no era la persona que Sean creyó. Ni la persona que yo creí.

¿A dónde iba en ese auto rentado rumbo al oeste? ¿A quién iba a ver? ¿Había alguien en su pasado? ¿Conoció a alguien recientemente? ¿Algún misterio oscuro que ella necesitaba resolver? ¿Algunos asuntos inconclusos?

Leí la novela de Patricia Highsmith que Emily no terminó antes de desaparecer. Trata sobre un hombre que intenta matar a su yerno en Roma y Venecia, porque su hija se suicidó y él lo culpa. Nadie sabe nunca por qué se mató la muchacha, aunque el esposo da algunas explicaciones sin sentido. Alegó algo sobre el sexo con amor o con odio y sobre ser demasiado romántica para el mundo real. No lo pude descifrar, y aunque al final el afligido esposo resulta inocente, había momentos en los que yo no culpaba al suegro por alimentar su ardiente ira mortal. Me preguntaba si el libro era un mensaje de Emily, una pista de que ella planeaba suicidarse y nadie sabría nunca por qué.

De ser así, solo podíamos esperar a que el cuerpo apareciera. En la novela de Highsmith, el suegro asesino espera que el cuerpo de su yerno flote en un costado del canal. Pero la esposa joven se suicida en una tina. Hallan un cadáver y rastros de sangre, no hay duda sobre lo que sucedió. Pero con Emily solo había misterios que conducían a otros misterios, preguntas que llevaban a otras preguntas.

Todo el tiempo pienso en Sean. Me maquillo y me pongo mis atuendos más atractivos —sin dejar de ser sutil— cuando sé que vendrá con Nicky. Siempre me ofrezco para recoger a Nicky en la escuela, en teoría para que Sean pueda trabajar, pero la verdad lo hago para tener una excusa para verlo. Me encanta su carisma, su atención, su risa fácil y espontánea. Los hombres con sonrisas hermosas siempre han sido mi debilidad.

Sean se queda a cenar con mayor frecuencia. He descubierto qué tipo de comida es la que prefiere. Filetes y carne asada, en general. Después de todo, es inglés. He aprendido a cocinarlos como a él le gustan. Bien cocidos. Miles no podía estar más encantado de que yo dejara de persuadirlo de ser

vegetariano.

Por primera vez comí carne roja desde que Chris y Davis murieron. Estoy sorprendida (y un poco decepcionada de mí misma) por lo mucho que todavía me gusta ese rico jugoso sabor salado de la sangre. Y he empezado a asociar ese gusto delicioso con la cercanía de Sean. Me siento casi como si fuéramos vampiros en una serie de televisión *sexy* donde los muertos vivientes, con sus colmillos y sus cuerpos perfectos, corren por la pantalla para tener sexo.

Dejé de comer carne por razones personales y éticas. Pero difícilmente puedo esperar reconocimiento por ser ética con los animales cuando estoy siendo tan inmoral con los humanos: quiero acostarme con el esposo de mi mejor amiga.

Nunca podré bloguear sobre esto. Jamás. Las mamás nunca me perdonarían. Ellas necesitan creer que soy una mamá amorosa que nunca querrá que un animal sea lastimado para mi bienestar, pero que no soy tan rígida como para negarme a hacer hamburguesas si eso es lo que los niños quieren. Algunas de ellas podrían no estar de acuerdo con que yo dejara de ser vegetariana. Pero nunca me perdonarían por irme a dormir en la noche teniendo fantasías sexuales con el esposo de mi amiga. Sabrían qué terrible persona soy y provocarían un incendio de publicaciones furiosas y de odio merecidos. Y cuando terminaran de descargar su ira en mí, dejarían de leer mi blog.

La mayoría de las noches Sean y yo tomamos vino en la cena. Empecé a comprar buen vino, el mejor que puedo pagar, porque hace que todo sea mucho más elegante y delicado. Si alguna vez dudo de lo que Sean me contó sobre el alcoholismo de Emily, todo lo que tengo que hacer es observar la manera en que me escudriña cuando bebo. Le doy sorbitos a mi vino, y siempre me aseguro de dejar unas cuantas gotas en mi segunda copa. ¿Secretamente quiero que sepa que la vida conmigo sería mejor que la que tuvo con Emily?

Por lo general Sean se queda y me ayuda a limpiar. La cocina es húmeda y cálida, las ventanas esmeriladas nos esconden del mundo creando un espacio privado en el que nos sentimos seguros y solos: desconectados y protegidos de todo y de todos. Nunca me había dado cuenta de lo *sexy* que podía ser lavar los trastes.

A veces la tensión puede ser apabullante. En esas noches en las que Sean recoge a Nicky antes de cenar y se va a su casa —dice que está aprendiendo a cocinar pero sospecho que compran una *pizza* en el camino—, estoy contenta de tomar un descanso. Es un alivio cuando solo comemos en paz Miles y yo.

A Miles parece gustarle su vida nueva. Él disfruta convivir con el papá de Nicky y después de todo este tiempo creo que está bien para él tener un hombre —una figura paterna, aun si se trata del papá de su amigo— en la casa.

Cuando Miles era un bebé yo solía mirarlo fijamente a los ojos todo el tiempo, pero no puedes hacer eso con un niño de cinco años. Así que ahora miro fijamente a Miles cuando está dormido y noto (como dice todo mundo) lo mucho que se parece a mí. Pero lo que nadie dice es que él es un millón de veces más hermoso que yo.

Así que mi atracción por Sean se ha convertido en otro secreto que no puedo confesar a nadie. A veces, cuando extraño a Emily, pienso que podría contárselo. Después me doy cuenta de que ella sería la última persona a la que podría contarle que estoy obsesionada con su esposo.

Solo me hace sentir más sola, más desesperada por ver a Sean. Y por ver a Emily. Un círculo vicioso, como dicen. Aunque la verdad es que entre más anhelo ver a Sean, el deseo de ver a Emily se empieza a desvanecer.

Una vez, cuando Sean dejó su iPod en la barra de la cocina, vi su lista de reproducción y compré discos de su música favorita —sobre todo Banch, The White Stripes y bandas británicas de la vieja escuela, como The Clash—, aun cuando a mí me gustan Ani diFranco y Whitney Houston. Cuando él y Nicky están aquí, pongo su música, en lugar de la mía. Cuando los niños están dormidos en el cuarto de Miles, vemos muchísimas series de televisión como *Breaking bad*. Sean ya vio las cinco temporadas, pero quiere que las vea con él. Antes de conocerlo habría sido demasiado violento para mí pensar en verlas, pero me hace feliz que haya algo que le gusta y desea compartir conmigo.

Sean me ha platicado cómo, durante su infancia en Inglaterra, sus ideas sobre Estados Unidos provenían de las películas de Charles Bronson y de

series como *That 70's Show*. Ahora se pregunta si hay niños como él en otros países que piensen que Estados Unidos todavía es el salvaje oeste, lleno de maestros de ciencias en la preparatoria que procesan metanfetaminas en caravanas y que matan narcos en México. Lo miro interesada, cautivada. Sin fingir. Creo que es la cosa más fascinante que he escuchado.

Cuando me dijo que ya había visto la serie, traté de no imaginármelo con Emily. Intento nunca pensar en que Sean le decía a ella las mismas cosas que a mí. Intento no preguntarme si ella pensaba, como yo, que lo que él decía era interesante. Era Emily la que leía libros, Sean quien veía la televisión. Intento no imaginarla quejándose de que él la hacía sentir estúpida. Intento concentrarme en el hecho de que él quiere que yo vea la serie. He pensado que yo le importo más que si solo fuera una amiga, o una amiga de su esposa, o la mamá del mejor amigo de su hijo.

A veces intento no pensar en Emily y a veces intento pensar únicamente en Emily, como si pensar en ella pudiera hacer magia. Un día ella simplemente va a aparecer y todo regresará a la normalidad. Excepto por una cosa, que quizá yo esté enamorada de su esposo.

Nada de esto me hace sentir bien conmigo, pero extrañamente sí me hace feliz. Me siento como si caminara bajo mi propia nubecita o como si nadara en mi alberca pequeña de cariño, luz y calor, aunque el invierno se acerca y el clima ha sido terrible.

No sé qué es peor. La deslealtad, supongo. O quizá lo que más me avergüenza es que he convertido a mi hijo en un pequeño espía. Cuando Miles regresa de casa de Nicky, le pregunto con fingida casualidad si el papá de Nicky dijo algo sobre mí. ¿Alison todavía trabaja para ellos? ¿Ella y el papá de Nicky son cariñosos? ¿Sean habla mucho por teléfono?

Miles dice que él nunca ve a Alison. No cree que ella sea aún la nana de Nicky ahora que su papá está en casa todo el tiempo y su mamá se ha ido.

Pobre Miles.

Una noche, al acostarlo le dije:

—Cariño, ¿quieres hablar sobre la desaparición de la mamá de Nicky? Es decir, ¿cómo te sientes al respecto...?

—No, gracias —dijo él—. Solo me hace sentir triste. Todos están tristes. Especialmente Nicky.

Las lágrimas inundaron mis ojos y me alegré de que, en el resplandor de la luz de la noche, Miles no pudiera verme bien como para notarlo.

—Todos estamos muy muy tristes —dije—. Pero la tristeza es parte de la vida. A veces no puede evitarse.

—Lo sé, mamá —dijo mi sabio niño hermoso. Y en cuanto cerró los ojos, se quedó dormido.

Una noche, cuando Miles y yo cenábamos solos, dijo:

—Anoche, cuando me quedé a dormir en la casa de Nicky, su papá habló de ti.

—¿Qué dijo? —Hice lo posible por mantener un tono de voz normal.

—Dijo que yo era afortunado de tener a una mamá buena y generosa.

—¿Eso fue todo? ¿El papá de Nicky dijo algo más?

—Eso fue todo —dijo Miles.

No fue mucho lo que dijo —buena y generosa eran elogios, pero no del tipo del que yo quería escuchar—, pero eso me hizo feliz. Sean quiso hablar de mí, le habló de mí a mi hijo. Él pensaba en mí cuando yo no estaba.

Me siento como si estuviera traicionando a todos. Especialmente a Emily, pero también a mí.

¡Sean y yo todavía no hemos hecho nada! Pero ya me siento culpable. ¿Si eso no es una señal de que tengo conciencia, entonces qué es? He blogueado sobre cómo las mujeres, en general, y las madres, en particular, están programadas para sentirse culpables, pero ahora se me ocurre, como ha sucedido en el pasado, que hay veces en las que *deberíamos* sentirnos culpables. Al menos yo debería.

Otra cosa de la que me siento culpable es que nunca sentí por mi esposo este mismo anhelo loco, enardecido, desenfrenado. El sexo con Davis era bueno. No era genial. Solo lo que yo necesitaba. Davis era lo que yo esperaba: un verdadero chico bueno. Tuve un momento difícil. Un chico bueno como Davis no necesitaba saber de mis problemas en el pasado y nunca sentí la necesidad de contarle. Estar con él era cómodo. Yo solía pensar: «Es como estar en casa». Así debe sentirse «estar en casa». Estar con Davis era la respuesta a muchas de mis preguntas, cuestiones sobre mi futuro. Al menos así lo pensé en ese momento.

Me embaracé de Miles por accidente. Pero así les pasa a todos, ¿verdad?

Creo que sucedió después de una boda mucho más romántica que la nuestra.

Davis y yo nos casamos en el ayuntamiento, a la hora de la comida en su oficina. Sus asistentes, Evan y Anita, fueron nuestros testigos, después nos fuimos a comer al mejor restaurante de *dumplings* en el barrio chino. Davis sabía ese tipo de cosas: dónde comer los mejores *dumplings*.

Habíamos estado muy contentos con nosotros, qué increíbles y frescos éramos por casarnos de improviso, de una manera tan casual, como si fuera cualquier cosa. Solo un día más. Poco tiempo después, Anita y Evan tuvieron una boda muy elegante al aire libre, en una finca en Dutches County. Bajo una enramada de rosas, en un prado ondulante que desciende hacia el río Hudson.

Fue tan espléndida que me hizo sentir engañada. Como si nos hubiéramos convencido a nosotros mismos de no darle importancia a algo por lo que debimos esforzarnos. Me pregunté si Davis se sentía de la misma manera. Incluso si también se arrepentía, si le preguntaba al respecto se burlaría de mí. No podía evitar mirar con envidia la mesa llena de regalos. Lo único que recibimos Davis y yo fue un cheque de mil dólares que nos dio su mamá. Aunque de haber tenido todos esos regalos, Davis hubiera insistido en regresarlos para escoger cosas que fueran de su gusto.

Los dos nos pusimos borrachos en la boda y tuvimos el mejor sexo. Estoy casi segura de que concebimos a Miles esa noche, no tanto por querer un bebé, sino para probar que estábamos un paso adelante de la joven pareja de recién casados.

¡Qué equivocada estaba por no querer un hijo con todo mi corazón! Me enamoré de Miles en cuanto nació. Davis se enamoró de él también. Era como si los tres estuviéramos locamente enamorados entre nosotros.

Poco tiempo después, Davis nos llevó a vivir a Connecticut y trabajaba casi siempre en casa, excepto por juntas en la ciudad o viajes breves alrededor del país. Él restauró nuestra casa y diseñó la preciosa ampliación llena de luz. La casa estaba casi completamente terminada, solo faltaba el ático en la parte antigua, cuando Davis y mi hermano Chris murieron en el accidente automovilístico.

Sean no se parece nada a Davis. Sean es moreno y alto, robusto y musculoso. Davis era rubio, alto y delgado. A veces, cuando entro a la cocina

y Sean está parado junto a la ventana, por un momento creo que podría ser Davis. Siempre estoy feliz de verlo. Y después, cuando me doy cuenta de que es Sean, me pongo aún más feliz. Me guste o no, es un hecho.

Pero obviamente hay dudas... dudas sobre Sean. Dudas que nunca contaría a otro ser humano. Dudas sobre quién es él, sobre lo que sabe de la desaparición de Emily, me cuestiono si sabe algo que no quiere decir.

Me pregunto si todas las mujeres enamoradas tienen dudas. Yo nunca dudé de Davis y estaba enamorada de él, o eso me dije a mí misma. Sé que algunas mujeres se enamoran de asesinos convictos, pero yo no soy ese tipo de persona. Tengo un hijo que proteger. No soy estúpida. Es más que razonable preguntarme si existe la más pequeña posibilidad de que Sean esté involucrado en la desaparición de Emily.

Mantengo una fachada sólida en el blog, frente a la policía y el mundo, pero me enorgullezco de no ser «una mujer enamorada» incapaz de observar a Sean de cerca y me pregunto si él hace pequeños actos inconscientes que parecen... incorrectos. Cuando hablamos de Emily busco en su rostro señales de irritación, resentimiento, culpa o cualquier otra cosa que indique molestia. Pero aun cuando me cuenta los problemas de ella —el alcoholismo, la adicción a las pastillas, el distanciamiento con sus padres—, no ha habido nunca en su rostro o en su voz nada más que amor y pena por su desaparición.

El simple sentido común se dispara al código rojo (bueno, quizá código naranja) después de saber que hay una póliza de seguro de vida de dos millones de dólares que Sean cobraría si Emily muriera. Pero de inmediato cuando terminó la llamada con la compañía de seguros, él contestó todas mis preguntas. No intentó ganar tiempo para preparar una historia plausible. La naturalidad y sencillez con las que explicó la situación fue reconfortante. Su compañía le ofreció el seguro de vida para el empleado y su esposa por unos cuantos dólares extra al mes deducidos de su (cuantioso) cheque. Se trataba de una deducción demasiado pequeña como para hacer una diferencia. Así que tachó el cuadro de la cláusula que decía máximo, y rápidamente olvidó el asunto.

No creo que haya hecho nada malo. Sigo buscando algo que no encaje, algún detalle que no tenga sentido. Pero no he hallado la mínima pista de que

él esté mintiendo o escondiendo algo. Y como alguien que ha mentido y ocultado cosas en su vida, quiero pensar que soy muy buena para detectar señales y síntomas.

De todas formas, no es un tema de pistas. Finalmente, no puedes decir exactamente cómo es que sabes este tipo de cosas. No puedes explicar por qué estás segura. Pero lo estás. Lo sientes en los huesos. Yo sé que Sean es inocente así como siempre he sabido cualquier otra cosa. Siempre.

Post en el blog: *Compás de espera*

¡Hola, mamás!

Al mirar mi vida actual, ustedes podrían pensar que se parece mucho a mi vida antes de la desaparición de Emily. Menos nuestra amistad, obviamente, pero con muchos de los otros elementos de nuevo en su lugar. Miles y yo, nuestra casa, su escuela, este blog. Seguro habrán reunido las pistas de que Nicky y su papá ahora forman parte de nuestra vida. Pero eso es natural, por lo que están pasando. Lo que todos nosotros estamos pasando.

De nuevo quiero agradecerles todo el amor y el apoyo. Significan mucho para mí. Al pensar en sus mensajes y por lo intuitivas que solemos ser las mamás, puedo darme cuenta de que saben que toda esta apariencia de normalidad es solo una bandita sobre una herida enorme. Nuestras vidas se rompieron y los pedazos jamás podrán volver a pegarse. Las hizo trizas la desaparición de una madre, una esposa, una amiga. La extrañamos y continuamos con la esperanza de que siga viva.

Así que podrán decir que estamos en un compás de espera, suspendidos a medio vuelo, esperando que algo defina nuestro destino y prometa un aterrizaje seguro, aunque turbulento.

Nicky ha empezado a mostrar tensión. Se ha rehusado a comer cualquier cosa que no sea guacamole y papas fritas, lo que Emily solía cocinarle, aunque nunca cuando yo estaba ahí. Por momentos parece enojado conmigo. Dice que no soy su mamá, que quiere a su mamá. Y a pesar de que lo entiendo, es estresante. Pobre niño. No puedo imaginar lo que está sufriendo.

Lo único que puedo hacer es estar ahí para él, ayudarlos a él y a su padre cuando sea posible. Solo puedo valorar el tiempo que paso con Miles y estar agradecida por este precioso regalo que es la vida y que puede terminarse en cualquier momento.

Sigan deseando nuestro bienestar. Irradien todo su amor hacia Nicky. Tengan esperanza y recen por Emily, donde quiera que esté.

Con las palabras inmortales de Tiny Tim: «Dios bendiga a uno y a todos».

Con cariño,
Stephanie

Stephanie:

Una tarde Sean me llamó desde su casa.

—Gracias a Dios estás ahí, Stephanie. Voy para allá. Ahora.

Algo en la manera en que pronunció «ahora» hizo que mi corazón latiera más rápido. Bueno, había llegado el momento. Él me quiere tanto como yo a él. No lo imaginé. Viene para decirme que quiere que estemos juntos.

—Tengo malas noticias —dijo.

Pude notar por el tono de su voz que no se trataba de buenas noticias y estaba avergonzada por la conclusión apresurada a la que llegué.

—¿Qué tipo de noticias?

—Noticias terribles —dijo él.

Observé desde la ventana cuando salió de su auto, caminando lentamente, como quien carga un gran peso. Parecía haber envejecido años en las horas que no lo había visto. Cuando abrí la puerta vi que tenía los ojos enrojecidos y su rostro estaba lívido. Extendí mis brazos hacia él y lo abracé, pero no fue uno de esos abrazos asustados, prolongados y llenos de lujuria con los que nos despedimos últimamente después de nuestras noches juntos. Fue un abrazo de consuelo, de amistad e incluso de pena. De alguna manera ya sabía lo que iba a escuchar.

—No hables —dije—. Ven. Siéntate. Déjame hacerte un té.

Se sentó en el sofá mientras fui a la cocina. Estaba temblando y derramé agua caliente sobre mi muñeca, pero me sentía tan preocupada que solo me dolió hasta más tarde.

Sean dio un sorbo de té, después agitó su cabeza y bajó la taza.

—La policía llamó hoy —dijo—. Unos pescadores al norte de Míchigan encontraron un cuerpo muy descompuesto. Fue arrastrado a la orilla no muy lejos de la cabaña de la familia de Emily. Al parecer, el cuerpo está tan mal que ni siquiera me pidieron que fuera a identificarlo. Dijeron que no tenía caso. Me pidieron que les enviara el cepillo de dientes y el peine de Emily

porque dependen de las pruebas de ADN para...

Rompió en sollozos. Su voz se hizo ronca por las lágrimas:

—No tenía que pasar así. Estaba seguro de que ella estaba viva. Estaba convencido de que regresaría a casa.

¿A qué se refería? ¿Cómo debería haber pasado? ¿Qué sabía que no estaba diciendo? ¿O solo quería decir que no esperaba que Emily muriera trágicamente, tan joven?

La policía suponía que ella se había ahogado poco después de desaparecer, aunque era difícil determinar la fecha exacta. Unos excursionistas encontraron el auto rentado, a casi dos kilómetros en el bosque. No encontraron señales de lucha. Había solo dos tipos de huellas en la cabaña. Asumían que unas eran de Emily. Las otras eran de Sean, lo que tenía sentido, porque él había estado ahí por su cumpleaños. (Los policías tomaron sus huellas poco tiempo después de que Emily desapareció, la primera vez que lo citaron para interrogarlo).

Ni Sean ni yo pudimos encontrar palabras para lo que estábamos sintiendo. Todavía podía escuchar a Emily pedirme que cuidara a Nicky para que ella y Sean salieran de viaje. Pidiéndome un pequeño favor. No tenía idea de lo que Sean estaba pensando. Quizá estaba recordando su candente fin de semana robado.

—Quizá no es ella... quizá ha habido un error horrible —dije.

—El anillo —aclaró—, encontraron el anillo. El anillo de diamante y zafiro de mi madre. Todavía estaba en su dedo. De alguna manera no se le cayó...

Los dos empezamos a llorar. Nos abrazamos y sollozamos. Separados y juntos.

Post en el blog: *Noticias muy tristes*

¡Hola, mamás!

Tengo noticias tristes que contar. La policía en Squack Lake, Míchigan, el sitio donde se encuentra la cabaña de la familia de Emily, halló un cuerpo que supuestamente es de ella. Debido a que no encontraron heridas o señales de forcejeo o violencia, y dado que la causa de muerte fue por ahogamiento, están determinando que se trató de un suicidio o un accidente. No hay manera de saber lo que estaba pasando por la mente de Emily cuando caminó hacia el lago. Quizá nadó demasiado lejos, quizá...

El esposo de Emily, Sean, se encontró con las autoridades y fue a traerla a casa. Al parecer la policía llamó a la mamá de Emily en Detroit, pero su enfermera dijo que sería mejor esperar a que tuviera uno de sus «días buenos» para darle las malas noticias.

Olvidamos que, al igual que el dolor del parto, la muerte implica una cantidad escabrosa de trabajo, además del duelo. Yo pasé por eso con mi mamá y después con Davis y Chris. Chris me ayudó con la muerte de mi mamá. Él estuvo ahí para apoyarme. Pero hice casi todo sola.

Ahora he intentado recordar quién era esa persona, la muchacha y luego la mamá que era lo suficientemente fuerte e ingeniosa para hacer lo que se necesitaba: las llamadas que tenían que hacerse, la noticia que poner en el periódico, las decisiones sobre las montañas de posesiones que una persona acumula durante su vida, incluso si es corta. Todavía tengo las cosas de Davis, algunas de Chris e incluso muchas de mi mamá acá, en un almacén en Connecticut.

¿Qué hacer con las cosas de Emily? Es demasiado pronto para decidir. ¿Y cómo le diremos a Nicky? Sean y yo acordamos que él debería decirle justo después del desayuno un domingo en el que luego vendría a jugar con Miles.

Si Nicky quiere quedarse en su casa con su papá todo el día, estará bien. Y si él prefiere distraerse... puede jugar con mi hijo, que se siente

genuinamente triste por lo que Nicky está atravesando. Después de todo, su papá murió aunque él era demasiado joven para recordarlo. Sean y yo confiamos en Miles para hacer sentir mejor a Nicky. Aunque solo tiene cinco años, así es él. Una personita buena.

Poco después de recibir la noticia de la muerte de Emily, tras una búsqueda larga y aterradora, Sean y yo encontramos a Nicky escondido en el clóset de ella, entre sus ropas. Cuando Sean se lo contó al terapeuta de Nicky, él sugirió que empezáramos a sacar de la casa algunas de sus cosas. (Espero que ustedes, mamás, me perdonen si les cuento demasiado). Si eso es lo que se tenía que hacer, sugerí llevarlas a un almacén.

Sean era inflexible. Se rehusó a deshacerse de una sola de sus cosas. Una vez que lo estábamos discutiendo se alteró y dijo «cuando ella regrese...», luego escuchó lo que dijo. Así supe que todavía se resistía a aceptar que ella estaba muerta.

Me sentí muy contenta de no tener que hacer el horrible trabajo de revisar las posesiones de mi amiga. Y parecía inapropiado regalar un clóset lleno de ropa Dennis Nylon al Ejército de Salvación. Ciertamente, yo no podría usarla. Aparte de que soy como siete kilos más pesada que Emily, y un poco menos alta, su ropa no es mi estilo. Me sentiría como si jugara a emperifollarme, una mamá ambientalista que trabaja en casa pretendiendo ser una mujer con una gran carrera en la industria de la moda. Además, hay una parte de ti que siempre piensa: «¿Y si la persona no está muerta? ¿Qué pasa si regresa y se enoja con nosotros por regalar su hermosa ropa?». Estos sentimientos son muy comunes en casos como este, en los que no hay un final real. No hay una despedida amorosa en el lecho de muerte ni un funeral apropiado.

Todo es terriblemente triste. Cada vez que pienso en mi amiga, lloro desconsolada y puedo decir con qué fuerza y valentía Sean ha intentado no derrumbarse. En especial delante de Nicky.

Sin importar lo que las autoridades determinen, tenemos la profunda convicción de que la muerte de Emily fue accidental. Sean y yo no creemos que ella quisiera suicidarse. La conocíamos. Ella amaba la vida. Amaba a su

esposo y a su hijo. Me quería. Jamás nos hubiera dejado.

Asumimos que ella necesitaba una pausa, que las presiones del trabajo, el matrimonio y la maternidad le pesaron tanto que, a pesar de los duros años, décadas de hecho, de sobriedad, resurgieron sus demonios antiguos —sus problemas con las sustancias, que superó con valentía—. Ella guardó algunas píldoras, compró alcohol, fue a la cabaña familiar para relajarse y pasar un par de días consigo misma. No es lo que yo hubiera esperado de ella, pero es posible.

Fue a nadar. Se alejó demasiado. Calculó mal. Se ahogó.

Según Sean, ella era una buena nadadora, pero nada más. Y los reportes de toxicología mostraron evidencia de alcohol y medicación contra el dolor y la ansiedad. Una dosis suficiente para perjudicar su juicio y su conciencia, hasta su sentido común, una de las cosas que me gustaba de ella.

Rezo para que la entiendan y no la juzguen. No todos somos fuertes. Podemos volvernos un poco locos y hacer cosas indebidas. Podría pasarle a cualquiera de nosotros.

Este es uno de esos casos trágicos en los que la persona no hirió a nadie más que a sí misma.

Y a nosotros. Su esposo, su hijo, su mejor amiga.

Así que, por favor, perdónenme. Déjenme estar de luto por la muerte de mi amiga. Sé que su amor y sus plegarias están con nosotros. Gracias de antemano por sus sinceras palabras de consuelo y condolencia.

Con cariño,
Stephanie

Stephanie:

No puedo recordar quién de los dos —Sean o yo— fue el primero en decir que a pesar de lo que decía el reporte de la policía, no creíamos que Emily se hubiera suicidado. Honestamente yo creía eso y estoy segura de que Sean también. Que su muerte fuera accidental y no un suicidio haría que Nicky lo entendiera más fácilmente cuando creciera.

Y si fue un accidente, como nosotros estamos seguros, la compañía de seguros debe a Sean y a Nicky dos millones de dólares que no tendría que pagar si se tratara de un suicidio cometido antes de dos años de expedir la póliza. Busqué esto en Internet y se lo mencioné a Sean, pero noté que él ya lo sabía.

Tengo dudas sobre Emily. Cualquiera tendría preguntas. Y una tiene que ver con la novela de Patricia Highsmith que ella estaba leyendo, en la que una muchacha hermosa se suicida por alguna razón que nadie descubre.

Para Sean, para mí, para Nicky y para Miles la razón y la manera en que Emily murió son importantes. Pero solo son detalles. Lo principal es que Emily desapareció. No va a regresar.

Sean y Nicky dispersaron sus cenizas en el bosque detrás de su casa. No creo que Nicky haya entendido lo que hacía. Y Sean no ayudó al decirle que estaban aventando al viento el espíritu de su mamá. Más tarde, Sean me dijo que Nicky le preguntó varias veces: «¿Dónde se supone que estará el espíritu de mi mamá? ¿Dónde está mamá? No hay nada de viento».

Sean leyó el ritual en una página budista, lo que pensé que era realmente hermoso, nada que uno pudiera esperar de un hombre británico, guapo y viril que trabaja en Wall Street.

Pensé que ese lado sensible y oculto era parte de lo que Emily amaba de él. Y ciertamente es parte de lo que a mí me encanta.

Sean preguntó si Miles y yo queríamos estar cuando dispersaran las cenizas. A mí me hubiera gustado, pero sentí que sería mejor para Nicky si

nosotros no estábamos. Quizá soy supersticiosa. Quizá no me sentiría bien por dispersar las cenizas de una mujer de cuyo marido podría estar enamorada.

Sean me mostró una copia del reporte de la autopsia. Me dijo que buscara en los «hallazgos», describían un daño severo al hígado, lo que sugería un prolongado consumo de alcohol y opiáceos. No solo cicatrices, sino daño en desarrollo. Aparentemente, eso inclinó al forense por el veredicto de suicidio, pero aun así no estaban seguros.

Yo dije que eso era imposible. Uno de los dos sabría si Emily bebía mucho o abusaba de las drogas. Sean insistió en que era altamente probable. Cuando él estaba en la universidad, cuatro de sus compañeros más brillantes eran adictos graves. Dos de ellos se graduaron como los mejores de su clase. Y nadie se enteró jamás.

—Tú sabías —señalé.

—Yo vivía con ellos —dijo Sean—. Tengo una atracción por ese tipo de gente.

Me molestó escuchar que describiera a Emily como «ese tipo de gente». Pero ¿qué tipo de persona era ella? ¿Cómo podrías conocer a alguien tan bien como yo creí que la conocía y no saber las cosas más básicas sobre ella? Algunas personas superan los pronósticos y llevan vidas altamente funcionales y productivas mientras mantienen un hábito. Emily mantuvo las cosas en pie. Trabajo, empleo, hijo, familia. Una vida organizada e incluso, en la superficie, glamurosa.

Repasé cada conversación que tuve con Emily, cada tarde que pasamos juntas. ¿Qué es lo que no pude ver? ¿Qué es lo que ella trató de decirme y no pude entender?

¿Qué tipo de mejor amiga fui?

* * *

La primera vez que Sean y yo tuvimos sexo recordé lo que me estaba perdiendo. El placer puro y enloquecido. Una de sus manos agarraba mi seno mientras los dedos de la otra recorrían suavemente hacia arriba de mi muslo.

Me dio la vuelta para besar el reverso de mi cuello y mi espina dorsal, después me volteó de nuevo y puso su cabeza entre mis piernas. Estaba asombrada por lo bueno que era en la cama, aunque ¿por qué debería estar sorprendida? Nuestras pieles, nuestros cuerpos, todo se sentía muy bien, no existía nada más que la avalancha de sentimientos —de gratitud y, sí, también de amor— por quien podía provocarte eso. El deseo desesperado de venirse y el deseo desesperado de que el sexo nunca terminara.

En ese momento solo estaba pensando en lo bien que se sentía. Pero después recordé todo: todo lo que había olvidado o sacado de mi mente al estar con Davis. Me di cuenta de que me había conformado, que estaba dispuesta a vivir —sin ceder a cambio un matrimonio cómodo— una viudez respetable, poniendo las necesidades de Miles encima de las mías. Ahora que recordé, nunca estuve dispuesta a vivir sin tener otra vez ese placer y alegría. Tenía necesidades, mi cuerpo sentía necesidades que no tenían que ver con Miles. Fue como si el sexo con Sean me hubiera hecho recordar que yo era una persona.

Intento no recordar que Emily me dijo que el sexo siempre fue la mejor parte de su matrimonio. Que hacía que todo lo demás fuera menos importante. Que podía lidiar con las ausencias de Sean, con su obsesión por el trabajo, con sus menosprecios sutiles, con su falla al apreciarla si él solo llegaba a casa, según sus palabras, para coger con ella.

Sobre todo intento no pensar en cómo se hubiera sentido Emily si supiera.

Extrañamente, nuestro romance empezó con uno de los colapsos de Nicky.

Él empezó a hacer pataletas, llorar y gritar. Al parecer de la nada. Pero por supuesto había un motivo. Su madre estaba muerta. ¿Cómo sus lágrimas no iban a romper mi corazón?

Sean llevaba a Nicky al terapeuta que había atendido a Miles después de la muerte de Davis. Ver al doctor Feldman era reconfortante y tranquilizador, como había sido antes. Pero no tenía sugerencias reales, excepto ser paciente y esperar. Nos dijo que estaría feliz de ver a Nicky una vez por semana, pero él se rehusó a ir y el doctor recomendó que era mejor no forzarlo.

La primera noche que tuve sexo con Sean, cenamos en nuestra casa. Miles, Sean y yo estábamos comiendo un bistec. Nicky estaba jugando con su

guacamole y sus papas fritas, con enojo removía el aguacate machacado y se atascaba de papas la boca. La crema verde resbalaba por su barbilla.

De repente, Nicky empujó su plato al centro de la mesa y miró fijamente el platón donde estaba la carne rebanada sobre un charco de sangre y jugo.

—Esa es mi mamá. Es ella. La mataron y la cocinaron —lo dijo viéndome a mí— y ahora la estamos comiendo. Como en esa película que vi.

Me dolió, especialmente después de lo mucho que he hecho por Nicky, lo mucho que me preocupo por él. Recordé que él era un niño pequeño que había perdido a su mamá, un niño con un dolor inimaginable. Y en realidad, no tenía nada que ver conmigo... o con mis sentimientos —aún reprimidos— hacia su papá.

—¿Qué película? —le preguntó Sean. No me miró a mí para saber cómo había reaccionado ante las acusaciones de Nicky. Habitualmente eso también me hubiera lastimado. Pero como la intensidad de la concentración de Sean mostraba qué profunda «e instintivamente» se preocupaba por su hijo, me hizo amarlo y respetarlo aún más.

—La vi con Miles en su televisión. Nos fuimos a escondidas al cuarto de estar y la vimos después de que su mamá se durmió —dijo Nicky desafiante, retándome a contradecirlo.

Sean y yo nos volteamos a ver sonriendo ligeramente, pero preocupados. Era como si la parte en que ellos vieron una película (probablemente prohibida) borrara la parte en la que yo mataba y cocinaba a la mamá de Nicky.

—Te descubrí —le dije a Miles, que rio.

Después Nicky se tiró en el piso y empezó a gritar. Casi parecía que estaba teniendo convulsiones. Gracias a Dios, no teníamos vecinos. ¿Y si esto pasara en un departamento ciudadano? ¡Oh, pobre Nicky!

Primero Sean lo abrazó, después yo lo sostuve e intenté calmarlo. Pero Nicky no quería que lo tocara, quería liberarse de mis brazos y regresar con su papá. Ni Sean ni yo perdimos la paciencia. Ni por un segundo. Nunca nos rendimos. Era como si Nicky fuera nuestro niño, nuestro hijo, y nos estuviéramos ayudando a ser los mejores padres que podíamos ser. Acaricié el brazo de Nicky mientras Sean acarició su cabello y Miles intentó agarrar su mano, aun cuando Nicky estaba intentando golpear el hombro de su padre.

—Cariño —le dije a Miles—, deja a Nicky solo. Está triste.

Miles no necesitaba ver esto pero me sentí mal por obligarlo a abandonar el cuarto. Decidí dejarlo ver caricaturas en mi iPad, cosa que intento no hacer muy seguido.

Fue una solución. No una gran solución pero una solución. Incluso Nicky se calmó un poco. Mientras sentaba a Miles en la cómoda, la vieja silla de su padre que todavía conservo, y le ponía la caricatura podía sentir que Sean me estaba observando y le gustaba lo que veía. Saber que admiraba mis habilidades de madre era extrañamente excitante, pero la verdad —dado lo que sentía por Sean, no importaba cuánto intentara superar esos sentimientos — cualquier cosa hubiera sido excitante.

Nicky estaba exhausto. Se durmió en los brazos de Sean. Él lo sostuvo en sus brazos y después lo llevó al cuarto de Miles, lo acostó en la litera de abajo y lo tapó cuidadosamente.

—Es hora de dormir —le dije a Miles.

—No, hasta dentro de media hora.

—Ahora —dije—, estamos cansados. Nicky está pasando por un mal momento.

—Todos lo estamos pasando —dijo Miles.

Sean y yo intercambiamos miradas que decían «Miles es un niño hermoso».

Miles estaba en lo correcto, todos estábamos cansados, todos estábamos pasando por un momento difícil. El colapso de Nicky nos había dejado desnudos en carne viva e indefensos.

Acosté a Miles y me aseguré de que los dos niños estuvieran bien. Después Sean y yo nos desplomamos en el sofá y caímos rendidos. Sean buscó el siguiente episodio de *Breaking bad*. Habíamos dejado de verlo después de que recibimos la noticia de la muerte de Emily —la violencia y la oscuridad eran demasiado para nosotros— pero recientemente empezamos de nuevo.

Para nuestra suerte, era el capítulo más *sexy*, quizás el único segmento romántico en la serie. Jesse Pinkman y su novia se están enamorando. Era como una película de amor en medio de toda esa cocina de metanfetaminas, gore y asesinato, excepto porque su novia era una drogadicta.

Me senté cerca de Sean. Él puso su brazo alrededor de mí. Yo recliné mi cabeza en su hombro.

Estábamos temblando. Ambos podíamos sentirlo, aunque era poco claro quién de los dos estaba estremeciéndose.

Empezamos a besarnos. Besó mi cuello, luego mis hombros, después levantó mi camiseta y besó mis senos.

Así fue como empezó.

Debimos hacer tantas preguntas, necesitábamos hacer muchas preguntas. Pero durante esas primeras semanas, éramos tan felices al estar juntos y hacer lo que habíamos soñado por tanto tiempo —al menos yo— que no preguntamos nada que no se relacionara con el sexo y con lo que se sentía bien.

Fuimos cuidadosos. Los niños nunca se enteraron. Acordamos que solo lo haríamos cuando los niños estuvieran en la escuela. Sean se quedó a dormir menos que antes. Tenerlo en la casa y no estar con él era una tortura.

No tenemos nombre o palabras para lo que estamos haciendo. No nos preguntamos si duraría o qué planeamos hacer después. No preguntamos ¿qué pasa con Emily?, ¿estamos traicionando su memoria? Apenas hablamos. Aun cuando la casa esté vacía, intentamos no hacer ningún ruido.

¿Me preocupaba que Sean pensara en Emily cuando estaba conmigo? No, para nada. Él no podría hacerlo. Me hubiera dado cuenta. Nadie es tan bueno.

Ahora, por las noches, si estoy sola en mi cama no duermo bien. En cuanto me acuesto caigo en una duermevela tan pesada que me siento drogada, pero después de tres o cuatro horas me despierto y me mantengo así hasta que clarea y es tiempo de alistar a Miles (o a Miles y a Nicky) para la escuela.

Hay algo estático en el momento presente por mi amorío con Sean. ¿Pero qué pasará en el futuro? ¿Podemos los cuatro seguir viviendo así como una familia no oficial?

Sean podría regresar a su oficina. Yo podría llevar a los niños a la escuela y recogerlos todos los días. Nicky superará su pena. Todo mundo lo hace tarde o temprano. Incluso si nunca olvidan el dolor, no lo sienten cada

minuto.

A veces creo que es un gran error y un pecado. Me atormento y pienso que Sean y yo tenemos que terminar. Pero una cosa que he aprendido sobre mí es que no soy buena para dejar de hacer algo que quiero hacer, especialmente cuando ese algo involucra sexo. Y además, ¿a quién estamos lastimando?

Quién sabe lo que siente Sean. ¿Se siente culpable por tener sexo con la mejor amiga de su esposa poco tiempo después de que ella murió? ¿O acaso piensa «qué diablos, Emily está muerta, ella ya no puede saber o importarle lo que yo haga»? ¿O lo está haciendo para vengarse de Emily? ¿Él se pregunta en silencio si ella se suicidó? He estado leyendo mucho sobre el suicidio, y sé que frecuentemente los sobrevivientes están enfurecidos con la persona que murió, furiosos en grados que no pueden admitir ante sí mismos, ni siquiera entender.

Odiaría pensar que Sean se acuesta conmigo porque está furioso con Emily. Cuando este pensamiento se arrastra en mi mente, lo alejo recordándome que nos atraíamos desde antes de saber que ella estaba muerta.

Pero entonces me siento más culpable que nunca.

Borrador de la publicación (guardado en borradores, jamás publicado)

El fantasma de Emily sigue a Sean de su casa a la mía. Siempre está ahí, observando y escuchando. Sabe cuándo nos encontramos en el restaurante para desayunar después de pasar noches en nuestras propias casas.

Nosotros nos concentramos en Nicky. Eso es lo que Emily hubiera querido, aunque ustedes podrían preguntar por qué alguien a quien le preocupa tanto su hijo tomaría grandes dosis de pastillas, se las pasaría con alcohol e iría a nadar al lago.

Post en el blog: *La pena de cada día*

¡Hola, mamás!

Miles se enteró de que Nicky y su papá iban a dispersar las cenizas de su mamá. Si Nicky no entendió, Miles sí. Quizá porque tiene más experiencia con la muerte. Pidió que él y yo tuviéramos un momento de silencio por la tarde, en nuestro propio patio, mientras Nicky y su padre depositaban el espíritu de su madre de regreso al bosque.

Durante mucho tiempo Miles y yo nos mantuvimos de pie con las cabezas agachadas y los ojos cerrados. Yo me puse en cuclillas y me agaché para que nos abrazáramos.

Ustedes, mamás, saben qué extraño es esto, nuestros niños crecen. Apenas ayer Miles era un bebé en mis brazos. Ahora es un niño. Pero también es un hombrecito en el que me puedo apoyar. Jamás pondría ese tipo de carga sobre él, pero es mi pequeña roca. Hemos lidiado con el duelo. Hemos aprendido que terminará. Tal vez Miles le dijo eso a Nicky, quizás eso hizo que su vínculo fuera más fuerte.

Meses después de que mi esposo y mi hermano se mataran, yo seguía llorando todos los días. A veces lloraba intermitentemente durante todo el día. Recuerdo mirar a extraños y pensar que estaban sufriendo sin que yo me diera cuenta, así como ellos no notaban la agonía que yo estaba soportando. Pero si hubiera una versión de Luminol —lo que usan para encontrar sangre en las escenas del crimen— para detectar la presencia de la pena, la mitad de la gente con la que nos cruzamos en la calle se encendería como árbol de Navidad.

No recuerdo cuándo cedió el sufrimiento constante. Pero sucedió. No puedo recordar el primer día que pasé sin llorar. No puedo recordar la primera mañana en la que me levanté sin querer regresar a la cama.

El olvido es amable.

Extraño a mi esposo y a mi hermano y ahora a mi mejor amiga. A veces

el dolor es tan agudo que me quejo en voz alta. Me escucho y pienso que alguien más debió hacer ese sonido de dolor del corazón. Pero nunca hay un día en el que tenga miedo de no poder superarlo.

Tener a Miles significa todo. He aprendido a hacerme a un lado y vivir para mi hijo. Lo que no significa que haya olvidado o no recuerde cada segundo del día en el que mi esposo y mi hermano murieron. Cada minuto de esa tarde está sellado con fuego en mi cerebro.

Mi esposo y mi medio hermano nunca simpatizaron entre sí, aunque no lo demostraban. Ambos eran orgullosos, decentes y amables, para ambos era importante dar la apariencia de que se llevaban bien. Pero eso era imposible. Eran hombres alfa: Chris en su estilo de macho callejero y Davis en su obstinado estilo de vieja familia blanca, anglosajona y protestante.

Cuando vivíamos en la ciudad, Davis contrató a Chris, que trabajaba en la construcción, para que colaborara en la reconstrucción del Fuerte Greene, de lo que se encargaba entonces. La tensión aumentó un poco cuando Davis y yo nos mudamos a Connecticut, y ellos dejaron de trabajar juntos. Mi hermano nos visitaba más o menos cada mes. Miles adoraba a su tío. Chris y Miles tenían nombres especiales uno para el otro que Davis y yo no teníamos permitido saber.

Era una pena que Davis y Chris no se llevaran bien. Tenían más cosas en común de las que podrían pensar. Les gustaba el box y el beisbol. Sabían mucho sobre autos. Los dos se preocupaban por mí, aunque sé que en gran parte ese era el problema.

Una tarde de verano estábamos sentados en el porche de nuestra casa en Connecticut bebiendo limonada. Un ostentoso auto *vintage* cruzó el camino.

Davis dijo que era un Hudson de cierto año y Chris lo negó, dijo que era un Packard de otro año. Ambos estaban seguros de estar en lo correcto y la discusión se calentó. Finalmente hicieron una apuesta. Habían estado planeando un asado. A ambos les apasionaba asar carne, aunque ninguno sabía qué hacer en una cocina o con una estufa.

—Bueno —dijo Davis—, este es el trato, vamos a checarlo en mi enciclopedia de autos *vintage*. Después, manejaremos a la carnicería. El

perdedor paga los bisteces y las costillas. Si los dos nos equivocamos, lo dividimos.

—De acuerdo —dijo Chris—. Se me antoja solomillo, así de confiado me siento.

Davis le pidió a Miles:

—Ve por el libro de papi, amigo —yo odiaba cuando llamaba a nuestro hijo «amigo». Chris se ofreció a ir con Miles, que era demasiado pequeño para cargar un libro tan pesado. Su papá bromeaba sobre si él sería capaz de cargarlo.

Mis tres hombres se inclinaron sobre el libro mientras buscaban el auto misterioso. Miles estaba muy emocionado. Daba la impresión de que podía leer aunque solo tenía dos años.

Finalmente Chris dijo:

—¡Ajá, ahí lo tienes!

Chris tenía razón. Davis estaba equivocado.

—Tú ganas, hombre. Yo pago la carne —dijo mi esposo—. Vamos a comprar algo bueno —él me besó, de modo casual, y fue por sus llaves.

¿Esas fueron las últimas palabras que lo escuché decir? «Yo pago la carne. Vamos a comprar algo bueno».

Davis manejaba el Camaro 1966 que usaba para divertirse dando paseos durante el verano. Chris iba sentado en el puesto del copiloto.

Sé las últimas palabras que escucharon de mí. Siempre eran las últimas palabras que cualquiera en mi familia escuchaba de mí antes de que dejaran la casa. No podía dejarlos irse sin decir: «Te amo, maneja con cuidado».

Hasta hoy agradezco a Dios en cada momento de vigilia haberme negado rotundamente a que Miles fuera con ellos. Él quería ser un niño grande para ir de paseo con su papá y su tío. Pero necesitaba dormir una siesta para llegar hasta la cena. Y yo pensé que los chicos se divertirían más si no tenían que preocuparse por él. Si no tenían que abrocharlo y desabrocharlo de su sillita para autos. Si pudieran omitir todas las cosas divertidas que yo hacía durante la semana.

Más tarde, los policías dijeron que un camión iba disparado por la carretera 208, demasiado cerca de su lado de la carretera. Davis dio un volantazo para esquivar al camión, perdió el control y chocaron de frente

contra un árbol.

Así, de repente.

Atesoren cada momento que tienen la suerte de pasar con sus seres queridos. Porque nunca sabemos qué sucederá unos cuantos latidos después.

Acabo de mirar hacia abajo y me di cuenta de que hay lágrimas en mi teclado. Supongo que el proceso de sanación no ha progresado tan bien como suponía, como me gustaría pensar.

Gracias, dulces mamás, por escuchar y responder.

Con cariño,
Stephanie

Stephanie:

Lo que pasó no fue nada parecido. Bueno, un poco. Mi esposo y mi hermano se fueron en un auto. Iban a comprar algo para asar. Su auto chocó contra un árbol y ambos murieron instantáneamente. Eso fue lo que sucedió, pero no *cómo* sucedió.

Ellos no solo no se llevaban bien. Se odiaban. Siempre se habían odiado.

No podrían ser más diferentes. Chris era sensato, un hombre terrenal; Davis vivía en las nubes. Tenían sentidos del humor muy distintos, a veces Chris quería decir algo a manera de broma y Davis lo tomaba como un insulto, o viceversa. Si no hubieran estado emparentados por mí nunca hubieran pasado cinco minutos en el mismo cuarto. Solo tenían una cosa en común: yo. Y Miles, supongo. Padre devoto. El tío que lo adoraba.

Siempre había peleas desagradables y agresivas, discusiones que explotaban. No recuerdo qué inició la pelea ese día. Con frecuencia discutían sobre la marca, el año y el modelo de algún auto *vintage* que habían visto. Pudo haber sido eso. No importa mucho. Los dos tipos fueron de cero a sesenta en diez segundos. Más rápido que un Maserati.

La discusión se puso ruidosa y fea rápidamente. Se hicieron las mismas viejas recriminaciones. Uno de ellos acusó al otro de pensar que él lo sabía todo; el otro le dijo que era «un fraude». Uno dijo que estaba harto de la mierda del otro y el otro respondió... no lo recuerdo. Peleaban como hermanos, excepto que eran cuñados. Si Caín y Abel hubieran sido parientes por matrimonio, en vez de sangre, las cosas hubieran resultado peores, aunque es difícil imaginar que pudiera haber pasado algo peor.

Fue así durante tanto tiempo que yo sabía exactamente cómo terminaba. Uno de ellos salía ofendido del cuarto y por unos cuantos momentos todo estaba en paz. Después el otro lo seguía, como si algo finalmente fuera a resolverse. Y empezaban a gritar otra vez. Si no, había tanto silencio que yo podía sentir la tensión en toda la casa. Me daban ganas de gritar.

Miles escuchó cada palabra. Creo que no entendió mucho. Pero escuchó el tono. Su papá y su tío estaban enojados. Así que empezó a llorar.

Blogueé sobre cómo los dos hombres decidieron comprar carne para asar. Pero de nuevo, esa no es exactamente la verdad. Fui yo quien sugirió que fueran a la carnicería. Nunca me perdonaré, por el resto de mi vida.

Dije: «¿Por qué no van de paseo? Se tranquilizan. Van a la casa ahumadora y traen algo delicioso para cenar».

¡La casa ahumadora! Eso atrajo su atención.

La casa ahumadora era una de las cosas que amábamos más de vivir aquí. Es una carnicería alemana a la antigua usanza. Hacen sus propias salchichas y carnes frías y tienen los mejores cortes de carne. Animadas chicas rubias alemanas te atienden y, sin importar lo que ordenes, dicen: «¡Con gusto!». Davis y yo lo adorábamos. Incluso cuando yo estaba intentando reducir mi consumo de carne, cedí y fui ahí a comprar un emparedado caliente de salchicha liverwurst con pan vienés.

Llegar a un acuerdo entre mi esposo y mi hermano era como disolver una pelea de perros. Había muchos insultos y gruñidos pero finalmente ambos, Chris y Davis, se sentían aliviados, como siempre, de que la pelea no fuera física. Nunca llegaban a explotar. Pero los dos hombres que más amaba en el mundo se despreciaban mutuamente y no les importaba quién lo supiera. Querían que yo lo supiera. No querían que lo olvidara.

Estaban contentos por la oportunidad de salir de casa, incluso juntos. Era una manera segura y fácil de terminar la pelea, en la que ambos quedarían bien.

Davis agarró sus llaves y me dio un beso rápido de despedida.

—Maneja con cuidado —dije—. Te amo.

—Nos vemos —dijo mi hermano.

No regresaron a casa. No regresaron a casa. No regresaron a casa. ¿Dónde estaban? No respondieron mis mensajes ni mis llamadas. ¿Habían salido por un trago? Miles durmió una siesta y despertó gruñón. Hambriento. ¿Dónde estaban su papá y su tío? ¿A qué hora cenaríamos?

Cuando la policía tocó la puerta, lo primero que pensé es que habían ido al pueblo, empezaron a pelear de nuevo y fueron arrestados. ¿Cómo los sacaríamos de la cárcel Miles y yo?

Me tomó todo el tiempo del mundo entender lo que estaba diciéndome el policía.

El oficial debió estar acostumbrado a lidiar con la gente en estado de *shock*, pero aun así me miró con extrañeza cuando dije:

—¿Había carne en el auto? ¿Alcanzaron a llegar a la casa ahumadora?

—¿Carne?

Fue en ese momento en el que me convertí en vegetariana.

El policía preguntó si había alguien —un miembro de la familia, algún amigo cercano— a quien yo pudiera llamar. La oficial Zutana o Mengana (no retuve su nombre) podía quedarse conmigo hasta que alguien llegara. Hizo un movimiento hacia el auto en la entrada, señalando a una mujer con sombrero de policía en el asiento del pasajero.

Yo estaba cargando a Miles, que empezó a llorar. El oficial le dirigió una mirada compasiva. Pobre pequeño, acaba de perder a su padre.

—No gracias, puede irse. Está bien. Llamaré a mi madre —dije.

Nada estaba bien y mi madre había muerto hacía cinco años. Yo solo quería que se fueran.

Que los chicos fueran a comprar carne para asar había sido mi idea y era algo difícil con lo que vivir —y mantenerse cuerda—, lo sería para cualquiera.

Después de que la policía se fue pasé mucho tiempo intentando calmar a Miles, quien estaba berreando aun sin entender lo que pasaba. Estaba tan ocupada con él que no tuve tiempo para ir al baño. Las madres de niños pequeños aprenden a posponer o ignorar sus necesidades más básicas.

Miles y yo nos acostamos en mi cama. Él cayó dormido y yo me fui sigilosamente al baño, dejé la puerta abierta para poder escuchar si despertaba.

Vi una hoja blanca adherida con bandas al espejo. Las bandas adhesivas estaban pegadas en ángulos extraños, parecía algo hecho por un psicópata, como la forma en que los asesinos seriales decoran sus madrigueras en los programas de televisión sobre el crimen.

Parecía la letra de Davis, salvo que su letra, como todo lo que él hacía, era ordenada y pulcra. Así escribiría Davis si hubiera consumido drogas malas. De forma apresurada. Descuidada. Enojada. Garabateada. Tuve que leerla

varias veces, no solo porque era difícil de descifrar, sino porque todavía estaba en *shock*.

La nota decía: *ESTOY ASQUEADO DE TODAS LAS MENTIRAS*.

En el lavabo había una fotografía en la que aparecíamos Chris y yo, de pie, platicando en nuestro patio trasero. Riéndonos. Davis había roto la fotografía por la mitad, y nos había dejado a mi medio hermano y a mí separados en pedazos.

Supe que era una nota de suicidio o que alguien podría verla de esa manera. La quemé en el fregadero de la cocina. No quería que nadie pensara que Davis se había suicidado. En una perspectiva práctica, teníamos que considerar el seguro. Eso determinaría la forma en que Miles y yo viviríamos de ahí en adelante. Miles no necesitaba saberlo. La mamá de Davis no necesitaba saberlo. Yo no quería ni necesitaba que alguien lo supiera.

Debí haberme desmayado por un momento. Lo siguiente que recuerdo es que estaba sentada en el piso del baño. Debí golpearme la cabeza con el borde del lavabo. Mientras presionaba una toalla de baño contra mi frente para detener el sangrado, escuché a Miles llorar en la recámara. Al verme con la sangre chorreando por mi cara, empezó a gritar.

Pensé: «Tienes razón en llorar, mi niño querido. Tienes razón en tener miedo».

Tu mamá es un monstruo.

Supe a qué se refería Davis. Supe lo que quería decir con «mentiras».

Chris y yo nos enamoramos desde el día en que él entró a la casa de mi madre. Nunca hubo un momento en el que no supiéramos que estábamos haciendo algo malo, así como nunca hubo un momento en el que pensáramos que nuestro amorío no sucedería. O en el que creyéramos que iba a terminar. Cuando renunciábamos uno al otro, cuando nos prometíamos que pararíamos, Chris llamaba o pasaba por la casa y volvíamos a empezar.

Cuando fui a la universidad, Chris dejó Madison y rentó un apartamento cerca de mi dormitorio. Como era un carpintero muy bueno, podía encontrar trabajo en cualquier lugar. Después de que salía de clases iba a su departamento y esperaba a que él llegara a casa. Pasábamos el final de la

tarde y el principio de la noche en su cama, solo un colchón en el piso de su cuarto frío, mientras el sol de invierno en Nueva Inglaterra descendía temprano, la luz se volvía grisácea y después azul. Éramos tan felices cuando estábamos juntos, piel desnuda contra piel desnuda. Éramos nuestra droga y éramos nuestro *dealer*.

A la gente que se pregunta por qué no pudimos alejarnos y comportarnos como seres humanos decentes, por qué no pudimos superarlo y seguir adelante, lo que puedo decirle es que a ellos nunca les pasó algo así. Duró, aunque de modo intermitente, varios años. Las cosas se salieron de control. Hubo un par de meses en los que solo ver la fotografía de la boda de mi mamá y mi papá me ponía caliente. ¿Qué tan enfermo es eso? ¿Hay un grupo de autoayuda para esto? Probablemente hay un grupo de sobrevivientes para todo lo que me ha pasado en la vida. Pero no he ido a ninguno.

Chris y yo estábamos de acuerdo. «Esto no está bien. Esto no es sano. Estamos lastimando a la gente, lastimándonos a nosotros mismos». Lo terminamos de nuevo, durante el tiempo que pudimos resistir.

Durante un periodo en el que de hecho sí cumplimos nuestra promesa, conocí a Davis. Era el hombre más bueno, siempre y cuando no lo contradijeras en el color de una pintura o en el sitio en el que irían los sofás. ¡Qué fuerte, sano y de gran corazón era! Se preocupaba por el planeta y el futuro. Quería una familia, una casa. Era muy serio, tan sincero. Parecía vivir en un mundo luminoso y brillante en donde hacía las cosas apropiadas y no tenía sexo con sus medios hermanos.

Yo podía imaginar —casi lo imaginaba— que Davis me perdonaría si alguna vez le dijera la verdad sobre Chris. En el caso de que termináramos nuestro amorío. Pero no le dije a Davis. Y no lo terminamos.

Hubiera sido sospechoso que él no conociera a mi hermano. Y sabía la historia —parte de la historia— de cómo mi mamá y yo supimos que mi papá tenía otra familia.

Decidí que su primer encuentro fuera en un sitio público, es lo que te recomiendan cuando puede haber algún tipo de escena o conflicto. No sé por qué pensé que podría suceder algo así. El conflicto estaba por completo en mi

cabeza.

Fuimos a cenar a un restaurante italiano anticuado en Brooklyn, que a Davis le gustaba porque era auténtico. Permanecía desde los tiempos de Cristóbal Colón.

Chris tenía una novia, alta y rubia como todas las que le interesaban en esa época. Creo que su nombre era Chelsea. Esas chicas no podrían ser menos parecidas a mí. Quizá mi hermano intentaba mostrarme que me había superado. Pero siempre era tan distante y frío con ellas que nunca me engañó. Yo sabía cómo se comportaba cuando estaba excitado. Cuando le importaba. Yo no estaba ni siquiera un poco celosa, aunque él quería que lo estuviera.

Davis no era el tipo de persona que imaginaría que alguien, su esposa, una mujer que él pensó que conocía y que amaba, tendría sexo con su medio hermano. Y esa tarde no pasó nada sospechoso. Chris y yo nos hicimos buenos en ser indetectables.

De todas formas, él y Davis empezaron a discutir —¡de todas las cosas!— sobre Frank Lloyd Wright. Davis hablaba y hablaba sobre el genio que era Wright.

Chris dijo:

—Seguro, él era un genio. Pero a un verdadero genio le hubiera importado si el techo de sus clientes goteaba. Y Wright les dijo que pusieran una cubeta bajo la gotera o que movieran los muebles.

Yo estuve de acuerdo con Chris. Me imaginaba si me gustaría vivir en una casa preciosa con goteras. Pero hubiera sido imprudente estar del lado de mi hermano y en contra de mi marido.

Qué fácil hubiera sido que esa fuera una conversación agradable, algo para estrechar lazos. Ambos sabían sobre Frank Lloyd Wright, ambos tenían convicciones fuertes. Sabían de arquitectura y construcción, aunque desde diferentes ángulos.

Busqué al mesero. ¡Más vino! ¿Dónde diablos está nuestra pasta?

Finalmente, Chris dijo:

—¿Qué tal si acordamos que no estamos de acuerdo?

—¡Fabuloso! —Lancé una mirada de agradecimiento a mi hermano.

Más tarde, en casa, Davis dijo:

—Si no fuera tu hermano, yo diría que el tipo es un idiota.

—Es mi hermano —dije—, así que mejor cuida lo que dices —nos reímos y pensé: «Esquivé una bala». Por ahora.

Una noche, cuando Davis estaba en Texas visitando el espacio por el que su despacho competía para diseñar un museo, Chris vino, sin que lo invitara. Les juro que yo no lo llamé, fue una especie de sexto sentido, la intuición de que yo estaba sola.

Entró por la puerta. Nos miramos. Me abrazó al saludarme. El abrazo se transformó en un beso. Y una vez más, lo nuestro comenzó.

Mi amorío con Chris terminó cuando Davis y yo concebimos a Miles, solo recaímos una vez (y no por mucho tiempo) después de que Miles nació. No quería que mi precioso hijo fuera criado por una adúltera incestuosa. Por mí.

La única vez que Davis me preguntó directamente sobre Chris fue poco tiempo antes de morir, después de que organizamos un asado en el patio trasero para sus empleados de la oficina.

Le pedí a Davis que invitara a Chris para que yo tuviera alguien con quien hablar. A nuestros invitados les gustaba discutir más que nada sobre diseño y chismes de oficina, a veces preguntaban amablemente cómo estaba Miles, elogiaban mi ensalada de papa y reconocían que yo había comprado los hot dogs, y que había tenido al hijo del jefe. Eso no significaba que alguno tuviera un verdadero interés en Miles, o en mí. Todo era por Davis: el genio, la estrella.

—Seguro, ¿por qué no?, invita a Chris —respondió Davis.

Debió pensar que eso era mejor a escuchar después mis quejas porque todo el mundo me había ignorado. Era arriesgado tener a Chris aquí. Pero no lo había visto en un tiempo y sabía que yo no me aburriría si podía mirarlo desde el otro extremo del patio.

Durante la primera hora de la fiesta noté que Davis me observaba. Debió haber advertido que estaba medio ausente hasta que llegó Chris.

Estaba en la mesa de la cocina. Chris se paró detrás de mí. Cuando volteé, estaba ahí. Mi felicidad, al verlo, fue una alegría mayor de la que se experimenta entre hermanos. Era muy obvio. Miré hacia el otro lado del césped y vi que Davis también se había dado cuenta.

Esa noche Davis dijo:

—Stephanie, necesito preguntarte algo. Quizás esto va a sonar raro pero... ¿hay algo... inusual en tu relación con Chris? Tal vez solo soy paranoico pero a veces siento que ustedes son demasiado... cercanos. Y eso me asusta. Su lazo es tan intenso, es casi como si fueran amantes.

Yo estaba sentada frente al espejo de la habitación, peinándome. Fingí que se me había caído algo al piso para no verlo a los ojos.

—Hey, pensé que yo sería la paranoica en este matrimonio —dije—, porque eso es ridículo. Solo somos cercanos. Quizá por ser hermanos que se perdieron la infancia juntos. Estamos recuperando el tiempo perdido.

Davis supo que yo mentía. Sabía que la gente sabe cosas que no *quiere* reconocer sobre las personas que ama. Pero de todas formas lo sabía.

Teníamos unos platos —blancos con franjas jade— que Davis apreciaba mucho. Él los había elegido cuidadosamente, uno por uno, de un aparador con vajilla *vintage* en una tienda en Lower Broadway.

Esa noche, cuando me rehusé a admitir que mi relación con Chris era algo más que un cariño familiar ordinario, Davis fue a la cocina. Escuché que algo se estrellaba, después otra vez. Corrí a la cocina y encontré que había aventado varios platos contra el muro.

—¿Por qué hiciste eso? —pregunté.

—No lo sé —respondió—. Quizá solo quiero recuperar el tiempo perdido.

Él no era así. Era más propio de él hacer lo que hizo después: disculparse y recoger los pedacitos de cerámica.

Creí que cuando tuviera a Miles, cuando Davis y yo tuviéramos a Miles, las cosas cambiarían. Pensé que nos volvería más sensatos a Chris y a mí. Pero eso solo nos condujo más abajo, donde el aire es más fuerte, vaporoso y caliente.

El día en que murieron el calor era sofocante. Yo estaba en el patio trasero, cerca de la alberca con Miles, que chapoteaba en la alberca para bebés junto a mí; Davis estaba más lejos, en la parte más profunda de la piscina, bajo una sombrilla. Él era de tez blanca y se quemaba fácilmente por el sol, a diferencia mía y de mi hermano.

En la tarde escuché la camioneta de Chris estacionándose enfrente a la casa. Me quedé atenta a Miles para no mirar a Chris mientras lo escuchaba acercarse. No podía mirar a Davis. Él hubiera captado todo en mi rostro.

No había nada que hacer más que intercambiar un beso y un abrazo rápido. Davis nos observaba.

Él sabía. Y yo sabía que él sabía.

Cerré los ojos para que mi marido no pudiera ver el deseo en ellos. Fui a traerle una cerveza a Chris. Después los tres nos sentamos y observamos a Miles, quien estaba paseando a su mono de plástico en un bote de plástico naranja.

El día en que murieron, después de la discusión, cuando los dos hombres se subieron al auto, recuerdo que me pregunté: «¿A dónde vamos a parar?». El camión que fue directamente hacia ellos y el árbol contra el que chocaron respondieron mi pregunta.

Davis fue enterrado en New Hampshire, en el cementerio de la región cerca de la casa en donde la familia de su madre ha vivido desde siempre. Dejé a Miles con la sirvienta de su abuela para que no viera el ataúd de su padre descender hacia la tierra. Davis había dejado un testamento que yo no conocía, pidió un entierro ecológico y me dejó todo, incluido el futuro ingreso por el diseño de sus productos.

Hubo mucha gente en el funeral. Todos los empleados de la oficina vinieron desde Manhattan, así como algunos clientes que vivían en las casas que el construyó y remodeló: extraños que habían trabajado con él y le habían tomado cariño. Además, él tenía una familia enorme por toda Nueva Inglaterra, tíos, tíos y primos que nunca conocí, todo un clan reunido para decir adiós y —algunos de ellos— para verme por primera y última vez.

En el funeral, en la casa de la mamá de Davis, hubo carnes frías y una bola de queso duro que nadie pudo cortar. Galletas y palitos de zanahorias. Café. Té. Y eso es todo. «¿Hay personas en el mundo que no saben que la gente en verdad necesita un trago en días como estos?», pensé. Eso explicaba en gran medida el comportamiento de Davis, pero era demasiado tarde para ser ayudada o para que me importara una nueva perspectiva de cómo había sido la crianza de mi esposo.

Al día siguiente, dejé a Miles con su abuela y volé a Madison para el

funeral de Chris. Yo era su familiar más cercana. No había nadie que me ayudara a tomar ninguna decisión, pero yo estaba tan anestesiada que pasé por eso en automático. Asumí que Chris, que no tenía testamento, querría ser enterrado cerca de su mamá. Hice un poco de investigación para encontrar su tumba, estaba agradecida por la distracción.

Fue un funeral muy diferente al de Davis. No había parientes, excepto yo. Ni tías ni tíos ni primos. Pero Chris tuvo muchos amigos. Un anuncio apareció en el periódico de Madison y un par de amigos de Chris lo subieron a Facebook. Parecía que la mitad de su generación de la enorme preparatoria pública estaba ahí.

Todos los amaban y todos estaban sorprendidos de que Chris tuviera una hermana, salvo un hombre que se llamaba Frank, que trabajó en la construcción y me recordaba un poco a él. Pensaban que era hijo único, que su mamá era madre soltera. Lo que era cierto en un sentido. Ellos estaban contentos de conocerme. Lamentaban que hubiera sido en tan triste ocasión. Lamentaban mi pérdida. ¡Como si tuvieran idea de lo que perdí!

Una mujer, una antigua novia de Chris, me miraba fijamente de una manera extraña y con curiosidad excesiva. Lo raro es que ella se parecía un poco a mí.

Yo estaba segura de que la exnovia de Chris sabía o sentía algo... extraño... sobre mi relación con mi hermano. Pero el culpable siempre cree que alguien conoce su secreto.

Parecía que nadie lo sabía, y no vi razón para aclararles que mi esposo había muerto en el mismo accidente que Chris. Fingí que Chris estaba solo en el auto cuando chocó contra el árbol. Parecía más fácil de esa manera: menos explicaciones que dar, menos lástima no deseada. Ya tenía suficiente.

Después del funeral fuimos a un bar. Todo mundo invitó rondas y dio discursos tristes para brindar por la memoria de Chris. Todo mundo se puso muy borracho. Yo me quedé muy cerca de Frank, el amigo de Chris, pegada a las frases y gestos que me recordaban a mi hermano. Fuimos los últimos en irnos.

Esa noche hice algo de lo que me avergüenzo profundamente. Le dije a Frank que estaba demasiado borracha para manejar de regreso a mi hotel, lo que era cierto. Pero también lo invité a mi cuarto y le dije que había un

minibar. Podíamos tomar un último trago. Yo sabía que eso no era cierto. El motel era demasiado barato para tener un minibar.

Tan pronto la puerta se cerró detrás de él, empecé a besarlo. Él sabía que yo no pensaba con claridad, era un tipo decente. Me preguntó varias veces: «¿Estás segura de que quieres hacer esto?». Creo que se dio cuenta de que era por Chris, y no por el sexo ni por él. Tal vez se sintió un poco usado, de la manera en la que creemos que solo se sienten las mujeres.

Nos acostamos en la cama. Me levantó el suéter, hizo a un lado mi sostén y empezó a chupar mi pezón.

—Permíteme un momento —dije, fui al baño y empecé a vomitar violentamente.

Frank no se sintió insultado ni se enojó. Ambos estábamos en duelo por Chris. Esperó hasta que me acosté en la cama y me arropó. Me dio su número celular y me dijo que le llamara si lo necesitaba. O si tenía ganas. Ambos sabíamos que nunca lo llamaría.

Me desperté con dolor de cabeza cegador y una dosis grave de autodesprecio que me hería más que el dolor de cabeza. Me di cuenta de que inconscientemente me había quitado mi anillo de bodas y lo puse en mi bolsa antes del funeral de Chris. Mi culpa fue más intensa cuando me di cuenta de que había estado tan borracha —y tan ocupada haciendo lo que no debía— que olvidé llamar a la mamá de Davis para asegurarme que Miles estaba bien.

Preparé café en el cuarto, en una cafetera patética con agua del grifo que sabía a cloro. Me tomé las primeras dos tazas, después preparé descafeinado y me lo bebí también. Luego volví a vomitar.

Llamé a la mamá de Davis. Nadie contestó. Sabía que algo estaba terriblemente mal.

Pedí un taxi y no sé cómo di con el bar, el auto que renté todavía estaba en el estacionamiento. Manejé al aeropuerto de Madison. Intenté comunicarme con la mamá de Davis una vez más y, de nuevo, nadie contestó. Intenté llamarla a su teléfono de casa. Nada. Hacía todo lo que podía para mantener a raya a mi pánico creciente.

Nunca he estado más segura de que mi avión se iba a estrellar. Estaba segura de que nunca más vería a Miles y de que ese sería mi castigo por lo que hice la noche anterior, mi castigo por lo que hice todas esas noches y días

con Chris. Ya no sabía en qué creer. Pero ese día, mientras el avión despegó, me puse a rezar.

Por favor, déjame vivir para ver a mi hijo y nunca más haré algo así. Por favor, deja que él esté bien. Yo solo viviré para Miles. Renunciaré a los hombres. Nunca más tendré sexo peligroso e inapropiado con la gente equivocada. La única felicidad que me importará será la de Miles. Renunciaré a todo lo demás. Solo déjame llegar a casa.

Recogí a Miles en la casa de su abuela, en New Hampshire. Le pregunté por qué no había contestado el teléfono y ella me dijo que, en su pena y distracción, dejó que se acabara la batería de su celular y olvidó recargarlo. Y el teléfono de su casa se desconecta cada vez que llueve fuerte, como sucedió en la noche. Se disculpó por lo preocupada que estaba. Me pregunté por qué no pensó en llamarme. Siempre sospeché que nunca le caí bien. Y ahora que su hijo estaba muerto probablemente le caía aún peor.

Miles gritó de alegría cuando me vio y lo abracé tan fuerte que aulló. Me sentía tan aliviada que mis rodillas se doblaron y tuve que agarrarme del respaldo del sofá para no caerme ni desmayarme. Durante el regreso a nuestra casa en Connecticut, Miles permaneció despierto en su silla, usaba las pocas palabras que conocía para decirme, según entendí, que su abuela lo había llevado a conocer un poni.

Estaba tan contenta de estar viva que hasta que atravesamos la puerta recordé que Chris y Davis estaban muertos.

Mantuve mi promesa. No más hombres. No más elecciones malas. Todo lo haría por Miles.

Hasta que Emily desapareció y conocí a Sean.

Quizá la muerte me desquicia. Quizá la pena suelta un demonio que de otra manera permanecería oculto en lo profundo de mí.

Post en el blog: *Una actualización en... varios y diversos asuntos*

¡Hola, mamás!

Estoy segura de que ustedes deben pensar que soy la peor bloguera del mundo por no haber publicado nada en tanto tiempo. Pero estoy de vuelta, con muchas cosas que contarles. Ha pasado mucho desde la última vez que escucharon de mí.

Siempre he creído que es mejor ser honesta y abierta, incluso si hay algunas mamás en nuestra comunidad que podrían tener un problema con lo que voy a decir. Les pido a ellas que ablanden sus corazones, expandan su mente y me escuchen. Que intenten comprender antes de juzgarme.

Sean y yo nos mudamos juntos. ¿Quién dice que hay algo malo cuando la generosidad y la cooperación se transforman en amor? Y hasta donde sabemos, el corazón sabe lo que necesita.

Nada traerá de vuelta a Emily. Sean, Nicky y yo jamás superaremos nuestra pérdida. Pero nos ayudaremos para ser mejores personas. Sean, yo y los niños podemos llegar a ser una familia. Los niños pueden ser hermanos. Ninguno de nosotros quiere renunciar a nuestra casa y los recuerdos que guarda, así que decidimos dividir el tiempo entre los dos hogares. La escuela de los niños está más cerca de mi casa así que yo voy a dejarlos y a recogerlos.

Los niños tienen su cuarto propio en ambas casas. Ellos pueden llevar y traer lo que quieran y tienen dos cepillos de dientes, calcetines y lo que necesiten. Ya sé que parece derrochador tener dos casas cuando demasiada gente en el mundo no tiene una sola. Pero todas las otras opciones implicarían una decisión que por el momento no podemos tomar. Aunque en algún punto lo haremos.

A veces Sean y yo pasamos noches separados. A veces solos, a veces con los dos niños o solamente con nuestro propio hijo. No estaba segura de que

me gustaría esta forma de vivir, pero me gusta. Me gusta estar con Sean, y me gusta estar sola con Miles.

Es un arreglo poco común, pero por ahora está bien. Estamos haciendo lo mejor que podemos para darles a dos niños la mejor infancia posible. Bajo circunstancias que nadie hubiera escogido. Ninguno de los niños tiene que renunciar a su propia casa o a pasar tiempo a solas con su padre.

El terapeuta de Nicky ha ayudado mucho. Aunque Nicky todavía se siente triste, a lo cual tiene pleno derecho.

Si cualquiera de ustedes, mamás que están por ahí, quieren compartir su historia o recibir un consejo sobre cómo hablarle a un niño sobre la muerte, por favor, dejen un comentario aquí abajo.

Después de dejar a los niños en la escuela, llevé a Sean a la estación de tren. Él regresó a trabajar medio tiempo en la oficina, lo que es muy bueno para todos, especialmente para Sean, aunque Nicky lloró al principio cuando llegó a casa y su papá no estaba. La compañía le prometió a Sean que reduciría los viajes y él me prometió que no me quedaría sola con Nicky y Miles frecuentemente.

Después de que él se va, tengo que revisar la casa para buscar cualquier indicio de minisabotaje de Nicky. El camión de bomberos aventado por el excusado. El control remoto en el fondo del baúl de juguetes.

Las miradas sombrías que Nicky me lanza de vez en cuando helarían la sangre de cualquiera. Y ha desarrollado una serie de hábitos melindrosos del tipo del trastorno obsesivo compulsivo. Él solo come con un tipo de tenedores, si no todo termina en una hora de llanto. O solo come rábanos. O papas francesas caseras. Nos pide lo que quiere y prefiere morir de hambre antes que comer otra cosa. Cuenta los pasos a su habitación y los pasos desde la puerta principal al auto de Sean. Su terapeuta sugirió que postergáramos la medicación de Nicky —que Sean pidió específicamente— hasta que tenga la oportunidad de superar las etapas del duelo.

Estoy contenta de que Nicky vea a un terapeuta, pero no necesitamos ayuda profesional para recordar que la madre del pobre niño está muerta. He pasado mi precioso tiempo libre buscando en Internet sitios útiles que

ofrezcan ayuda en el trabajo de ser madrastra de un niño de cinco años recientemente huérfano.

No dejo de pensar que Emily hubiera sabido qué hacer. Pero ni siquiera puedo hablarlo con Sean por miedo a hacerlo sentir peor. Él no necesita saber las cosas hostiles que hace su hijo. He intentado ahorrárselas. ¿Eso está mal?

Es por eso que les pregunto, mamás, ¿alguna de ustedes ha estado en esta situación? ¿Qué aprendieron que pueda ayudar? ¿Pueden recomendar un libro sobre este tema? Estaré agradecida por cualquier consejo de cualquier forma.

Gracias por adelantado, queridas mamás.

Con cariño,
Stephanie

Stephanie:

Cuando vives en familia es fácil dejar de notar cosas. Dejar de poner atención. Esa es una de las maneras de saber que todo se ha vuelto familiar. Damos las cosas por hechas. Hay gente que lo llama tolerancia, flojera o estado de negación. Yo lo llamo superar el día.

Pronto me acostumbré a lo mal que se portaba mi hijastro no oficial. Su mal comportamiento iba dirigido principalmente hacia mí. Siempre era bueno con Miles. Se querían igual que antes. Como hermanos. Si su amistad hubiera empezado a deshacerse, se lo hubiera comunicado rápidamente a Sean.

Sean estaba recuperando el tiempo perdido en el trabajo. No estaba tanto en casa y había dejado a Nicky a mi cuidado por largos ratos. Y cuando Sean estaba en casa, Nicky no desperdiciaba ese pequeño momento que tenía con su padre en un despliegue de ira o tristeza.

Lidiar con eso era mi trabajo y lo acepté con buena cara. Por Sean, por Emily, por Nicky. Pero no pude evitar sentir que algo sucedería, que algo horrible iba a destruir la calma antes de la inminente tormenta peligrosa e impredecible.

Cada vez que la gente hablaba sobre lo inteligentes que son los perros, mi hermano Chris solía contar la historia de cuando visitó a un amigo en el suroeste y fueron en bicicleta al desierto, acompañados de sus perros. Los perros ladraban, los pájaros hacían sus ruidos, la brisa soplaba y de repente todo el ruido desapareció. Los perros y las aves enmudecieron. Incluso el viento dejó de soplar.

Chris miró al suelo y a menos de seis metros había una serpiente cascabel que siseaba. Recuerdo que él contaba que el silencio también podía ser una alarma, más ruidosa que una sirena.

La historia me parece cautivadora y sexy. Chris la contó cuando estábamos con Davis, quien lo miró con tanto odio y desdén que por un

instante estaba segura de que sabía lo que había entre Chris y yo.

Todo esto es para decir que me acostumbré a las miniagresiones de Nicky y nunca perdí mi simpatía ni mi paciencia por él. Cuando él dejó de actuar de esta manera entonces sí me asusté.

Una tarde Nicky regresó de la escuela y parecía haberse convertido en el mejor niño del mundo. La mayoría de los días difícilmente me hablaba y se negaba a responder si le preguntaba qué había hecho en clase. Esa tarde me preguntó cómo estaba su papá y qué había hecho yo.

¿Un niño le pregunta a una adulta qué hizo durante el día?, ¿en verdad? No le dije que desperdicié horas buscando en Internet consejos para lidiar con él. Le respondí que pasé parte del día arreglando la casa, lo que era verdad.

A la hora de la cena, Nicky dijo que comería lo que hubiera cocinado, incluso si era algo vegetariano. Era totalmente diferente al chico enojado del día anterior. Eso me hizo feliz. El tiempo estaba haciendo su magia sanadora. Dábamos pasitos hacia adelante, salíamos de puntitas de la oscuridad hacia la luz.

Y aun así... aun así... yo tenía una sensación incómoda. Algo estaba mal. No sé por qué me sentí así, pero lo hice. Intuición de madre.

Como si el mundo hubiera enmudecido y yo escuchara el siseo de la serpiente cascabel.

Los niños escondían algo. Lo sabía. Siempre los sorprendía cuchicheando como si estuvieran en una conspiración malvada de niños en una película de terror.

¿Qué me estaban ocultando? ¿Por qué Nicky de repente actuaba tan considerado? Cuando estaban jugando y yo entraba al cuarto miraban hacia arriba, como si hubiera interrumpido una conversación secreta.

Una noche, ambos niños se quedaron en mi casa, pues Sean trabajaría hasta tarde en la ciudad. Nicky entró sigilosamente a la sala y dijo que no podía dormir. ¿Podía leerle una historia? Lo regresé al cuarto de invitados que transformé en su habitación. Le leí un libro tras otro, todos los que quiso. Esperé hasta que dijo que estaba cansado, lo que difícilmente hacen los niños.

Apagué la luz y lo arropé. Acaricié su frente suave y ligeramente húmeda.

Mucha gente, incluidos los niños, dicen cosas en la oscuridad que nunca dirían con las luces encendidas. Le pregunté:

—¿Pasó en la escuela algo divertido, especial o quizá molesto?

Nicky permaneció en silencio durante tanto tiempo que me pregunté si estaba dormido.

—Hoy... vi a mi mamá.

Sentí escalofríos. El terapeuta de Nicky nos advirtió lo difícil que es para los niños aceptar que un ser querido ha muerto. Y ahora, que Sean no estaba aquí para ayudarme, tenía que lidiar con eso. Tenía que decirle a este niño que sufría que, por mucho que quisiera ver a su madre, eso era imposible. Ella se había ido. Se había ido para siempre.

Respiré profundamente.

—Estoy segura de que creíste verla, cariño... Con frecuencia creemos ver a las personas que amamos aun cuando eso no sea...

—Yo la vi —insistió Nicky—. Vi a mamá.

Lo importante era mantener la comunicación, animarlo a confiar en mí, a decir lo que tan desesperadamente quería que fuera cierto, tanto que se convencía que era verdad.

—¿Dónde? —le pregunté—. ¿Cuándo viste a tu mamá?

—Estaba afuera de la reja de la escuela cuando salimos al recreo. Nos dejaron salir a jugar porque hacía calor. Yo quería correr hacia ella. Pero el recreo casi terminaba y nos estaban llamando para apurarnos y regresar.

—¿Estás seguro de que era tu mamá? Muchas personas se parecen a otras aunque realmente no son...

—Estoy seguro —dijo Nicky—. Pude leer sus labios. Dijo «te veo mañana, saludame a Stephanie».

—¿Dijo eso?, ¿«salúdame a Stephanie»?

—Sí. Ya la había visto antes... hace un par de días... la última vez que nos dejaron salir a jugar. Le conté a Miles. Él pensó que lo estaba inventando. Le hice jurar que no lo diría.

Nicky creía cada palabra que estaba diciendo.

Fue difícil para mí ordenar mis sentimientos confusos. Más que nada me sentía triste. Tenía mucha simpatía por Nicky. Pero también estaba frustrada.

No había progresado en aceptar la pérdida, la pérdida permanente, de su madre. No podía obligarme a decirle que lo había imaginado, a intentar explicarle a un niño de cinco años el concepto de alucinación causada por un deseo imposible de cumplir. De cualquier forma esa era obligación de Sean. Él era su padre.

Besé la frente de Nicky y lo arropé con las cobijas.

Cuando Sean regresó a casa de la ciudad, le serví un vaso de *whisky* doble. Me acurruqué junto a él en el sofá.

—Esta noche pasó algo preocupante —le conté—. Cuando acosté a Nicky me dijo que había visto a Emily afuera del patio de la escuela.

Sean se sentó muy derecho. Me miró fijamente. Observé en sus ojos muchas emociones encontradas: conmoción, incredulidad, esperanza, miedo, alivio.

—Esto es preocupante —dijo—. No es bueno para Nicky. No es saludable. Él estaba conmigo cuando dispersamos las cenizas de Emily. ¿Qué debo hacer ahora?, ¿enseñarle sobre el ADN?, ¿explicarle que su papá envió el cepillo de dientes de su madre y que el forense determinó que era de ella?

Nunca antes lo había escuchado hablar tan crudamente y fuera de control.

—Detente —le dije—. No lo puedo soportar. Basta.

—Ese pobre niño —dijo Sean—. Mi pobre hijo.

Apagué la luz y permanecemos sentados. Lo sostuve entre mis brazos y él recargó su cabeza en mi hombro.

—No rompamos su corazón tan pronto —dijo finalmente—. Si él quiere vivir en ese sueño un día más, no lo forcemos a despertar.

A la noche siguiente, a la hora de acostarse Nicky volvió a decir:

—Hoy también vi a mi mamá —fue una afirmación con sencillez y calma. Como si fuera un hecho.

Esta vez le expliqué a Nicky que la gente tiene sueños en los que creen ver a personas que no estarán ahí nunca más. Le dije:

—Parecen tan reales y nos hablan como si en verdad estuvieran ahí. Pero no son reales. Se trata solo de un sueño. Una fantasía. Y cuando despertamos siempre es triste, los extrañamos más que nunca. Pero entendemos que todavía están con nosotros, aunque solo sea en nuestros sueños.

—Te equivocas, mi mamá estuvo ahí —dijo Nicky—. Yo la vi. Corrí

hacia ella. Me acerqué lo más que pude. Con la reja estúpida entre nosotros. Ella me tocó a través de la reja. Acarició mi cabello y mi cara. Después me dijo que corriera de regreso a donde estaban los otros. Y...

—¿Y qué? —Mi voz me sonó extraña. Ansiosa, tensa... y asustada. ¿Pero exactamente de qué estaba asustada?

—Dijo que nunca más me dejaría. Que les dijera eso a ti y a mi papá. Me incliné para besar la frente de Nicky.

Noté algo familiar. Me tomó un tiempo darme cuenta de qué era. Identificar un recuerdo que ya empezaba a desvanecerse.

Olí el cuello, la piel y el cabello de Nicky. Percibí el perfume de Emily.

Sean iba a pasar esa noche en su casa, trabajando. Se suponía que los niños se quedarían conmigo, pero llamé y le dije que quería dormir con él. Sean sintió la urgencia en mi voz. Sin preguntarme qué estaba mal me pidió que llevara a los niños al auto y le mandara un mensaje cuando saliera. Cargué a los niños, que traían puestos sus pijamas, al auto y Sean salió y me ayudó a llevarlos a sus cuartos.

Le conté que había olido el perfume de Emily y que esta vez Nicky había insistido en que vio a su mamá. Ella lo había tocado.

Sean se veía agotado. Su rostro se oscureció y su tono fue cortante, incluso enojado cuando dijo:

—Stephanie, déjate de tonterías de *Dimensión desconocida* —él jamás me había hablado así y por primera vez pensé que Emily podía ganar esta batalla.

Hasta ese momento yo no sabía que se trataba de un concurso. Pero eso era. Él siempre amaría a Emily —amaría su recuerdo— más de lo que me amaba a mí. Igual que Nicky, Sean nunca superaría su pérdida.

—Stephanie, estás enloqueciendo —dijo—. Emily está muerta. A nadie le gusta que sea cierto, pero es verdad. No debió suceder, pero sucedió.

Tuve un recuerdo vago de él diciendo eso antes: no debió suceder eso. Y de nuevo me pregunté, entonces, ¿qué debió suceder?

—Necesitamos ayudar a Nicky a aceptar eso —continuó—, no permitirle esas fantasías dolorosas y destructivas.

Sabía que tenía razón. Pero el perfume de Emily me había perturbado. Quizás estaba alucinando por creer que ella estaba viva todavía. Aunque me di cuenta de que si ella estuviera viva, yo tendría que explicarle muchas cosas. Contrólate, me dije. Todos estamos en duelo y la pena hace que la gente haga locuras...

Sean suspiró profundamente. Después se levantó, tomó mi mano y me guio hacia arriba, al baño trasero del segundo piso. En un estante superior del clóset para blancos estaba el perfume de Emily.

Él lo roció en el aire.

Fue espeluznante. Lilas y azucenas. Monjas italianas. Trajo a Emily de regreso ante nosotros solo por un momento. Emily estaba ahí con nosotros, en el cuarto.

—Guardo una botella aquí —dijo—. Nicky debe haberla encontrado. Encontró la escalera de mano, la arrastró hacia la repisa, tomó la botella de perfume y se roció el cabello. Pobre chico. Supongo que lo hizo sentirse cerca de su mamá.

Parte de mí sabía que eso no tenía sentido. Nicky no había estado en su casa en dos días y solo esta noche olí la esencia de Emily en su cabello. Pero yo quería una explicación lógica. Quería creerle a Sean. Y además, no había otra explicación. Yo vi el reporte de la autopsia y la urna que contenía las cenizas de mi amiga.

Con el perfume de Emily, con su esencia dulce de lilas y azucenas prendida en el aire, Sean y yo hicimos el amor. Era vergonzoso lo excitados que estábamos. Pero quizá no era sorpresivo. Quizá solo estábamos intentando probarnos algo a nosotros mismos y entre nosotros.

Nuestra amada Emily estaba muerta.

Pero nosotros todavía estábamos vivos.

Una noche, estaba en mi casa con Miles, cenando pasta con salsa de tomate fresco, el tipo de comida vegetariana y deliciosa que solíamos comer cuando solo éramos nosotros dos. En cierta forma fue un alivio. Un alivio y un placer.

Me sentía tranquila, así que fue doblemente impactante cuando Miles

dijo:

—Hey, adivina mamá, hoy vi a la mamá de Nicky. Se dirigía al bosque detrás de la escuela cuando salimos al recreo. Fue como si nos estuviera esperando. Después huyó porque no quería que nadie más la viera. Se movía rápido. Pero era ella.

¿Es posible que tu corazón se detenga mientras el resto de ti sigue viviendo? Debe ser. Mi corazón se detuvo en mi pecho.

—¿Estás seguro?

—Sí, mamá.

—¿Seguro, seguro? —pregunté intentando permanecer calmada.

—Seguro, seguro —dijo Miles.

Hay un libro que solíamos leer. Una de las mamás que leen mi blog lo recomendó cuando yo blogueé sobre aquella época en la que Miles se escondía de mí. Y me asustaba sin sentido.

El libro se llama *¿Dónde está Buster Bunny?* El conejo se esconde de su mamá y la asusta, aunque los niños pueden encontrarlo en las ilustraciones. Y la mamá del conejo está muy preocupada porque no tiene idea de dónde pueda estar. Bueno, al final el conejito dice que nunca más se esconderá.

—¿Lo prometes con tu naricita rosa? —le preguntó su madre.

—Sí —dijo Buster Bunny.

—¿Lo prometes con cada uno de tus lindos deditos de los pies?

—Sí —dijo Buster Bunny y nunca más se escondió de su madre otra vez.

Esto se convirtió en un juego que Miles y yo jugamos cuando yo quería que él sostuviera algo. Le pregunté:

—¿En verdad fue Emily? ¿Lo juras por tu naricita rosa?

—Sí —respondió mi hijo.

—¿Lo juras con cada uno de tus lindos deditos de los pies?

—Era ella. Lo juro —dijo Miles.

Post en el blog: *Otro pequeño favor*

¡Hola, mamás!

Esto será rápido. ¿Alguna de ustedes puede recordar el nombre de una película francesa —estoy segura de que la vi en la universidad— sobre el director de una preparatoria sádico y su amante (¿Simone Signoret?), quienes conspiran para asustar mortalmente a su frágil y rica esposa haciéndole creer que ella lo asesinó y que él regresó de la muerte?

No puedo creer que pudiera inventar esta historia. Ayúdenme.

¡Gracias!

Con cariño,
Stephanie

Post en el blog: *Diabolique!* (continuación)

Gracias, mamá, ¡la respuesta llegó en segundos! No puedo creer lo atenta que eres, esto es una prueba de que hay madres leyendo ahora mismo y si necesito ayuda —por ejemplo, refrescar la memoria en este caso— no dudarán por un segundo.

Diabolique.

Puse en *stream* la película minutos después de publicar la pregunta.

¡Qué momento tan maravilloso es este! Uno quiere algo pero no sabe exactamente qué es, lo pone allá afuera en el ciberespacio, lo descifra. Y lo obtiene.

Si tan solo la vida real fuera como este blog.

Mamás, no sé si recomendarles esta película. La mamá que me escribió por *mail* dijo que la razón por la que recordaba el título es porque la película la asustó más que todo lo que ha visto. Ella nunca la volvería a ver y me sugiere con énfasis que no haga que otras mamás vivan con el recuerdo de la película, como le sucede a ella.

Si ustedes son del tipo de personas que consideran que las novelas de Patricia Highsmith (¡solo escribir el nombre me hace extrañar a Emily!) son repulsivas, esto puede que no sea para nosotras. Pero yo estaba cautivada porque la trama es tan enredada y Simone Signoret actúa de manera apabullante el papel de maestra de preparatoria hermosa y amante siniestra.

La película empieza en la escuela, donde muchos chicos franceses con pantalones cortos corren y gritan. El director es un maniático del control. Todo mundo le tiene miedo y él se mete con todos solo porque puede.

Simone Signoret trae puestos unos lentes oscuros para esconder los moretones que le hizo el director, su amante violento. Él también abusa de su esposa, psicológicamente, porque el dinero de ella mantiene la escuela. Padece un mal en el corazón, el tipo la hace tan infeliz que ella cree que morirá de tristeza y humillación.

Las películas como esta me hacen darme cuenta de cómo, a pesar de los errores que he cometido y las cosas malas que he hecho, he sido afortunada en mis elecciones en cuanto a hombres se refiere. Porque, como tantas mamás han descubierto, es tan fácil involucrarse con una persona que crees que es un buen tipo. Tienes un hijo con él. Y un día resulta que él...

Ambas, la esposa y la amante, odian al director tanto que deciden matarlo. Le dan *whisky* adulterado. Luego ponen su cuerpo en un cesto y lo avientan a la alberca de la escuela.

El plan es hacerlo parecer un accidente. Nunca iba a funcionar, pero resulta que no importa. Cuando drenan la piscina, no hay cuerpo.

Ya no se las cuento, mamás. En caso de que decidan verla... No es que esté sugiriendo que la vean.

Solo déjenme decirles que el hombre muerto se aparece una y otra vez en lugares inesperados y espeluznantes, no como una película gore (¡la llamada viene del interior de la casa!) o una fiesta gore, si no como algo más oscuro y malvado.

La historia se tuerce y se retuerce. Nadie es lo que parece. Nada es lo que tú crees.

Me quedé viéndola. Tuve escalofríos. Me quedé impresionada por el final. La sensación permaneció durante unas cuantas horas.

Veán la película o no. Ustedes eligen, valientes e inteligentes mamás.

Todo mi amor y, como siempre, gracias a ustedes.

Con cariño,
Stephanie

Stephanie:

Lo que acabo de escribir en mi blog, de nuevo, no fue lo que sucedió. De hecho la película me volvió loca. Incluso mientras la película me asustaba sin sentido, parte de mí se preguntaba: ¿Y si todo el mundo está mintiendo? ¿Enloqueciéndome con engaños? ¿Si Emily está viva? ¿Y si Emily y Sean conspiraron para hacerme pasar por esto? Para hacerme esto a mí. Pero ¿por qué? ¿Qué les hice? Era extremadamente depresivo.

Miré la película en mi propia casa, a escondidas, sintiéndome culpable, como si fuera una película porno. Cuando terminó deseé estar en casa de Sean. Necesitaba escuchar que Sean me dijera que solo estaba siendo paranoica. Necesitaba creerle.

Valía la pena despertar a los niños y manejar para ver a Sean. Miles y Nicky se dormirían de nuevo en el camino.

Los papeles cubrían la mesa del comedor de Sean. Había estado trabajando. Acostamos a los niños. Sean me sirvió un vaso de *brandy*. Un fuego rugía en la chimenea. El sofá era cómodo y cálido.

—¿Hay alguna posibilidad, cualquiera, de que Emily estuviera viva? — pregunté.

—Ninguna —dijo—. Ni una sola.

—Miles la vio —le conté—. Miles tiene muy buena vista. Él es mi hijo. Yo le creo.

—Los niños siempre ven cosas que no están ahí —dijo Sean.

—Miles no —afirmé—. Miles sabe lo que está ahí y lo que no.

Primero Sean se veía molesto, después horrorizado, luego asustado, después... no tengo idea de lo que sentía. Su expresión cambió en cámara lenta. Se levantó y dejó el cuarto. No regresó durante un largo tiempo. Yo me quedé sentada, confundida y preocupada. ¿Debería ir a buscarlo? ¿Debería ir por Miles e irnos a casa? ¿Debería esperar?

Esperé. Era lo más fácil de hacer.

Finalmente, Sean regresó. Se sentó de nuevo en el sofá y puso su brazo alrededor de mí.

—Lo lamento, Stephanie.

—¿Por qué?

—Por no darme cuenta de lo difícil que esto ha sido para ti. Todo el tiempo pensé que Nicky y yo éramos los únicos que sufríamos. Pero tú has sufrido también.

Empecé a llorar.

—La extraño —dije.

—Todos la extrañamos —dijo Sean. Después completó—: Múdate conmigo. Intentémoslo y hagamos que esto funcione. Emily se fue. Está muerta.

Yo lloraba más fuerte ahora. Sean también lo hacía.

—Nicky quiere que su mamá esté viva. Lo desea tanto que está convencido de que ella lo está. Y de alguna manera convenció a Miles de que la ha visto. Pero ella no está viva. Y ella hubiera querido que Nicky encontrara una mamá para que tuviéramos una familia estable. Ven a vivir aquí. Todo el tiempo. Por favor.

—Está bien —acepté. Muy rápido sentí que el miedo y las dudas de los últimos días desaparecían, como si milagrosamente me hubiera recuperado de una enfermedad.

—Podemos mantenernos unidos y protegernos de los fantasmas o lo que sea que los niños estén imaginando —dijo—. «Cerrar filas» como dicen ustedes, los americanos —rio a través de sus lágrimas.

Miles está encantado. Le gusta la casa de Nicky. Él se siente cómodo aquí. Su televisión es más grande que la nuestra. Ya no extraño las noches que Sean, yo y los niños pasábamos en nuestras respectivas casas. No extraño mi propia casa. No realmente. A veces lo hago. La mayor parte del tiempo me gusta estar aquí con los niños y con Sean.

Cada día que pasamos aquí significa que Emily está un día más lejos. Durante mucho tiempo yo quería estar cerca de ella y ahora quiero que desaparezca. Quiero ser la única mujer que Sean ame y eventualmente la

única mujer que Nicky ame. Tengo que ser paciente.

Hay mucho sobre lo que no puedo bloguear. Dejar de bloguear me da más tiempo para pensar, para preguntarme sobre mi amiga.

¿Cómo se puede creer que conoces a alguien y saber tan poco de esa persona? ¿Cómo es que Emily podría ser el tipo de persona que deja a su hijo y maneja hasta Míchigan para beber y drogarse? Esa no era la amiga que yo conocí.

Me obsesioné con lo que quedaba de ella en la casa. Fue una conversación difícil pero convencí a Sean de llevar algunas cosas de Emily a una bodega. Me ofrecí a encontrar un sitio y arreglar la transportación.

Consideré preguntarles a las mamás si sabían cuál era el mejor sitio de almacenamiento en la frontera entre Nueva York y Connecticut. Pero me dio miedo que se dieran cuenta de que me estaba deshaciendo de alguna ropa y de posesiones de Emily. Era algo que teníamos que hacer, abrir espacio para mis cosas y las de Miles, hacernos sentir que en verdad vivíamos ahí. Sean estuvo de acuerdo.

Acordamos que Sean trabajaría con la mudanza el sábado por la tarde. Yo llevaría a los niños al cine y él le diría a un equipo profesional de organizadores domésticos qué cosas quería que se llevaran y cuáles conservar.

Yo estaba interesada en lo que se quedaría. En lo que Sean no soportaría lejos.

Hasta ahora, cada vez que estuve en casa de Sean fui respetuosa, honré la privacidad de Emily. Me hubiera sentido mal si revisara sus cajones o armarios. (Muy considerado, Sean limpió un vestidor y un clóset para mí). Pero ahora que yo vivía ahí, empecé a mirar alrededor con mayor libertad.

Si encontraba algo de Emily que me interesara o que me diera alguna información, lo examinaba como evidencia sobre quién había sido ella realmente y por qué hizo lo que hizo.

Durante esta época dejé de bloguear. Mandé un mensaje a la comunidad de madres para anunciar que iba a ausentarme y regresaría pronto.

Era difícil escribir sobre mi vida sin honestidad. Podría haber blogueado sobre la dieta de Miles y cómo ayudarlo a crecer para que se convirtiera en una buena persona. Podría haber blogueado acerca de formar una nueva

familia y navegar alrededor del hueco enorme que había en nuestras vidas.

Las mamás no son estúpidas. Ellas hubieran escuchado el tono falso, se hubieran dado cuenta de que mis intereses estaban en otro lado. Quizás hubieran percibido que yo me había metido en un lugar ligeramente oscuro del que tendría que salir.

Me obsesioné con lo mucho que podría averiguar sobre Emily.

¿Y si Miles y Nicky estaban diciendo la verdad? ¿Y si ella estaba allá afuera? ¿Podría estar viva? ¿Podrían ella y Sean estar conspirando contra mí? ¿Fue por el dinero del seguro? Me di cuenta de que con la ayuda de los excelentes abogados de su firma, Sean triunfaría en declarar que la muerte de ella fue accidental, así que los dos millones serían suyos, salvo lo que pagara a los abogados.

Cuando los niños estaban en la escuela y Sean en la ciudad, empecé un juego. Buscaría y encontraría una cosa interesante de Emily cada día. Un objeto que me diera una pista sobre quién era en realidad. Después me obligaría a detenerme.

El primer lugar en el que busqué fue en el botiquín. ¡No fui muy creativa! Encontré una botella completa de Xanax de diez miligramos. Se la recetó a Emily un médico en Manhattan. ¿Por qué ella no se las llevó? Si yo fuera a deshacerme de mi esposo y a dejar a mi hijo con mi mejor amiga para irme a unas vacaciones de drogas con alcohol, pastillas y natación, las pastillas serían justo lo que me llevaría.

A menos que ella tuviera tantas que no las necesitara.

No podría recordar el fragmento del reporte policiaco sobre lo que encontraron en la cabaña. ¿Había frascos de pastillas vacíos y botellas de licor?

Al segundo día, en un clóset del vestíbulo, encontré una billetera de piel de cocodrilo con el logo de Dennis Nylon. La cartera estaba llena de billetes de pequeñas denominaciones, algunos euros y sobre todo pesos, rublos y dinares, brillantes y con flores y los rostros de los héroes nacionales. Recuerdos de viajes. Para Dennis Nylon. Imaginé fiestas en la alberca con muchos chicos locales, modelos y drogas.

Mientras tanto, Emily escribía comunicados de prensa y controlaba la información. Mi amiga no había sido un desastre de drogadicción, sino una

madre responsable y una esposa amorosa con un trabajo importante. O quizás ella era todas esas cosas. El dinero era la colección de Emily. Su diario de viaje.

Tal vez hubo un crimen. Quizá la mafia rusa se estaba infiltrando en la moda y Emily se interpuso. Mi imaginación giraba fuera de control. Me dije que debía relajarme.

Encontré una caja llena de fotos de Emily. Me pareció raro que no hubiera fotografías de su infancia o de su vida antes de casarse con Sean. ¿Sean se había desecho de esas? ¿O había algo en su pasado que ella quería borrar? Sean me contó que ella se había distanciado de sus padres, pero había sido vago sobre las razones. ¿Sería posible que estuviera casada y él no lo supiera? A Davis le conté mucho sobre mí. Sobre mis padres. Pero no le conté algo muy grande: mi relación con Chris.

Solo había fotos de Emily y Nicky en la caja. Lo recuerdo. Sean entregó las fotografías de Emily a la policía y no las habían regresado. Lo ayudé a editar las fotos en las que aparecía Nicky porque decidimos que no necesitábamos que el rostro de nuestro niño estuviera en todos los periódicos o en Internet.

En un clóset trasero, junto a donde la chimenea sube a través del ático, encontré un vestido azul pálido colgado de un gancho y un par de sandalias azul claro de tacón alto, dispuestas cuidadosamente debajo.

El vestido ondeó cuando abrí la puerta. Como una persona escondida en la oscuridad que espera para saltar y asustarme. ¡Buuu! Yo estaba asustada, al principio.

¿Era el vestido de boda de Emily? No podía preguntarlo. No quería que Sean supiera que estaba revisando los armarios del ático. Me dijo que quería que yo me sintiera en casa. Pero no creo que se refiriera a eso.

Deslicé el vestido azul por el gancho y me lo llevé a nuestra recámara junto con las zapatillas. Me puse la ropa de Emily. El vestido me quedaba muy ajustado y las sandalias un poco ajustadas pero aflojé las correas. Me sentí como la hermanastra de Cenicienta que intenta meter su pie dentro de la zapatilla de cristal.

Me miré en el espejo. Me sentí pecadora. Me sentí triste.

Fingí ser Emily. Me acosté en nuestra cama con las piernas caídas para

que pudiera mirarme en el espejo. Estiré mi brazo debajo del vaporoso vestido azul y empecé a masturbarme. Fingí que yo era Emily y que Sean me estaba observando.

Me vine en un minuto. Cuando me vine reí mucho. No fue una sorpresa que a estas alturas yo fuera una pervertida. Pero ¿también una lesbiana? Yo no quería tener sexo con Emily. Solo me gustaba fingir ser ella. Subí de nuevo su ropa y la colgué cuidadosamente en el clóset donde la encontré.

En el cuarto para invitados había un tocador *déco* con un gran espejo redondo, el tipo de mueble irresistible en una subasta, pero que cuando tienes en casa te preguntas por qué pensaste que necesitabas un tocador en el que una estrella de cine de los treinta se sentaría a empolvase la nariz.

En uno de los cajones encontré un sobre manila lleno de tarjetas de cumpleaños. Tarjetas de felicitación de las que venden en las farmacias. Todavía estaban en los sobres dirigidos a Emily Nelson —jamás usó el apellido de Sean— con la dirección de las casas en las que había vivido, en diferentes etapas. Su dormitorio de la Universidad en Siracusa. Su primer apartamento en Alphabet City, Manhattan. Podías rastrear el progreso de Emily en la compañía de Dennis Nylon al observar cómo las direcciones eran cada vez más lujosas. Después las tarjetas fueron enviadas a la calle 86 Este, donde vivió con Sean después de que nació Nicky. ¿Pero cuándo había vivido en Tucson? Nunca me habló de eso. O quizás ella estaba de paseo por su cumpleaños y la tarjeta de su madre la alcanzó ahí.

Las tarjetas eran del tipo estándar. Flores. Globos. Feliz cumpleaños a mi querida hija. Feliz cumpleaños a nuestra hija consentida.

No había nada personal en ellas, no había notas, ni palabras cariñosas. Más que la dedicatoria «PARA EMILY» y la firma «CON AMOR, MAMÁ». La letra, siempre en tinta café y con una pluma fuente de verdad, pertenecía a otra era, en la que las chicas eran clasificadas según su caligrafía. Su letra era exquisita: enmarañada pero segura.

En la esquina izquierda de cada sobre, con la misma caligrafía, se lee «doctor y señora Wendell Nelson». Y hay una dirección en Bloomfield Hills, Míchigan.

La dirección de los padres de Emily.

Tomé el sobre y lo guardé en mi vestidor. Sentí que era importante tener la dirección aunque no sabría decir por qué. Si alguien podría ayudarme a resolver el misterio de quién era mi amiga, sería su madre. Yo sabía que ella sufría de demencia, pero recordé que tenía días buenos. Quizá podría visitarla en uno de esos. Jamás tendré el valor, ¡ni el tiempo ni la libertad! De ir a verla. Pero me gusta tener su dirección.

Había algo más. Una cosa importante. Y eso era completamente al azar.

Una tarde, Sean me llamó del trabajo y me pidió que buscara en el cajón más alto de su escritorio un pedazo de papel en el que escribió los datos del cliente. Olvidó su teléfono cuando fue a la junta con el cliente y después olvidó meter los datos en su lista de contactos. Y necesitaba el número de ese sujeto.

Sabía que él estaba avergonzado, pensó que lo había arruinado. Pero lo tranquilicé varias veces, le dije que no era nada. La gente olvida cosas más importantes. Él había estado bajo mucho estrés. No le dije: date un respiro, tu esposa murió. Pero ambos sabíamos a lo que me refería. Le prometí que buscaría el papel y que lo llamaría cuando lo encontrara.

El pedazo —arrancado de un bloc amarillo tamaño carta— estaba donde él dijo, entre cuentas y recibos, cargadores de celulares viejos, un revoltijo de gafetes de los que la gente usa en las convenciones. Estaba sorprendida por el desorden. Sean es una persona muy limpia. Pero nadie es perfecto. Y yo había visto que él podía dejar que las cosas se salieran de control si estaba de por medio el trabajo. Cuando nos mudamos, al principio con frecuencia yo tenía que quitar, ¡cuidadosamente!, los archivos y pilas de papeles de la mesa del comedor para que pudiéramos cenar.

Justo antes de cerrar el cajón, vi una caja pequeña cubierta con terciopelo azul oscuro con una capa de polvo. Una cajita para joyas. Fue como si escuchara una voz advirtiéndome que no la abriera, pero la misma voz lo hizo irresistible.

La abrí. Y ahí dentro estaba el anillo de Emily: el zafiro rodeado de diamantes.

Lo sostuve entre mis dedos. Y luego la vi. Vi a Emily. Vi cómo los diamantes titilaban en el aire mientras nos sentábamos en su sofá y ella movía las manos, hablaba de los libros y las películas que le encantaban, sobre Nicky y Sean, de las cosas que le importaban. Mientras reíamos, bromeábamos y celebrábamos el regalo de nuestra maravillosa amistad.

En un impulso acerqué el anillo a mi rostro. Y me pareció que podía oler las aguas del oscuro lago de Míchigan y, debajo, un olorcillo vago a descomposición. A muerte. Era imposible que un anillo pudiera oler así. Pero al mismo tiempo estaba segura de ello.

Mi amiga había desaparecido. Todo lo que quedaba era esto, el anillo y nuestros recuerdos. Lo regresé a la caja de terciopelo, puse la cajita en la gaveta y la azoté al cerrarla. Empecé a llorar más intensamente que cuando nos enteramos de que Emily estaba muerta.

Me tranquilicé. Llamé a Sean. Hice todo lo que podía para evitar derrumbarme de nuevo mientras le leía el número del cliente. Sean me agradeció. Quería decirle que lo amaba, pero ese no era el momento. Quería decirle que había encontrado el anillo de Emily, pero nunca lo haría.

Dejé de buscar pistas en la casa. No había nada más que quisiera o necesitara saber.

Entramos en una rutina. Los niños iban a la escuela y Sean al trabajo. Maricela venía los miércoles, así que yo no tenía que limpiar. Me mantuve ocupada arreglando los cuartos de los niños y recolectando suministros de manualidades para cuando ellos regresaran a casa. Horneaba panqués y hacía modelos de aeroplanos.

Intenté no recordar a Emily, a menos que fuera de una manera buena. De una manera útil y positiva. Decidí que los niños asegurando haberla visto, Nicky oliendo a ella y mis propias dudas eran parte de nuestro duelo. Nuestra negación a creer que había desaparecido.

Pero ella había muerto. Sean vio el reporte de la autopsia. Los resultados de ADN. Si ese no era su cuerpo en el lago, ¿de quién era? Ni siquiera en el pueblo de Míchigan se cometían errores así.

Leí recetarios de cocina y aprendí a hacer platillos —berenjena a la

parmesana, estofados coreanos con tofu— que al principio Sean y los niños se resistieron a comer pero después les gustaron. O quizá los comieron para darme por mi lado. De cualquier manera, se los comieron. Yo no quería que todos los días comiéramos carne. Me empecé a sentir bien de estar en la cocina de Emily. Estaba alimentando a la gente que ella amaba. La comida es sustento. La comida es vida. Emily tuvo una cocina, se casó y encontró a una mejor amiga que cuida a su hijo después de que ella desapareció.

Todo mundo estaba cediendo. Nicky dejó de portarse mal y fue casi tan bueno conmigo como antes de la desaparición de su mamá, cuando los cuatro nos divertíamos los viernes después de la escuela. Convertí el cuarto de invitados —el que tiene un tocador— en una especie de oficina y decidí que pronto regresaría a bloguear. Había pasado suficiente tiempo para que mis lectoras aceptaran que Sean y yo éramos una pareja.

Tengo mucho que decir sobre los retos y las recompensas de criar a dos hijos en vez de uno. De un modo más fácil, de otro más difícil. Hasta ahora no han peleado nunca. Yo estaba agradecida pero me preguntaba cuánto tiempo duraría.

El sexo con Sean era increíble, igual que al principio. Casi increíble. La calentura disminuye cuando la persona está totalmente disponible. Eso es natural. A menos que lo hagas todas las noches como al principio y después menos. Pasan las noches, uno junto al otro, como hermana y hermano. Tú lo notas pero intentas no hacerlo.

Quizá fue por eso que la calentura nunca murió entre Chris y yo. Porque no podíamos tenernos cuando quisiéramos. No había ni una remota posibilidad.

Los niños no volvieron a mencionar que vieron a Emily cerca de la escuela ni en ningún otro lado. Decidí fingir que nada había pasado. Recordé haber leído casos de histeria colectiva en las que varias personas alucinaban algo al mismo tiempo. Es común, especialmente entre los niños pequeños. Eso les pasó a Nicky y a Miles, pero no mostraban señales de un daño prolongado.

«Lo superaremos», pensé.

Tuvimos un Día de Gracias tranquilo, solo los cuatro. Los niños me ayudaron a cocinar el pavo. Estaba muy bien cocido, tostado y jugoso, el

relleno quedó delicioso. Con dulzura Sean fingió ignorar de qué trataba la festividad, para que los niños le dijeran lo que habían aprendido en la escuela. Que los peregrinos habían llegado aquí y los nativos americanos les enseñaron a plantar maíz y cuidar las primeras cosechas para que sobrevivieran los inviernos de Nueva Inglaterra.

Esa noche, después de que los niños se fueron a dormir, Sean y yo nos sentamos en el sofá para terminar el vino. Me rodeó con sus brazos y me dijo que deberíamos ir los cuatro a algún lado en las vacaciones de Navidad. A algún sitio cálido. Una isla. Un sitio que solo fuera para nosotros. Él no tenía que aclarar que era un sitio en el que no hubiera estado con Emily. México quizá, o el Caribe. Un tipo en el trabajo había ido a Vieques y le había encantado.

Tragos con ron. Hamacas en la playa.

Dije que eso sonaba maravilloso. Y así era.

Permanecimos despiertos e hicimos el amor. «Quizás esto funcione», pensé.

A la mañana siguiente dejé a los niños en la escuela y a Sean en la estación. Luego regresé a casa. Había empezado a considerarla mi hogar. No más la casa de Emily ni la casa de Sean. Sino mi hogar.

Me preparé una taza de café. Me senté en la mesa de la cocina por donde entraba el sol. Llevé mi café a la sala y me senté en el sofá. Por un segundo pensé: «El sofá de Emily», pero me obligué a dejar de pensar en eso. Ahora era mi sofá.

Pensé en mi vida hasta ahora y en la casualidad de que las cosas se hubieran acomodado y quedaran en paz. Con suerte, podríamos seguir por este camino. Eso estaría bien por mí.

El teléfono sonó. El fijo, que nadie usaba nunca.

Corrí para contestarlo.

El identificador señalaba FUERA DE ÁREA. Lamenté haber contestado. Oí el silencio justo antes de que comiencen las grabaciones automáticas.

Estaba a punto de colgar cuando una voz dijo:

—Stephanie, soy yo.

Era Emily. Reconocería su voz en cualquier parte.

—¿Dónde estás? —pregunté—. ¡Tienes que contarme!

—Afuera. Viéndote.

Corrí de una ventana a otra. No había nadie.

—Ve a la cocina —pidió Emily—. Levanta tu mano. Te diré cuántos dedos estás levantando.

Alcé mi mano. Levanté dos dedos.

—Dos —dijo Emily—. Vuelve a intentarlo.

Esta vez levanté las dos manos. Siete dedos.

—El número de la suerte —dijo Emily—. Tú siempre fuiste una chica lista. Bueno, me tengo que ir. Por ahora. Hablamos pronto —esa fue su manera de despedirse: «Hablamos pronto».

—¡Espera! —grité. Quería preguntarle tantas cosas. Pero ¿cómo empezaríamos esa conversación conmigo en su casa, viviendo con su esposo?

—No, tú eres quien debe esperar —¿lo imaginé o era una amenaza? Ella colgó.

Miré las cosas de Emily a mi alrededor. Los muebles de Emily. Su casa.

No podía estar pasando esto. Bastaron unas horas para convencerme de que había imaginado la llamada de Emily.

Estaba acostada en el sofá. Quizá me dormí y lo soñé. Había tenido sueños vívidos desde que Emily murió. A veces aparecía ella. Quizá este era uno de ellos.

No estaba convencida. Parte de mí sabía qué había pasado.

A la mañana siguiente, cuando regresé de llevar a los niños a la escuela. Dejé las compras en la casa, respiré profundamente un par de veces y entré al bosque.

Calculé dónde debió estar parada Emily para verme a través de la ventana.

Nada se movió. Fue siniestro.

Escuché que se rompían unas ramas en el fondo del bosque. Apenas podía respirar.

Después me vi a mí misma en la ventana. En la casa. Y eso fue lo más espeluznante.

Era yo. Y no era yo.

Yo estaba espiando a alguien más. Yo estaba sola. Yo estaba afuera en el bosque.

Espiándome a mí.

SEGUNDA PARTE

Emily:

Espiar. Algo en la palabra me enferma casi físicamente y al mismo tiempo lo adoro. Espiar. La palabra me provoca la náusea estremecedora que se siente al caer en la montaña rusa. Algunas personas hacen cualquier cosa por esa emoción. Y como dice la canción: «Dios, sé que soy una de ellas».

He estado espionando a Stephanie, a Sean y a los niños. Acabo de pensar que la palabra es casi tan nauseabunda y excitante como trepar a la ventana de mi cocina y observar a Stephanie fingir que soy yo. Dormir con mi esposo, criar a mi hijo, cocinar de más trozos de vaca muerta en mi cocina. Para ser honesta —aquí tomo prestada una frase de Stephanie, ella siempre dice «para ser honesta», quizá porque extrañamente lo es— estoy más fascinada que furiosa.

Espiar a Stephanie en mi casa es como jugar con una extraña casa de muñecas en 3D y en vivo. Como si la gente allá dentro fueran figuritas animadas que yo puedo mover. Puedo obligarlos a hacer cosas. Puedo controlarlos con mi arma mágica: un celular prepagado.

Marca el número mágico y la muñeca Stephanie correrá a la ventana.

Stephanie puede quedarse con la casa pero yo quiero unas cuantas cosas. Ella puede quedarse con el marido, demostró que era un estúpido sin remedio cuando decidió coger con ella.

Yo solo quiero a Nicky. Quiero a mi hijo de vuelta.

Desde que era una niña, siempre me escondía para espionar. Me agachaba debajo de las ventanas, esperaba sentada en el pasto a que los adultos hicieran algo más sucio y más privado que preparar café, mirar dentro del refrigerador o, en el caso de mi papá, fumar un cigarro a escondidas. Vi dónde escondía mamá sus botellas de licor y qué seguido ella tenía que sacar el gran diccionario del librero. ¿Qué palabra necesitaba buscar? Su botella estaba detrás del libro. Vi a mi madre beber tanto que ya no parecía un secreto, solo algo que acostumbraba. No la culpo. La pobre mujer estaba casada con papá,

un ginecólogo famoso y criador de orquídeas exóticas que le ponía a sus nuevas variedades de orquídeas biogenéticas los nombres de sus «pacientes favoritas».

Raras veces rompí el código de espionaje que consiste en mantener la vigilancia y el silencio. ¡Mamá borracha sonaba realmente estúpida! Puse agua en su botella de ginebra. Desde la ventana la observé tomar directamente de la botella, aunque si yo hubiera bebido leche directo del envase me habría matado. Después del primer trago se veía confundida, como si intentara recordar a qué debería saber. Luego terminó la botella, la puso en una bolsa de papel y la sacó para ponerla en el contenedor en la entrada.

Cuando yo iba a la secundaria empecé a dar sorbos a su ginebra, después tragos más y más grandes. Ella nunca se dio cuenta o nunca lo dijo. Mis padres podrían haber sido recortes de cartón por su interés animado en mí. Cuando trabajas en Dennis Nylon escuchas a mucha gente hablar, después de unos tragos, de lo huérfanos que se sienten. Cada vez que escucho esa palabra pienso: «Deberías conocer a mis padres». Aunque ahora sería improbable. Mi padre lleva muerto ocho años y mi madre no está en forma para una conversación sobre los errores que cometió.

Todo mundo tuvo una infancia infernal, todo mundo piensa todavía que debería haber sido una época celestial. Que la infancia de todos los demás fue un paraíso. Ese es el mensaje que nos dan las películas y la televisión. Cuando eres pequeño crees que tu familia es la única que no es tan feliz ni tan aliviada como las que salen en las comedias. Lo irónico es que nunca dejaría que Nicky viera las versiones modernas de esos programas de televisión que pudren la cabeza; aun así, su vida en los cómodos suburbios de clase media alta, con una mamá y un papá amorosos, está más cerca de la vida de televisión que la de Sean y la mía, que de hecho sí vimos esos programas.

Quiero que Nicky sea feliz. Es una cosa, la única, que sé que quiero.

Cuando creces te das cuenta de que no fuiste la única niña infeliz, lo que es lindo. Lindo si eres el tipo de persona que se alegra de encontrar a alguien que tuvo una suerte igual que la tuya. A Stephanie le gusta pensar que todo mundo está caminando por el mismo sendero escabroso. Aunque dice que nunca conocemos de verdad a alguien, ella cree que sí se puede. Le gusta

pensar que otra persona sufre tanto o más que ella. Si tienes un problema con tu hijo, supuestamente te ayuda saber que otras mujeres tienen el mismo problema. Si tu mejor amiga desaparece, se supone que te reconforta saber sobre las mujeres de allá afuera cuyas amigas también han desaparecido.

Eso es un pequeño sector demográfico que espera la llamada de la Agencia de Investigación para decirle al reportero lo seguras que están de que el marido lo hizo.

Durante el día, Stephanie se sienta en su pequeña oficina en la esquina del porche soleado —mi porche soleado— donde puso un anticuado secreter del tamaño de un tanque y un tapete redondo tejido. Muy hogareño, muy cursi. El paraíso de la mami bloguera. Aunque parece que dejó de bloguear.

Unas perfectas extrañas lamentaban que Stephanie me hubiera perdido. Su mejor amiga. Publicaron amor, abrazos, emoticones de corazón y caritas tristes.

Desde el día en que desaparecí me controlé para no meterme por completo en la cabeza de Stephanie. Era como tener mi cerebro en cautiverio. Acabo de meter solo mi dedito para torturarla y fue un poco divertido. Pero también doloroso. A fin de cuentas, esa es mi casa, ellos son mi marido y mi hijo.

Desprecio a Sean porque puede soportar a una persona así. Aunque la esté usando para superar su duelo. En teoría, podría darle otra oportunidad. Dejarlo saber que no estoy muerta. Ver qué tan rápido se deshace de Stephanie. Observar eso sería entretenido.

Pero él ya reprobó un examen, de hecho dos. No le voy a dar la oportunidad de volver a presentarlo.

El punto es que Stephanie no es tan inteligente. Eso es lo que necesitábamos. Por eso la escogí.

Jamás le conté a Stephanie que mi mamá era alcohólica. No es algo que quisiera decirle a todos, aunque Sean se enteró porque a su mamá le gustaba su gran vaso de dulce y asqueroso jerez, así que teníamos eso en común.

Era todo lo que Sean sabía sobre mí. Fui cuidadosa con la información. Controlar información es lo que hago, lo que hacía para vivir. Para eso me

pagaba Dennis. Antes de que la mayoría fuera sorprendida en la desinformación, yo podía lograr que una sentencia de la Corte para pasar un tiempo en un reformatorio desierto en Tucson se viera y se escuchara como dos semanas de orgía salvaje de sexo y drogas en Marruecos. Podía hacer que una cosa pareciera otra distinta. Podía lograr que el estilo fallido de Batichica fuera la moda en el planeta.

Solo le conté a Sean las cosas que lo hacían sentirse identificado conmigo, nada que pudiera hacerlo sentir diferente a mí. Eso significaba dejarlo fuera de algunas cosas básicas aceptables. Dios, cuánto hablaba Stephanie sobre los secretos. Yo la escuchaba o medio la escuchaba y pensaba: «Necesitamos tener secretos. Los necesitamos para vivir en el mundo. Yo tengo muchos. Más de los que debería. Nadie tiene idea».

Al espiar a mi madre aprendí que no sabemos que nos están observando. Queremos imaginar que estamos alerta. Nos engañamos al pensar que tenemos algo en común con las criaturas que sobreviven en lo salvaje. Pero hemos perdido el instinto, ese sexto sentido. No podríamos sobrevivir un día en lo salvaje, pues abundan los depredadores.

Solo se necesita un depredador. Y por el momento yo lo soy.

A menos que veamos o escuchemos algo, el bosque detrás de nuestra casa podría estar lleno de francotiradores. Un perverso podría vivir al otro lado del patio, atrás de nuestro departamento, con los binoculares pegados a sus ojos mientras le reza al dios de los perversos para que nos quitemos nuestra ropa.

Había un tipo así al otro lado del callejón de mi primer apartamento en Nueva York por las fechas en las que empecé a trabajar en Dennis Nylon.

Sorprendí al tipo. Gran barriga descuidada y camiseta de golpeador de mujeres. Binoculares de superespía. Los pantalones en las rodillas. Le mostré mi dedo desde el otro lado del callejón. Él me lo mostró también. Bajó sus binoculares. Sus ojos nunca dejaron de fijarse en los míos.

No pude lidiar con eso. Me mudé. Perdí mi depósito.

Conseguí un departamento más lindo.

Le pedí a Dennis un aumento y me lo dio. Él amaba ser tan poderoso que

podía lanzarme un puñado de monedas y rescatarme de un perverso.

Ahora yo soy la vecina perversa. Stephanie necesita ser rescatada. De mí.

Hay una película que me encanta: *Peeping Tom*. Es británica. Trata sobre un asesino psicópata que se filma a sí mismo asesinando mujeres. Tiene una cámara amarrada al extremo de una lanza con la que empala a niñas bonitas para poder capturar el terror en sus rostros. Un artista de verdad, un verdadero obsesivo.

Es la película favorita de Dennis Nylon. Así que tenemos eso en común.

Fue una de esas películas que arruinó la carrera del director. Todo mundo descubre lo enfermo que está el tipo y nadie trabajará con él. Especialmente si la película pierde dinero. *Peeping Tom* estaba demasiado adelantada para 1960. Incluso ahora podría seguir siendo muy adelantada. Pero no para mí, no para Dennis.

Estaba sorprendida de que Sean no la hubiera visto, pues era británico y estaba en la periferia de una manada artística. ¿Sus amigos no veían películas así? No había nadie a quien le pudiera preguntar, nadie que lo conociera de esa época. Sus amigos *cool* de la universidad se habían ido a la banca y cuando nos conocimos él ya no los veía. Supe que podía tenerlo, sí así lo quisiera, si lo convencía de que todavía podía ser el chico más *cool* si estaba conmigo.

Sean podía hacer tratos, dinero, negocios pero nunca había tenido una aventura amorosa. Yo le enseñé lo que es la pasión. Lo convencí de que no podía vivir sin mí. Era tan fácil de reprogramar, convencerlo de que tenía el control. Era parte de su encanto. Tenía una ventaja extra, era un buen amante: paciente, creativo, cachondo. Eso contaba más de lo que debería, o de lo que debería valer si fuera más común entre la población masculina. Demasiados hombres hacen el amor como si fueran taxis con el taxímetro encendido, esperando afuera en la calle.

Podría convertir a Sean en lo que yo quisiera. Solo tenía que descubrir que quería que él fuera.

Sean y yo nos conocimos en una cena de caridad particularmente horrible en el Museo de Historia Natural. Lloré la mitad de la noche porque todo estaba saliendo mal: para empezar, un inversionista importante se cayó de las escaleras y luego el chef invitado, una celebridad muy costosa, se rebanó la punta del dedo. Yo trabajé como un burro para que nadie notara las cagadas por las que Dennis hubiera enfurecido y todos podríamos haber perdido nuestros trabajos.

Sean se presentó diciendo que trabajaba para la firma inversionista que se quería asociar con Dennis Nylon. Actué como si ya nos conociéramos, en caso de que fuera así, pero estaba segura de que lo recordaría.

—¿Podemos cenar algún día? —me preguntó.

Muy dulce, muy alivianado, muy directo.

Poco después, lo invité a mi apartamento para ver *Peeping Tom* en DVD. Era nuestra tercera cita. Era una prueba, pero también un riesgo invitar a un tipo atractivo, rico, básicamente decente y recto a mirar mi película favorita sobre un asesino psicópata. Si tuviera que fingir que mi película favorita es *La novicia rebelde*, me rendiría antes de empezar. ¿Quién quisiera estar con un hombre al que le gustaran ese tipo de mujeres?

Vimos *Peeping Tom* mientras él me abrazaba. Ya habíamos tenido sexo, buen sexo, quizá sexo increíble, así que supongo que él pensó que demostraba su poder de contención y sus buenos modales al hacer algo más que tener sexo increíble. No quiero sonar fría o presuntuosa al decir que él consideró que el sexo fue aún mejor de lo que fue. Creo que él tenía experiencia limitada, más que nada relaciones aburridas con universitarias británicas insatisfechas y empleadas frustradas en el banco.

Ahora él me estaba consintiendo al mirar una película que me gustaba. Yo había tenido suficientes novios como para saber que este era el tipo de cosas que los chicos hacían al inicio de una relación. Después ellos dejan el cuarto, te piden que veas la otra televisión o solo arrebatan el control y le cambian al juego de basquetbol.

Durante toda la película Sean y yo no hablamos. Después él dijo:

—Brillante —con esa manera molesta de pronunciarlo, con tres sílabas,

como lo hacen los británicos—. Pero creo que fue demasiado, ¿no lo crees?

¡Reprobado! Él creyó que era demasiado. ¿Acaso era uno de esos tipos miedosos que quieren creer que la gente es buena? ¿El tipo de chicos que evitan los libros y las películas que muestran cualquier tipo de dolor, sufrimiento o violencia? Hay chicos como esos allá afuera, más de los que ustedes creen.

Pero no Sean. Él solo estaba fingiendo ser un chico bueno. O quizás era un chico bueno que fingía ser un chico malo. Lo calentaba, lo excitaba que a mí me gustara *Peeping Tom*. Pensaba que era *sexy*. Siniestro, pero en el buen sentido. Es el tipo de película que le podría gustar a un hombre pero no a las chicas, de las que él creía, probablemente por sus exnovias aburridas, que solo querían regresar a casa después de la oficina y acurrucarse en la cama con una botella de *pinot grigio* y la más reciente versión de Jane Austen de la BBC.

Yo prefiero tequila o, aún mejor, mezcal. Pero nunca frente a Sean.

Después resultó que él era un gran fan de series de televisión oscuras: *Breaking bad*, *The wire*. Programas que no me gustaban mucho aunque a todos los niños del trabajo les encantaban. No puedo seguir las historias de los personajes y no puedo sacar de mi cabeza las escenas violentas.

Nos fugamos a Las Vegas sin decirle a nadie. Nos casamos en la capilla de Elvis y pasamos tres días en cama en una *suite* en el hotel Bellagio. Fueron unas vacaciones lindas: sexo, servicio al cuarto, champaña, televisión. Presumiéndonos mutuamente.

No fue lo más inteligente de parte de Sean sugerir que visitáramos a su «mami» en el norte de Inglaterra para nuestra luna de miel. Me dijo varias veces lo verde que era, lo románticos que eran los páramos. Él sabía que a mí me encantaba *Cumbres borrascosas*. Su pueblo solo estaba a una hora de Haworth Parsonage, el hogar de las Brönte.

Dos días de desolación y llovizna, frío espantoso y lluvia constante, las nubes estaban tan bajas que no pude ver los páramos. Odio cuando el frío se filtra entre tu piel y tus huesos. ¿Y para qué? ¿Para que Sean y yo camináramos fatigosamente hacia una casita triste llena de adolescentes lloronas? ¿Y regresáramos a pasar la noche en la casa húmeda, con mala calefacción, llena de moho del corazón de manzana encogido y agrio de una

mujer que no quería a su hijo y que me quería aún menos a mí?

Generalmente intento no sentir lástima por las personas. No creo que sea bueno para la persona ser compadecida ni para aquella que compadece. ¡Pero cuando vi la casa...! El linóleo quebrado, los calentadores de gas apestosos, las cortinas negras sofocantes y los muebles que apestaban a todos los estofados de cordero que se habían cocinado ahí desde el reinado de Enrique VIII. ¡Pobre Sean!

Un día, cuando Sean estaba fuera trabajando, le ofrecí a su madre un trago de mi botella. Hice una presentación. Mamá de Sean, te presento a José Cuervo. José, te presento a la mamá de Sean. (De hecho era Herradura, el tequila barato me da dolor de cabeza). Después de toda una vida tomando jerez, aquello era una revelación. Le dije que la mataría si le contaba a Sean y ella se rio, un constipado «eh, eh, eh», porque pensó que estaba bromeando.

Esa noche ella se fue a dormir temprano para que Sean no sospechara que estaba borracha. Y eso nos dio a su mamá y a mí una alianza conspiratoria que hizo que nuestra estadía fuera casi entretenida. Casi.

Ah, pasó una cosa divertida.

Yo he sufrido aburrimiento sofocante, intermitente, durante toda mi vida y reconozco cuando se avecina un ataque, de la misma manera en que otras personas pueden percibir una migraña o un mareo. Sabía que tenía que hacer algo para impedirme caer o portarme mal de una manera de la que me arrepintiera. He tenido esas emociones desde niña y he aprendido que algo se tiene que hacer para desaparecerlas. Era como un piquete de mosco que debía rascarme.

Así que me robé el anillo de la mamá de Sean.

Era precioso, un zafiro rodeado de dos diamantes grandes montados con sencillez en oro. Lo elogí justo después de que llegamos y ella empezó a parlotear de cómo estaban cortadas y dispuestas las piedras, cómo su esposo se lo dio antes de casarse, a quién había pertenecido el anillo y toda su historia desde la era Neanderthal. Dejé de escucharla. No recuerdo si decidí robarlo en ese momento o si fue una ocurrencia impulsiva cuando surgió la oportunidad.

Una noche puse a la mamá de Sean un poco borracha, como siempre. Estaba sorprendida de que su hijo no se diera cuenta cuando su mamá se

ponía aún más desagradable y crítica de lo normal. Supongo que él tenía expectativas bajas. Esa noche lo fastidió hasta convencerlo de irse a la sala a ver la televisión mientras las chicas limpiaban. Puso el anillo con cuidado en la repisa de la ventana arriba del lavadero, para mantenerlo seguro mientras lavaba los trastes y luego se fue tambaleándose hacia el baño.

Guardé el anillo en mi bolsillo. Fue tan simple como eso. Ahora lo ves, ahora no lo ves. ¿Impulso? ¿Premeditación? No lo sé. No me importa. No soy por naturaleza una cleptómana. Esto fue algo especial.

Ella no extrañó el anillo hasta que terminó de lavar. Entonces se enfureció en diez segundos. Se quejaba como un animal herido. ¡Su anillo! ¡Su precioso anillo! ¡No estaba ahí! ¡No estaba en ningún lado! ¿Se había caído por el lavadero? ¿Por qué no había sido más cuidadosa? ¿Cómo podría vivir sin él?

Pusimos la casa al revés y el pobre Sean, el hijo obediente, tuvo que ir al sótano y remover la asquerosa tubería para buscarlo.

Adivinen qué: el anillo nunca apareció. Cuando su madre se despidió de nosotros todavía estaba llorosa, más molesta por el anillo que por el hecho de que su hijo y su esposa se iban.

Le señalé esto a Sean en el avión, de regreso a casa, a Nueva York. Clase ejecutiva.

—Tu mamá amaba más a ese anillo que a ti.

—No seas dura con ella, Emily.

Saqué el anillo de mi bolsa y se lo mostré. Estaba encantado.

—¡Lo encontraste! —dijo—. Eres un amor, mamá estará feliz.

—No —dije—. Yo lo tomé. No tengo intención de regresarlo. Ella solo se lo llevaría a la tumba. Qué ridículo desperdicio.

¿Ese era mi extraño sentido del humor estadounidense? ¿Una broma pesada? Sean sonrió tentativamente, como si quisiera mostrarme que había entendido el chiste.

Pero yo no bromeaba.

—¿Tú lo robaste?

Levanté mis cejas y encogí los hombros.

—Yo lo quería —dije—. Y lo tomé.

—Tienes que regresarlo. Le diré a mamá que se cayó en tu bolsa cuando

estabas en la cocina y no lo encontraste hasta ahora.

—Por favor, no grites, querido —las aeromozas nos estaban viendo. Éramos los lindos recién casados. Sean les había dicho que estábamos en nuestra luna de miel. ¿Teníamos una discusión pequeñita en nuestra luna de miel?—. No lo voy a regresar. ¿Qué va a hacer tu mamá? ¿Extraditar a la esposa de su hijo, arrestarla? Y si intentas decirle a tu madre que lo encontré, que cayó en mi posesión por accidente, yo le diré que lo robé. Que yo decidí hacerlo. ¿Y qué crees que sea peor para ella? ¿Pensar que perdió su anillo o saber que su hijo se casó con una ladrona, mentirosa y sádica que quiere que ella y su hijo sufran?

De hecho no lo hice por eso. Yo no quería que nadie sufriera. Solo quería el anillo. Me gustaba. No entendía por qué no era mío.

—Quizá debería decirle que tú robaste el anillo para dármelo a mí —dije.

Sean me miró fijamente. Entendió que estaba decidida a hacerlo. Vi que me tenía miedo, miedo de algo que nunca sospeché de mí, había muchas cosas sobre mí que él no sabía, algunas jamás las descubrirá, quizá nunca querrá descubrirlas.

¿Qué imaginó que yo haría? Eso nunca estuvo claro. ¿Por qué crío un hijo con alguien en quien desconfiaba y a quien temía? Supongo que porque me amaba. Y tal vez estaba enamorado del miedo.

—Y ahora —dije después de ordenar más champaña— vas a poner este anillo en mi dedo y vas a decirme que me amarás por siempre. Di: «Con este anillo te prometo fidelidad eterna».

—Tú ya tienes un anillo de compromiso.

—Me gusta este —respondí—. Ya vendí el otro que me diste. ¿De verdad no lo notaste? —De hecho lo había usado el día anterior. Lo vendí hasta llegar a casa.

Sean tomó mi mano. Deslizó el anillo de su madre en mi dedo. Su voz temblaba mientras decía:

—Con este anillo te prometo fidelidad eterna.

—Eterna —repetí—. Pero por ahora... alcánzame en el baño en veinte segundos. Toca dos veces.

Tuvimos sexo de pie, mis nalgas estaban pegadas al lavabo, en el baño estrecho del avión. Lo tuve. Fue mío.

Nueve meses después, nació Nicky. Siempre he creído —y creo que Sean también— que nuestro hijo fue concebido en ese avión. Desde entonces he pensado que el anillo de la madre de Sean es mi amuleto de la suerte.

* * *

Hasta ahora jamás se me hubiera ocurrido que Sean era realmente débil y estúpido. Lo suficientemente estúpido para tener sexo con la primera mujer que le deja claro que podría tenerla con solo desearlo.

Yo sé que él me cree muerta, aunque le advertí que no creyera en mi acta de defunción. ¿No puede seguir instrucciones? ¿Tenía que decirle que no creyera el reporte de la autopsia? ¿Tenía que decirle que aun cuando le regresaran mi anillo —el anillo de su madre— no significaba que estuviera muerta? Aunque para ser justa con él, ni siquiera yo esperaba que le regresaran el anillo. Eso fue un extra, un accidente. Una vez más, el anillo de la madre de Sean hacía su magia.

Sean, un tipo honesto. Demasiado honesto. Demasiado confiado, como resultó. Y en general, demasiado simple.

Yo le dije: «No estaré muerta. No importa lo que escuches. No estaré muerta». Fue como una advertencia en un cuento de hadas. No voltees a mirarme en nuestro camino de salida del infierno. Y una vez más, el héroe lo jodió todo.

Incluso si Sean hubiera creído que yo nadé en el lago helado borracha y drogada y eso terminó fatalmente, ¿no debería haber un periodo de duelo decente? ¿Un tiempo para que él llorara mi muerte, me perdonara y se recuperara? Para decidir «seguir adelante», citando de nuevo a Stephanie. Quizá después de un tiempo apropiado, Sean encontraría a una mujer a quien jamás podría amar y desear tanto como a mí, pero quien cocinaría y limpiaría para él, además de cuidar a Nicky.

¿Pero mi «mejor amiga», Stephanie? Es vergonzoso. Es insultante que pueda mirarla después de mirarme a mí. Ella es un caos herido, consumida por la culpa y determinada a redimirse de sus pecados siendo la mejor mamá de la historia. Ella es como una bañera con pelos que finge ser una persona.

Que Sean esté con ella es de locos. ¿Cómo me pude casar con un tipo que se liga a Stephanie un minuto después de que cree que morí?

Quizá la venganza esté en marcha.

La estupidez de Sean es lo que veo escondida detrás de un árbol en el límite del patio, mientras observo a Stephanie batir la alas de ventana a ventana como un pájaro encerrado en una casa. Ella intenta verme, saber dónde estoy. Levanta dos dedos, después siete. Mira hacia el bosque.

Piensa: «¡Ayúdenme!, ¡ayuda!».

Dejo que Stephanie corra dentro de mi casa. Escabulléndose entre las ventanas. Tiene miedo de salir. La observo por un tiempo más y después me voy. Mi auto está estacionado más allá de la carretera.

Regreso a mi cuarto en el hotel *Suites Danbury*, donde estoy registrada con una tarjeta de crédito y un nombre falsos. Manejo el auto de mi madre. Lo tomé de la casa del lago después de abandonar el auto rentado en el bosque.

Apuesto a que Stephanie no le dirá a Sean que llamé ni que los estoy espiando. Solía hablar mucho de que le daba miedo que la gente pensara que estaba loca o era paranoica. Decía —y puedo escuchar su voz ahora— que es horrible cómo la gente intenta convencer a las mamás —cómo odio la manera en que ella dice esa palabra, «mamás»— de que están locas. Eso es lo que tenía que escuchar esos desagradables viernes por la tarde mientras intentaba resolver cómo iría al trabajo el lunes y lidiaría con el último colapso de Dennis.

Si Stephanie sugiriera que una mujer muerta no solo está viva sino que además los espiaba, quedaría como una verdadera chiflada. Eso probaría que ella está loca. Nunca me preocupé de que los otros pensarán que yo —la que se vestía impecablemente; la cara pública, perfectamente maquillada, de Dennis Nylon; la esposa y madre alivianada y competente— estaba loca. Aunque si alguien hubiera sabido la verdad, podría concluir que yo estaba más chiflada que Stephanie, que solo es tonta, no demasiado brillante y terriblemente insegura.

Si Sean confiesa cualquier cosa, tendrá que confesarlo todo: teníamos un plan para defraudar a su compañía de seguros por una fortuna relativamente pequeña. Sean aprendió de su trabajo en las finanzas a no mostrar su juego.

Los jugadores de póquer y los banqueros lo saben. Son amantes de la adrenalina, igual que esta servidora.

* * *

Nuestro plan inició con un jueguito que estoy segura de que todas las parejas juegan. ¿Qué haríamos si millones de dólares cayeran en nuestro regazo? Renunciaríamos a nuestros trabajos. Llevaríamos a Nicky a un lugar hermoso y viviríamos ahí hasta que el dinero se acabara. Esa era la fantasía.

A Sean le iba bien en el trabajo. Yo tenía un trabajo. Teníamos una casa bonita, un niño increíble.

Podría suponerse que nuestras vidas nos gustaban. Pero no. Quizá la insatisfacción no es lo mejor que se puede compartir. Quizá la inquietud no es la base más fuerte para un matrimonio. Probablemente es mejor si las dos personas se sienten inquietas e insatisfechas, mejor a que solo se sienta así una. Sean despreciaba a los ladrones para los que trabajaba. Estaba resentido por el tiempo y la energía que su compañía le quitaba. Gracias a esto fue más fácil persuadirlo de que lo que yo planeaba estaba tan justificado como lo que hacía Robin Hood. Nosotros éramos Bonnie y Clyde. Héroees bandidos.

Mientras tanto, yo estaba harta del negocio de la moda, de que todos pensaran que el mundo se acabaría si una modelo tropezaba. Las modelos eran temperamentales. Vivían solo de agua y cigarros.

Sean y yo comprábamos boletos de lotería cada semana. Si ganábamos renunciaríamos a nuestros trabajos y nos mudaríamos a la Italia campestre o al sur de Francia y viviríamos ahí hasta que el dinero se acabara. Después descifraríamos el siguiente paso.

Yo fui la que pensó en un tipo diferente de... lotería. Un tipo de lotería en el que tendríamos más control. El gran premio que necesitábamos para salvarnos. Para vivir mucho, para tener las vidas que queríamos. Tener tiempo para nuestro hijo y no estar cansados o estresados siempre, aunque no estuviéramos trabajando.

Eso es lo que le dije que nosotros queríamos. Ahora resulta que él quiere a Stephanie. Lo que está perfecto por mí.

Yo siempre quise a Nicky. Quería a mi hijo. Todavía lo quiero.

Obligué a Sean a ver las películas que me gustan. *Thrillers* de los treinta y los cuarenta en blanco y negro. Las veía en *stream* todas las noches. Así fue como empezamos a bromear sobre defraudar al seguro de vida. Fue una broma, al principio. Sean nunca imaginó lo lejos que yo la llevaría.

Explicué los pasos lógicos y Sean los siguió como todos esos hombres defraudados y malditos de las películas. Él era Fred MacMurray, yo era Lana Turner.

Necesitábamos a Stephanie o alguien así. Ella era casi demasiado perfecta. A veces tenía la siniestra sensación de que yo la había creado para que fuera exactamente lo que necesitábamos para saltarnos unos cuantos pasos en nuestro camino y poner en marcha nuestro plan en acción.

Ella era tan perfecta que todo tenía más sentido del que había tenido antes de que formara parte del plan sin saberlo. Empezó a parecer más posible que cuando nos retábamos mutuamente, cuando nuestro plan era solo una idea divertida.

Stephanie no podía sospechar. Estaba segura de que no lo haría. Estaba muy contenta de encontrar una amiga. Cada vez que usaba la frase «amiga mamá», yo pensaba que me iba a enfermar, y no en el buen sentido de la palabra.

La escogí de entre una multitud. Una manada de madres que esperan que sus hijos salgan de la escuela.

Cuando la gente habla sobre los depredadores, más que nada se refieren al sexo, al poder y a la debilidad. Criminalidad. Pedófilos que asedian a los niños. Violadores que persiguen a las mujeres. En la naturaleza, la depredación se da por el hambre. Los grandes tiburones comen pescados pequeños. El fuerte asedia al débil.

Pero esto no fue así. Stephanie es una adulta. Resultó perfecto que su hijo fuera el amigo de Nicky. Así tenía que ser.

Siempre fue por Nicky. Sean y yo trabajábamos tanto —hasta altas horas de la noche, a veces también durante los fines de semana— que apenas lo

veíamos. Estaba creciendo y nunca podíamos pasar tiempo con él. Era nuestro único hijo. Nunca tendríamos otro.

Concebirlo había sido fácil, pero parirlo había sido muy duro. Nuestro doctor nos llamó a su consultorio —lo que jamás es una buena señal— y nos dijo que intentar tener otro hijo podría resultar fatal para mí y para el niño, incluso si lo lográbamos —lo que solo era una pequeña probabilidad— llevar el embarazo a buen término.

Yo tomaba la píldora anticonceptiva en dosis pequeñas y parecía funcionar bien, sin efectos secundarios. O ninguno que los doctores admitieran. Si me preguntan, yo me sentía excesivamente irritada, incluso más inquieta e impaciente. Pero quizá no era por la píldora, sino por mi vida. Todo y todos me molestaban. Todos menos Nicky.

Me pregunto qué tipo de protección está usando Sean con Stephanie, que tiene un registro inquietante e irregular en lo que se refiere a la anticoncepción. Ella afirma que Miles no fue planeado, que ella y su esposo lo concibieron después de una boda sofisticada y costosa.

Mi estrategia —y la rendición de Sean— fue resultado de una combinación de cosas. Esas películas viejas y la lectura del contrato nuevo que yo de hecho sí leí. Veintitantas páginas, cláusula tras cláusula, docenas de etiquetas de plástico brillantes en donde Sean debía firmar. Y luego, ¿qué creen?, en la página 22 había una aplicación del seguro de vida para Sean y su esposa, una amortización gigante a cambio de una deducción pequeñita en su cheque.

Yo era implacable. Cada mañana lo mencionaba, cada vez que estábamos juntos lo mencionaba. A veces, a media noche despertaba a Sean y retomaba el plan en donde lo habíamos dejado. Él estaba reacio al principio. Carecía de la visión necesaria para apreciar la belleza de lo que le estaba sugiriendo. Probablemente creyó que estaba loca. Pero también supo que estaba decidida. ¿Y si él decía que no? El resultado de su negativa sería peor que cualquier cosa que yo le pidiera hacer. Quizá peor de lo que él podía imaginar.

Una noche, después de tener sexo, que siempre es el mejor momento para acercarse a Sean o a cualquier otro hombre, saqué el tema de nuevo. Se trata de algo exasperante. Tú tienes la mejor idea, la más inteligente del mundo pero tienes que cogértelos primero.

—Nuestras vidas no son tan malas —dijo—, trabajamos muchísimo, querida, pero no será así para siempre, Nicky parece feliz.

—¿Es esto lo que quieres, Sean? ¿Trabajar todo el tiempo, apenas ver a nuestro hijo, el único que tendremos? ¿Quieres despertarte un día y darte cuenta de que él ya está en la universidad?, ¿de que se ha ido? ¿Quieres vivir día tras día esta monotonía, este... aburrimiento?

Había dicho demasiado. Había estado a punto de revelar algo sobre mí misma que oculté rápidamente. Todo mundo tiene secretos, como dice Stephanie, *ad nauseam*.

—¿Estás sugiriendo que te aburres conmigo? —preguntó Sean.

De eso se trataba, pero no iba a admitirlo.

—Sean, ¿no quieres arriesgarte? Arriesgar todas nuestras fichas. Apostar. Vivir temerariamente. Vivir en el límite. ¿Quieres llegar al punto en el que decimos «esto es todo lo que hay»?

Eso lo detuvo. Se dio cuenta de que lo que yo quería decir era: «¿Acaso tú eres todo lo que hay?». ¿Qué me impediría encontrar a otro hombre con más dinero y más tiempo que Sean y llevarme a Nicky?

Yo nunca haría eso. Sean es el padre de Nicky. Nada puede cambiar eso y nadie podría reemplazarlo.

Conseguí sacar esa idea de su mente. Si él quería continuar con la vida que llevábamos —la hipoteca, el auto, el arte en nuestras paredes, la ropa costosa aun con el descuento de la oficina y que tenía que usar en el trabajo—, estaríamos atrapados. No había salida. El valor de la propiedad había decaído desde que nos mudamos a Connecticut y si vendíamos la casa, perderíamos. No podíamos pagar para mudarnos de nuevo a Manhattan a menos que quisiéramos vivir en Bushwick o apretarnos en un departamento de posguerra, de una recámara, ubicado en el centro. Aun con el salario de Sean y el mío necesitaríamos una hipoteca enorme o podríamos rentar, lo que sería costoso y para nada ideal.

Por primera vez, no objeté nada cuando Sean quiso que nos relajáramos frente a la televisión. Pero lo obligué a ver *House hunters*, *House hunters international* y todos los programas de cazadores de casas. Cada noche una pareja decidía iniciar una nueva vida en algún lugar exótico. Antigua, Niza, Sardinia, Belice. ¿Por qué? Porque quieren salir de esta carrera de ratas, pasar

más tiempo con su familia.

—Ellos lo están haciendo —le dije a Sean—. Esos perdedores están haciendo lo que tú tienes miedo de intentar.

—¿De dónde sacan el dinero? —preguntó—. Nunca lo dicen.

—Yo sé de dónde sacar el dinero —afirmé—. El dinero no es el problema. Que no tengas los huevos para hacer algo es el problema.

No puedo olvidar la cara de Sean cuando me puso el anillo de su madre en el dedo, en el avión. Era solo cuestión de tiempo para que él aceptara lo que yo le decía.

Sean optaría por el seguro de vida más grande que le ofreciera su compañía. Yo desaparecería. Me ocultaría por un tiempo. Tendría que fingir mi propia muerte. Esta era la parte difícil. Pero la gente lo hacía en los libros y en las películas todo el tiempo. Y en la vida real. ¡Y se salían con la suya!

Así que debía ser posible. Esa parte necesitaba pulirse más.

Me alejaría de la vista de los demás el tiempo que fuera necesario, dependía de con qué intensidad me buscaran las autoridades. Después cambiaría mi apariencia. Conseguiría un pasaporte falso.

Sean cobraría el dinero del seguro y nos mudaríamos a algún paraíso en Europa donde nadie haría preguntas sobre la atractiva pareja de estadounidenses expatriados y su hijo adorable. Pagaríamos la renta en efectivo.

Cuando el dinero se terminara, evaluaríamos la situación. Pero si fuéramos cuidadosos eso pasaría dentro de un buen tiempo. Nos divertiríamos. Haríamos lo que quisiéramos, todo el tiempo. Jamás nos volveríamos a aburrir.

No era el plan más sensato. Tenía unas cuantas arrugas que debían plancharse. Quizá ninguna persona cuerda hubiera imaginado que esto funcionaría. Me gustaba que fuera improbable. Lo opuesto a lo tedioso y lo seguro.

He leído sobre lo que se llama *folie à deux*. Dos personas (aquí viene otra palabra que me enferma) activan mutuamente sus enfermedades mentales. Volví a leer *A sangre fría*, esta vez puse atención en la química malvada que se enciende cuando esos dos se encuentran y cometen los asesinatos que no hubieran hecho cada uno por su cuenta.

¿Sean y yo podríamos ser así si lleváramos a cabo nuestro plan? ¿Podríamos activarnos mutuamente para hacer lo que nunca haríamos solos? ¿Y a quién lastimaríamos en verdad? No estábamos arrasando con un granjero decente y trabajador, su esposa y sus dos hijos hermosos. Echaríamos mano de los fondos de una compañía que había robado el dinero de gente decente y trabajadora como el granjero y su familia.

Quizá no fuera una buena señal que ambos lo encontráramos seductor. Hablar sobre eso empezó a excitarnos. Confabular era el juego previo al sexo y el sexo era casi tan bueno como lo fue cuando, en el avión de regreso de Inglaterra, me puso el anillo de su madre en el dedo. Casi.

Me dije que esa era una buena señal. Un matrimonio cachondo era bueno para nosotros, bueno para nuestros cuerpos y nuestras almas, bueno para Nicky.

Dábamos la apariencia de ser gente normal. Más que normal. Una pareja exitosa de clase media alta, que podía mantener dos trabajos importantes, una casa fabulosa y criar a un hijo maravilloso. Y desde luego, tener una mejor amiga.

Necesitaba que alguien me creyera y le dijera al mundo mi versión de la historia. Más que nada necesitaba a alguien que cuidara de Nicky durante lo que sería un periodo difícil para él, hasta que nuestra pequeña familia se reuniera. Yo tenía a Alison, la espectacular niñera de Nicky. Pero ella estaba decidida a regresar a la escuela y nunca quiso trabajar más de medio tiempo. Necesitaba a alguien que pusiera a Nicky en lo más alto de su cadena alimenticia, quizás un sitio por debajo que su propio hijo, pero eso era suficiente.

Era un plan loco. El tipo de estrategia demente que se lleva a cabo como el último intento desesperado, del que lees en los periódicos y piensas: «¿Quién se creería eso? ¿Quién pensaría que alguien pudiera creerlo?». Pero Sean y yo no podíamos sentarnos a armar una estrategia de salida razonable que nos guiara paso a paso. Eso hubiera sido malo para nuestro matrimonio. Sean todavía necesitaba verme como la chica rebelde que lo invitó, en nuestra tercera cita, a ver *Peeping Tom*. Y él todavía necesitaba verse como el esposo

de esa chica pícara.

Me convertí en una depredadora amigable, merodeando para encontrar a una nueva mejor amiga. No era por sexo o poder, sino por cercanía y confianza. Por criar a nuestros hijos. Por la maternidad.

Los viernes por la tarde salía temprano del trabajo. Eso solo fue posible tras un forcejeo, aunque la compañía Dennis Nylon hizo mucho alboroto acerca de que eran flexibles y simpatizaban con las familias. Yo fui la que escribí los comunicados de prensa sobre la flexibilidad y la simpatía hacia las familias, así que se hubiera visto muy mal si Blanche —la segunda al mando después de Dennis, su perro de ataque— me dijera que no podía irme temprano los viernes para recoger a mi hijo de la escuela.

Me quedé parada debajo de un árbol cerca de la escuela de Nicky. Observé a las otras madres. Estaba buscando a Nicky y, al mismo tiempo, acechaba a la madre adecuada.

La mejor amiga.

Era sencillo comparado con lo que tenía que hacer en el trabajo, en las pasarelas, los eventos promocionales y las juntas, revisar cuidadosamente los cuartos y los escenarios buscando la primera señal de desorganización. Una celebridad recibió la marca equivocada de vodka, ¡un desastre!

Al buscar a una madre con la cual hacer amistad, me sentí como un perverso que pesca en un centro comercial a una niña puberta, insegura y con sobrepeso, que masca su cabello. Yo estaba buscando a Capitán Mamá.

Capitán Mamá es como Sean y yo llamábamos a las madres que cargan mochilas delanteras y traseras; arneses y carriolas; cunas portátiles y periqueras con los arneses de bebé pegados a su cuerpo; las chamarras acolchonadas como trajes espaciales con los que se podía llegar a Marte de ser necesario. Con el bebé calentito y seguro.

Yo buscaba a la Capitán Mamá que quisiera ser mi mejor amiga. La Capitán Mamá que me estuviera buscando a mí.

Stephanie tenía razón sobre la actitud hostil de las otras mujeres. Pero Sean, Nicky y yo vivimos en el barrio alto del Este, así que la frialdad no era nada nuevo para nosotros. Meses después todavía estábamos

descongelándonos de ese desaire en Manhattan.

Durante las primeras semanas del ciclo escolar vi que Capitán Mamá me miraba. Pero fue hasta ese día lluvioso, en el que ella olvidó su paraguas, cuando hicimos contacto visual. Aun desde la distancia yo podía ver su parpadeo de pánico. Como si olvidar su paraguas fuera un desastre. No hacía frío, ni siquiera llovía mucho. Yo estaba acostumbrada a que las celebridades se comportaran así, pero no la gente normal. Después noté que miraba con ansiedad hacia la puerta de la escuela y me di cuenta de que no estaba preocupada por mojarse, sino porque su hijo se mojaría en el trayecto de un minuto hacia su auto.

La saludé. Yo llevaba el paraguas de la compañía, que la gente autorizada por Dennis diseñó para que fuera extra grande, ancho y ligero.

Hicieron una docena y luego los descartaron. Eran demasiado ridículos para el precio. Después de eso, Dennis regresó a lo tradicional. El siguiente prototipo fue una obra maestra. Prácticamente una tienda de campaña. Diseñado a partir de un paraguas británico, un accesorio tradicional de los banqueros. Sean estaba conmovido cuando le regalé uno, como si lo hubiera mandado a hacer para él. No fue sino hasta que nos mudamos juntos que se dio cuenta de que a mí me habían regalado doce paraguas; sobraron de un evento de celebridades en el que la compañía Dennis Nylon había obsequiado unos paquetes muy costosos. Esas fiestas representaban mucho trabajo. Siempre había una diva intentando obligar a mi asistente a que le diera unos zapatos especiales que no hacíamos. Dennis Nylon ha vendido cien mil paraguas estilo banquero, más que nada en Japón.

Como sea, el caso es que compartí con la mamá superansiosa mi enorme paraguas de diseñador, decorado con patos en el agua.

—Hola —dijo—, soy la mamá de Miles, Stephanie.

El paraguas había sido confeccionado para Stephanie, solo para ella. Como siempre, Dennis tenía razón, el paraguas no era apropiado para el sector demográfico de la marca.

Hubieran podido pensar que mi crucero rescató al bote salvavidas de Stephanie que navegaba en un mar infestado de tiburones. Compartir mi paraguas con Stephanie era como ofrecerle a un cachorro hambriento tu plato de comida.

Le regalé el paraguas porque quería que se sintiera especial, como si hubiera sido elegida. Le dije que era el único que había hecho Dennis. Después, cuando llegamos a mi casa, la vi observando los otros paraguas idénticos, y en mi cabeza se prendió una alarma. «Chica», me dije a mí misma, «ordena tu mentira, tus mentiras». Y desde entonces lo he hecho.

Nicky y Miles eran amigos. Ella asumió que yo lo sabía. De otra forma, en este Connecticut presuntuoso, nunca la hubiera saludado.

Sabía que Nicky tenía un amigo llamado Miles. Pero en ese momento Nicky y yo no hablábamos mucho. No teníamos tiempo. Con frecuencia, estaba dormido cuando yo llegaba a la casa, Alison lo había alimentado y acostado. A veces, Sean no veía a Nicky en toda la semana.

Esa era la razón de nuestro plan. O una parte. Motivo uno: quería ver a mi hijo. Motivo dos: necesitaba hacer algo que fuera arriesgado y no aburrido. Motivo tres: ¿quién hubiera dejado pasar la oportunidad de ganar dos millones de dólares por pura diversión?

Invité a Stephanie y a Miles a nuestra casa. Sabía que Sean trabajaría hasta tarde, aun cuando fuera viernes por la noche. Los dos chicos corrieron a jugar, encantados de estar juntos.

No puedo recordar mucho de esa primera conversación. Probablemente estuve de acuerdo con todo lo que dijo Stephanie. Sí, la maternidad es demandante. Sí, lo involucraba todo. Sí, las emociones y las responsabilidades habían sido completamente inesperadas. Una conmoción... Muy satisfactoria... Una pesadilla... Una alegría.

Asentí y asentí.

Stephanie estaba eufórica. Había encontrado un espíritu amable. Y yo encontré a la ayudante del mago que pasa la espada atravesando la caja de la que la bella asistente ha desaparecido misteriosamente.

Hace muchos años Pam, la directora creativa de la compañía Dennis Nylon, organizó una sesión de fotos. Jugadores profesionales de póquer, tipos que aparecían en la televisión, supuestamente serían fotografiados usando los trajes *skinny* que Dennis estaba promoviendo ese año. Tropicales, frescos, de un estilo vagamente gánster, ligeramente cenizos y brillantes.

Pam no lo había pensado bien. Los campeones de póquer eran de tallas raras. Vaqueros gordos, tipos chaparros y corpulentos de Hong Kong. Matemáticos ñoños que se verían hechos una mierda sin importar lo que usaran.

Solo un jugador era muy atractivo, un jugador famoso a quien todo mundo llamaba George Clooney, aunque no era George Clooney, solo se parecía a él. Tenía una novia, Nelda, una estrella de punk de los ochenta, también ella era buena jugadora de póquer, que podía ganar o perder treinta de los grandes en un juego y regresar a la siguiente noche como si nada.

La sesión tuvo muchos problemas, al final estaba claro que había costado una fortuna y probablemente no se usaría. La idea estaba bien, pero todos los chicos, excepto George Clooney, hacían ver la ropa como basura. Era vergonzoso y caro. Le costó el trabajo a la pobre Pam.

Después de la sesión invité a George Clooney y a Nelda a tomar un trago. Un trago que invitaría Dennis Nylon para disculparse por lo mal que había salido el día. Yo hacía lo que podía, intentaba (sin éxito) salvar la situación para Pam.

George Clooney y Nelda no querían ir, especialmente cuando descubrieron que Dennis Nylon no nos acompañaría. Pero no pudieron pensar en una excusa lo suficientemente rápido. Cerca había un lindo bar de tequila al que yo sabía llegar, pronto George Clooney y Nelda me empezaron a contar sobre el póquer.

Desearía poder recordar todas las cosas que dijeron, todos los trucos pequeños y las técnicas serían muy útiles en la vida cotidiana. Esto es lo que recuerdo:

Siempre hay una persona con un juego de alto riesgo a quien los otros llaman «el pez». Y al final del juego, el pez habrá perdido todo su dinero. George Clooney explicó:

—Si no sabes quién es el pez hay grandes probabilidades de que tú seas el pez.

Stephanie era el pez. Bajo ninguna otra circunstancia me hubiera hecho amiga de alguien que blogueara sobre cómo hacer contacto con otras mamás que pensarán como ella.

En esa primera conversación yo hablé de mi trabajo. Stephanie habló de

su blog. Dije que tenía muchas ganas de leerlo. Eso para Stephanie cerró el círculo. No éramos amigas solo por tener hijos. Teníamos mentes y carreras. Trabajábamos. Admirábamos mutuamente nuestras vidas profesionales.

Yo sabía que había quedado viuda a causa de un horrible accidente. No podías vivir en nuestro pueblo sin haber escuchado sobre eso. Pero era mejor fingir que no sabía nada, esperar a que ella me contara.

El blog fue lo que aseguró todo. La banalidad, esas publicaciones ñoñas sobre ser la mamá perfecta y contactar con las otras madres, ayudarlas y, quizá, de vez en cuando, tomar distancia para reflexionar sobre los esfuerzos de la cultura para convertirte a ti y a las otras madres en máquinas de hacer niños sin vida ni identidad propia. ¡Sorpresa, mamás! Eso ya sucedió.

El blog era reconfortante. Podía dejar a mi esposo y a mi hijo con Stephanie sin miedo a que los conquistara con sus tonterías. Fantástico.

Me salió el tiro por la culata, como dicen.

Todos deseamos lo que no tenemos. Stephanie envidiaba mi carrera en Dennis Nylon, aunque jamás lo admitiría. Todo lo que yo quería —o creía querer— era quedarme en casa con Nicky. Con mucho dinero en un sitio maravilloso. Y sin tener que trabajar. Quería arriesgarme a que me atraparan, y que al final no lograsen atraparme. Lidiaría con el aburrimiento después. Si yo me inquietaba, Nicky y yo siempre podríamos resolverlo.

Stephanie se engaña si cree que podría hacer mi trabajo. Con su constante parloteo sobre Miles no duraría ni cinco minutos en Dennis Nylon. Nadie ahí quiere saber nada sobre niños. Para empezar, nadie tiene familia, unos porque son gays, otros, los heterosexuales, porque son jóvenes y están asustados. Luego las parejas gays empezaron a tener más hijos que las heterosexuales asustadas. Ocasionalmente alguien en el trabajo me preguntaba cómo era Nicky, pero no era frecuente; Dennis no quería saber nada sobre Nicky. Nada.

Oficialmente éramos simpatizantes de las familias. Pero eso no significaba que fuéramos sus amigos. Yo no tenía a Nicky cuando Dennis me contrató. No estoy segura de que me hubiera contratado si yo hubiera tenido

un hijo. Cada que mencionaba el nombre de Nicky, dejaba de escuchar y yo cambiaba el tema a lo que pensaba hacer para su próxima colección. El poder de Dennis está en ser un genio y en conectar y desconectar su atención como si fuera un grifo.

Necesitaba a alguien que cuidara a Nicky cuando desapareciera, no había nadie mejor que Capitán Mamá. No se puede pagar por un cuidado infantil así. ¿Quién hubiera predicho que Stephanie interpretaría que sus deberes contemplaban acostarse con mi esposo?

La verdad es que debí haberlo pensado. Al principio, creí que el blog de Stephanie era inofensivo, tonterías del tipo: «Abraza un árbol». Pero después de conocerla bien, fue interesante observar la brecha entre la mujer que pretendía ser en su blog y la persona que era en la realidad. Al leer su blog uno pensaría que ella era la viva imagen de la respetabilidad, la mejor madre y la más honesta de la historia. Pero en realidad era una mujer que había tenido una aventura larga y apasionada con su medio hermano y podría ser responsable por el suicidio de su esposo.

Elegí ver lo que quería ver. Debí pensar que sus mentiras eran una advertencia.

Obviamente no me contó todos sus secretos de inmediato. Pero siempre me dio indicios de que había algo más, algo oscuro en su pasado, quizá un poco pervertido, algo que podría mantenerme interesada en la fascinante pregunta de si a los niños les caía bien su maestra o por los esfuerzos para que Miles aceptara la comida vegetariana.

Sus secretos eran su capital. Al principio, nuestras conversaciones eran como un juego de adivinanzas. Ella daba pistas de esos secretos y yo tenía que manipularla para que me dijera cuáles eran. O al menos de qué se trataban. Todo era falso. Ella quería contarme. No podía aguantarse.

Yo sabía que su esposo y su hermano habían muerto, pero fingí no saberlo. Era una historia tan triste que lloré. Lágrimas de verdad. Eso significó mucho para ella porque creía que yo era reticente, incluso distante, aunque hiciera mi mejor esfuerzo, trabajaba horas extra para parecer acogedora y cálida.

Después de que lloramos juntas, dijo que era increíble tener una amiga, una mejor amiga, como las que teníamos cuando éramos adolescentes.

Fue difícil para mí responder. No significa que me importara. Ella estaba completamente segura de saber quién era yo y lo que sentía por ella, nunca sintió curiosidad por conocer la verdad.

Stephanie era débil pero ambiciosa y enérgica en su debilidad. Deseaba que fuéramos mejores amigas para siempre. Como si fuéramos adolescentes. Estudiaba mi ropa, mi estilo. Cómo hablaba con Nicky. Es halagador cuando alguien quiere ser tú, aunque te ponga nerviosa. *Single with female* es una de las películas más espeluznantes que existen.

Sean y yo nos lo recordamos: todo era por Nicky.

Yo no quería una mejor amiga. Quería una testigo y una niñera temporal para mi hijo. Stephanie me abrió su corazón. Yo pude haber sido un padre, un reverendo, un rabino o su terapeuta. Es difícil saber qué decir cuando la mamá del mejor amigo de tu hijo te cuenta que tuvo una aventura con su medio hermano. Una aventura que duró desde que lo conoció, a los dieciocho años, hasta poco antes de que fuera asesinado —y eso pudo ocasionar que su esposo se suicidara y matara al amante de su esposa, es decir, su cuñado.

—Guau —fue todo lo que pude decir.

—Sí, guau —dijo Stephanie.

¿Qué tenía para intercambiar con ella? ¿Secreto por secreto? ¿No es así como se supone que funciona la amistad? Me quejé de Sean y lo estresante que era visitar a su mamá en Inglaterra. Le conté que él era un amante fabuloso. Me quejé sobre lo mucho que trabajaba. Me quejé de que Sean pensaba que era más listo que yo y no reconocía lo mucho que yo hacía. Todo eso era verdad pero no pude contarle el gran secreto: que todo —cada conversación, cada copa de vino blanco, cada hamburguesa grasosa, cada juego de minigolf— era parte de un plan que Sean y yo habíamos echado a andar.

No estoy segura de que escuchara. Ella necesitaba hablar, dar pistas de que había más, algo más que tenía que contarme, algo más oscuro que estaba reteniendo. La zanahoria en la punta del palo de mi amistad falsa con Stephanie.

Era un sábado de agosto. Sean tenía que trabajar en la ciudad. Stephanie y

yo decidimos llevar a los niños a la feria del condado. Me convencí de que sería divertido: las gallinas criadas por familias, los cerdos premiados y las botellas de pepinillos en primer lugar. A los niños les gustarían los animales de granja, el algodón de azúcar y el carrusel.

Pero el día era excesivamente caluroso. La feria era sofocante y polvorienta. Un vaho de grasa y sudor se desprendía de los tanques enturbiados por freír cebollas y la novedad de este año, galletas Oreo. Durante unos minutos pensé que iba a desmayarme o a vomitar.

Mientras los niños corrían delante de nosotras, nunca fuera de nuestra vista, Emily y yo nos preguntamos: «¿Qué mujer en su sano juicio dejaría que su hijo se subiera a esa montaña rusa vieja y ruinososa?». A mí me encantaría subirme pero no sentí que pudiera admitirlo.

El único juego al que los niños podían subirse solos, sin que pensarán que era insultante por infantil, era un círculo de carritos arreglados para parecer submarinos. Unidos a un poste central mediante varas, los minisubmarinos giraban lentamente, se elevaban un poco en el aire y se sumergían con delicadeza en el estanque lleno de algas. Un juego para los bebés que ya pueden caminar.

Se veía seguro, pero aun así estaba sorprendida de que la sobreprotectora y neurótica de Stephanie dejara que Miles se subiera. Ella y yo nos recargamos en la cerca que rodeaba el juego y observamos a nuestros niños dar vueltas y sumergirse. Me pregunté si ella se acordaba de *Extraños en un tren*. La obligué a verla conmigo. Estaba muy alterada en la escena del carrusel. No creo que haya terminado de leer el libro aunque fingió que sí.

—Mira a Miles, míralo cuando se acerca —dijo Stephanie.

—¿Qué pasa con él?

—Míralo bien. ¿Recuerdas cuando te enseñé esas fotografías de mi hermano Chris?

—Claro —recordé a un hombre guapo, moreno, musculoso que traía puesta una camiseta blanca y *jeans*. Tímido frente a la cámara, ligeramente sospechoso. Yo podía entender por qué ella se había sentido atraída hacia él, también había visto fotos de su marido Davis, pero el hermano era mucho más guapo. Recuerdo que ella me enseñó su foto junto con la de la boda de sus padres y señaló el parecido entre su padre y su medio hermano. Entre su

mamá y ella.

—Necesito contarte algo que nunca le he dicho a nadie —dijo de pronto Stephanie.

Ella empezaba muchas conversaciones así. Algunas de sus historias habían sido intensas —su amorío con su hermano—, mientras otros «secretos» parecían tan insignificantes que los olvidé al instante.

Miles y Nicky pasaron en sus pequeños submarinos. Sonrieron y nos saludaron, nosotras sonreímos y respondimos el saludo.

Yo estaba pensando en la escena de la película de Hitchcock. El carrusel cada vez gira más rápido, cada vez más fuera de control mientras Farley Granger y Robert Walker luchan a muerte. La única persona que sabe cómo detenerlo es un hombre chaparro y viejo que gatea debajo del carrusel. Observar cómo él se pone en peligro es más espeluznante e intrigante que la pelea.

¿Qué haríamos nosotras si Nicky y Miles estuvieran girando cada vez más rápido? ¿Quién gatearía debajo del carrusel para salvar a nuestros hijos? La chica que tomó los boletos estaba mandando un mensaje a alguien. Me di cuenta de que tenía el mismo tipo de pensamientos que Stephanie. Tú eres Emily, me recordé. No ella.

Caminé hasta pararme del otro lado de Stephanie y prendí la grabadora sofisticada que había empezado a cargar en mi bolsillo para momentos como el que estaba a punto de suceder.

En el juego del submarino ponían clásicos de la música disco, sin subirle mucho al volumen. La chica de los boletos mantenía la música baja en caso de que alguien le llamara por teléfono.

—Estoy bastante segura de que mi medio hermano Chris era el padre de mi hijo —me contó Stephanie—. ¡Hola, cariño! —le gritó a Miles mientras yo saludaba a Nicky.

—¿Por qué piensas eso? —pregunté intentando sonar tranquila—. Stephanie, ¿estás segura o no?

—Estoy segura, Davis se fue durante un tiempo a un sitio en Texas. Chris vino. Miles es idéntico a Chris. No se parece en nada a Davis. La mamá de Davis dice que no puede ver un solo gen de su lado de la familia en su nieto.

Yo sabía lo que ella iba a decir. Lo esperé durante mucho tiempo. De

todas formas era impactante escucharla admitirlo.

—Miles se parece a ti —dije.

—¿Crees que la gente sospecha?

—Por supuesto que no, nadie se iba a dar cuenta. De seguro los maestros de Miles no. Quizás el mismo Miles, después, cuando pidiera ver fotografías de su padre y de su tío.

«Nadie excepto tu esposo muerto», pensé. Pero no iba a decirlo.

—Emily, me conoces bien. Te quiero mucho. Se siente muy bien contarle esto a alguien, no tener que mantenerlo encerrado en mí. ¿Soy una persona terrible?

Mientras los submarinos daban otra vuelta, Miles y Nicky parecían haber caído en un trance.

—Los chicos están muy bien —dije como respuesta a la pregunta de Stephanie. Ella pensaría que era la respuesta.

Los chicos dieron dos vueltas, quizá tres más antes de que el juego terminara. Ahora bajo presión, Stephanie habló con rapidez.

—No puedo llevar a Miles al doctor sin sentirme mentirosa y fraudulenta. Cuando me pidieron la historia médica de la familia paterna, fingí que se referían a Davis. Obviamente no mencioné que su papá era mi medio hermano.

La velocidad del juego descendió hasta que se detuvo. Los niños se bajaron. Querían hablar sobre lo divertido del juego mecánico. Difícilmente era el momento para presionar a Stephanie a hablar más sobre el padre de su hijo.

No podía creer que alguien confesara algo así. Ese tipo de información le da a alguien mucho poder sobre ti. Poder que pueden usar como quieran. Stephanie siempre decía que no se puede conocer realmente a alguien. Pero pensaba que me conocía y que podía confiar en mí. Ese fue su error. Ella eligió olvidar que lo que hacía para vivir era controlar información. Duplicarla y usarla en la manera más útil.

Unos días después, en la cama, le puse a Sean la grabación de lo que Stephanie me contó en la feria.

—Con razón parece que siempre tiene miedo de que la arresten —comentó.

¿Un razonamiento como ese sugería que mi esposo la encontraba atractiva? Creo que no. Pensé que no. Otro tiro por la culata.

* * *

Había una cosa que yo no había solucionado: cómo fingir que estaba muerta y no esperar mucho para cobrar el dinero del seguro.

La solución llegó sola. Aterrizó en mi regazo y supe que era momento de actuar. Al menos Sean era lo suficientemente inteligente como para no preguntar cuál era la solución. Para él era mejor no saberlo.

¿Todo habría sido diferente si él hubiera confiado en mí cuando le dije «no importa lo que suceda, no creas que estoy muerta»? Quizá no se hubiera acostado con Stephanie. Y yo no hubiera enfurecido al espiarlos desde el bosque detrás de mi propia casa.

Stephanie no mira a Sean como si le diera miedo ser arrestada. Ella debería sentirse culpable, más culpable de lo que nunca se ha sentido. Mira a mi esposo como si él fuera un dios, el señor de la mansión que se escabulle a la cocina para besuquearse con la cocinera enamorada.

Una cosa que me hizo escoger a Stephanie como nuestro pez fue que blogueaba obsesivamente sobre alimentar a su hijo de forma saludable. Era casi insoportable escucharla hablar al respecto, pero si iba a dejar a Nicky con ella, me gustaba que no lo dejara vivir con base en cereal con colorantes y dulces, papas fritas, hamburguesas y demás comida chatarra.

No esperaba que surgiera tanta rabia en mí al verla en mi cocina. Cuando noto lo feliz y, en palabras de Stephanie, lo satisfecha que se ve.

Como una plegaria para calmarme, me repito: ella está alimentando a mi hijo. Me molestaría más si me obsesionara por lo que está haciendo por mi esposo.

¿Sabrá Stephanie que Sean está enterado de quién es el padre de Miles? Lo dudo. Ella cree que al ocupar el lugar de su mejor amiga muerta está haciendo más feliz a Sean y menos miserable a Nicky. Está siendo una buena samaritana. Imagina que yo le agradecería si supiera. Si estuviera viva.

Stephanie es tan transparente como Sean opaco. ¿Qué hace él con ella? Él

es a quien nunca conocí. Ahora me pregunto: ¿quién es este tipo que se acerca sigilosamente a «mi amiga» mientras ella está lavando los trastes, besa su nuca y actúa como si quisiera tener sexo en la barra de la cocina, aunque los niños están en el cuarto de al lado? ¿Cómo podría no estar enfurecida? ¿Sean se ha enamorado de ella? ¿Enloqueció? En mi opinión ambas cosas son lo mismo.

Acordamos que durante seis meses no nos comunicaríamos. Para ese momento, el interés en nuestro caso habría disminuido. Por seis meses, yo estaría muerta. Fue un suicidio, pensarían algunos. Fue un accidente de una mujer alcohólica y adicta a las pastillas, insistirían los abogados de Sean. Y ellos prevalecerían.

Pero nuestra separación no sería permanente. No debíamos encontrar a alguien más. Esa es una desviación seria de nuestro plan y lo cambia todo.

Un beneficio de trabajar en la industria de la moda es que todo mundo tiene quince años. Se enorgullecen de saber cómo usar teléfonos prepagados, cuentas abiertas de tarjetas de crédito falsas, de arreglar direcciones de correo e identificaciones fraudulentas: habilidades que implican que ser joven y soltero en Nueva York es equivalente a ser un criminal. Un rebelde. Si ellos no saben cómo hacer algo ilegal, conocen a alguien que conoce a otro más que sí sabe cómo hacerlo, usualmente en Bushwick.

Sacamos un pasaporte para Nicky. Yo tenía un pasaporte falso para cuando fuera necesario. Usaba una peluca y lentes, cambié mi apariencia para la foto. Adoptaría esa apariencia cuando viajáramos. Después de que me tomaron la fotografía, tardé diez segundos en quitarme la peluca, los lentes y regresar a mi apariencia «natural». Qué alivio parecerme de nuevo a mí.

Sean y yo nos entregamos declaraciones firmadas en las que otorgábamos al otro permiso para salir del país solos con Nicky. Yo sería una extraña a la que Sean conocería en Europa y con la que se casaría después de un periodo apropiado de duelo por su esposa, o sea, por mí. Y viviríamos del dinero del seguro por la muerte accidental de su primera esposa. También yo. Los extraños asumirían que nosotros éramos una atractiva pareja estadounidense expatriada e independientemente adinerada.

Le dije a los niños del trabajo que tenía un amorío y necesitaba una identidad falsa para llamar y rentar cuartos de hotel. Les encantó que yo, la

supermamá suburbana burguesa y madura, directora de publicidad, estuviera engañando a su buen esposo británico. Estaban encantados de ayudarme. Juraron que mantendrían su boca cerrada. Tenía miedo de que contaran algo, pero no lo hicieron. Les gustaba el secreto, el romance.

Cuando se enteraron de mi muerte, se entristecieron genuinamente. Pero también les gustó conocer el chisme desde sus entrañas. Les gustaba estar al tanto de que yo tenía una aventura. Asumieron que mi romance secreto tenía algo que ver con las píldoras y el alcohol, el suicidio o accidente. Vaya tragedia.

Decidí cómo permanecer oculta. Durante un tiempo me quedé en nuestra cabaña familiar, por el lago en Míchigan. Después abandoné el auto rentado y tomé el de mi madre. Me mudé a una casa que pertenecía a amigos de mis padres, en las montañas de Adirondack. Yo había ido a ese lugar de niña. Sabía que estaría vacío. Incluso sabía dónde estaba la llave. Ni la casa del lago ni la cabaña de Adirondack tenían conexión a Internet o televisión. Fue genial salirme de la red. La gente lo encuentra difícil, pero a mí me encanta. No extraño nada de mi vida, excepto a Nicky.

Fue hasta después, cuando empecé a leer el blog de Stephanie, que me di cuenta de lo que estaba sucediendo. Lo que ella y Sean estaban haciendo. Cómo se sentía Nicky o cómo otra mujer creía que él se sentía.

Decir que me sentí paralizada es decirlo con suavidad. Me tomó un tiempo admitir que debía haberlo visto.

Todo era por Nicky. Yo no podía estar lejos. No podía no verlo. Lo extrañaba mucho.

Por única vez no mentí cuando estuve de acuerdo con Stephanie: la maternidad había sido un *shock*. La fuerza de mi amor por el bebé empezó a notarse la primera vez que lo cargué. Yo era afortunada, lo sabía. A otras mujeres les toma más tiempo. Incluso ahora, cada vez que veo videos de un nacimiento, cualquier nacimiento, las lágrimas inundan mis ojos. Y no soy una persona chillona ni sentimental.

Convertirse en madre es como golpearse en la cabeza. Supongo que así podría resumir el estúpido blog de Stephanie en una oración absurda.

Cuando me escondía, fingiendo estar muerta, soñaba con Nicky. Pensaba en él todo el tiempo. Me preguntaba qué estaba haciendo.

Llegué al punto en el que no podía vivir un día más sin ver a mi hijo. No entendía cómo imaginé que podía soportarlo. Había sido una locura intentarlo. Estar sin Nicky durante seis meses era como estar sin un brazo. Sin el corazón. Noté que no sentía nada así por Sean, antes de que supiera lo que había entre él y Stephanie.

Me estacioné afuera del patio de la escuela en donde los niños juegan durante el recreo. Me aseguré de que Nicky me viera, pero no los maestros. Verlo fue alegría pura. Lo saludé. Puse mi dedo entre mis labios. El hecho de que yo estuviera viva era nuestro pequeño secreto.

Decidí quedarme en el área. Más que nada porque no soportaba dejar de ver a Nicky.

Me registré en el motel *Suites Hospitalidad*, en Danbury. Estaba arriesgándome al estar tan cerca de casa cuando se suponía que estaba muerta. Pero valía la pena si podía ver a mi hijo. Además me gusta arriesgarme. Esa era la parte que me gustaba más.

Había una posibilidad, una pequeña posibilidad de que estuviera poniendo nuestro plan en peligro. Pero ahora era mi plan. Ese plan era por Nicky.

Le dije al dependiente que sí pagaría un costo adicional a su miserable corporación extorsionista por el uso de Internet. Me registré, me conecté a la red y empecé a leer el blog de Stephanie: todas las publicaciones que me había perdido desde que dejé a Nicky en su casa.

Cuando leí los *post* que empezaron cuando no fui a recoger a Nicky pensé: «Esto es lo más real que será Stephanie en su vida». La pobrecita estaba aterrorizada. Era conmovedor leer las súplicas a las madres tensas y lejanas. Como si esas mujeres que trabajaban tanto no tuvieran más que hacer que cruzar las calles buscando a la amiga desaparecida que Stephanie ni siquiera podía describir. Como si no estuvieran lo suficientemente ocupadas cambiando pañales, haciendo queso asado, llenando vasitos entrenadores con leche.

Sentía curiosidad por lo que Stephanie diría sobre mi desaparición. Sus teorías, sus análisis sobre mi personaje y mis motivos, sus lamentaciones por nuestra amistad perdida. Todo el tiempo que estuvo planeando seducir a mi esposo e intentando tomar mi lugar. Como si eso fuera posible.

Nunca los perdonaré.

Nunca hubiera predicho que Sean y Stephanie hicieran esto. Ahora tengo que observarlos, mantenerlos bajo la mira hasta decidir qué hacer.

Durante nuestra amistad leí su blog y puse la atención necesaria para hablar sobre los temas (maternidad y ella misma, en especial ella misma) de los que escribía. Pero su estupidez fue algo que no escogí leer. Su ilusión, su pose. La locura de ver a tu hijo como el epicentro del universo.

Después de leer sus publicaciones sobre Sean enfurecí de verdad. ¡Las mentiras interesadas y delirantes! ¡Ese era mi esposo! Ese era mi hijo y ella intentaba reemplazarme. La escogí porque pensé que ella era alguien que podía cuidar a Nicky, no alguien que quisiera otro hijo. Ella era como esas mujeres tristes y locas que roban a recién nacidos de una sala neonatal. Quieres un hijo, tomas el de alguien más. Pero Stephanie no estaba tan loca. Y el niño que ella estaba robando era mío.

* * *

Me gusta *Suites* Hospitalidad, es limpio y la agradable decoración *beige* es reconfortante. Me reconcilié con las manchas imposibles de quitar de las alfombras. Las sábanas y las cobijas están limpias. Nada huele mal y todo está en su lugar. Es silencioso, seguro. No tiene ninguno de los inconvenientes de los moteles. No tengo que improvisar un tapón para la tina. Me hospedé en lugares peores viajando para Dennis Nylon.

Tomo muchos baños. Compré un gel de baño y un shampoo más o menos decentes en Target. Hay un buen restaurante salvadoreño de pupusas a la vuelta de la esquina y una tienda bien provista en la misma cuadra, lo suficientemente cerca como para caminar. Venden fruta fresca decente y

ramen que puedo preparar en la cafetera de mi cuarto. Le caí bien al dueño desde el principio. Se dio cuenta de que no iba a odiarlo por ser musulmán, aunque no lo sea. En la ventana detrás del mostrador, el dios hindú en forma de elefante bendice los boletos de lotería.

Mi cuarto tiene un refrigerador, hay una máquina de hielos en el pasillo. Compró botellas de mezcal *premium* en la licorería y jugo de mango en la tienda naturista. Cada noche me hago un coctel de mezcal y néctar de mango. Aprendí la receta de Dennis Nylon. Era su bebida preferida.

Compré un vaso coctelero en el supermercado. Me gusta beber un coctel y leer. Pido libros en mi iPad. Nunca antes había leído a Beckett. Él describe cómo me siento en este momento de mi vida.

Estoy sorprendida por lo poco que extraño mi trabajo. Era una gran parte de mi vida. No extraño las sorpresas repugnantes que serán mi culpa a menos que encuentre cómo arreglarlas. No extraño los atracones de drogas de Dennis ni las rabias ciclónicas de Blanche. Ni siquiera extraño las ventajas, el alcohol. ¿Qué significa que sea más feliz en el motel *Suites Hospitalidad* en Danbury que en Milán o París representando a la compañía Dennis Nylon?

La televisión del motel funciona bien, aunque no tienen los canales principales. Hay algunos programas que me gustan. Concursos de cocina. Gente que busca casas en las playas o pequeñas casas rodantes en las que una pareja puede separarse o matarse. Solía ver esos programas de cacería de casas con Sean. Es más divertido verlos sola. Puedo disfrutarlos y ahorrarme las conversaciones aburridas sobre esa gente que inicia vidas nuevas, ¿por qué nosotros no podríamos hacerlo? ¡Vaya broma! Ahora se supone que estoy muerta y Sean empezó otra vida sin mí.

¿Podrá quedarse con el dinero si muero por accidente? Una mujer muerta no puede cuidar de Nicky, así que algo tendrá que hacer.

En el noticiero local hay sobre todo noticias de accidentes de tráfico, violencia doméstica y riñas entre bandas en Newburg, Hartford, más allá de Nueva Inglaterra, todo depende de a cuánta gente le hayan disparado. Muchos reporteros son negros o hispanos. Las mujeres tienen cabello brillante y enchinado en el salón. Una vez al día me conecto a Internet y leo el blog de Stephanie, que escribe acerca de vivir con Nicky, Miles y Sean. La familia feliz, saludable y mezclada del *Brady Bunch*. Eso por sí mismo me

enfurece. Tanto que quiero saber lo que escribe. Me importa.

Cuando éramos «amigas», lo leí únicamente por su insistencia.

Dos noches después llamé a Stephanie solo para inquietarla y que supiera que yo estaba ahí. Publicó esto en su blog:

La vida después de la muerte

¡Hola, mamás!

Algunas de ustedes podrían pensar que finalmente me volví loca. Creerán que los eventos de los meses pasados, tristes y que cambiaron el curso de mi vida, han vuelto a Stephanie una desquiciada.

Todo lo que puedo decir es que todavía sigo aquí. A pesar de todo, todavía sigo siendo yo. Stephanie, la mamá de Miles.

Hoy quiero escribir sobre algo de lo que nadie habla, excepto en clases de catecismo y en la iglesia. Cuando una persona dice «gracias al cielo» o «vete al infierno», no está pensando en el cielo o el infierno como sitios a los que se puede ir. El tema no surge durante los tragos, las cenas ni durante el café.

La vida después de la muerte.

Incluso si nunca nos acercamos a una iglesia, sinagoga o mezquita muchas de nosotras hemos notado que tener un hijo puede hacer a una persona más espiritual. Miles me ha dicho que después de que muramos, todos nos reuniremos en una gran nube feliz. Esa es una bonita manera de verlo. Pero los adultos casi nunca preguntan, ¿a dónde crees que van nuestros seres queridos? Es un tabú más fuerte que el sexo o incluso el dinero.

¿Los muertos están cerca de nosotros?, ¿pueden oírnos?, ¿contestarán nuestras oraciones?, ¿visitan nuestros sueños? He pensado mucho en estas cuestiones, preguntándome dónde está Emily. Me he cuestionado qué le diría si pensara que ella puede escucharme.

Así que con este blog me quiero poner un tanto experimental, un poco... más de lo usual.

Voy a escribir esto como si pudiera comunicarme con mi amiga que ha muerto. Como si ella pudiera leer esto. Espero que escribir me ayude a sanar. Y las exhorto, mamás, a escribir su propia carta a alguien que haya muerto y a quien le quieren hablar todavía.

Así que aquí va:

Querida Emily, donde quiera que estés

Querida Emily:

No sé cómo empezar. ¿Cómo dice la gente en los correos electrónicos? ¡Espero que al leer esto estés bien!

Espero que al leer esto estés en paz.

Estoy segura de que, si puedes leer esto, lo primero que quisieras saber es cómo está Nicky. Está floreciendo. Por supuesto que extraña a su mamá. Todos nosotros te extrañamos más de lo que puedo expresar. Él sabe que siempre serás su mamá. Que nadie nunca podrá sustituirte. Pero ya no llora todas las noches, como antes. Yo sé que tú no querrías eso.

¿Lo querrías?

A veces espero que los muertos estén con nosotros, cerca de nosotros, que Davis, Chris, tú y mis padres estén sobre mi hombro, observándome, ayudándome, aconsejándome, aun cuando yo no me dé cuenta. En otros momentos deseo que se eviten el dolor de ver cómo la vida continúa sin ellos.

Sé que sería doloroso para ti, querida Emily, verme cocinar en tu cocina. Pero quiero que sepas que estoy preparando la comida más deliciosa y nutritiva para tu hijo. Nunca podré ocupar tu sitio. Todo lo que puedo hacer es amar a la gente que solías amar e intentar mejorar sus vidas.

Sé que eso es lo que tú querrías, si los amaste.

Descansa en paz, mi querida mejor amiga.

*Tu amiga para siempre,
Stephanie*

¿Qué piensan, mamás? Copien aquí sus cartas junto con sus comentarios y preocupaciones. Y gracias, como siempre, por su amor y apoyo.

*Con cariño,
Stephanie*

Emily:

Esa perra chantajista y mentirosa. Cerré de un golpe tan fuerte la computadora que tuve miedo de haberla roto. Me tranquilicé cuando la abrí de nuevo y mi página de inicio —una *selfie* que Nicky se tomó mirando hacia la computadora— volvió a aparecer.

Esa zorra estúpida. Sabe que no estoy muerta. Sabe que la estoy observando. Y no desde el cielo. Ni siquiera ella es tan estúpida para creer que está blogueando para los muertos. Quizá se convenció de que imaginó mi llamada telefónica. Quizá intentó sacarlo de su mente. Pero no puede. Ella lo sabe.

No puede contar eso en su blogósfera de mamás. Me habla a mí en caso de que yo la lea. Que Stephanie asuma que estoy leyendo su blog es exasperante aunque no tanto como el hecho de que se mudara con mi esposo y mi hijo.

Se acostumbró a pensar que yo estaba muerta. Le llegó a gustar la idea. Hasta ahí llegó la amistad. Ahí terminó el duelo. Así que la llamé para hacerle saber que no estoy muerta.

Mi número aparece en el registro como «FUERA DE ÁREA». No hay manera en la que pueda contactarme. Excepto a través de su blog. Ella cree que todo mundo lee su blog. Yo solo tengo una buena razón. Probablemente ella desea que esté muerta. Alguien que desea que esté muerta arropa a mi hijo en su cama todas las noches y se acuesta con mi esposo.

¿Y tiene el coraje de decir que esto es lo que yo hubiera querido? Quizás está loca, lo que significa que una mujer loca está criando a mi hijo.

Me duele admitir que Stephanie estaba en lo correcto al decir que nunca se puede conocer en verdad a alguien. Si Stephanie quiere jugar al gato y al ratón... ella puede ser el ratón. Yo seré el gato. El gato es paciente. El ratón tiene miedo. Y tiene razones para tener miedo.

Porque el gato siempre gana. El gato es quien lo disfruta.

Stephanie:

Ya no sé lo que es real. Durante un tiempo logré convencerme de que aluciné la llamada de Emily. Es como cuando tienes un dolor preocupante y el dolor se va. Primero intentas olvidarte de eso. Después lo logras.

Siempre supe que sería castigada por mi amorío con Chris, por engañar a mi esposo y tener un hijo con mi medio hermano. Nunca debí decirle a Emily quién era el padre de Miles. Esa información no se la podía confiar a nadie. Tuve la idea ridícula de que decirle a alguien haría que mi castigo fuera más liviano. Me confesé con la persona equivocada. Ahora vendrá el castigo.

Si ella está viva, alguien sabe lo que hice. Alguien que quiere lastimarme.

Siempre supe que Emily era más lista que yo. Nunca debí dejar que esto pasara. Debí morir de soledad y de frustración sexual antes de acostarme con Sean y mudarme a la casa de Emily.

No soy una rival para ella. Probablemente se está riendo de mi intento patético de contactarla a través de mi blog dirigiéndome a ella como si estuviera muerta. Es la única que sabe que la mayor parte de mi blog es mentira.

Me pregunto cuánto le contó a Sean. Supongo que no todo. Cuando mencioné a Chris nunca lo sorprendí mirándome, ni buscando en Miles indicios de que esté dañado por el incesto y la endogamia.

Parece que Sean ama a Miles. Miles es adorable. Y yo he aprendido a amar a Nicky. ¿Sean y yo nos amamos? No quiero pensar en eso.

¿Emily hubiera querido esto?

Si ella está viva, entonces no. Y sí está viva. Quizá. Probablemente. Y yo estoy siendo castigada.

¿Qué he hecho para merecer esto? Todo lo que hice fue intentar ser su amiga, fraternizar con la madre del amigo de mi hijo. ¡Mala idea, Stephanie!

¿Qué hará ahora Emily? Nada. Está muerta. ¿O está allá afuera?, ¿observando?

He imaginado muchas veces que alguien —un detective de la policía— me pregunta por qué hice esto o lo otro, en lugar de eso o aquello. He contestado varias veces que no lo sé. Ya no sé lo que tiene sentido. Me concentro en lo que es mejor para Miles. Pero no estoy segura de que lo mejor para mi hijo sea vivir con el esposo de mi mejor amiga que, hasta donde sé, nos está observando.

Corro las cortinas pero eso no ayuda. Ella está allá afuera. O quizá lo estoy imaginando. Siempre hay esa posibilidad.

No sé por qué no le cuento a nadie. De hecho, sí lo sé. ¿Qué le diría a la policía? ¿Se acuerdan de mi amiga que desapareció? ¿Y recuerdan que ustedes no hicieron nada? Bueno, ahora vivo con su esposo. Y ella podría regresar, y ellos podrían cobrar millones de dólares por el seguro de su muerte. ¿Quién me creería? ¿Quién soy? Una mamá y una bloguera. Las mujeres como yo son encerradas en manicomios todo el tiempo. Ven a los muertos, escuchan sus voces, no pueden aceptar la verdad, insisten en sus historias dementes hasta que alguien en los servicios de protección decide que su hijo estaría mejor en un orfanato.

Tengo miedo de que la historia de mi amistad con Emily y mi relación con Sean dirijan a la policía hacia la verdad sobre el padre de Miles. Tienen un reporte por extravío falso y quizá un fraude de seguro en sus manos, y egocéntricamente, estoy segura de que se concentrarán en un posible caso de incesto.

Sin importar qué esté tramando, Emily puede contar conmigo. Le entregué ese poder en la feria del condado cuando mirábamos a Miles y a Nicky en el juego mecánico.

No le dije a Sean que Emily llamó. Quizá realmente no confío en él. Ya no estoy segura de en quién confiar. Confío en Miles. Y la mayoría del tiempo confío en Nicky.

Estoy casi segura de que Sean cree que ella está muerta. Y si está viva no ha intentado contactarlo. O quizá sí y él no me lo ha dicho. Si está enojada por lo mío con Sean, ¿por qué me culpa a mí? Él era su esposo. Es su esposo.

No puedo imaginar cómo decírselo a Sean. No puedo encontrar el

momento adecuado. Estoy viviendo con él y no puedo decirle: «Creo que tu esposa muerta llamó por teléfono».

Me di cuenta de que esa publicación dirigida a mi amiga no muerta no funcionará. Podría empeorar las cosas. Pero descifrar qué decir fue una buena distracción.

Mi correo se llenó de historias de fantasmas, lo que fue útil. Las mamás de todos lados han visto muertos. Algunas de las historias eran muy conmovedoras. Una hablaba de una mamá muerta cuyo espíritu lleva a su hija un libro que cae abierto justo donde aparece un cuento protagonizado por una mamá muerta. La hija siente la presencia tranquilizadora de su madre en el cuarto. Lloré cuando la leí, pensaba en mi mamá y en el infierno que atravesó.

En ninguna de las historias de las mamás la persona muerta resulta estar finalmente viva. ¡Supongo que eso es reconfortante!

No he sabido nada más sobre Emily. Y me he convencido de que está muerta. Algún bromista cruel debió imitar su voz y de alguna manera lo consiguió. Quizás alguien en el trabajo. Pudo haber sido una llamada de broma. ¿Por qué alguien haría algo así? La gente hace cosas peores todo el tiempo. ¿Y por qué la persona que llamó sabía cuántos dedos levanté?

Suposiciones afortunadas, eso es todo.

No pienses en eso, Stephanie. Yo todavía quiero y extraño a mi amiga. Pero la verdad, que ella esté muerta es mejor a que me mire desde el bosque. Que esté observándome con su esposo.

* * *

La segunda vez que Emily llamó esperó hasta que estuve sola. El identificador marcó «FUERA DEL ÁREA».

—Todavía estoy aquí.

—Emily, ¿dónde estás? —pregunté.

—La prueba de que no estoy en el cielo es que todavía leo tu imbécil y

ridículo blog. Bloguearme a mí en el más allá es realmente estúpido, Stephanie. Incluso para ti.

—Grrrr —maullé como gato enojado—. Qué hostil. Tú no eres así.

—¿Cómo sabes quién soy? No lo entiendes, ¿verdad? Nunca lo entendiste.

—Sí lo hice —dije—. Lo entiendo —aunque no estaba segura de entenderlo. Alguien hizo que ella bajara su voz. Esta vez yo tenía que asegurarme. Le pregunté—: ¿Cómo sé que realmente eres tú?

—Escucha bien —dijo Emily. Hubo un silencio. Escuché estática, después un ruido, como el de algo chocando contra el teléfono. Y luego un poco de música festiva...

Escuché a mi propia voz decir «te voy a decir algo que nunca le he dicho a nadie...». Me escuché a mí misma confesar que Miles era hijo de Chris.

La grabadora se apagó.

—Hoy en día tienen tecnología maravillosa para reconocer la voz —dijo Emily—. Para autenticar esto, si es necesario.

—¿A quién le importaría?

—A todo mundo —dijo Emily—. Para empezar, a Miles. Si no ahora, entonces después.

—No puedo creer que hagas eso —dije—. ¿Qué quieres?

—Quiero a Nicky —dijo Emily—. Tú te puedes quedar con todo lo demás. Pero quiero que cierres la boca. Por una vez.

—¡Lo haré! —dije—. Lo prometo.

—Te hablaré pronto —Emily colgó.

Después me asaltó el instinto de regresar a casa. Quería estar en casa, aunque solo fuera por una tarde. En mi propia casa. En la casa que Davis y yo construimos, en la que viví con Davis y Miles, y otros tres años con Miles después de la muerte de Davis. Debí estar loca al pensar que podía mudarme a un lugar desalojado por una mujer muerta. Mi supuesta mejor amiga.

Me dije que si los cuatro viviéramos juntos sería mejor para los niños. Pero era peor para mí. Mientras manejaba a mi casa me sentí mareada. El camino que había transitado varias veces me resultaba extrañamente

desconocido. Me dije que debía concentrarme.

Finalmente ahí estaba. Mi casa. Completamente real, pero al mismo tiempo como un sueño. ¡Cómo amaba a esa casa! Siempre lo he hecho. Nunca debí abandonarla.

Estaba en casa. El césped estaba cubierto por un poco de nieve. Qué bien me sentí al subir las escaleras del frente. Mis pies sabían la altura de cada paso, distancia que Davis pasó descifrando algunas horas de su vida demasiado corta. Mi mano sabía cómo darle vuelta a la llave en el cerrojo, mi hombro supo cómo mantener la puerta abierta para entrar aun cuando venía cargando paquetes, que no era el caso ahora. Vine sin nada, como un refugiado.

Entré en la cocina. Cómo la extrañaba y anhelaba estar aquí, cocinando para mí y para Miles. Hablaré con Sean. Podemos llegar a otro acuerdo que nos permita estar en casa más seguido.

Sin pensarlo entré en la sala. Me tomó un momento darme cuenta de qué era lo diferente, qué era tan inquietante.

Olí el perfume de Emily. Jamás debí darle mis llaves.

Post en el blog: *Niños sabios*

¡Hola, mamás!

Esta es otra historia sobre lo hermosos que son nuestros niños, cómo saben mucho más de lo que damos crédito, a veces más que nosotros.

Nunca fui buena con los cumpleaños. Las únicas fechas de nacimiento que recordé fueron las de mis padres, mi medio hermano, mi esposo y Miles.

Así que me quedé como piedra al principio de marzo, cuando Nicky preguntó:

—¿Vamos a celebrar el cumpleaños de mi mamá este año?

—Sí claro —le respondí a Nicky. Compramos un pastel con una sola vela.

Dejé que Nicky escogiera el pastel. Chocolate con flores brillantes de glaseado.

Encendimos la vela e hicimos una plegaria en silencio. No cantamos *Feliz cumpleaños*. Creo que Nicky estaba feliz. Fue una de esas cosas que ayudan a sanar a los niños.

Si puedes leer esto, querida amiga Emily, donde quiera que estés, ¡feliz cumpleaños!

Te amamos.
Stephanie

Stephanie:

Alguien recordó el cumpleaños de Emily. Llegó una tarjeta para ella a casa de Sean.

Esa tarde, en el buzón, junto con recibos, correo basura y revistas de moda que nadie leía desde que Emily desapareció, había un sobre para Emily Nelson. Misma caligrafía, misma tinta café que las que estaban en el sobre manila que encontré en el tocador.

Era una de las tarjetas que Emily recibía de parte de su madre todos los años. Al mirarla sentí escalofríos.

¿La mamá de Emily creía que ella estaba viva? ¿Su cuidadora no había conseguido darle las malas noticias? ¿Decidió que la mamá de Emily no era lo suficientemente fuerte? ¿O se trataba de algo más? ¿Algún tipo de persistente intuición de madre le hizo saber a la vieja que su hija todavía estaba viva?

Esa misma noche le mostré la tarjeta a Sean. La miró de forma fija, visiblemente perturbado y molesto, intentaba parecer como si no tuviera idea de lo que era. Él sabía de qué se trataba.

—La pobrecita está tan enloquecida que olvidó que Em está muerta — dijo—. Y Bernice no puede recordárselo todo el tiempo. Creo que está dejando que la señora Nelson crea que su hija vive...

Por un momento me pregunté si él mentía. Nunca antes había llamado a Emily, Em. Además, Emily no estaba muerta. ¿Sean sabía eso? ¿Me estaban jugando una broma cruel? ¿Acaso era yo el peón dentro de un plan maligno que concibieron juntos?

Eso no lo sabía y no quería darme cuenta de la poca confianza que había entre Sean y yo. Aunque eso no parecía interferir con el deseo entre nosotros. No todas las noches, pero lo suficientemente seguido para que ambos estuviéramos dispuestos a permanecer juntos. Sean no era el tipo más abrazador del planeta. Yo no esperaba que lo fuera. Él era británico. Estaba

ahí conmigo cuando teníamos sexo pero después gruñía y se daba la vuelta, como si quisiera que me fuera.

Finalmente dije:

—Tienes que decirme si esto no está funcionando para ti. Si te estás arrepintiendo. Dímelo. ¿Quieres que me vaya?

—¿De qué estás hablando, Stephanie?

Fue peor que si él hubiera contestado: sí.

El sello en el sobre era ilegible, pero podía descifrar las letras *MI*. *Míchigan*. ¿Emily podría haberse enviado la tarjeta a sí misma? ¿Era parte de su estrategia para confundirme? ¿Estaba allá afuera, en algún lugar, observándonos con nuestra vela y el pastel, celebrando su cumpleaños? Sin ella. ¿Qué buscaba? ¿Qué planeaba?

Le pregunté a Sean:

—¿Puedo abrir la tarjeta?

—Claro, adelante —contestó.

Con la misma tinta café araña estaba escrito, como siempre, «*PARA EMILY*» y «*DE PARTE DE MAMÁ*».

A menos que Emily falsifique espectacularmente la letra de su madre, ella no la envió. Y ¿por qué se enviaría una tarjeta de cumpleaños desde *Míchigan* y la haría parecer como si viniera de parte de su madre?

La única explicación es que su madre no sabe que está muerta. Que supuestamente está muerta. O su madre sabe algo que yo no.

No pude sacar la tarjeta de mi mente. Se convirtió en otra obsesión.

Llámenlo sexto sentido o lo que sea, pero me convencí de que entendería todo si pudiera conocer a la mamá de Emily y hacerle unas cuantas preguntas. Era mucho más que la curiosidad habitual de cuando quieres saber de dónde viene alguien. Estoy segura de que la mamá de Emily podría resolver el misterio de adónde se ha marchado Emily y por qué, cómo fue que desapareció y por qué parece regresar de entre los muertos. Aun cuando su madre no supiera lo que pasó, ella podría decir algo útil que aclararía todo. ¿Estaba tan enferma como Sean afirmaba? Ella, o alguien más, había

recordado el cumpleaños de Emily.

Encontré el número telefónico en Internet. Me sentí sin aliento cuando se desplegó en mi pantalla: «Dr. y Sra. Spencer Nelson en Bloomfield Hills».

Marqué el número. Dos veces. La primera vez sonó y sonó. La segunda vez una vieja con una voz aguda contestó.

—¿Hola? —dijo. Yo no podía hablar. Ella continuó—: ¿Son los malditos niños de al lado tonteando de nuevo? Les dije que no estoy en casa.

Colgué.

La tercera vez que marqué dije:

—Señora Nelson, soy Stephanie. Soy amiga de su hija. Una amiga de Emily —bajo circunstancias normales le habría dicho cuánto lamentaba lo de Emily. Pero las circunstancias eran todo menos normales.

—Ella jamás mencionó a una Stephanie —dijo—. Yo nunca escuché nada de una Stephanie. ¿Quién dijiste que eras?

—Una amiga de Emily —insistí—. Su nieto Nicky es el mejor amigo de mi hijo.

—Oh —dijo ella melancólicamente—. Es verdad, Nicky.

Así que era uno de sus días buenos.

—¿Cuántos años tiene?

—Cinco.

—Oh —dijo—. Dios bendito.

Sentí empatía por ella. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo vio? No sé qué fue lo que me impulsó a preguntar.

—¿Podría ir a visitarla?

Todo mi cuerpo se tensó mientras esperaba a que ella colgara o dijera que no.

—¿Cuándo? —quiso saber ella.

—La próxima semana.

—¿Qué día? —dijo—. ¿A qué hora? Déjame checar mi agenda.

Yo sabía que a Sean no le gustaría que fuera. Me inventé a una tía Kate desesperadamente enferma en Chicago. Le pregunté a Sean si podía cuidar a los niños y aceptó. Ninguno de los dos tuvo que mencionar cuánto tiempo

pasaba sola con los niños.

Que no pudiera decirle a Sean la verdad me recordó que no había nadie en quien pudiera confiar. Estaba sola. Aun así confiaba en él de la manera más importante: cuidar a mi hijo cuando iba a pasar una noche fuera.

Todavía dormía con Sean. Pero no podía decirle que Emily me llamaba y me acosaba con secretos que nadie más conocía. Él diría que estaba empeorando las cosas. Que no podía enfrentar la verdad. Tal vez me desconecté...

¿Estaba enloqueciendo? ¿Imaginaba cosas? Quizá todavía estaba conmocionada por la desaparición y muerte de mi amiga. Quizá Sean estaría en lo correcto. Quizá me rehusaba a aceptar la realidad de la muerte de Emily y estaba empeorando las cosas para todos.

Especialmente para mí.

Volé a Detroit y renté un auto. Encontré la casa de la mamá de Emily. Una mansión con pilares y pórtico, como la casa de *Lo que el viento se llevó* trasplantada al medio oeste. Había una entrada circular para autos y montes de matorrales descuidados que escondían un césped repleto de hierbas muertas color marrón.

La mujer que respondió era pequeña y encorvada, estaba vestida con un suéter de casimir, unos elegantes pantalones plegados y costosas zapatillas con un tacón más alto de lo que esperaba. Su cabello estaba peinado cuidadosamente hacia atrás, su labial rojo brillante aplicado a la perfección. Se parecía a Emily pero aún más a Grace Kelly, si Grace Kelly hubiera llegado a cumplir ochenta años.

El aire olía a popurrí de rosas, ella me mostró el camino hacia una gran sala con todo el estilo de las abuelas, llena de buenos muebles antiguos y pinturas sombrías de figuras borrosas con marcos pesados.

—Recuérdame quién eres —dijo ella—. Me temo que me he vuelto un poco olvidadiza.

—Stephanie —dije—, la amiga de Emily. Mi hijo es el mejor amigo de Nicky.

—Ya veo —dijo la mamá de Emily—. ¿Necesitas pasar al baño?

—Está bien —dije—. Estoy realmente bien. Estoy bien... —Estaba balbuceando.

La señora Nelson se sentó en una silla cubierta con terciopelo rosa, yo me senté en el borde del sofá. Era un sofá incómodo, pero extraordinario, desde cierta perspectiva. Una falsa antigüedad francesa, pasada de moda, pero bordada con seda brillante. Con rayas de color rosa profundo y blanco, como si fuera un dulce. Muy diferente a cualquier cosa que Emily hubiera permitido en su casa.

—Mi esposo está muerto —dijo su madre.

Al menos sabía que su esposo estaba muerto. Este debe ser uno de sus días verdaderamente buenos.

—Él trabajó en el departamento de relaciones públicas de una compañía de autos. ¿Quién pensaría que Emily todavía querría trabajar en relaciones públicas después de ver lo que la crisis del 88 hizo a su padre?

Colocó sus lentes debajo de su nariz, se inclinó como un pájaro que está picando un grano y, por primera vez, realmente me miró.

—¿No tienes idea de lo que fue la crisis del 88 o sí? —preguntó.

Era mejor ser honesta. Negué con la cabeza.

—Eres muy estúpida, ¿verdad?

Ahora podía entender por qué Emily decidió mantenerse lejos de ella. ¡La compadecía tanto por tener una mamá que pudiera decir algo así! Entonces me acordé de que Emily me había dicho estúpida la última vez que hablamos por teléfono. Ella transmitía el daño que soportó de su madre tóxica. He blogueado muchas veces sobre cómo la gente intenta hacer sentir estúpidas a las madres. Yo estaba realmente enferma y cansada de ser llamada estúpida. Y de que me hicieran sentir estúpida. Pero no podía darme el lujo de reaccionar.

Si la mamá de Emily pensaba que yo era estúpida, si dudaba de que realmente era amiga de Emily, nunca me diría lo que quería saber. No tenía idea de lo que podía ser. Lo sabría cuando lo escuchara.

—¿Quiere ver fotografías de Nicky? —ofrecí.

—¿Nicky?

—Su nieto.

—Por supuesto —contestó educadamente—. ¿Dónde?

Le acerqué mi teléfono y me paré junto a su silla para mostrarle las fotos de Miles y Nicky. Parecía atenta. No supe si ella quería que me detuviera.

Después preguntó:

—¿Cuál de los dos es...?

—Nicky... —le recordé.

—Por supuesto, Nicky.

Señalé a su nieto.

—Adorable —dijo vacilante.

Me sentí aliviada cuando dijo:

—Está bien. Él es muy lindo.

Me miró, se volvió a sentar y dijo:

—He visto esto en una película. Tú y yo estuvimos en una película que vi en la televisión. Quieres ver fotografías de la infancia de Emily. Por eso estás aquí, ¿verdad?

—Sí, me gustaría.

Justo cuando lo estaba diciendo, me di cuenta de que era cierto. Exactamente por eso estaba ahí.

—¿Quieres un té? —dijo.

—No, gracias.

—Bien —continuó ella—. No creo que haya. Ahora regreso.

Se levantó y arrastró los pies lentamente al salir del cuarto. Escuché murmullos. De la señora Nelson y otra mujer. Su cuidadora, supuse.

Tuve unos cuantos minutos para mirar alrededor. Un gran piano cubierto con un chal español bordado. Iluminación suave. Una vitrina con espejos y un retrato formal de la madre de Emily, en vestido de noche, de décadas atrás. Probablemente de antes de que Emily naciera. No tenía sentido que ahí hubiera crecido Emily, aunque me di cuenta de que no tenía idea de qué tipo de lugar era ese. Nunca hablaba de la casa de su infancia.

Sentí una ira extraña por la manera como la señora Nelson movió su cabeza y empujó el álbum hacia mí, o quizá solo estaba apresurada por regresar a su silla.

El álbum era como los que usa la gente para guardar sus discos. Cada foto tenía su propio estuche del que se desprendía un vago olor a plástico.

Pasé muchas páginas antes de entender lo que estaba viendo.

En cada fotografía había dos Emilys. Dos niñas idénticas.

Dos Emilys idénticas en un jardín, en una playa, en el bosque frente a un letrero del Parque Nacional Yosemite. Dos chicas con cabello rubio y ojos oscuros, dos Emilys creciendo mientras pasaba las páginas.

—¿Qué pasa? —dijo la madre—. Te ves terrible, querida. ¿Estás bien?

Pensé en la fotografía de Diane Arbus sobre la chimenea y recordé que Emily me dijo que era lo que más amaba de su casa.

—Recuérdame cuál de las dos era Emily. ¿La que tenía esa odiosa marca de nacimiento debajo de su ojo? Dios, le rogué que se lo hiciera remover. Aunque algunas veces fuera la única manera de distinguirlas. Por supuesto que después, cuando Evelyn estaba borracha o drogada, eso fue más fácil.

—No sabía que Emily tuviera una gemela —dije.

—¿Cómo es posible? —dijo frunciendo el ceño—. ¿Estás segura de que eres amiga de mi hija? ¿Qué es lo que realmente quieres aquí? Tengo cámaras de seguridad en todas partes.

Miré alrededor. No había cámaras de seguridad.

—Solo es extraño —dije—. Ella nunca lo mencionó...

—Evelyn. Su hermana.

—¿Evelyn? —dije—. ¿Dónde vive ella?

—Buena pregunta —dijo su madre—. No lo sé. Evelyn tiene problemas. Pasó un tiempo en un centro de rehabilitación extremadamente costoso, adivina quién pagó. De un tiempo a otro perdí contacto con ella y resulta que estaba viviendo en la calle. Emily intentó salvar a su hermana. Una y otra vez. Creo que renunció.

¿Por qué Emily no mencionó que tenía una gemela? ¿Por qué lo mantuvo en secreto? Por un momento no pude recordar su cara. ¿Cuál gemela era?

Con mis ojos cerrados escuché a la señora Nelson preguntarme si necesitaba agua.

—Estoy bien. Debo asimilar esto.

—Emily me culpó de los problemas de Evelyn. Pero te digo... ¿De casualidad tienes hijos?

—Mi hijo es el amigo de Nicky —le recordé.

—Entonces tú entiendes. No fue mi culpa. Ellos nacen así, como son. No

hay mucho que puedas hacer para cambiarlos. Todos los padres saben eso. Amo a las niñas por igual. La locura corre por mi familia, aunque tenemos prohibido decirlo. Se supone que no deberíamos haber notado que la mitad de nuestros tíos y tías estuvieron en un manicomio.

«Sí, las chicas eran idénticas. ¡Tenían el mismo ADN! Pero nunca las confundí. Emily tenía el lunar debajo del ojo y la parte superior de la oreja de Evelyn era muy graciosa».

Yo escuchaba con suma atención pero al mismo tiempo me dispersé. La señora Nelson era una madre. Yo no sabía si ella sabía que una de sus hijas estaba muerta.

Una de sus hijas. Me golpeó de nuevo. *Tienen el mismo ADN.* El forense pudo no haber sido capaz de distinguirlas. El lunar debajo del ojo y la oreja extraña ya no importaban en el momento en que encontraron el cuerpo en el lago.

Mi cerebro trabajaba a marchas forzadas, produciendo teorías sin parar. ¿Emily mató a su hermana y tiró su cuerpo en el lago? ¿Lo planeó todo el tiempo? Qué manera tan perfecta de fingir su propia muerte...

—Por favor, ve por un poco de agua —dijo la mamá de Emily—, no te ves nada bien.

—Está bien —respondí—. Me siento bien.

Se inclinó hacia adelante, puso su mano en mi rodilla y de repente, con un tono cómplice, dijo:

—¿Quieres oír algo ridículo? Cuando mi esposo vivía y las chicas eran más jóvenes pensé que debía esconder mi alcoholismo. Como si yo fuera una niña. Ahora me puedo relajar durante el aperitivo con un vaso de ginebra y no hay nadie a mi alrededor para decirme que no puedo hacer esta cosa perfectamente apropiada a lo que cualquier adulto debería tener derecho. ¡Nadie puede impedírmelo! ¿Te importaría acompañarme?

Eran las dos de la tarde.

—No, gracias —dije—. Es amable de su parte ofrecerlo.

Solo hasta ese momento noté que había una bandeja con un decantador y dos vasos en la mesa, a un lado de su silla. Se sirvió un vaso completo de líquido transparente y lo bebió continuamente con sorbos agradecidos.

—Ya. Mucho mejor. ¿Dónde estaba? Ah, sí. Las gemelas. Emily y

Evelyn eran tan extravagantes como la gente suele creer que son los gemelos. Para empezar, eran telepáticas. Aun de niñas solo tenían que mirarse a los ojos y se comunicaban. ¿Puedes imaginarte criar hijas así?

»Emily era la dominante. Ella nació primero. Pesó doscientos gramos más. Ganó peso más rápido y caminó primero. Evelyn siempre era más pequeña y más triste. Menos confiada.

»Pasaron sus años de adolescencia salvaje exactamente al mismo tiempo. ¡Un pícnic doble para su madre, créeme! Su rebelión adolescente continuó durante sus veinte. Creo que les jugaron bromas sucias a los hombres, a sus novios. Eran bonitas y populares. Decorativas. Lo que significa que había alcohol y drogas. “¿Estás segura de que no quieres un sorbo de esto?” —me ofreció su vaso de ginebra.

—No, gracias. Me encantaría pero tengo que manejar de regreso al aeropuerto.

—Bueno. Me acuerdo de una cosa. Se pelearon de manera espantosa enfrente de mí y de su padre. En unas vacaciones. ¿Navidad? ¿Día de Gracias? No puedo recordar. De alguna manera pudimos reunirnos todos en el mismo cuarto. Esto fue un poco antes de que Evelyn realmente empezara a decaer y Emily a escalar.

»Fue una pelea violenta. Creo que por un muchacho. No lo puedo recordar. No estoy segura de haberlo sabido en ese momento. Se abofetearon. Eso detuvo la pelea. La detuvo en frío. Se fueron a sus cuartos.

»Al día siguiente se fueron a Detroit y se hicieron esos horrendos tatuajes. Esos brazaletes de alambre de púas vulgares. Para recordar cuál había sido la mano que abofeteó a su hermana. O alguna tontería así. Era una promesa de que nunca pelearían así otra vez. “Creo que no lo han hecho. No hasta el día de hoy”.

No hasta el día de hoy. Pensaba que las dos seguían vivas.

Si Emily no le contó a su hermana lo que le confesé en la feria del condado, entonces fue quien llamó. Y el cuerpo que fue arrastrado a la orilla era de Evelyn.

—¿Dónde dijo usted que vivía la hermana de Emily?

—Lo último que escuché fue que Seattle.

—¿Algo más preciso que eso? —pregunté—. ¿Tiene su dirección?

—Me gustaría saberlo. Bernice me ayuda con las tarjetas de cumpleaños. Acabo de enviar una a Emily en Connecticut. Pero la última dirección que tuvimos de Evelyn es un motel horriblemente sórdido en Seattle. Bernice lo buscó en Internet y lo vimos.

»¿Cuál es tu asunto? —dijo inclinándose hacia delante—. Recuérdame, querida.

Pronunció «querida» como una bruja en un cuento de hadas. De forma amenazadora y ofensiva.

—No lo sé —respondí—. Lo siento...

Durante toda mi visita, parecía que ella podía prender y apagar la luz detrás de sus ojos. Ahora de nuevo estaban nublados. Buenas noches. No hay nadie en casa.

—Estoy cansada —dijo.

—Lo siento, no quise... gracias —me levanté del sofá blanco y rosa mirando hacia atrás para ver si dejé sucio o desordenado—. Fue muy amable de su parte permitirme visitarla.

—Recuérdame, ¿por qué querías conocerme?

—Curiosidad —dije.

—Mató al gato —dijo ella. Escuché un tono en su voz... como si fuera Emily. Sentí otro escalofrío. Temblé. La anciana lo notó. Lo disfrutó. Levantó su barbilla y rio casi como una niña. Estaba presente de nuevo, por el momento.

—Ya me voy —dije—. ¿Quiere que llame a alguien?

—¡Ya se va! —dijo la señora Nelson.

Escuché pisadas. Una mujer todavía hermosa a sus cincuenta años, que vestía ropa de enfermera azul oscuro y llevaba un mechón de rastas grises amarrado detrás del cuello, apareció en el umbral.

—Ella es Bernice —la presentó la señora Nelson—. ¿Y ella es...?

—Stephanie —dije—. Mucho gusto en conocerte, Bernice.

Bernice me miró de forma neutra e indulgente. Intuí que había estado escuchando la conversación de su patrona y había aprobado, o al menos no le había interesado, nuestra charla. Primero la señora Nelson y luego Bernice extendieron sus manos para que las estrechara. Tomé sus manos y les agradecí.

Bernice me acompañó a la puerta, después la cerró suavemente detrás de ella y nos quedamos paradas en el porche principal.

—Entiendo que la policía habló con usted —dije—. Lamento mucho lo de Emily.

—Si en verdad se trata de Emily —dijo Bernice—. Nunca pudieron diferenciar a esas niñas, quizá ni siquiera en la muerte.

Toda esta información nueva, teorías nuevas y sospechas nuevas eran demasiado para procesar de golpe. Pensé en Miles, que siempre me tranquiliza.

—¿Le mencionaste tus sospechas a la policía? —le pregunté a Bernice—. ¿Les contaste de Evelyn?

—Dejé que pensarán lo que querían. Esto es Detroit, nena. El rico, blanco Detroit, pero de todos modos mejor no contradecirlos ni salir con algo nuevo. Entre menos te metas con la policía, estarás mejor. Intenté llamar a Emily y descubrir qué sucedía pero nunca contestó su celular. Su mamá está mejor sin saberlo. No quiero que la pobrecita sufra más de lo que ya sufrió. A veces cree que tiene dos hijas, a veces ninguna, a veces una... Nunca puedo predecir qué se le pegará y que se le resbalará. Muchas veces me sorprende de lo que ella recuerda... ¿Mencionó lo del auto?

—¿Cuál auto?

—Ella recuerda eso. Evelyn robó su auto hace un tiempo. Las dos niñas tenían llaves del auto. Y una de ellas se metió a la cochera y se llevó el auto a mitad de la noche. Apuesto a que fue Evelyn. Emily puede rentar el auto que quiera, ¿estoy en lo correcto?

Asentí. Eso sonó correcto, y aun así hizo todo más confuso. Quería quedarme ahí y preguntarle cosas a Bernice todo el día. Al mismo tiempo quería regresar rápido a mi cuarto de hotel y pensar en lo que había escuchado.

—La señora Nelson estaba histérica. Me preguntó varias veces cómo se movería ahora. No tuve el valor de aclararle que llevaba años sin manejar. Le dije que tomaríamos taxis, como siempre lo hacíamos. Pedí que no se preocupara. Le ayudé a enviar la tarjeta de cumpleaños de Emily, así como lo he hecho durante años.

—Ella es afortunada por tenerte, Bernice.

Bernice hizo un gesto. Tuve miedo de haberla insultado. Pero no estaba pensando en mí.

—Ella merece un poco de buena suerte —dijo—. Ha tenido tan mala suerte con esas niñas. En las islas somos precavidos con los mellizos. Cuídate —puso atención a los sonidos en el interior de la casa—. Tengo que regresar... No hay manera de saber lo que... Que tengas buen viaje de regreso.

No hubo tiempo para preguntarle a qué se refería con que fuera cuidadosa y precavida.

Apenas dejé el barrio residencial, el camino presentó muchos baches. Si consideramos que Detroit es el hogar del auto, me resultó sorprendente que los caminos estuvieran tan mal. Esquivar los baches me mantuvo concentrada y me impidió enloquecer por lo que acababa de escuchar.

Emily tenía una gemela.

Estaba tan nerviosa que cuando me detuve en el sitio de alquiler y los chicos uniformados rodearon el auto, uno de ellos me preguntó si estaba bien.

—¡Estoy bien! —dije—. ¿Por qué todo mundo me lo pregunta?

Me deshice del auto y tomé el servicio de transporte al hotel Detroit Metro del aeropuerto. Estaba contenta de no haber escogido la opción más barata, de que hubiera un minibar y de que pudiera beber dos botellitas de *bourbon*, una tras otra. Estaba feliz de que la cama fuera cómoda y limpia para que me pudiera meter debajo de las sábanas con la ropa puesta. Contenta de estar lo suficientemente tranquila para llamar al administrador y pedirle que me despertara con tiempo para tomar el primer vuelo.

Jalé las cobijas por encima de mi cabeza y cerré los ojos. La fotografía de las gemelas de Diane Arbus emergió de la oscuridad. La vi con mayor claridad, la recordé mejor que las fotos de la mamá de Emily. Todavía podía ver sus vestidos de fiesta, pero no podía recordar lo que traían puesto Emily y su hermana en las fotos familiares. No estaban vestidas igual. ¿Eso fue algo que su madre me dijo? Ella nunca las vistió igual. ¿O fue algo que descubrí? ¿Cuál sería la diferencia?

Parece que la última fotografía fue tomada en la graduación de la

preparatoria. Llevaban togas y birretes. Ambas lucían jóvenes y optimistas.

¿Qué pasó después? La señora Nelson pensaba que Evelyn estaba en Seattle. Pero no tenía su dirección. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la anciana olvidara a las dos? ¿Esto fue algo que Emily consideró al hacer su plan?

Cualquiera que fuera su plan.

Pude haber reaccionado de varias maneras. Me enojé. Como si yo fuera la que se había equivocado. Sabía que algunas personas me culparían por acostarme con el esposo de Emily. Pero sentí que ella me había hecho algo antes, engañarme, usarme... al ocultarme que era una gemela. Hacernos creer a mí y a Sean —o quizá solo a mí— que estaba muerta.

Y luego decidió decirme que en realidad estaba viva.

La gemela dominante. Ella tuvo todo el poder.

¿Sean sabe que Emily tiene una gemela? Nunca lo mencionó. ¿Ella logró ocultarle eso incluso a su esposo?

Me quedé acostada pensando cómo hacerle saber a Emily que ya lo sabía.

Después de un rato se me ocurrió algo. Emily cometió un error. No debió decirme que lee mi blog. Así es como puedo contactar con ella. Me dio un poco de control, una manera de ser escuchada. Y no tengo que preocuparme por Sean, él no lee mi blog.

Permanecí despierta trabajando en un *post* para el blog. ¿Cómo podía hacerle saber a Emily que estuve en casa de su madre y que sé su secreto, sin revelar cuál es?

Post del blog: *Duelo*

¡Hola, mamás!

Podría escribir un blog entero sobre el duelo. O podría contarles una historia sobre la aceptación, sobre la muerte trágica y accidental de mi mejor amiga.

Es una historia complicada pero aquí van los hechos principales.

Visité a la mamá de Emily en la casa de su infancia, que se encuentra en un suburbio de Detroit. Conocí a su atenta y amable enfermera, Bernice. Me senté en su anticuado sofá de seda con rayas rosas y blancas, la madre de Emily me mostró un álbum de fotografías de Emily cuando era niña.

Es difícil de explicar. Pero mientras veíamos juntas las fotos de su infancia sentí como si tuviera un momento de reconocimiento, una ventana hacia la niñez de mi amiga. Mientras su mamá y yo celebrábamos la vida de Emily, creí entenderlo todo. Y me di cuenta de que la historia de Emily era el doble de interesante de lo que pude haber imaginado.

Y finalmente pude dejar ir a mi querida Emily.

Mamás, siéntanse libres de publicar sus propios momentos satisfactorios y conmovedores de duelo.

Con cariño,
Stephanie

Emily:

Siempre supe que algo malo pasaría en la cabaña. Quizá por eso tenía tanto miedo de estar sola ahí. Con frecuencia sueño que una malvada... *presencia* me espera en el porche forrado con mosquiteros, donde mi hermana y yo pasamos tantas noches de la infancia susurrando en la oscuridad, contándonos historias, inventando el reino de la fantasía (población: dos personas) en el que podíamos vivir juntas sin que ningún adulto nos arruinara la diversión o nos dijera que hacer.

Nuestra canción favorita era *Octopus's garden*. La cantábamos una y otra vez, cada vez más rápido hasta que nos lastimábamos la garganta y no podíamos dejar de reír. Ahora me hace llorar. ¿Y si una de nosotras encontró primero al pulpo?

La noche anterior a mi desaparición, sonó el teléfono. Sean y yo estábamos dormidos.

—¿Quién es? —murmuró Sean.

—Dennis —no era poco común que Dennis Nylon llamara a horas extrañas. Significaba que él estaba en otra borrachera, trazando círculos hacia otro periodo en rehabilitación. Se ponía a marcar todos los números de su lista de contactos del trabajo hasta que alguien contestaba. Yo siempre contestaba, porque sabía que si nadie más lo hacía él pasaría a su siguiente lista: la gente de la prensa y los medios. Yo era la que tenía que lidiar con la consecuente tormenta de mierda. Era más fácil hablar condescendentemente con Dennis, para dejarlo divagar hasta que lo escuchara roncar del otro lado del teléfono. Después podía volver a dormirme.

—Contestaré en el vestíbulo —le dije a Sean.

Prácticamente bajé corriendo las escaleras. Sabía que no era Dennis.

—¿Acepta una llamada por cobrar de Eve?

Siempre lo hice.

Eve y Em eran los nombres no tan secretos que mi hermana y yo teníamos mutuamente. Nadie más —*nadie*— tenía permitido llamarnos así. Una vez, al principio de nuestra relación, Sean me llamó Em y le dije que lo mataría si volvía a decirme así de nuevo. Creyó que lo decía en serio. Y quizás así fue.

Tenía que dejar el cuarto para aceptar una llamada por cobrar de mi hermana. Sean ni siquiera sabía que yo tenía una hermana. Nadie lo sabía. Nadie excepto mi madre, si todavía se acordaba, Bernice y la gente que nos conocía en la preparatoria. Pero ¿a quién le importaba lo que ellos supieran? Me tuve que deshacer de muchas fotografías viejas. En ese momento todavía le hablaba a mi madre, así que se las envié, con la excusa de que me estaba mudando muy seguido y no quería perderlas.

—Hola, Eve —saludé.

—Hola, Em —respondió. Y ambas empezamos a llorar.

No recuerdo exactamente cuándo dejé de decirle a la gente que tenía una hermana. Más o menos por la época en la que me mudé a Nueva York. Estaba cansada de decir que tenía una gemela y que me preguntaran cosas extrañas o que creyeran saber algo sobre mí. ¿No se daban cuenta cómo me aburría cuando alguien me hacía las mismas preguntas de siempre? ¿Mellizas o idénticas? ¿Se visten igual? ¿Son cercanas? ¿Tienen un lenguaje secreto? ¿Fue extraño tener una gemela?

Fue extraño y todavía lo es. Pero no en una manera que pueda o quiera explicar. Después de empezar a fingir que no tenía una hermana, a veces casi podía olvidar que tenía una. Fuera de la vista, fuera de la cabeza. Era más fácil. Menos dolor, menos culpa, menos pena, menos preocupaciones.

Nadie en el trabajo sabía que tenía una gemela. La primera vez que Sean y yo jugamos a «¿Quién tuvo la infancia más infeliz?», él me dijo que era hijo único y yo le respondí: «¡Oh, pobre de ti, yo también!». Después de eso todo se complicó demasiado para explicar cómo había olvidado que tenía una hermana. Era mucho más fácil, en todos los sentidos, mantener la existencia de Evelyn en secreto. Si ella se aparecía en mi casa tendría que explicar muchas cosas. Pero eso nunca sucedió. Para ese entonces mi trabajo me había hecho experta en explicar lo inexplicable: controlar información.

Cada cierto tiempo me probaba a mí, a mi suerte y a la gente a mi

alrededor, retándolos a adivinar la verdad. ¿Sentía curiosidad Sean porque gasté una fortuna en esa fotografía de las gemelas de Diane Arbus?, ¿porque me gustó tanto? Por supuesto que no. Era una obra de arte. Probablemente pensó que era una buena inversión. La verdad lo hubiera obligado a preguntarse con qué tipo de mujer se casó. Eso lo hubiera llevado a cuestionarse más cosas.

La primera vez que Stephanie vino de visita, le hice saber algo importante cuando, al mostrarle la foto, le dije que era más valiosa para mí que todo lo que había en mi casa. Pero ella pensó que eso solo comprobaba que yo tenía muy buen gusto, muy costoso. Millones de personas admiran esa fotografía, personas normales que no miran la foto y se preguntan qué gemelas son.

Yo fui la gemela dominante. Me empujé a nacer primero. Caminé y hablé primero. Agarré los juguetes de Evelyn. La hice llorar. La protegí. La puse en riesgo. Yo fui la que le enseñé dónde encontrar las botellas de ginebra de mi madre y cómo reemplazarlas con agua. Yo encendí su primer porro y la invité a fumar marihuana conmigo y mis amigos. Yo fui la que dividió nuestro primer ácido, quien le dio a Evelyn su primera dosis de éxtasis, quien la llevó a su primer *rave* en Detroit.

¿Cómo iba a saber que le iba a gustar drogarse más que a mí? ¿O que le sería más difícil permanecer sobria? ¿O que también padecería el terror ante el aburrimiento que yo sentí pero de una manera diferente y más dolorosa? Ella era la gemela débil.

Me llevé el teléfono a la cocina y encendí la luz. Hacía frío pero tenía miedo de soltar el teléfono para ponerme un suéter. Tenía miedo de que ella colgara o desapareciera. Otra vez.

—¿Dónde estás? —quise saber.

—No lo sé. En algún lugar en Míchigan. ¿Adivina qué? Robé el auto de mi mamá.

—Qué bien —dije—. Podemos descansar tranquilos ahora que el mundo es un lugar más seguro.

Ella rio.

—Supongo que mamá no ha manejado mucho —dijo.

—Gracias a Dios. ¿Te acuerdas cuando se echó en reversa en nuestra cochera, cayó en un zanja y tuvimos que llamar a una grúa para sacarla?

—No me acuerdo de muchas cosas —aclaró Evelyn—, pero de eso sí —mi hermana y yo pensábamos que éramos las únicas personas que se acordaban de eso. Miré mi mano sosteniendo el teléfono y me concentré en el tatuaje que rara vez veía detenidamente. Ahora podía ver a Evelyn: su muñeca, su tatuaje.

Nos tatuamos después de nuestra peor pelea. Encontré su equipo en el cajón de su buró. Una aguja hipodérmica, algodón, una cuchara, tubo de goma. Ah, y un paquete de polvo blanco.

Teníamos diecisiete años.

Yo lo sospechaba desde hacía un tiempo. Ella empezó a usar manga larga, y siempre había tenido unos brazos hermosos, más bonitos que los míos; a mí me salen pecas por el sol. Desde antes de encontrarlo yo sabía con qué me iba a topar. Aun así, quedé conmocionada cuando lo encontré. Esto era real. Mi hermana no estaba bromeando.

Empecé a vociferar, le grité que no podía hacerse eso. No me lo podía hacer a mí. Respondió que no era mi problema. No éramos la misma persona.

Estábamos gritando tan fuerte que tuve miedo de que mi madre nos escuchara. Pero mamá flotaba en su propia nube algodonosa y cálida.

Abofeteé a mi hermana. Ella me abofeteó a mí. Dimos un paso hacia atrás, horrorizadas. No nos habíamos pegado desde que éramos niñas.

Al día siguiente nos tatuamos. Le robamos a mi madre un puñado de analgésicos para resistir el dolor. Ninguna prometió que dejaría de drogarse. Eso hubiera sido pedir demasiado, solo nos habiéramos mentido mutuamente. Estábamos prometiendo que nunca volveríamos a pelear así. Y nunca volvimos a hacerlo. Nunca tuvimos que hacerlo.

Mi madre siempre pensó que discutimos por un chico. Pero ningún chico valía la pena.

Lo que le estaba pasando a mi hermana empezó a parecer un error mío. Algo que yo hice mal. Cuando nos fuimos de casa —Evelyn hacia la costa oeste, yo hacia el este—, dejé las drogas pero ella no, la distancia hizo más fácil creer que sus problemas no eran mi culpa. La extrañaba y me obligué a dejar de extrañarla.

Podemos controlar lo que pensamos y sentimos.

Yo era buena para no extrañar a la gente. Mi madre, por ejemplo. La

última vez que la vi fue en el funeral de mi padre. Evelyn no llegó a casa. Mi madre se puso muy borracha, incluso para sus propios parámetros, y estalló conmigo; me dijo que el problema de mi hermana era el resultado de mi dominación cruel y egoísta. Contesté que no era justo culparme por algo que inició antes de que yo naciera. Era una pelea que nunca podría ganar. Dejé de hablarle a mi madre. No necesitaba escucharla decir lo que yo temía.

No era como que no hubiera intentando ayudar a Evelyn —salvarla—. Sé mucho sobre los pros y los contra de varios centros de rehabilitación. Trabajar en Dennis Nylon me ha mantenido informada. Perdí la cuenta de todas las veces que viajé al oeste, fingiendo un viaje de negocios para engañar a Sean, inventando alguna emergencia familiar para engañar a la gente del trabajo. *Era* una emergencia familiar.

Encontraba a Evelyn donde fuera. Afortunadamente ella siempre quería ser encontrada, por eso me llamaba a medianoche, siempre asustada. Esos vuelos en avión duraron mucho tiempo. La encontraba en un motel espantoso, usualmente vivía con un tipo medio guapo al que apenas conocía. La llevaba a un centro de rehabilitación. Mi madre pagaba. Era lo menos que podía hacer. Después Evelyn salía y llamaba regularmente. Me contaba lo increíble que se sentía de estar sobria, que la comida mejoraba, cómo disfrutaba un día soleado sin que sus ojos le lastimaran.

Después las llamadas cesaban.

Todos los que alguna vez han amado a un adicto, o tienen uno en su familia, saben qué sucede, las promesas y las desilusiones, la trama que siempre regresa en redondo hacia el mismo punto. La gente se cansa.

La última vez que supe de Evelyn fue por una postal de Seattle, que solo tenía mi dirección de Connecticut escrita en el reverso y, en el frente la foto en colores brillantes, un hermoso pescado acomodado en hielo en el mercado de la calle Pike. Un pescado muerto: el sentido del humor de Evelyn.

—¿Todavía estás ahí? —pregunté innecesariamente. Podía escuchar a mi hermana resoplar del otro lado de la línea telefónica.

—Más o menos —dijo ella.

—No cuelgues.

—No lo haré.

—¿Estás drogada?

—¿Me escucho como si estuviera drogada?

Sí sonaba así.

—¿A dónde vas? —pregunté—. Con el auto de mi madre.

—Pensé en ir a la cabaña. Al lago.

Eso me animó un poco. Quizás Evelyn trataría de permanecer sobria. Dejar atrás su anterior vida, empezar de nuevo. La casa del lago era nuestro retiro, nuestro sitio seguro. Nuestro propio manicomio privado.

—¿Vas ahí a relajarte? —pregunté.

—Podría decirse —rio amargamente—. Voy a suicidarme.

—¿Estás bromeando?

—No —respondió—. Estoy segura hasta los huesos —supe que estaba convencida.

—Por favor, no. Espérame. No hagas una locura. Te veo allá. Llegaré ahí tan rápido como pueda. Prométemelo. No, júramelo.

—Lo prometo —dijo—. Prometo que no haré nada hasta que llegues. Pero voy a hacerlo. Estoy decidida.

—Espérame —repetí.

—Bueno, pero date prisa.

Estuve despierta toda la noche. En la mañana ya sabía lo que iba a hacer, y cuándo iba a suceder. Lo sabía y no lo sabía.

Mi hermana poseía la llave que abría la puerta de la prisión, el conjuro mágico que mataba a nuestros dragones. Ella era la jugadora secreta que tenía el poder de ayudarnos a Sean y a mí a ganar nuestro jueguito. No quería que mi hermana muriera. No iba a ayudarla o alentarla a suicidarse. La amaba. Pero iba a hacer lo que ella necesitara, aun si eso significaba perderla. Aun si eso significaba admitir que ya la había perdido.

No tenía tiempo que perder. A la mañana siguiente empaqué temprano. Reservé un vuelo a San Francisco, que no tenía intención de tomar, pero esperaba que confundiera un poco a quien estuviera siguiendo mi rastro.

Llamé a Stephanie y le pregunté si podría hacerme un favor. Un pequeño favor. ¿Podría pasar Nicky la tarde en su casa? Yo lo recogería al regresar del trabajo. Por supuesto que pude haberle dicho que planeaba estar lejos unos

cuantos días. Pero quería que se pusiera en modo de pánico total lo más rápido posible. Eso haría más creíble mi desaparición, más alarmante, más urgente. Y cuando la compañía de seguros se fijara en el caso, ya habría una investigación policial.

Quizás habría un cuerpo. Una mujer idéntica a mí, con mi mismo ADN.

Esa mañana dejé a Nicky en la escuela cinco minutos tarde para no encontrarme con Stephanie, que siempre llegaba temprano. No quería que la metiche de Stephanie se preguntara por qué estaba llorando cuando me despedí de Nicky con un beso.

Sabía que no lo vería por mucho tiempo y mi corazón estaba roto. Lo abracé tan fuerte que dijo:

—¡Cuidado, mamá, eso duele!

—Discúlpame —dije—. Te amo.

—Yo también te amo —dijo. Ni siquiera volteó a mirarme mientras corría hacia la escuela.

—Te veo luego —dije, para que lo último que le dijera no fuera una mentira.

Me repetí muchas veces que Nicky nos lo agradecería después. ¿Quién no querría una infancia en los sitios más hermosos de Europa? Él tendría una mejor niñez que sus padres, quienes crecieron en los aburridos suburbios de Detroit y en el sombrío norte de Inglaterra. Connecticut debería ser suficientemente bueno, no recuerdo por qué no lo era. Supongo que nunca es suficiente.

Yo quería hacer algo excitante. Quería sentirme viva.

Manejé a casa y recogí a Sean. Manejamos a la estación MetroNorth y tomamos el tren hacia la ciudad. Después abordamos un taxi desde la Grand Central hasta el aeropuerto. Necesitábamos que él estuviera en el avión a Londres antes de que yo fuera reportada como desaparecida. Hice una gran producción al estar parada en la banqueta frente a la entrada de vuelos internacionales y le di un gran beso de despedida por si la policía localizaba al conductor que nos llevó al aeropuerto JFK. Pero ni siquiera lo intentaron, una prueba más de que no me buscaron con mucha dedicación. Le pedí al

taxista que nos esperara mientras nos despedíamos amorosamente. Estaríamos en el video grabado por el circuito cerrado: una pareja devota, tristes por tener que dejarse, aunque solo fuera por unos cuantos días.

—Este es el momento —le susurré a Sean—. Ya sabes qué hacer —en Londres él organizó unas cuantas juntas con clientes con los que ya había acordado establecer vínculos de negocios, justo con aquellos que simpatizaron con él y lamentaban genuinamente no poder invertir millones del presupuesto de sus compañías en la corporación de proyectos inmobiliarios de Sean. Estuvieron de acuerdo en tomar un trago juntos, y de paso le dieron una coartada.

—¿A dónde irás? —me preguntó—. ¿Y si necesito ponerte en contacto contigo? ¿Y si hay una emergencia? —Sonaba asustado, como niño. Era vergonzoso.

—No te preocupes. Esta es la emergencia. No importa lo que escuches... no estoy muerta. Regresaré. Confía en mí. No estaré muerta —necesitaba que él lo creyera.

—De acuerdo —dijo desconfiado.

—Te veo pronto —me despedí muy fuerte, por si alguien nos escuchaba. Nadie lo hacía.

—Te veo pronto, cariño —contestó.

Regresé al taxi y fui a la agencia para rentar un auto.

Estaba en camino. Esta maquinación podría funcionar, me generaba una sensación embriagadora y excitante de chica mala, un plan que parecía más divertido que mi vida actual, más placentero que el trabajo al cual muchas personas consideran suficientemente placentero. Yo quería algo más.

No me molestaba separarme un rato de Sean. Me vendría bien una temporada junto al lago. ¿Acaso el punto de todo no consistía en retirarnos de nuestras vidas de trabajo extenuante, desconectarnos y descifrar lo que en verdad era importante? Mucha gente tiene ese deseo. Pero nadie lo lleva a cabo. La civilización colapsaría si lo hicieran.

Tenía razón al sentirme intranquila por separarme de Nicky y preocupada por que Sean no siguiera nuestro plan, como finalmente sucedió. En definitiva, nunca esperé que Sean se cogiera al ratón. No imaginé que Stephanie me persiguiera hasta la casa de mi madre.

La vida está llena de sorpresas.

Traje libros conmigo. Las obras completas de Charles Dickens, *Serenade* de James M. Cain, una novela de Highsmith que no recuerdo haber leído o que quizá ya olvidé. Compré suficiente comida para un rato y un reproductor de discos nuevo. Podría poner la música que me gusta sin tener que escuchar los gritos horribles de las bandas británicas que Sean adoraba en su juventud.

La cabaña no tenía Internet. Y yo estaba contenta por eso.

Hice un esfuerzo para cubrir mis huellas, me detuve en tiendas de conveniencia en las que pensé que no habría cámaras de seguridad de alta tecnología. De todas formas, cuando empezaron a buscarme, debió haber sido más fácil encontrarme. Asumí que no me estaban buscando con mucho esfuerzo, a pesar de lo que estuvieran fingiendo o lo que le dijeran a Sean.

Eso no lo supe hasta después. La casa del lago no tenía Internet ni televisión.

* * *

Nunca imaginé que nuestro plan involucrara a mi gemela. Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que necesitaba a mi gemela para que funcionara. La necesitaba, así como siempre la había necesitado, incluso cuando intenté evadirlo, negarlo o ignorarlo. Debí saber todo el tiempo que Evelyn formaría parte de ello. Yo no quería que las cosas fueran como sucedieron.

Debí saberlo. Mi hermana y yo siempre sabíamos cosas una de la otra sin que pudiéramos explicar o entender cómo lo sabíamos.

En mi camino a Míchigan, tuve mucho tiempo para reflexionar. A veces pensaba como el ser humano decente que hubiera querido ser. Otras veces pensaba como la maniática intrigante que realmente era. Pasé la noche en un motel en Sandusky. Un Motel 6 en el que podía pagar en efectivo.

Llegué a la casa del lago al día siguiente. Encontré el Buick 1988 de mi madre estacionado en la entrada. Yo deseaba que solo fuera un auto, un auto viejo, pero era el auto en el que mi madre estuvo a punto de matarnos varias veces durante nuestra infancia. Después de que le quitaron la licencia por

conducir en estado de ebriedad, el auto permaneció en la cochera. Bernice lo sacaba cada cierto tiempo para que siguiera funcionando. Pero su retiro forzado lo preservó con todo y los raspones y abolladuras que le hizo mi madre. Me dije que ahora era el auto de Evelyn, lo que solo me hizo sentir peor. Porque me di cuenta de que pronto, demasiado pronto, el auto sería mío. ¿Qué haría yo con él? Mi hermana estaría muerta y yo estaría en otro país, sería una multimillonaria a la que no le iba a servir el golpeado Buick de mi madre.

La puerta de la cabaña estaba cerrada. Toqué. No hubo respuesta. Nadie arregló el mosquitero rasgado del porche y trepé por él. La casa olía a algo muerto en las paredes. Cuando Evelyn y yo éramos niñas y pasaba eso, nos asustábamos mutuamente diciendo que una persona muerta estaba empalada en la cabaña. Edgar Allan Poe era nuestro escritor favorito.

Usualmente se trataba de un murciélago muerto en las paredes. Ahora todos los murciélagos se estaban muriendo. Dennis Nylon donó una suma a una fundación que investigaba la enfermedad de los murciélagos para lanzar al mercado el estilo Batichica. Fue mi idea. Y se me ocurrió ahora que para eso trabajé: para salvar las vidas de murciélagos muertos.

Dios, odio estar sola en la cabaña. ¿Evelyn cambió de parecer? Más le vale estar aquí. No permitas que esté muerta.

En la barra de la cocina vi unas botellas de bebida energética sabor naranja, paquetes de galletas de malvaviscos y papas fritas que Evelyn comía cuando se drogaba.

—¿Evelyn?

—Aquí estoy.

Corrí a la habitación en la que ella dormía cuando hacía demasiado frío para quedarse en el porche. Durante años compartimos el mismo cuarto, porque era muy divertido hablar, contarnos historias y asustarnos mutuamente. Luego, durante años discutimos por cuál sería nuestro cuarto. Finalmente acordamos dónde dormiría cada una y esa fue nuestra primera separación.

Abrí la puerta.

Siempre es un *shock* ver a tu doble. Es como mirarse en el espejo pero más extraño, mucho más. Lo más raro en ese momento es que nos veíamos muy parecidas pero diferentes. El cabello de Evelyn estaba esponjado y crespo, como si un animal pequeño hubiera hecho su nido ahí. Su rostro estaba hinchado de manera irregular y su piel lucía azulada y pálida, como leche descremada. Cuando me sonrió noté que no tenía un diente delantero. Llevaba puestos varios suéteres, uno encima del otro. Se acurrucó debajo de las cobijas y de todas maneras estaba temblando.

Se veía horrenda. Yo la amaba. Siempre la amé y siempre lo haré.

La fuerza de ese amor borró todo. Los años de peleas y preocupaciones. Las delirantes llamadas telefónicas a mitad de la noche, el no saber dónde estaba, el arrastrarla a rehabilitación, las decepciones, los sustos. Todos los resentimientos, las frustraciones y los miedos fueron consumidos por la felicidad de estar en el mismo cuarto. Porque ella estaba viva. ¿Cómo pude haber olvidado a la persona más importante de mi vida? No he amado a nadie como a mi gemela. A nadie, excepto a Nicky. Era insoportablemente doloroso que mi hermana no lo conociera. Y que él no la conociera. Y quizá nunca la conocería.

Corrí a abrazar a Evelyn.

—Necesitas un baño —dije.

—Mandona, mandona.

Se arrastró hasta quedar sentada sobre la cama.

—Lo que necesito es un trago de *bourbon*, una cerveza y dos pastillas de Vicodin.

Me senté en el borde de la cama.

—Estás drogada.

—Me conoces muy bien —dijo Evelyn sin emoción. Después completó —: Quiero morir.

—No quieres eso —respondí—. No puedes —me sentí una loca por haber pensado que si ella moría iba a ayudarnos a Sean y a mí. Había olvidado cuánto la amaba, cuánto quería que siguiera viva. Pensaría en otra solución. La llevaría a casa conmigo y le contaría a Sean y a Nicky la verdad.

—Esto no va a ser como en aquella obra de teatro en la que la chica se pasa diciendo durante toda la obra que su mamá se va a suicidar. Y luego lo

hace. O no lo hace. No lo puedo recordar. Esto no va a ser así.

—Dime que no estás hablando en serio.

—Esto es serio —dijo señalando detrás de mi cabeza el vestidor donde había una docena de frascos de pastillas alineados como bombas transparentes en espera de la detonación.

—No haré esto como una principiante. Esto no será desordenado, lo prometo.

—Necesito que te quedes —dije.

—Hemos perdido contacto, por si no te has dado cuenta —reviró.

—Eso puede cambiar a partir de ahora.

—Todo puede cambiar. Por ejemplo, me he vuelto muy ordenada. Planeo limpiar la cocina. Hacer la cama. No me mataré en la casa, donde ustedes tendrían que lidiar con mi cuerpo. Planeo hacerlo afuera y dejar que la Madre Naturaleza realice el levantamiento pesado.

—¿Todavía piensas que esto se trata de a quién le tocará limpiar la cabaña?

—Espera —dijo Evelyn—, tengo una idea. Hazlo conmigo. Un último chapuzón en el lago. Dos gemelas muertas que regresan al elemento del que venimos. No tendremos que preocuparnos una por la otra. Ni pensar en la otra. Ni temer envejecer y morir. No más terrores a mitad de la noche. ¿Sabes lo dulce que sería eso? No más preocupaciones, sin ira, sin aburrimiento, sin espera, sin tristeza, no más...

—Eso suena tentador —acepté. Y por un momento lo creí. Morir con Evelyn sería la última gran aventura. El «vete al diablo» definitivo al tedio y al aburrimiento. ¡Arréglense como puedan, Sean, Stephanie y Dennis! Pero Nicky también tendría que arreglárselas solo.

—Gracias, pero no puedo. Tengo a Nicky.

Lamenté esas palabras en cuanto las expresé.

—Yo no lo tengo —dijo ella—. No tengo a la linda personita que me necesita, todo lo que tengo es un enorme y horrible deseo de morir.

Puso su muñeca junto a la mía. Los dos tatuajes espinosos formaban un ocho aplastado. Mi hermana siempre había apreciado los gestos teatrales.

—No más peleas —dijo.

—No más peleas —respondí—. Oye —añadí—, hay algo que necesito

contarte.

—Ya no estás enamorada de Sean. Gran sorpresa.

—No se trata de él. O quizá sí. Un poco. Mira. He desaparecido. Estoy fingiendo mi muerte para cobrar el dinero del seguro.

—Muy Lana Turner y Fred MacMurray —dijo Evelyn—. Me gusta.

Nadie más hubiera dicho algo así. Sean no lo hubiera dicho y Stephanie tampoco. Quizá Nicky algún día. Pero en muchos años.

—Estás totalmente loca —dijo—. Pero espera, espera un segundo. Creo que lo estoy entendiendo. La señal está llegando... te ayudará si yo muero. Podrás fingir que tú eres la muerta. Es una situación de la que todos sacamos ventaja. Ambas ganamos. ¿Verdad?

—¿Cómo puedes pensar eso? —Ella era la única persona que me conocía.

—Porque sé lo que estás pensando —rio—. Me encanta saber que moriré por ti.

—Eso no es verdad.

—Es una broma —aclaró Evelyn—. ¿Por qué siempre fuiste tú la que supuestamente tenía sentido del humor? Esto es realmente valioso. Perfecto. Ahora las dos tendremos lo que deseamos. Quizá por primera vez en la vida.

—¿Sabías que cuando un gemelo muere, cincuenta por ciento de los gemelos sobrevivientes muere pocos años después?

—Sí, lo sé. Lo leímos juntas en Internet, en tu dormitorio de la universidad. Y lo lamento. Sobrevivirás. Con una de nosotras es suficiente.

—Siempre te he encontrado —dije—. Siempre te he intentado ayudar. Podrías encontrar el grupo adecuado, permanecer sobria y...

—Vete al diablo —me atajó—. Quieres reparar el daño. Por empujarme. Desde antes de que naciéramos.

—Dios mío, hablas como mi madre. Culpándome por lo que pasó antes de que naciéramos.

—No te hagas la tonta —dijo Evelyn.

Quedamos en silencio. Evelyn quería decir algo más. Flexionó sus muñecas, puso sus palmas hacia afuera, como si presionara algo, y se balanceó hacia atrás ligeramente. Era una señal que teníamos desde niñas. Nos podíamos enviar una señal de ayuda desde el otro lado del cuarto. Rescátame de este padre, de este invitado a la fiesta, de este tipo.

—Si yo tuviera un cáncer horrible o esclerosis múltiple y te lo pidiera me ayudarías a morir, sé que lo harías... Bueno, pues mi dolor es así de fuerte. Solo que no es visible por resonancia magnética.

—Ya basta —dije—, estoy cansada. ¿Me prometes que no harás ninguna locura esta noche?

—¿Locura? —preguntó—. No me ahogaré, si eso es lo que estás preguntando.

—Te quiero mucho —dije—. Pero necesito dormir —empujé a Evelyn y me acosté a su lado en la cama. Olía un poco a establo y un poco como cuando era niña.

No dormí. O quizá dormité un poco, pero me desperté varias veces y puse mi mano sobre su pecho, de la misma manera en que ponía mi mano sobre el pecho de Nicky, para asegurarme de que estaba respirando.

Extrañaba a mi hijo. Si Evelyn tuviera un hijo no hablaría así. Aunque muchas madres se suicidan.

Evelyn estaba roncando ligeramente: un ronquido ahogado en alcohol más o menos apacible. Su respiración era regular y no era profunda, la interrumpía un hipo ocasional.

Durante años todos los sentimientos hacia mi hermana se transformaron en terror. Fue como si yo me estuviera preparando con ensayos infinitos. No podía dejar de pensar en nuestra infancia, en ella diciéndome que la ayudaría si tuviera una enfermedad fatal. Intenté no preocuparme por que su muerte era lo que necesitábamos para llevar acabo nuestro loco plan.

Desperté en la mañana. Me tomó un tiempo recordar en dónde estaba. Estiré mi brazo para tocar a Evelyn. Golpeé la cama. Ella no estaba.

Corrí a la cocina. Evelyn estaba despierta, sentada en la sala, mordisqueando una galleta.

—¿Tienes idea de lo fuerte que roncas? —preguntó—. Siempre fuiste la más gritona. Ok, buena noticia, mala noticia. Lo raro es que se trata de ambas cosas. La buena noticia: cambié de opinión. He decidido vivir. La mala noticia: cambié de opinión y decidí vivir.

Mi primera reacción fue de total alegría. ¡Mi hermana sobreviviría! Podría meterla en rehabilitación, esta vez en el sitio indicado. Podría arreglar las cosas para que marcharan en el rumbo correcto. La presentaría a Sean y a

Nicky. Conoce a tu cuñada. Conoce a tu tía.

—Estoy tan feliz —la abracé.

Ella me sujetó más tiempo del que yo la sostuve.

Ahí fue donde tuve esa sensación que no puedo explicar. Fue casi como si me sintiera decepcionada. Engañada. Las veces que he visto a Nicky más enojado —lo más cerca de hacer un berrinche que lo he visto— es cuando espera que algo suceda, cuando tiene todo planeado en su cabeza. Él imagina todo el escenario. Prácticamente lo vive de antemano. Y luego, no sucede.

Así me sentí respecto de la muerte de mi hermana. Ya había imaginado todo, lo que haría, lo que diría, hasta los sentimientos que tendría. Lo tenía todo resuelto.

Y ahora no iba a suceder.

Jamás debí contarle nuestro plan del seguro. Después de todo éramos hermanas. Ella podía hacer esto solo para fastidiarme, ella podía hacerlo. Sabía cómo hacerlo. Era mi hermana.

—Tengo una sugerencia —dije.

—Siempre la tienes —contestó.

Fue como si escuchara hablar a alguien más. Alguien que quería lo mismo que yo pero no tenía miedo de decirlo. Esa persona dijo:

—Hagamos una última fiesta antes de desintoxicarnos para siempre. Tú y yo. Entre hermanas. Como en los viejos tiempos.

Evelyn me miró incrédula. Yo la amaba todavía pero se veía muy mal sin ese diente; si ella seguía viva, yo iba a arreglar eso también.

—Por última vez —dije—. Vamos a dañarnos. Saquemos ese demonio de nuestro cuerpo para siempre.

—Bueno, esa es una sugerencia —dijo mi hermana.

Cuando pensé que me había llamado para reconfortarla en sus últimas horas, en lugar de descubrir, en parte gracias a mí, una razón para vivir, traje tres botellas de mezcal artesanal.

Encontré dos vasos con encaje hecho de telarañas y manchas de mierda de ratón. No pensé en eso anoche, cuando le jalé al escusado. Pero estaba sorprendida, igual que el verano pasado, cuando vine con Sean, por el hecho de que el agua estaba corriendo y la electricidad funcionaba. ¿Acaso mi madre —o sea, Bernice— pagó las cuentas o contrató a alguien para evitar

que las pipas se congelaran? Lavé los vasos.

—Sentémonos en la mesa de la cocina —sugerí.

La cocina estaba llena de fantasmas. Yo estaba en lo correcto al pensar que la cabaña estaba embrujada. La abuela, el abuelo, mi madre y mi padre estaban en la cocina mirándonos a Evelyn y a mí servirnos un trago a las ocho de la mañana. ¿Si esto no era portarse mal, qué era? Evelyn estaba tan contenta de poner sus manos en un vaso de algo —cualquier cosa— que difícilmente iba a notar que yo solo me serví un poco. O quizá ella pensaba como una gemela: ¡menos para ella, más para mí!

Después de cuatro, quizá cinco tragos, Evelyn me preguntó:

—¿Tienes recuerdos de antes de que nacióéramos?

Así supe que ella se estaba emborrachando. A menudo me preguntaba eso cuando bebía. Se olvidaba de que ya lo había preguntado.

Le respondí que no. Ella dijo que recordaba haber sido pateada.

—Oh —imitó al rechinado de una llanta—. Hablemos de algo más amistoso.

—¿Qué tipo de pastillas tienes? —pregunté.

—Amarillas, naranjas y blancas —contestó.

—Tomémonos una. Una tú, una yo. Y ya. Punto final.

—Estás torciéndome el brazo —dijo ella—. Doctor, no es mi culpa, mi hermana es una incitadora.

La seguí a la recámara. Caminaba con una ligera inclinación y se tambaleaba. Miraba indecisa las pastillas en su vestidor, como un farmacéutico o un cantinero con ambiciones de mixólogo. Finalmente decidió y tomó dos pastillas amarillas, me dio una y se quedó con la otra.

—Me tomaré la mía en un minuto —advertí.

—Yo tomaré la mía ahora —dijo—, si no te molesta.

—Adelante.

—De hecho, creo que llevaré el dispensario de mi madre a la cocina, menos caminata de ida y vuelta. Así conservo mi energía.

La pude haber detenido pero no lo hice. Y finalmente eso es todo lo que importa: no la maté, pero no la detuve.

Alineó los frascos encima de la mesa de la cocina. Después dijo:

—Realmente no debería... —Y luego permaneció callada durante un

rato. Como si le diera a ese pensamiento tiempo para asentarse y marcharse —. Mi dieta de medicación —abrió el primer frasco y tomó una pastilla azul caramelo con la forma de un corazón pequeño.

Mi hermana se suavizó, incluso se puso sentimental. Después de un rato percibí que realmente no me hablaba a mí. Estaba dejando pasar el tiempo, esperando. Ya estaba en camino.

—¿Primer recuerdo?

—Una funda para almohadas con caballos —dijo ella.

—Papel tapiz —respondí—. Piñas en el papel tapiz de nuestro corral.

—¿Y yo? —preguntó mi hermana—. ¿Te acuerdas de mí?

—Recuerdo que mi nombre fue tu primera palabra.

—Típico —dijo ella, volvió a llenar su vaso y tomó otra pastilla—. Tengo una tolerancia muy fuerte —me explicó.

—Yo solía tenerla, como sabes.

—Bien por ti —dijo mi hermana. Con un gesto breve de brindis y con el giro enojado de cabeza que heredó de mi madre—. Salud por mi hermana, la cita que sale barata.

—Te quiero mucho —dije. Necesitaba que le llegara esa información. Entre más rápido, mejor.

Ella no me dijo que me quería. Cerró los ojos. Se quedó ahí sentada con los ojos cerrados durante mucho tiempo.

Después mencionó:

—¿Puedo cambiar de opinión de nuevo? De hecho sí quiero morir.

Pude haber dicho: «Están hablando el alcohol y las pastillas. Espera hasta que se te pase el efecto». ¿Mi hermana me hubiera creído?

Lo que dije, en cambio, fue:

—A veces tienes que seguir a tu corazón. Tú sabes lo que es mejor para ti. Haz lo que necesites. No te preocupes por mí. Te extrañaré, pero sobreviviré.

El pequeño rostro de mi hermana palideció de la conmoción. Me miró fijamente. ¿Le estaba dando mi permiso? ¿Quería que ella muriera? No le estaba diciendo que viviera. No le estaba ofreciendo mi protección.

Enterró su cara entre sus manos. Me dio la espalda, miró hacia el porche y dijo:

—¿Sabes qué? Creo que iré a nadar un poco... el agua fría me despertará... regresaré en cinco minutos.

—No vayas —le pedí.

—No te preocupes —dijo mi hermana.

¿Debía derribarla y retenerla en el cuarto?

Quise creer que el *shock* del agua la pondría un poco sobria y le haría darse cuenta de que en realidad no deseaba morir. Regresaría y pediría mi ayuda. Yo la envolvería en toallas, la abrazaría y empezariamos de nuevo. Había tiempo suficiente para llegar a algún sitio y que le hicieran un lavado de estómago. Yo solo tenía que ponerle ropa seca y subirla al auto.

Olvidar el dinero del seguro. Ya tendría una vida mejor. Haría que mi hermana viviera con nosotros. Ella y Nicky se amarían. Sean se acostumbraría a ella. Le conseguiría un trabajo en Dennis Nylon. Iríamos todos los días juntas al trabajo. Dennis podría ser su padrino. A él le encantaría lo loco que eso sería.

Evelyn se tomó otra píldora y dio otro trago.

Se levantó y se tambaleó una vez antes de llegar a la puerta.

—Espera —dije—. Hay algo que quiero que tengas.

Me quité el anillo de diamante y zafiro de la madre de Sean y lo puse en su dedo. Su mano estaba hinchada por el alcohol, me tomó un poco de tiempo.

—Ay —se quejó—. ¿Qué es esto?

—Quiero que lo tengas.

Lo que quise decir realmente es «quiero que alguien lo encuentre». Más tarde. Evelyn también lo supo. Nos leímos la mente hasta el final. Hasta el último segundo.

—Brillante —dijo—. Gracias.

—Cuídate —le pedí a mi hermana mientras salía a morir, sin que yo la detuviera.

En verdad creí que volvería. Quizá lo creí a medias. O quise creerlo. Mientras, me sentía adormilada. Bebí más de la cuenta por seguirle el paso. Casi no dormí. Casi no comí. Perdí práctica. Olvidé cómo mantener mis viejos y malos hábitos.

Me acosté en el sofá y dormí durante media hora.

Cuando desperté, salí y busqué a Evelyn. Corrí por toda la orilla del lago. Grité su nombre. No había nadie alrededor. No había nada que yo pudiera hacer.

Regresé a la cabaña. Tomé dos pastillas de mi hermana, me las tragué con mezcal y dormí durante treinta y seis horas.

Desperté sobria, sabía que había matado a mi hermana, aunque intentaba convencerme de que no era así. Ella quería morir. Forzarla a vivir hubiera sido egoísta. Quizá por primera vez yo la había ayudado —realmente ayudado— a lograr lo que quería.

Dejé de tener miedo de estar sola en la cabaña, quizá porque lo peor había pasado. Estaba contenta de pasar tiempo sola ahí, tiempo para acostumbrarme a la muerte de Evelyn. Tiempo para recordar nuestras vidas. Tiempo para reflexionar sobre quién era yo y sobre quién era ella, sobre quién era yo sin ella. Debí llamar a la policía en ese momento, pero me dije que mi hermana no hubiera querido eso. Lo que hubiera querido es que me quedara en la cabaña, aclarara mi cabeza y dejara el tiempo pasar.

Viví a base de sándwiches de Boloña, con pan blanco y mayonesa. La dieta de un niño de diez años. No dejaría que Nicky viviera así, pero era lo que yo quería. Quería fingir, mientras comía, que Evelyn y yo teníamos diez años y pasábamos el verano en la casa del lago. Me paseé dentro de la cabaña. Tuve miedo de salir al lago, miedo de lo que podría ver. En las tardes caía exhausta en la cama y dormía hasta la tarde. Tuve un poco de insomnio cuando vivía con Sean, cuidaba a Nicky y trabajaba para Dennis, pero ahora me dormía enseguida.

Pasó una semana, luego otra. Perdí la noción del tiempo.

Ordené la cabaña, limpié el desastre de Evelyn por última vez. Una parte del desastre. Dejé los frascos de pastillas y las botellas de alcohol. Abandoné el auto rentado en el bosque, pedí un aventón hacia la cabaña y me fui en el auto de mi madre.

Manejé hasta las montañas de Adirondack y permanecí ahí un tiempo.

Quizá ese no era el mejor sitio. No había mucho que hacer. Quería dormir en mi propia cama. No podía dejar de pensar en Nicky. Anhelaba escuchar su

voz, su conversación hermosamente tonta. Quería oler la fragancia lechosa de su cabello. Quería caminar por la calle sosteniendo su mano. Quería mirar su gesto cuando me veía esperándolo afuera de la escuela. Lo extrañaba tanto que me sentí frenética. Y sumida en el duelo, como si fuera Nicky, y no mi hermana, quien había muerto.

Dejé las montañas y fui a Danbury, que parecía seguro, una ciudad donde nadie conocía a nadie. Me registré en un motel. Ahí me volví a enchufar, me reconecté. Ahí me enteré por Internet que Stephanie se había robado a mi marido.

Honré el deseo de mi hermana de morir. Pero ahora me cuestionaba si hubiera luchado más para mantenerla viva de haber sabido que Sean era un pusilánime y un traidor, y que nuestro plan era una broma. Él vivía con Stephanie. Y yo estaba sola.

Ahora Stephanie acosaba a mi madre, incluyendo a todos los que me rodeaban para lograr su plan enfermo de convertirse en mí. Lo que Stephanie puso en su blog fue lo que vio cuando se sentó en ese sofá rosa con rayas blancas y miró las fotografías que mi madre tiene de cuando yo era niña.

Dos igual a mí. Dos Emilys.

Gran sorpresa, ¡yo tenía una gemela!

Puedo imaginar su consternación ante esta falta cruel a la lealtad entre mejores amigas que nos contábamos todo. ¿Cómo pude olvidar mencionar ese detalle de mí?

Sean creía que yo estaba muerta. Pero eso solo significaba que no me creyó cuando nos despedimos en el aeropuerto. Necesitaba hablar con Sean, verlo, descubrir qué tenía en la cabeza. Como si la parte de él que decidió acostarse con Stephanie fuera su mente.

Llamé a Stephanie una vez más. Como siempre, esperé hasta que ella estuviera sola. Le dije:

—Si le dices a Sean lo que descubriste gracias a mi madre te mataré. Te mataré a ti y a Miles. O quizá mate a Miles y te deje vivir.

—Juro que no lo haré —sonaba aterrorizada—. Lo juro.

Así de estúpida era Stephanie. Aun cuando sabía que yo le mentía, no dejaba de creerme.

Sean y yo acordamos un código de palabras para una emergencia, yo le

escribí y él me contestó.

El código de palabras era: *Peeping Tom*.

Le dije que nos encontraríamos en un restaurante donde solíamos ir cuando empezamos a salir, un restaurante italiano en Greenwich Village en el que pagabas por tener un espacio entre tu mesa y la siguiente. No se iba por la comida, sino por el silencio. La gente iba ahí para hacer tratos de negocios, para comprometerse y para terminar una relación.

Sean ya estaba esperando cuando yo llegué. No estaba segura de cómo me sentiría al verlo. Ahora lo sabía. Tenía la cara de un completo idiota. Sentí malestar, después ira. Cualquier amor que sentí por él había muerto, más frío que mi hermana.

Cuando Sean me vio entrar, parecía haber visto a una muerta viviente. ¿Quién pensó que le había escrito ese mensaje? ¿Mi fantasma?

Se levantó como si quisiera abrazarme.

—No te levantes —ordené.

Me senté. Estaba contenta de que el volcánico arreglo floral tapara un poco la visión de mi esposo. No soportaba mirarlo. Quería apuñalarlo con un cuchillo para carne. Asesiné a la persona equivocada. Me dije a mí misma: «Sé paciente. Escúchalo. No sabes lo que está pensando».

—Pensé que estabas muerta —dijo—. En verdad creí que estabas muerta.

—Aparentemente estabas equivocado —dije con frialdad—. ¿Qué parte de que no creyeras que estaba muerta no entendiste?

—Pero el cuerpo —dijo él—, el anillo...

—No necesitas saber los detalles. Será mejor si no los conoces. Quizá se los contarías a Stephanie.

Percibí la furia en mi voz. Eso fue un error. Necesitaba permanecer tranquila, parecer tranquila.

—He estado leyendo su blog —continué—. Ha estado blogueando sobre su feliz hogar. Idiota.

—Stephanie no significa nada para mí —¿no se escuchaba a sí mismo? ¿No se daba cuenta de que sonaba como diálogo de la telenovela más cursi de la tarde?

—Pruébalo —pedí.

—¿Cómo? —preguntó. Se veía más alarmado que cuando me vio al

principio.

—Rómpele el corazón. Tortúrala. Mátala —no estaba sugiriendo que matara a Stephanie en verdad. Yo la odiaba, pero asesinarla no hubiera ayudado. Solo quería ver cómo reaccionaba él.

—Emily, sé sensata —respondió—. Ella ha sido buena con Nicky. Nos ha ayudado mucho. A Nicky le gusta tenerla en la casa. Y estabas en lo correcto. Es la niñera perfecta. La botaremos tan pronto como el dinero llegue.

¿Me estaba pidiendo que yo fuera sensata?

Verlo había sido un gran error. Necesitaba irme, a pesar de eso dije:

—Deberíamos comer —yo tenía hambre. Después tenía que manejar de regreso hasta Danbury.

Sean ordenó una costilla de ternera bien cocida. No pude evitar mirar con asco su costilla chamuscada con olor a crematorio. Stephanie cocinaba como a él le gustaba. Me enfermé de rabia y disgusto.

Ordené pasta, algo suave. No podía confiar en mí si tocaba un cuchillo.

—Vamos, Em —dijo Sean. Él jamás me llamaba Em. Le advertí que nunca me llamara así. Era el nombre que Evelyn me había puesto. Ahora mi hermana estaba muerta. Este idiota, mi esposo, ni siquiera sabía que yo tenía una hermana. Stephanie lo sabía pero yo estaba segura de que la asusté lo suficiente como para que mantuviera a Evelyn en secreto. Él dijo—: «Nuestro plan está funcionando... todavía puede funcionar... tendremos el dinero dentro de poco tiempo».

Mientras lo escuchaba, supe que no quería el dinero si eso significaba pasar el resto de mi vida con Sean. No valía la pena.

—Que te cogieras a Stephanie nunca fue parte del plan.

—Le diré que se vaya. Le diré que no está funcionando. Tú y yo regresaremos, y será como siempre ha sido. Tú, yo y Nicky...

—Nunca más podrá ser como antes —dije—. Tú te aseguraste de que así fuera.

—Pero éramos tan felices.

—¿Lo éramos? —Mi hermana estaba muerta. Y aunque sabía, lógicamente, que la muerte de Evelyn no era culpa de Sean, no podía dejar de sentir que era el culpable—. Jamás te perdonaré esto. Lo lamentarás.

—¿Me estás amenazando?

—Posiblemente. Hablando de eso, no te atrevas a decirle a Stephanie que estoy viva, que me viste. La última cosa que quiero es que los dos hablen de mí, que intenten adivinar mis intenciones. Tú y Stephanie juntos no son lo suficientemente inteligentes.

Me levanté y me fui.

Lo odiaba más que a Stephanie. A pesar de todo el orgullo que absorbió de sus secretos oscuros y de su estúpido blog, Stephanie era solo una simple criatura a quien no podía culpar por lo que sucedió. Ella era como un cocker spaniel nadando contra la corriente. O un niño no muy brillante que solo quería hacer amigos y conocer a gente igual que ella.

Sean era diferente. Él era la única persona, aparte de mi gemela, que permití que se me acercara un poco. La única persona en la que confié. Excepto Nicky.

Sean me traicionó. Dije en serio que lo lamentaría.

TERCERA PARTE

Sean:

Me daba miedo mi esposa. No es algo que un hombre en mi medio laboral admitiría, algo que un hombre en cualquier medio laboral —cualquier hombre en general— debería admitir. Sabía que Emily era un problema. Era parte de su atractivo. ¿Qué haces cuando en la tercera cita una mujer te invita a ver *Peeping Tom*? ¿Qué pensarías si después de cinco años de matrimonio ella nunca te ha dejado conocer a su madre? ¿O si nunca has visto una fotografía de ella cuando era niña?, ¿o si se niega a decirte cualquier cosa sobre su infancia, excepto que su madre bebía y solía decirle que era estúpida?

Te rindes y lo abandonas. Te sometes a algo. Pierdes tu poder y nunca lo recuperas. Sansón y Dalila, David y Betsabé. La Biblia está llena de esas historias. Lo que no cuentan en la Biblia es que el sexo era genial.

Me enamoré de Emily y me casé sin saber mucho de ella. Tenía mis ilusiones sobre quién era: lloró enfrente de una multitud en la cena de beneficencia de Dennis Nylon. Era difícil creer que la persona que lloraba al pensar en las mujeres que no tenían agua limpia era la misma que le robó el anillo a mi madre. Mucho tiempo después, Emily confesó que no había llorado por las pobres mujeres sino porque tenía mucho con lo que lidiar, demasiados desastres en la cena de caridad y estaba enfrentando otro de los inevitables ataques de ira de Dennis. La mujer hermosa que lloraba por empatía y compasión nunca existió.

Debí dejarla tan pronto aterrizó el avión que venía de Inglaterra. Era muy reciente nuestro matrimonio, estábamos regresando de nuestra luna de miel. Pudimos haberlo anulado. Debía actuar ante lo que vi cuando le dije que teníamos que regresarle el anillo a mamá, y Emily amenazó con arruinar mi vida. Debí decirle que cometí un error. En vez de eso tuvimos sexo en el baño del avión, y eso selló el pacto. Yo era suyo. Yo la amaba. Yo amaba su salvajismo, su determinación, su vena rebelde. Era parte de lo que me

fascinaba, de lo que no quería perder.

Nada la detendría para tener lo que quería. Y supongo que yo era adicto al sentimiento incómodo de cuando me rendía y acordaba hacer lo que ella decía.

Cuando supimos que Emily estaba embarazada, me sentí encantado. Pero no podía sacudirme la premonición de que algo estaba mal —no física, sino psicológicamente— por el bebé que fue concebido en el baño de clase alta de la aerolínea Virgin Atlantic.

Nicky era perfecto. Pero Emily casi muere al tenerlo. No sé siquiera si ella lo sabe. Los doctores no dijeron mucho, no directamente. Pero lo pude descifrar por sus rostros cuando entraron a la sala en donde ella estaba pariendo, el cuarto que decoraron como una sala cómoda, como si así pudieran mitigar su dolor.

Algo cambió en ella después de eso. Ella adoraba a Nicky pero se distanció de mí. Fue como si se hubiera enamorado de su hijo y desenamorado —si alguna vez estuvo enamorada— de su esposo. Escuché que los hombres en la oficina se quejaban de lo mismo; más que nada estaban enojados por la falta de sexo después del nacimiento de sus hijos. Pero con Emily era diferente. Todavía teníamos sexo, buen sexo. Lo que faltaba era otra cosa: calidez, cariño, respeto.

Siempre estaba un poco sorprendido de regresar a casa del trabajo y encontrarla ahí todavía. Quizá solo permanecía conmigo porque soy el padre de Nicky. Aunque parecía que mi contribución genética no era muy importante. Él se parecía a ella, tenía la belleza de Emily. Aunque se parecía a mí en otro sentido: era más amable que Emily, como yo. Lo amaba. Los tres formábamos una familia, una pequeña familia. Y yo hubiera hecho cualquier cosa para protegerlos, para mejorar nuestras vidas. Todo lo que Emily hubiera querido.

Me gustaba el hecho de que ella no fuera una de esas mujeres que parlotean sobre sus sentimientos y quieren saber todo sobre los tuyos. Me dejaba tener mis pensamientos privados. Pero había algo de Emily que era demasiado... secreto, diría yo. Incluso en los días realmente buenos, cuando yo no estaba trabajando, Emily, Nicky y yo íbamos a algún sitio en el auto para divertirnos; la miraba y veía algo en sus ojos, algo inquietante, más que

una simple inquietud, de hecho: el pánico de un ave atrapada en una casa. Que no es precisamente lo que a uno le gustaría ver en el rostro de su esposa.

Cuando Emily y yo nos conocimos, dejé de coincidir con los chicos populares en la universidad para estar con mis colegas en Wall Street, quienes definitivamente no eran populares, aunque ellos creían serlo. Eran eruditos idiotas que podían hacer una cosa y solo una: dinero. Pero con Emily comprobé que todavía podía ser un chico popular. Estaba casado con la chica más hermosa y la más admirada. Siempre me retaba, se arriesgaba, me invitaba a ser su cómplice.

Tenía miedo de no participar, de resistirme a las ideas salvajes de Emily. Todo fue el preámbulo del absurdo plan para defraudar al seguro. Nunca pensé que funcionaría. Soy una persona práctica. Realista. Tengo un trabajo importante en Wall Street. Pero me dejé convencer porque si hubiera señalado los defectos obvios de su plan, ella pensaría que soy un cobarde. Le dije que dos millones de dólares no valían la pena. Yo gano mucho dinero. Puedo pedir un aumento. Pero ella insistió varias veces en que no se trataba del dinero, se trataba del peligro, del riesgo. Se trataba de sentirse viva. Y dios sabe que yo quería que mi esposa se sintiera viva.

En teoría sería muy simple. Inteligente. Ella fingiría su muerte accidental. No quise saber demasiado sobre esto y ella apreció que no hiciera preguntas. Yo podría registrarme en el seguro de vida que la compañía ofrecía para mi esposa y, después del gran pago, Emily, Nicky y yo nos reencontraríamos en algún paraíso de Europa con suficiente dinero para vivir durante unos cuantos años. Después de eso veríamos qué hacer.

Yo quería creer que nuestro plan funcionaría. Pero no lo creía. Lo único cierto es que nuestro matrimonio no iba a durar si me negaba. Emily me estaba chantajeando, aunque nosotros nunca lo hubiéramos llamado así. Tenía una forma exasperante de hacer parecer el chantaje como algo consensuado.

Ella no tenía que morir. Yo estaba ciego. No podía entender cómo había sucedido. Me dijo que no creyera que estaba muerta, pero el reporte de la autopsia —las pruebas de ADN— era convincente. Planes mejor elaborados que el nuestro terminaban desastrosamente.

Lo único que dijo fue que tuvo una especie de adicción cuando era muy

joven. Me contó que se había hecho el tatuaje en la muñeca para recordar lo mal que se ponía todo cuando estaba drogada. Y dejó de drogarse al poco tiempo.

Nunca creí que Emily quisiera suicidarse. Ella nunca hubiera dejado a Nicky sin madre. Estaba seguro de que había sido un accidente. Se había drogado, había tomado unos cuantos tragos, había ido a nadar y se había ahogado. Traía puesto el anillo de mi madre. Esa nota en la autopsia sobre el daño de su hígado y el uso de drogas durante mucho tiempo no tenía ningún sentido. Debieron equivocarse en eso. Los doctores cometen errores todo el tiempo. Operan al paciente equivocado, remueven el hígado equivocado.

Estuve de luto por la muerte de Emily. Estaba entumecido por el dolor. O más exactamente, oscilaba entre el entumecimiento y el dolor insoportable. Pero tenía que ser fuerte por Nicky, aunque cada mañana tenía miedo de despertarme. Al principio, yo no quería seguir viviendo. Me culpaba por haberme dejado llevar por el imposible juego codicioso, ilegal y estúpido de mi esposa.

Creí, en verdad lo creí, que mi esposa estaba muerta. Quizás el reporte de la autopsia tenía algunos errores, pero yo debía creer en la evidencia: el ADN era de ella. Y el anillo de mi madre.

Esa fue la única razón por la que me permití acercarme a Stephanie. Jamás lo hubiera hecho de haber sabido que Emily seguía viva.

Stephanie hace todo lo que quiero y, para bien o para mal, nunca me asusta. Nunca me reta. Prepara mi cena de la manera en que me gusta, sin las bromas amistosas que hacía Emily, que apenas disfrazaban el desprecio que ella sentía por el aburrido carnívoro británico que prefería sus trozos de carne bien cocidos. Stephanie pone la música que me gusta.

No amo a Stephanie. Nunca lo he hecho y nunca lo haré. Pero no me molesta vivir con ella. Sé que ella siempre estará en casa cuando yo regrese. No pregunta demasiadas cosas, nunca parece distante. Vive para complacernos a Miles, a Nicky y a mí. Está deseosa de complacerme en la cama como en todo lo demás.

Vivir con ella me ha mantenido tranquilo mientras he ido descubriendo los puntos negativos del plan de Emily. Uno, la tristeza de Nicky; dos, ser interrogado por la policía; tres, las sospechas de Stephanie.

Y, por supuesto, el peor punto negativo: la muerte de Emily.

Stephanie tiene razón al ser suspicaz. Ella es lo que los jugadores de póquer llaman «el pescado». Stephanie siempre da a entender que sucedieron cosas horribles en su pasado, dice que quiere ser una persona mejor para compensar lo que hizo antes en su vida. ¿Una persona mejor? ¿Qué significa eso? Me siento desleal a Emily por no pelar los ojos tan obviamente para que Stephanie no lo note cuando dice cosas como esa.

Ella no tiene idea de que yo sé que su hermano es el padre de Miles. ¿Y si lo sé, qué...? ¿Qué me importa? Ella imagina que su secreto la coloca en el oscuro centro del mundo. Pero solo le importa a ella.

Ella y mi esposa están locas. Pudieron haberse convertido en amigas de verdad si Emily no estuviera buscando un pez, si Emily fuera apta para la amistad.

Ni por un momento imaginé que Stephanie y yo seguiríamos juntos, pero ella era consoladora y atenta mientras yo luchaba por recuperarme de la muerte de mi esposa, que nunca estuvo muerta.

Estaba en mi escritorio de trabajo cuando llegó el siguiente mensaje: PEEPING TOM.

Cerré mis ojos y los abrí. Las dos palabras seguían en la pantalla. Dos palabras que parecían demasiado peligrosas —demasiado explosivas— para ser leídas en mi oficina. Metí mi teléfono en el bolsillo y bajé en el elevador. Los fumadores de mi oficina estaban parados —justo donde indicaba el letrero—, por lo menos a ocho metros de la puerta. Los saludé mientras me apresuraba para llegar a la esquina. Necesitaba privacidad. Necesitaba aire. Chequé de nuevo mis mensajes.

Las dos palabras seguían ahí. No era posible. Simplemente no era posible. O mi esposa estaba viva o alguien había encontrado su teléfono. Su teléfono de verdad.

Le contesté: PEEPING TOM.

Esperé.

Llegó un mensaje: ¿CENA?

Varias veces me equivoqué al teclear la respuesta: ¿DÓNDE?

DORSODURO.

Era el restaurante en el que le propuse matrimonio a Emily.

Mi esposa estaba viva.

Dorsoduro era la elección de Emily.

Quise verlo como una declaración. Un gesto romántico. Ella me amaba todavía. Todavía estábamos juntos. Marido y mujer. Las cosas todavía podían funcionar.

En el momento en que la vi caminando hacia mí en el restaurante supe que yo nunca amaría a nadie más, por el resto de mi vida. Ella era tan brillante, tan hermosa, tan elegante. Tan *sexy*. Todo mundo volteaba a verla. Tenía ese tipo de energía. Algo en la atmósfera cambiaba cuando entraba a un cuarto. Sola o con cualquier hombre bastante afortunado por estar con ella. En cambio —no podía dejar de pensarlo—, si Stephanie entraba en un cuarto, asumías que venía con un tipo patético que iba retrasado o no podía encontrar un espacio para estacionarse. O quizá tenía una cita con alguien que iba a dejarla plantada.

Yo no quería pensar en Stephanie. Era la última persona en la que quería pensar.

Ver a Emily de nuevo era como un sueño, un hermoso y feliz sueño, el que todo mundo quiere tener, el sueño que más deseamos que se haga realidad. El sueño en el que la persona amada no está muerta en realidad.

Emily se veía estupenda. ¿Cómo logró todo este tiempo mantener su traje negro Dennis Nylon en perfectas condiciones? En todo caso, ella estaba más hermosa que en mis recuerdos o que cuando nos despedimos en el aeropuerto.

Ella era el galgo al lado del spaniel *yippi* que era Stephanie. El Mercedes al lado del Hyundai de Stephanie. Stephanie cocina de más la carne y, en cambio, Emily nunca me ha aburrido.

Me levanté para abrazarla, pero Emily me congeló con una mirada penetrante, quedé en una posición incómoda, medio sentado, medio parado. Y así de pronto supe que este no era el sueño feliz de la resurrección del ser amado. Era claro que este iba a ser un tipo muy especial de pesadilla.

—No te levantes —dijo Emily.

El mesero le acercó una silla, y esperamos en silencio hasta que no hubo nadie a una distancia en la que pudiera escuchar casualmente.

—Pensé que estabas muerta —fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Obviamente estabas equivocado.

—Lo lamento, en verdad lo lamento.

—No me creíste —dijo ella—. No confiaste en mí.

—Entonces, ¿quién está muerta? ¿De quién era ese cuerpo? ¿Quién traía puesto el anillo de mamá?

—No necesitas saberlo —dijo Emily—. Si te cuento probablemente se lo dirás a Stephanie.

—Eso es un golpe bajo, Emily. Eso es injusto.

—¿No has leído su estúpido blog? —preguntó mi esposa—. Todo sobre su perfecta y saludable familia reconstruida, sobre consolar al pobre Nicky por la trágica pérdida de su mamá.

—Nunca he pensado leer su blog. Yo no quería... Yo no quise...

—Bueno, deberías hacerlo —dijo Emily—. Puedo asegurarte que es muy informativo.

—Lo lamento mucho —dije—. No puedo decirte cuánto lo lamento.

—No —dijo Emily—. No, por favor.

Ahí debimos levantarnos e irnos. No había manera de que esto mejorara en ningún sentido. Y aun así continué deseándolo.

Emily dijo que estaba hambrienta. Ordenamos la comida. Un desperdicio total. Ninguno de los dos pudo comer.

Le dije que a mí no me importaba Stephanie. Que nunca me había importado. Era como una niñera que no teníamos que pagar. Y había sido servicial. Quizá no debí decir servicial.

Emily retrocedió, y después se sentó muy derecha. Reconocí su movimiento de cabeza. Su implacable y despiadado *no*. Intenté decirle a Emily que ella era la única, que siempre había sido la única. Que lo lamentaba. Bostezó.

Era demasiado tarde. Yo era un tonto. Justo como mi esposa secretamente, o no tan secretamente, pensaba. Me dijo que nunca me perdonaría. Me dijo que yo lo lamentaría mucho.

Lo lamentaría mucho.

Me estaba amenazando. Pero ¿qué podría hacer? Otra pregunta estúpida. Emily puede hacer cualquier cosa. Me acusaba de subestimarla. Pero no pudo estar más equivocada.

Se levantó y se fue.

El mesero se acercó y se paró a mi lado mientras la veíamos irse.

—El infierno no conoce furia como la de una mujer desdeñada —dijo—. Shakespeare acertó en esa.

—Vete al diablo —dije—. No fue Shakespeare quien lo dijo.

El camarero se encogió de hombros, ¿qué había hecho él? Un rato después mandó a otro mesero con la cuenta. Yo, de hecho, me terminé mi costilla de ternera. Estaba medio cruda y espantosa, pero moría de hambre. Le dejé al mesero una gran propina para disculparme. ¿Por qué no? Llevaba disculpándome toda la tarde.

Tomé el último tren fuera de Grand Central.

Fui directamente al cuarto de Nicky y lo abracé, estaba dormido. No lo desperté. No sé qué hubiera hecho si Stephanie hubiera entrado al cuarto y hubiera intentado decirme cómo poner a mi propio hijo a dormir. Si ella me instruía con esa molesta voz empalagosa de Capitán Mamá.

Fui a mi cuarto y me acosté junto a Stephanie y me volteé hacia mi lado. No podía tocarla, no quería que ella me tocara.

—¿Un día difícil?

—No tienes idea —dije.

No me moví hasta que la escuché roncar y haciendo ese chasquido en la parte trasera de la garganta que me había empezado a volver loco.

Me levanté y me acosté en el sofá de la sala. Estuve despierto toda la noche.

Los peores aspectos de la personalidad de Stephanie se me habían contagiado. Su ansiedad. Su paranoia de vaca camino al matadero. ¿Quién hubiera pensado que tales cosas fueran contagiosas?

No podía sobreponerme a la sensación de que Emily estaba allá afuera en la oscuridad. Observando nuestra casa. Ella sabía que Stephanie vivía aquí.

¿Cuánto tiempo pasó desde que Stephanie me preguntó si estaba seguro de que Emily estaba muerta? Por supuesto que yo estaba convencido de que estaba muerta. Stephanie dijo que tenía miedo de que Emily estuviera viva. Y no le creí.

Yo ya no sabía a quién o qué creer.

Después de eso, dejé de dormir. Lo intenté con los inútiles remedios homeopáticos de Stephanie. Hierbas, tés repugnantes, lo que fuese. Nada funcionó. Ella dijo que yo no les di una oportunidad. La ignoré. Su voz era todavía más irritante cuando ella sentía que estaba siendo ignorada.

Mi doctor me recetó pastillas para dormir junto con la advertencia de que dos de sus pacientes tuvieron efectos secundarios, en uno de los casos un brote de psicosis. Dije que me volvería psicótico si no dormía. Me arriesgaría con los medicamentos.

Cuando Stephanie me preguntaba por qué parecía nervioso, yo culpaba a las pastillas para dormir. Diría que mi mal humor valía la pena. El insomnio era peor. El nerviosismo era su efecto secundario. Algunas personas se volvían psicóticas.

No le conté que había visto a Emily. No pregunté si ella la había contactado. Decirle que mi esposa todavía estaba viva hubiera sido como otra traición. Cuando Stephanie sugirió que Emily podía seguir viva pensé que estaba alucinando. Pero yo había sido el que había alucinado.

No tengo excusa. Estoy intentando mantenerme firme. Vivo con la mujer equivocada y estoy amenazado por mi esposa. Estoy bajo mucha presión. No puedo pensar con claridad.

Esa es mi excusa. Esa fue siempre mi excusa. No tengo excusa.

Un sábado por la tarde, un auto se estacionó frente a la casa. Un afroamericano maduro de piel morena clara salió del auto y verificó nuestra dirección en una hoja de papel en su mano, caminó hacia la puerta. Lo observé desde la ventana. Me recordó a alguien...

La chaqueta azul, la camiseta blanca y el moño negro ubicaron mi recuerdo en un chasquido. Me recordaba a un hombre que yo solía conocer

de niño, al señor Reginald Butler. El señor Butler era el pastor de una iglesia local, un tipo de grupo religioso, quizás un tipo de culto a la beneficencia, el Manchester Brethren. Sus parroquianos eran todos migrantes y pobladores de color de la misma localidad. Llegaba a la puerta de mamá —así como este extraño llegaba a nuestra puerta— pidiendo donativos, buenos abrigos de invierno para distribuir entre su rebaño. Mamá lo invitó a entrar y se volvieron amigos. Hasta que mi mamá bebió demasiado jerez y dijo algo —nunca supe qué fue y mamá jamás me lo contó— con lo que el señor Butler se ofendió. Nunca lo volvimos a ver.

Aquí estaba él, en Connecticut. Abrí la puerta. Por supuesto, no era el señor Butler.

El hombre dijo:

—¿El señor Townsed?

Admití que era yo.

—Soy Isaac Prager de la compañía de seguros Allied. Trabajo en el pago por la muerte accidental de su esposa. Lo cual lamento mucho.

¿Estaba diciendo que lamentaba mucho que Emily muriera? ¿O que lamentaba trabajar en el caso? ¿O que lamentaba que la reclamación fuera pagable? ¿Fue una coincidencia que me acabara de enterar de que Emily no estaba muerta? Yo realmente no tenía el tiempo ni la tranquilidad mental para pensar en mi siguiente paso. ¿Debí notificar lo que pasó a la compañía de seguros tan pronto como regresé de cenar con mi esposa supuestamente muerta? Era demasiado confuso explicar lo que había pasado, lo que no había sucedido, y lo que creí que había pasado. Y especialmente lo que planeamos que sucedería. Todo en lo cual podía pensar que dijéramos nos haría ver culpables. Supongo que lo somos. Hubiera sido más fácil meter la cabeza en la arena, fingir que nada había pasado y esperar lo mejor.

Era el momento más temido, aunque hasta hace poco no sabía exactamente por qué. El momento en el que nuestro juego se hizo realidad. Quizá pensé que Emily abandonaría nuestra farsa antes de este punto. No sé qué estaba pensando.

Prager dijo:

—Pensé en buscarlo en el trabajo pero decidí que este podía ser el tipo de conversación que uno prefiere tener en casa. Intenté llamarle aquí pero...

—Lo lamento —dije—. Casi nunca contesto cuando no reconozco el número.

—No se preocupe. Entiendo completamente —dijo Prager—. Mucha gente es así.

Todavía estábamos parados en el umbral.

—Perdón. Por favor, pase y siéntese.

—Gracias —aceptó Prager—. Intentaré no quitarle mucho de su tiempo. Esto es solo una formalidad.

¡Una formalidad! Tomé eso como una buena señal. Seguramente si él viniera aquí a sugerir que mi esposa y yo hicimos un plan para defraudar a su compañía, esa conversación hubiera tomado tiempo. Eso hubiera sido algo más que una formalidad.

Deseé que Stephanie no se apareciera, que continuara con las actividades de Capitán Mamá en la cocina. Pero no meterse donde no la llaman está más allá de sus capacidades. Apareció en el umbral, traía unos *jeans*, una camiseta vieja y calcetines viejos que producían un ruido poco atractivo mientras ella caminaba hacia la sala. Deseé poderle decir: «Señor Prager, esta es Stephanie, nuestra niñera». Solo Dios sabe lo que hubiera sucedido después.

En lugar de eso dije algo peor:

—Señor Prager, esta es Stephanie. Una amiga de mi difunta esposa.

—Ya veo —Prager la miró de arriba abajo—. Encantado de conocerla —se estrecharon la mano.

—El señor Prager trabaja para la compañía de seguros.

—¿Cuál compañía de seguros? —dijo Stephanie. «Brillante movida», pensé. Quizá Stephanie tuviera más coeficiente intelectual del que creí.

—Emily y yo teníamos una póliza —dije.

—¿En verdad? —preguntó Stephanie—. No tenía idea.

—Una póliza de dos millones de dólares para ser exactos —dijo el señor Prager.

—Ah, esperen, ya me acordé —dijo Stephanie—. Blogueé sobre eso —estaba protegiéndose en caso de que el señor Prager leyera su blog. Como yo debí hacerlo, todo el tiempo.

Stephanie se dejó caer en el sofá y yo me senté junto a ella, no muy cerca. El sofá de Emily era enorme. Había suficiente espacio. Prager se sentó en el

filo de la silla Club.

Stephanie le ofreció café, agua, té. Él declinó amablemente.

—Estoy seguro de que ustedes se dan cuenta de que todo mundo es diferente. La gente tiene formas diferentes de hacer las cosas, diferentes razones para hacerlas. Solo raras veces entendemos lo que alguien hace o por qué lo hace. Aunque ustedes podrían decir que ese es mi trabajo. Entender a la gente. Así que ahí lo tienen.

—Señor Prager... —dije.

—Sí —continuó—. Su difunta esposa. He estado pensando cómo podría decir esta frase de la forma menos inquietante. Pero no hay nada que hacer más que decir esto de la manera más sencilla.

—¿Decir qué? —No pude enmudecer por mi impaciencia.

—Bien... —retomó el señor Prager—. Hemos empezado a creer que su esposa podría estar viva.

Me costó todo mi esfuerzo no críspame.

—¿Cómo se les ocurrió eso?

Con el rabillo del ojo, noté que Stephanie me estaba viendo con ojos de «te lo dije». Stephanie era una idiota. Ella no tenía idea de lo catastrófico que era esto.

Prager sacudió su cabeza. Era difícil distinguir si estaba afligido o divertido.

—Pero yo vi el reporte de la autopsia —dije.

El señor Prager respondió:

—Por supuesto que lo vio... Bueno, entonces... me temo que hay cosas muy desagradables en esto que usted no desearía escuchar. Algunas personas prefieren no tener ciertas imágenes para siempre en su mente. Eso es su decisión. Como ya dije, todo mundo es diferente.

—No lo sé —comentó Stephanie—. Yo podría ser una de esas personas que no quieren tener ciertas imágenes pegadas a su cabeza.

—Entonces, te puedes salir del cuarto —dije.

El señor Prager retrocedió, casi involuntariamente, como ciertas personas bien comportadas hacen en la presencia de violencia doméstica.

—Iré a checar a los niños. Ahora vuelvo —respondió ella, creí notar que con un tono amenazador.

Cuando ella salió del cuarto, el señor Prager dijo:

—Permítame explicarme. Estoy hablando sobre el reporte de la autopsia.

—Lo leí.

—Una vez más... cada quién leerá eso de diferente manera. Por ejemplo, cuando yo lo leí, me sentí anonadado por ciertas cosas que probablemente a alguien más no le importarían. Alguien que no estuviera en mi campo de trabajo. Por ejemplo, el hecho de que la occisa había perdido un diente desde hace mucho tiempo. El tiempo suficiente para que creciera un hueso en el hueco. Señor Townsend, asumo que usted sabría si su esposa hubiera perdido un diente delantero.

—Claro que yo hubiera sabido algo así.

Yo estaba asustado. Verdaderamente aterrorizado. Si ella no era la muerta, entonces ¿de quién se trataba? Obviamente esta era una pregunta que debí haberme hecho tan pronto como vi a Emily en el restaurante de Manhattan. Pero de alguna manera logré sacarla de mi cabeza. Fue como si me hubiera persuadido a mí mismo de que el cuerpo con el ADN de mi esposa solo estaba muerto, pero sin haber existido jamás.

—De acuerdo —siguió Prager—. Usted seguramente lo hubiera sabido. Y como su esposa laboraba en la industria de la moda, asumimos que, de haber perdido un diente, un implante dental habría sido parte, podría decirse, de su cultura.

—Supongo que sí —mi cabeza de repente se sintió pesada.

—Bueno, la mujer en el lago nunca tuvo un implante. Solo un hueco.

—Entonces se supone que no era mi esposa —dije—. Pero, de hecho, sí era. El ADN coincidía.

—Nosotros creemos que pudo haber sido su hermana —dijo el señor Prager.

—¿Hermana? Emily era hija única.

El señor Prager masajeó su cabeza calva y me miró con pleno asombro.

—Señor Townsend, ¿en verdad no sabía que su esposa tenía una gemela?

—¿Está inventando esto? ¿Está seguro de que se trata de la mujer correcta?

—Señor Townsend, ¿cómo es posible? Le importaría si le pregunto cómo puede vivir con alguien, estar casado con alguien y no saber que ella tenía

una hermana. No solo una hermana, sino una gemela.

—No lo sé. No lo puedo explicar. Ella siempre dijo que era hija única. No imaginé que ella, ni nadie más, mentiría sobre algo así.

Prager podía notar que yo estaba diciendo la verdad. Al menos sobre esto. Saber si alguien estaba mintiendo era su forma de vivir.

—Puedo decir que su esposa parece una mujer bastante extraordinaria —dijo Prager.

—¿Qué está pasando? —dijo Stephanie.

No la escuché llegar.

—Stephanie, ¿sabías que Emily tenía una gemela? —pregunté.

—¿Estás bromeando? Estás bromeando.

Stephanie era una pésima mentirosa. Claro que lo sabía. ¿Por qué no me lo contó? ¿Cómo es que nunca hablamos sobre esto? Supongo que había muchas cosas que Stephanie y yo no nos contábamos. Yo no vi ninguna razón para mencionar que Miles era hijo de su hermano. Quizá Stephanie y yo nos llevábamos mejor así. Quizá la única manera de llevarse bien con alguien es mintiéndole por omisión. Ciertamente, Emily me dijo mentiras gigantes. ¿Cuándo descubrió Stephanie que Emily tenía una gemela? ¿Lo supo siempre? ¿Esa información estaba en su blog también?

Al igual que el señor Prager, me pregunté cómo era posible que ignorara eso. Me hizo cuestionarme todo, y mi pasado entero me pareció de repente confuso y nublado. ¿En qué sentido mi matrimonio había sido real?

Stephanie, el señor Prager y yo nos quedamos viendo fijamente la fotografía de Diane Arbus sobre el mantel, como si todos la hubiéramos notado al mismo tiempo. Nadie habló durante un rato.

—Bueno, ahí lo tienen —dijo el señor Prager—. Hay algunas preguntas excepcionales y, por supuesto, la enorme cuestión de qué planeamos decirle a las autoridades y cuándo; sin duda, comenzará otro tipo de investigación. O quizá no. Tal vez hagan menos de lo que yo estoy haciendo, como ha sucedido hasta ahora. Pero el asunto tendrá que ser aclarado, por supuesto, antes de seguir con cualquier trámite para el pago.

—Por supuesto. ¿Cuándo cree que pase eso?, ¿cuándo? —Intenté evitar sin éxito que el tono de súplica estrangulara mi garganta.

—Pronto —contestó el señor Prager—. Mientras tanto, aunque no tengo

la autoridad legal para hacerlo, me gustaría pedirles, como una cortesía, que no viajaran muy lejos durante un tiempo.

—¡Claro que no! —dije pensando que así sonaba inocente.

—Nuestros niños están en la escuela —dijo Capitán Mamá, «un poco santurronamente», pensé. Pero no podía culparla por jugar la carta de la madre.

—Naturalmente —dijo el señor Prager—. Soy un gran admirador de su blog.

Él se levantó sacudiéndose el polvo. Estrechó nuestras manos y nos agradeció. Nos dio una tarjeta suya a cada uno. Quiso que nos sintiéramos con la libertad de llamarlo a cualquier hora del día o de la noche, en caso de que tuviéramos cualquier cosa que decirle sobre este tema o cualquier otro. Evidentemente, por si sabíamos algo de mi esposa... Nos pidió que permaneciéramos en contacto.

Aclaró que no era necesario acompañarlo a la puerta, y así lo hicimos. No tuvimos opción. Lo observamos irse. Stephanie y yo no pudimos levantarnos del sofá.

—¿Lo sabías? —pregunté—. ¿Cómo supiste que Emily tenía una gemela? ¿Por qué no me lo contaste?

—Hay cosas que tú no me cuentas —dijo ella—. Todo mundo tiene secretos.

Post en el blog: *De verdad, cuando una amiga pide tu ayuda*

¡Hola, mamás!

¿Cómo sabemos las mamás si algo es real? ¿Cómo podemos saber si nuestro hijo está realmente enfermo o si solo está fingiendo para no ir a la escuela? Las primeras veces lo interpretamos mal, pero aprendemos. ¿Cómo sabemos si nuestra amiga necesita desesperadamente nuestra ayuda y olvidamos las emociones encontradas y los momentos incómodos que pudimos haber experimentado en el pasado? Y hacemos lo que ella necesita, porque es real y tenemos que ayudarla.

Es un regalo que las madres desarrollamos, un sistema detector incorporado, un instinto por la verdad que puede ayudarnos en nuestras vidas no maternas, en los muchos tipos de carreras y metas artísticas que buscamos al mismo tiempo que somos madres. Es por eso que las mujeres son expertas en las llamadas profesiones de la protección, y en la protección familiar habitual. Es por eso que tenemos muy buenas amigas.

Reconocemos cuando nuestra amiga nos está pidiendo, en verdad, un pequeño favor. Es la manera en que una amiga dice: «Por favor». Y nosotros hacemos lo que ella necesita, sin importar lo que suceda.

Tendré más que decir sobre esto, sin duda. Por ahora, tengo que correr. Me voy a encontrar con una amiga y puede que tenga que ocuparme de cosas importantes que me impidan bloguear durante un tiempo.

Les contaré más pronto, o tan pronto como pueda.

Besos apresurados,
Stephanie

Stephanie:

La visita del señor Prager fue extremadamente molesta. Sean y yo dejamos de comunicarnos. No confiábamos uno en el otro, eso estaba claro. Quizá nunca habíamos confiado.

Me sentí intrigada cuando supe que el señor Prager leía mi blog, era otra señal de lo lejos que había viajado mi mensaje en la botella, de la orilla tan lejana en que emergió. Estaba tentada a leer de nuevo, tan rápido como podía, para ver si yo había publicado algo incriminador. ¿Pero a quiénes hubiera podido incriminar?

Después de que el señor Prager se fue, le pregunté a Sean qué estaba sucediendo. Podía, por favor, contarme finalmente la verdad. ¿Acaso Emily y él fingieron su muerte para cobrar la póliza del seguro? ¿Habían jugado conmigo? ¿Yo era la tonta dentro de su plan?, ¿todavía lo soy?

Él insistió en que nada de eso sucedió. Juró que estaba tan confundido como yo. Creía que Emily había muerto. De haberlo sabido... no tenía que explicarlo. Yo sabía a lo que se refería. De haberlo sabido no me hubiera invitado a compartir su vida. Estaba comprensiblemente obsesionado por el hecho de que Emily tenía una gemela. Y yo tenía que admitirlo: era muy extraño conocer eso sobre quien fue tu esposa durante seis años. Yo estaba conmocionada por saberlo, y eso que ella solo había sido mi amiga por un tiempo relativamente corto.

¿Alguna vez Emily me dijo la verdad? ¿Sean estaba siendo honesto ahora? Desconocerlo debió haberme hecho odiar a los dos. Era extraño que no fuera así.

Yo tenía que hacer algunos cambios. Aunque quizá ellos estaban hechos para mí. ¿Y si Sean y Emily fueran a la cárcel? ¿Yo había sido escogida y preparada para cuidar a Nicky en caso de que sucediera lo peor? Emily no pensó en lo peor que podría pasar. Ella ni siquiera estaba pensando en Nicky. Ni en los dos millones de dólares. Las mentiras y el juego fueron las que la

embriagaron. Mentirles a todos. Especialmente a mí.

Tuve una fantasía momentánea, ¿y si Emily y Sean fueran a la cárcel y yo obtuviera la custodia de Nicky? Siempre he querido tener un segundo hijo. Permití que ese pensamiento cruzara mi mente, y aunque fue solo por un instante, me sentí tan culpable que me pellizqué para olvidar la fantasía.

Había demasiadas preguntas que Sean no le hizo al señor Prager. Si la muerta era la gemela de Emily, ¿cómo murió? Ellos ya lo sabían. Ella se ahogó, su cuerpo tenía una sobredosis de alcohol y pastillas.

* * *

Más o menos una semana después de la visita del señor Prager, el identificador de llamadas marcó «FUERA DE ÁREA».

Yo sabía que Emily era despreciable. Ella me mintió. Me maltrató. Traicionó nuestra amistad. Ella me intimidó. Me acosó desde el bosque detrás de su casa y entró a la mía cuando yo no estaba. Así que no puedo explicar lo feliz que me hizo escuchar su voz. No puedo fingir, incluso ante mí misma, que mis emociones tienen lógica.

—Stephanie, soy yo —dijo Emily—. Necesito tu ayuda desesperadamente. Por favor.

La manera en que dijo «por favor» hizo que me dieran ganas de bloguear sobre el tema: ayudar a una amiga que lo necesita. Sobre cómo reconocemos cuando una amiga real y sinceramente nos necesita. Yo nunca podría escribir toda la verdad. Pero quería escribir sobre por qué no pude decir que no. Quizá si blogueaba al respecto me entendería a mí misma, sabría las razones por las que lo hice, por qué estaba dispuesta a olvidar o, por lo menos, a ignorar las cosas horribles que me había hecho Emily. Todo lo que sabía ahora es que Emily necesitaba mi ayuda. Se había metido en una situación peligrosa. Ella dijo:

—Un hombre me está siguiendo. Me ha estado siguiendo durante un par de semanas. No hace un gran esfuerzo por esconderse. No sé lo que quiere.

—¿Cómo es él? —pregunté.

—Maduro. Un hombre de piel morena clara. Siempre trae puesto un traje

y un moño. Se parece un poco a ese asesino a sueldo en *The Wire*.

—Nunca he visto *The Wire* —yo estaba ganando tiempo.

—Diablos, Stephanie, a nadie le importa que no hayas visto *The Wire*.

En todo el tiempo que fuimos amigas ella nunca me habló así. ¿Por qué no decirle la verdad? Especialmente cuando todo el mundo está mintiendo.

—Aquí vino un hombre que se parece al tipo que describes —dije—. Es un investigador de la compañía de seguros. Está indagando la reclamación que Sean hizo, lo de tu muerte accidental.

—Lo sabía —dijo Emily—. No sé cómo, pero lo sabía. Esa es la vibra que tuve por el tipo. Esto es malo. ¿Sean le dijo dónde estaba yo?

—Emily —dije—, cálmate. Sean no sabe dónde estás. Yo no sé dónde estás. ¿Recuerdas? Lo último que supe fue que estabas en el bosque observándome —era el comentario más crítico y osado que le había hecho, y estaba conteniendo mi respiración. Pero Emily no estaba pensando en mi tono ni en nuestra amistad.

—Entonces, no sé cómo me encontró, quizá la matrícula de mi madre apareció en un video de alguna cámara de seguridad.

—Ten cuidado —dije—, no es un hombre estúpido. Da la impresión de ser un poco incompetente pero creo que observa y registra cada pequeño detalle.

—Stephanie, necesito verte —la voz de Emily se hizo llorosa. Nunca la había escuchado así—. Necesito hablar contigo. Necesito tu consejo. Necesito una amiga.

Yo sabía que estaba hablando con alguien que mintió sobre cosas muy importantes. Ella le mintió a su esposo, a mí. Probablemente se miente a sí misma. Pero yo también era una mentirosa. Y ella era mi amiga. Yo le creía.

Esta podría ser mi única oportunidad para tener una explicación, para descubrir lo que realmente pensaba. Quién era realmente. Era demasiado lo que escondía. Los secretos de Emily eran tan oscuros como los míos. Quizá más oscuros.

Podría decirse que estábamos destinadas a ser amigas. Todavía podíamos ayudarnos una a la otra.

—Está bien —dije—. Iré a verte. Pero tienes que prometerme que esta vez me dirás la verdad. No más mentiras, no más secretos.

—Lo prometo —dijo Emily.

* * *

Emily me pidió que la encontrara en el bar del Sheraton, cerca de la frontera entre estados, a cincuenta kilómetros de nuestro pueblo. Un día entre semana, a mediodía. Ninguna de las dos tuvo que decir que los niños estarían en la escuela y que Sean estaría en la ciudad. No necesitábamos mencionar sus nombres.

Ella dijo que necesitaba verme en un sitio público. Público pero privado. Anónimo.

—Nadie que me conozca puede vernos. Deberíamos encontrarnos en un estacionamiento subterráneo.

Yo no entendía a qué se refería, pero me reí. Intuí que debería reírme.

—¿Entiendes, Stephanie?

Una vez más afirmé que había entendido, aunque no fue así. Tal vez lo haría pronto.

—¿Puedo pedirte otro favor? Bueno... quizá dos —dijo.

—¿Cuál? —respondí cautelosamente. ¿No le había hecho ya suficientes favores a Emily?

—¿Podrías traerme mi anillo? —pidió—. ¿Mi anillo de compromiso?

—Sé dónde lo guarda —respondí, después deseé no haberlo dicho. Qué ridícula. Eso le recordaría mi conocimiento íntimo de Sean y sus hábitos.

—Sé que lo sabes —dijo.

—¿Por qué lo sabes?

No respondió. ¿Podría haberme visto a través de la ventana cuando estaba buscando entre las cosas del escritorio de Sean? ¿O estaba blofeando para perturbarme más de lo que ya había logrado?

—Y otra cosa... esto sonará un poco raro. ¿Podrías traerme el cepillo de Sean? Y no tienes que limpiarlo, ya sabes...

Intuí problemas. Graves problemas. ¿No había aprendido nada durante este tiempo terrible? ¿No había sido lastimada mi confianza en los seres humanos hasta un punto irrecuperable? ¿Todavía creía en la amistad? ¿En los

lazos naturales entre las madres?

Mi cerebro había perdido el control, si alguna vez lo había tenido. Mi corazón estaba al mando. Mi corazón estaba hablando con mi amiga. Mi corazón dijo que sí. ¿Qué día? ¿Qué hora? ¿Qué sitio? Ahí estaré.

Llegué primero a propósito. Emily escogió un sitio extraño. Un bar de otra década. Un viaje al pasado. Estaba decorado como una librería falsa con libros falsos que de hecho formaban parte del papel tapiz, y con un fuego falso dentro de una chimenea falsa. Como un club de caballeros ingleses, excepto que estaba dentro de un hotel, en una pequeña cima justo encima de la frontera interestatal. En medio de la nada.

Toda la decoración era falsa. ¿Emily estaba intentando mostrar la naturaleza falsa de nuestra amistad?

El bar era cómodo y a mí no me molestaba mordisquear papas cocidas en el horno de microondas mientras la esperaba. Solo había otros dos clientes, una pareja de turistas ancianos que estaban comiendo su postre y su café. El esposo fue al baño y tardó mucho. Después fue el turno de la esposa. Ella tardó tanto que su esposo fue al baño de nuevo después de que ella regresó a la mesa. No era muy divertido observarlos. Extrañaba a Davis. Nosotros jamás hubiéramos envejecido así.

Le dije al mesero que estaba esperando a una amiga. No sé lo que imaginó. Un novio quizá, o una novia. ¿Quién más tendría una cita aquí excepto que los amantes adúlteros clandestinos?

Esto era diferente. Ella era mi amiga. Era Emily.

Busqué en su rostro cualquier señal de ira o resentimiento persistente, cualquier indicación de que quería lastimarme, una vez más. Pero no noté nada parecido. Todo lo que vi fue el rostro familiar de una amiga a quien, a pesar de todo lo que había sucedido, todavía quería. Y quien todavía me quería a mí.

Salté de la mesa. Los turistas ancianos observaron nuestro abrazo. Emily olía a lo mismo de siempre. Retrocedí y la observé. Ella me observó a mí. Radiante. Hermosa. Como si nada hubiera sucedido.

Pero había algo diferente. Se veía... no sé cómo. Triste. Como si la mitad

de ella hubiera desaparecido. Estaba vestida para el trabajo. En la misma manera en que se hubiera vestido aquella tarde, meses atrás, cuando vendría a recoger a Nicky camino a casa después de Dennis Nylon.

Pero no había regresado a casa. Me debía una explicación.

Pedí un *gin tónico*, aunque nunca bebo a la mitad del día. Ciertamente nunca antes de recoger a los niños en la escuela. Emily bebió una margarita, después otra. Durante todo este tiempo no hablamos, hasta que finalmente no lo pude soportar.

—El hombre que te está siguiendo...

—Stephanie, por favor, ¿podemos hablar de eso más tarde? Primero necesito saber si confías en mí. Estoy segura de que tienes algunas preguntas. Pregúntame lo que quieras saber.

Que ella se abriera así me hizo difícil preguntar cualquier cosa. Todo parecía como una gran intromisión. Yo no sabía por dónde empezar. ¿Por qué fingiste estar muerta? ¿Por qué me involucraste? ¿Todavía estás enojada conmigo por lo que pasó con Sean? ¿Qué estabas pensando? ¿Quién eres?

Pero todo lo que dije fue:

—¿Por qué nunca me dijiste que tenías una hermana? ¿Por qué no me dijiste que tenías una gemela?

No sé por qué empecé por eso, lejos de todas las cuestiones que pude haber preguntado, las acusaciones que pude haber hecho, los misterios que quería explicar. Supongo que fue la primera pregunta que surgió en mi mente.

—No lo sé, realmente no lo sé —Emily abrió sus palmas y las cerró. Un gesto familiar, pero había algo diferente. No traía puesto su anillo. Yo tenía el anillo, en mi bolsa. El anillo que había aparecido en un cadáver dentro de un lago de Michigan.

—Separé las cosas —dijo Emily—. Tú entiendes cómo puede suceder eso. Tú conoces exactamente cómo alguien no puede hablar ni pensar en cosas de las que no quiere hablar ni pensar. Cómo una persona puede tener secretos incluso para sí misma. Esa es una de las razones por la que somos amigas.

Jamás había pensado en eso. Pero Emily tenía razón.

—¿Cuál era el nombre de tu hermana? —pregunté.

Aparecieron lágrimas en sus ojos.

—Evelyn.

—¿Qué le pasó?

—Se suicidó en la casa del lago en Míchigan. Me apresuré a llegar ahí para intentar salvarla. Fue por eso que no me comuniqué contigo. Lamento mucho todo lo que te hice pasar. Pero estaba asustada por Evelyn, y no tenía tiempo para explicarle a la gente que ni siquiera sabía que tenía una hermana. ¿Puedes entender eso?

—Sí —le dije, aunque una vez más no estaba segura de que lo había entendido.

—Intenté ayudarla por todos los medios que conozco. Al principio creí que yo ganaría. Pensé que la había convencido de vivir. Ella me juró que no se suicidaría —las lágrimas se deslizaban por la mejilla de Emily—. Ella lo hizo cuando yo dormía. Y nunca lo superaré. Nunca. A veces siento que también yo estoy muerta. Sé que tú y Sean creyeron que estaba muerta. Era más fácil para mí de esa manera. No quería ver a nadie. No quería hablar. No lo podía explicar. No quería existir.

—Pero finalmente extrañé mucho a Nicky. Y a ti.

—¿Crees que fuiste justa con nosotros?

—¿Nosotros? —dijo Emily—. Estás bromeando.

—Lo lamento. Sean te creyó.

—De hecho, no lo hizo. Yo estaba en lo correcto al creer que no podía confiar en él. Fue por eso que nunca le conté a Sean sobre Evelyn. Sobre cómo mi amor y miedo por mi hermana controlaban mi vida. No podía confiarle esa información. Yo controlaba información, ese era mi trabajo. Pero no podía controlar algo tan... personal. Tan doloroso...

Miré a mi amiga y descubrí a una persona completamente diferente. Una persona más atormentada, no la fuerte y glamurosa mamá que lo tenía todo, con un asistente personal y un trabajo en la industria de la moda. Una persona más complicada y humana.

—Sean no habría entendido. Es hijo único. Mi amor y miedo por mi hermana formaban parte de la razón de mis problemas con el alcohol y las pastillas. Ella y yo nos acompañábamos en nuestras adicciones autodestructivas. Y después abandoné ese camino, pero ella continuó.

Emily finalmente estaba siendo honesta sobre sus heridas por el abuso de sustancias y sobre su hermana. Y sobre su marido. Nuestra amistad nunca sería la misma. Siempre estaría ese pequeño tropiezo. El límite de la incomodidad. Podríamos agradecerle a Sean eso.

Sentí como si ella estuviera leyendo mi mente cuando preguntó:

—¿Trajiste el anillo?

Lo saqué del bolsillo con cierre en el que lo guardé por seguridad.

—¿Cómo supiste que Sean lo tenía? —dije—. ¿Cómo supiste que yo sabía dónde estaba?

Permanecimos en silencio. Contuve mi respiración.

—No lo sabía —dijo ella—. Lo esperaba. Se lo di a Evelyn antes de morir. Quería que ella lo tuviera. Era la única cosa durable que tenía conmigo para dársela. Y yo sabía que era importante para Sean. Él me dio el anillo al principio de nuestro cortejo. Fue su regalo de amor para mí. Un recuerdo de aquellos primeros días felices. Había sido de su madre y ella se lo dio a él para que me lo diera a mí.

Me preparé para sentir el dolor que esperaba sentir cuando escuchara sobre la felicidad de Emily con Sean: otro recordatorio de que Sean nunca me amaría como la había amado a ella. Pero la verdad es que no sentí nada. Estar con mi amiga era maravilloso. Yo ya había superado a Sean. Sean era historia.

Emily deslizó el anillo y lo hizo girar.

—Mira —dijo ella— me queda flojo. Debí perder peso durante mi... tiempo fuera.

—No lo sé —respondí—, te ves despampanante —y así se veía.

Con el anillo en su dedo era como si hiciera magia. Emily... se transformaba, es todo lo que puedo decir. Cambiaba de una mujer triste, en duelo por su hermana, a la fuerza de la naturaleza que había sido cuando la conocí. Algo —¿determinación?— reanimaba sus rasgos, o quizá solo era que empezaba a mover sus manos frente a su rostro, como la vieja Emily, y las joyas en el anillo resplandecían, ante la poca luz que había en el bar del hotel.

Emily estaba de vuelta.

Con lágrimas rodándole por su cara, finalmente me contó la verdad horrenda. Sean había empezado a abusar de ella unos meses después de que se casaron.

—Sabía dónde pegarme sin dejarme una marca. Pero raramente hacía eso. Más que nada me amenazaba. Cuando lo hacía enojar me decía que sería muy fácil hacer que los excelentes abogados de la compañía le hicieran un favor. Los mejores abogados especializados en custodias probarían que yo era una madre inadecuada. Me demolerían en la corte, citando mi historial con el alcohol y las pastillas. Usarían mi trabajo en la industria de la moda en mi contra. Harían ver mi empleo como si se tratara de hacer relaciones públicas para Sodoma y Gomorra.

Mi amiga debió estar aterrorizada para guardarse esas cosas, aun después de que yo le confié tantas cosas y le dejé claro que ella podía confiar en mí. Siempre asumimos que yo era la neurótica en nuestra amistad. Pero realmente, ella era la paranoica. Paranoica e inquieta. ¡Imagínate, grabar mi confesión en el carrusel en caso de que necesitara usarlo en contra mía! ¿Por qué tendría que usar algo en mi contra? Ser amigas significaba que estábamos del mismo lado. Qué triste que no hubiera confiado en mí. Pero yo sabía cómo era eso de tener problemas de confianza.

¿Emily pensaba que era la única mujer con un marido abusivo? Yo sabía que esas ilusiones con frecuencia formaban parte del patrón de abuso. El marido hacía que la esposa se sintiera como si estuviera sola en el mundo. Pero Emily no estaba sola. Ella tenía a Nicky. Tenía un trabajo. Me tenía a mí. Le dije:

—El hombre que te ha estado siguiendo...

—Sí, en un minuto —Emily levantó su mano—. Hay algunas cosas que necesito decir primero. Stephanie, no te culpo. Creíste que estaba muerta. Ni siquiera culpo a Sean, pero no puedo perdonarlo por las cosas que hizo, no me dejó otra opción más que dejarlos, a Nicky y a ti. No podía contárselo a nadie. Solo estoy contenta porque no volcó su rabia sobre ti.

Era mucho para procesar de una vez. Sean jamás me había parecido una persona violenta. Aun después de la visita del señor Prager, jamás había visto señales de la furia que tanto asustaba a Emily. Sean siempre me había parecido triste. Pero según Emily era un actor hábil, además de malvado. Es asombroso qué convincentemente podemos pretender ser alguien que no

somos.

Sentada en el bar del hotel, me contó cómo había tenido que superar su *shock* y su pena. Se forzó a sobrevivir a la pérdida de su hermana sin poder ver a Nicky, quien hubiera sido muy útil, muy reconfortante con su amor, calidez y dulzura. Pero tuvo que dejar a Nicky y esconderse porque tenía mucho miedo de Sean y de lo que él pudiera hacer.

Yo quería otro *gin tónico* pero tenía que manejar de regreso y recoger a Nicky y Miles.

—Sean dirá que abandoné a Nicky. Él afirmará que todo fue idea mía. Él te obligará a testificar por él. ¿Qué elegirás tú? Él me echará la culpa de todo a mí, cuando fue a él a quien se le ocurrió el fraude al seguro. Él era quien estaba fallando en el trabajo. Su compañía estaba demasiado feliz de asignarle medio tiempo, especialmente cuando sabían que no les daría buena imagen pública despedir a un hombre cuya esposa estaba desaparecida y quien tenía un hijo pequeño. Él creía que lo estaba haciendo por mí, porque yo quería. Pero esa fue una mentira que se dijo a sí mismo. Dos millones de dólares no eran una fortuna, pero eran un atractivo paracaídas dorado para un hombre que podía perder su trabajo.

«No había un solo día en el que yo no tuviera miedo de que Sean me diera la espalda, se llevara a Nicky y arruinara mi vida. Tienes que creerme, Stephanie».

De repente, todo tuvo sentido. Por qué Emily había desaparecido y por qué yo era la única a la que ella tenía el coraje de contactar. Por qué se le había aparecido a Nicky antes de intentar contactarme.

Explicaba por qué Sean se había negado obstinadamente a considerar mi sugerencia de que Emily podía estar viva. Él sabía que ella estaba viva, por lo que intentó convencerme de que me lo estaba imaginando todo. Sabía que ella fingía estar muerta. Quería que ella desapareciera y que yo no supiera nada al respecto. Todo era parte de su malvado plan.

¿Cómo pudo hacerle eso a Nicky? A su propio hijo. Aun cuando tenía dudas sobre Sean, nunca dudé de que era un padre amoroso. Dios mío, dejé a Miles con él cuando me fui a Detroit. Ahora me asustaba pensar en eso.

Entendí por qué Emily ocultó que tenía una gemela. Qué insoportable debía haber sido eso. Perder, encontrar y volver a perder a una hermana. Y

ahora la había perdido para siempre, justo como ella se lo temía.

Creía que Emily era mi mejor amiga, pero no la conocía para nada. Ahora tenía que ayudarla. Todavía parecía perdida, tan lastimada. Por una vez tenía que hacerme cargo.

—El hombre que te ha estado siguiendo —dije—. Hablemos sobre él.

—Sí —dijo ella—. Lo confronté. Acordé encontrarme con él. Hoy, de hecho —miró su reloj—. Perfecto. Stephanie, ¿vendrías conmigo para hablar con él? ¿Estarás conmigo para apoyarme? Supongo que debí preguntarte antes...

Lo consideré por un minuto. Quizás era una buena idea ver al señor Prager de nuevo, esta vez como una amiga de Emily, esta vez para demostrar que yo era la amiga de confianza de una familia amorosa y decente que había tenido problemas. ¡Ellos no eran criminales! Yo no sería amiga de alguien que pudiera cometer un fraude criminal. Yo insistiría en que las cosas funcionarían, en que todo tendría una explicación sencilla e inocente, en que la investigación del señor Prager no revelaría algo ilegal ni siquiera turbio.

—¿A qué hora vas a encontrarte con él? —le pregunté a Emily.

Ella checó de nuevo su reloj, a pesar de que lo acababa de hacer. Obviamente, estaba nerviosa.

—En media hora.

—¿Dónde? —pregunté.

—Afuera, en el estacionamiento. Confía en mí. Vamos a pedir algo más para beber.

—¿En el estacionamiento?

—Necesitas confiar en mí. ¿Puedes confiar en mí, Stephanie?

Ni siquiera podía confiar en que yo podía hablar. Asentí.

Mientras pasaba media hora antes de nuestra cita con el señor Prager, nos sentamos en el bar a planear una estrategia. ¿Qué deberíamos hacer con Sean? Emily tenía algunas ideas. Algunas sonaban... podría decirse que vengativas. Pero otras parecían razonables. Que el castigo sea del mismo tamaño del crimen. Teníamos que ser cuidadosas. ¿Pero debíamos descartar el elemento del *shock* al lidiar con un mentiroso y abusivo como Sean?

Yo era quien debería estar en *shock*. El hombre con el que vivía y del que me enamoré —o casi me enamoro— era un monstruo.

Ahora todas las cosas complicadas y confusas que Sean había hecho tenían explicaciones claras y sencillas. Él quería que yo estuviera de su lado, para que pudiera reclutarme como una testigo en caso de que Emily resurgiera y quisiera contar la verdad. Nunca se puede conocer a alguien. La gente tiene secretos. Me permití olvidar esa gran verdad.

Yo confiaba en Emily. Le creía. Lamentaba mucho lo que le había sucedido. Pero sobreviviríamos. Nosotras y nuestros hijos hermosos superaríamos esto y construiríamos una hermosa vida para ellos, sin vivir en el pasado. Juntas seguiríamos adelante.

—Está bien —dijo—. ¡Es hora del *show*! Vamos a ver a nuestro amigo, el señor Prager, tengamos esa delicada conversación.

Emily pagó la cuenta en efectivo y salimos. El clima estaba húmedo y fresco pero era vigorizante, el frío nos dio energía. Emily se puso sus guantes y un sombrero de lana que cubría la mitad de su rostro. Mientras cruzamos el estacionamiento, sentí que éramos dos personajes poderosos de caricaturas, superheroínas, superamigas encaminadas a hacer justicia, a hablar con la verdad, a explicarle a un hombre que investigaba a mi amiga por un crimen que no cometió.

Reconocí el auto al otro lado del estacionamiento, el auto que se había estacionado cerca de nuestra casa. Me sentí extraña y cohibida mientras nos acercábamos, casi como si estuviera actuando. ¿Pero para quiénes?

El señor Prager estaba en el asiento del copiloto.

—Mira —dije—. Está dormido.

—No está dormido —dijo Emily.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Está muerto. Nuestro amigo no despertará.

—¿Cómo lo sabes? —dije. Una náusea ligera subió dentro de mí.

—Yo lo maté —respondió.

—Esto no es posible.

Nada tenía sentido. Si Emily era inocente, como ella me dijo en el bar, ¿por qué lo había matado? Todo lo que teníamos que hacer era hablar con él. Explicarle todo.

—Técnicamente, esto está sucediendo —dijo ella—. Es tan bueno como parece.

—¿Por qué? —dije.

—Porque no podía arriesgarme. No esperé que él me creyera. Porque estaba bastante segura de que él no me creería. Tuve una conversación con él, y lo supe. Porque no quiero ir a la cárcel. Porque no quiero perder a Nicky. ¿Qué pasará con él si Sean y yo vamos a la cárcel, Stephanie? ¿Creíste que Nicky sería tuyo si Sean y yo íbamos a la cárcel?

No podía mirarla. ¿Cómo supo que ese pensamiento cruzó mi mente?

—¿Esas son suficientes razones para ti, Stephanie? ¿O necesitas más?

No quería mirar, pero no podía evitar voltear a ver el auto. No había sangre, no había rastro de violencia. Aunque yo sabía que él estaba muerto, el señor Prager realmente parecía dormido.

—¿Cómo lo hiciste?

—En mi otra vida —dijo—. Me hice bastante buena para aplicar inyecciones. Siempre he sabido dónde encontrar una y dónde ponerla. Y estoy orgullosa de decir que todavía lo sé. Nuestro hombre tuvo una sobredosis. ¿Quién diría que el señor obsesionado con el seguro tendría el costoso y desagradable hábito de drogarse?

Había un tono inquietante en la voz de Emily, casi como si ella estuviera jactándose. Pensé en Miles, en Davis, en la vida que yo amaba. Estaba poniendo todo en riesgo. Implicándome en un crimen. Un crimen serio. Un asesinato.

¿Pero cuáles eran mis opciones? Podía correr de regreso al hotel y entregar a Emily a la policía. O podía subirme a mi auto y alejarme. O podía esperar a ver qué sucedía. O podía confiar en ella, sin importar lo que sucediera. Sabía que yo no estaba pensando con claridad, que difícilmente podía pensar. No estaba en forma para tomar una gran decisión de vida. Pero opté por creer en mi amiga, en dar un paso a la vez y observar qué sucedía a continuación.

Emily se colocó en cierta posición, estaba parada entre el auto y yo y bloqueaba mi vista del señor Prager. Eso era amable de su parte, pensé.

—Aquí es cuando realmente necesito tu ayuda. Un pequeño favor, ¿ok?

—Ok —suspiré.

—Vamos a dar un paseo. Vas a seguirme en tu auto. Y yo voy a manejar el auto del señor Prager hacia una salida apartada de la carretera que

encontré, justo arriba, en un camino trasero que casi no tiene tráfico. No demasiado lejos. Cuando veas que me desvío y me dirijo a una cresta ligera —lo haré muy rápido para que parezca como si el señor Prager estuviera manejando, hubiera perdido el control y se saliera del camino— necesitas detenerte y estacionarte. Estaciónate justo arriba de la huella de las llantas. En caso de que alguien maneje hasta aquí, aunque probablemente nadie lo hará, nadie sospechará que algo está mal.

La respiración de Emily se había acelerado, y se veía sonrojada, excitada. La veía desde cierta distancia, y aunque no sabía de lo que estaba hablando pensaba: «¡Qué mujer tan feliz!».

—Yo me detendré en la cima. En el otro lado hay un peñasco inclinado. Un abismo, más bien. La pendiente baja más o menos directamente. Nadie vive en varios kilómetros a la redonda. No hay probabilidad de daño colateral, nadie nos verá cuando empujemos el auto del señor Prager por el precipicio. En el mejor caso, habrá una explosión, llamas, todo estará calcinado, quemado hasta desaparecer. Suficiente evidencia forense para identificar al señor Prager. En el peor escenario, el auto se queda ahí hasta que alguien lo encuentre en el otro lado del precipicio. Lo que me recuerda... Por favor, dime que trajiste el cepillo de Sean.

Saqué el cepillo de mi bolsa y se lo di a Emily. La sensación y la vista del cabello de Sean primero me dieron escalofríos y después terror.

—Casi lo olvido —dijo Emily—. ¿Qué tipo de mente criminal soy?

Removió unos cuantos cabellos del cepillo y los esparció en el interior del auto.

—En el peor caso, alguien encuentra el auto. Se hacen los exámenes forenses. ¿Y adivina qué? Fue Sean. Motivo. Oportunidad. Cabello.

—No lo sé... tengo que regresar a casa a tiempo para recoger a los niños de la escuela —qué excusa tan ridícula. Qué aburrida y débil sonaba.

—Te garantizo —dijo Emily— que te sorprenderás del poco tiempo que toma esto. Muy poco tiempo y esfuerzo.

Era tan horrible que resultaba casi divertido. Una vez escuché que alguien hablaba sobre «el segundo tipo de diversión». Algo tan terrible que era divertido. Manejar detrás de mi amiga con un hombre muerto en el asiento del pasajero no parecía real. Parecía una película de terror, en la que yo había

sido engañada para creer que se trataba de la vida real.

Afortunadamente, el camino estaba vacío. De cualquier forma, nadie que pasara a nuestro lado notaría algo sospechoso. Emily debió doblar al señor Prager para que pareciera desde afuera como si estuviera sola en el auto. ¡Si tan solo fuera ella nada más! Si tan solo lo que acababa de suceder fuera una pesadilla.

Miré varias veces el reloj. La realidad era que necesitaba saber cuándo tenía que recoger a los niños en la escuela. Pero todo era confuso. ¿Cómo una mamá responsable que nunca ha llegado un minuto tarde a recoger a su hijo puede ser la misma persona que ayuda a su amiga a encubrir un asesinato?

De repente, Emily se salió del camino y subió rebotando la pendiente. Detuve mi auto y lo estacioné en el arcén. Mientras empezaba a subir la colina, vi que Emily se bajaba del auto del señor Prager.

Esta era la peor cosa que había hecho. Por mucho. Al mirar hacia atrás, mi amorío con Chris, tener al hijo de Chris, hacerle creer a Davis que Miles era su hijo y acostarme con el esposo de mi mejor amiga muerta no eran nada comparado con esto. Esas cosas eran juegos de niños. Y lo raro era que se sentía demasiado liberador. Como si yo hubiera sido absuelta por todas las cosas malas de antes al hacer algo mucho peor. Y hacerlo con alguien más, ¡con mi amiga! ¡Yo no estaba sola!

La pendiente se volvía más pronunciada. ¿Cómo había logrado Emily manejar el auto viejo del señor Prager hacia arriba del terraplén sin quedarse atascada? ¿Había practicado en otro lugar? Pura fuerza de voluntad, imaginé. Yo estaba jadeando ligeramente, agarrando oxígeno, el viento soplaba a través de mi cabello. Tenía una sensación excitante, de aventura. De felicidad.

Nunca me había sentido tan viva.

Emily agitaba su mano.

—Date prisa —dijo.

Ella me abrazó cuando llegué a la colina.

—Thelma y Louise —dijo.

En el pasado, con frecuencia no conocía las referencias cinematográficas de Emily, aunque fingí entenderlas. Pero esta la entendí completamente. *Thelma y Louise* era una de mis películas favoritas de todos los tiempos.

—Somos ellas —dije—. Aquí vamos. Poder femenino. Chicas malas huyendo.

Emily se metió en el auto y lo puso en neutral.

—Así —puso una mano debajo de la defensa trasera y otra sobre la cajuela. Me uní a ella e hice lo mismo.

—Una, dos, tres —contó y empujamos—. ¡Otra vez!

—Una, dos, tres —dije. Estaba sorprendida de que pudiera contar hasta tres, me sentía muy aturdida.

—Concéntrate —dijo Emily—. Apóyate en él.

Entre gritos y resoplidos, Emily y yo empujamos. Intenté no pensar en que esto se parecía mucho a parir. Porque había una emoción similar de... ligereza, una excitación familiar de alegría pura cuando finalmente lo logramos.

El auto rodó por el precipicio. Dio vueltas, rodó, volvió a dar vueltas, después se encendió. Gritamos de alegría, como niñas.

—¡Bingo! —dijo Emily—. Tuvimos suerte.

—La suerte no tuvo nada que ver con esto —dije—. Eso fue poder de mamás en acción.

Emily y yo nos abrazamos, por la euforia auténtica.

—Míranos —dijo ella. Nuestros guantes y botas estaban húmedos y embarrados de lodo. Emily se quitó los guantes y los aventó a la parte trasera de mi auto, y yo hice lo mismo.

La explosión y el fuego eran excitantes. Como cuando miras fuegos artificiales de niño. Nos quedamos paradas en la colina y observamos. Intenté no pensar en el señor Prager, quemándose.

Llevé a Emily de regreso a su auto, y nos abrazamos de despedida en el estacionamiento.

—Estaremos en contacto —dijo—. Lamento que nos hayamos separado. Nada así volverá a suceder. Lo prometo.

—¿Por qué debo confiar en ti esta vez? —Sonreí, para que ella supiera que no estaba hablando en serio.

Emily no estaba sonriendo.

—Porque estamos juntas en esto.

Post en el blog: *Podemos ganar*

¡Hola, mamás!

Usualmente, en caso de emergencia he intentado mantener el tono de este blog tan luminoso y radiante como puedo. Nosotras las mamás tenemos suficiente estrés para que yo lo haga más grande mencionando cosas en las que preferiríamos no pensar. Pero he estado pensando en un problema que necesita ser hablado, porque afecta a tantas mamás —y a mujeres en general— en todo el mundo. Se trata de una de esas cosas que deben ser sacadas de las sombras y miradas sin discreción ni vergüenza.

Es el problema de abuso doméstico. Todos los días las estadísticas empeoran. El porcentaje de mujeres abusadas por sus maridos y novios. Las probabilidades de que cualquiera de nosotras se convierta en víctima de un hombre que parecía tan bueno y de repente se convirtió en un monstruo. Cuando la persona en la cual pensamos que podíamos confiar se transforma en nuestro enemigo.

A veces llega como una conmoción. A veces, al mirar hacia atrás, vemos las señales que decidimos ignorar. Al releer mi primeros *post*, me preguntaba por qué estaba tan obsesionada con esa película francesa sobre la esposa, la amante y el esposo abusivo.

A veces nos engañamos a nosotras mismas al pensar que ese hombre que abusó de su anterior esposa o novia será un ángel con nosotras. ¡Mamás! ¡No se engañen! Si un hombre hace algo una vez, lo volverá a hacer. Y no siempre es fácil identificar a un abusivo serial. No siempre es el tipo con tatuajes y chamarra de motociclista. Es más el tipo vestido con un corte de cabello costoso y un traje de negocios elegante.

O sea, cualquier hombre.

A veces empieza desde el inicio de la relación, pero más frecuentemente toma un tiempo, hasta que estamos tan enamoradas que no podemos recordar la vida sin él. O hasta que tenemos hijos. Y pensamos varias veces que él

nunca más lo volverá a hacer. Él lo lamenta, él nos ama... todas sabemos la historia.

Algunos hombres golpean, dejan marcas, los ojos morados y las narices rotas que llevan a las mujeres a la sala de emergencias y de ahí a la amable trabajadora social y al refugio de mujeres. Pero los realmente malvados son los que esconden sus rastros, quienes practican el abuso psicológico constante hasta que la mujer está destruida.

Podría pasarle a cualquiera. A tu colega. A tu mejor amiga. Y tú no tendrías idea. A veces el secreto se revela demasiado tarde. Y a veces sucede justo a tiempo. Una mujer, una mamá, puede intentar escapar y ser forzada a hacer algo extremo antes de que alguien la pueda ayudar.

¿Qué hacer? Hagan que sus voces sean escuchadas. Háganle saber a los legisladores que las mujeres necesitan ser protegidas por la ley. Trabajar como voluntarias en un refugio. Criar a sus hijos para que nunca se conviertan en hombres capaces de maltratar a una mujer.

¿Y si le está pasando a tu amiga?

Haz todo lo que ella necesite. Ayúdala de cualquier manera que puedas.

Ok, mamás, suficiente de temas densos. He empezado una cadena para que puedan compartir sus propias historias de abuso y me hagan saber lo que piensan sobre este tema.

Con cariño,
Stephanie

Emily:

Debí haber deseado que ambos estuvieran muertos. No sé por qué mi ira se acumuló alrededor de Sean y no de Stephanie. Quizá porque, una vez más, la inocencia de Stephanie, su aturdida maleabilidad, podía ayudarme a conseguir lo que yo quería. Y Sean parecía un obstáculo en mi camino.

Para empezar, quería vengarme de Sean. ¿Por qué estaba dispuesta a conspirar en contra suya con mi supuesta amiga con la que se acostaba? Porque sabía que funcionaría.

También quería mi anillo de regreso. No porque se lo hubiera robado a la mamá de Sean, ni porque tuviera una relación sentimental con él. Sino porque era la última cosa que tocó mi hermana.

Desde que confronté al hombre de la compañía de seguros y acordé una reunión con él, supe exactamente cómo iba encajar Stephanie en mis planes. Stephanie me lo debía por acostarse con mi esposo. Y también... ella nació para ser el pez.

Supongo que me sentí un poco culpable por inventar la historia del abuso. No porque estuviera mintiendo. ¿Quién puede distinguir lo que es verdadero en un matrimonio? Sino porque estaba fingiendo tener un marido violento, que es un problema real para muchas mujeres. Me sentí mal por fingir eso para obtener lo que quería.

Pero estaba obsesionada. No podía descansar hasta lograr que Sean pagara por traicionarme y arruinar nuestros planes a futuro. Por forzarme a matar a mi hermana.

Dejé que Evelyn muriera porque su muerte nos ayudaría a Sean y a mí. Y ahora no había «Sean y yo». Nunca lo hubo. Él siempre se preocupaba solo por sí mismo, aun cuando yo tuve que dejar ir a Evelyn. Habíamos sido mi hermana y yo, y ahora éramos mi hijo y yo.

Estaba metida en eso por mí y por Nicky. Quería criar a mi hijo sola, sin la «ayuda» y el «apoyo» de un hombre que no amaba y en el que no podía

confiar.

Sería complicado que Sean me diera a Nicky. Pero yo podía lograrlo. Y Stephanie me ayudaría. Todo lo que tenía que hacer era mencionar las palabras «abuso» y «violento» para que ella botara a Sean en un instante y perdonara a su amiga tanto tiempo perdida por lo que sea que hubiera imaginado. Todo lo que yo tenía que hacer era lograr que ella creyera que resolveríamos esto juntas, cuando en realidad yo lo había resuelto mucho tiempo antes de nuestra conmovedora reunión en el bar.

Alteré algunos detalles para darle más credibilidad a mi historia. Le conté que Sean estaba bajo mucha presión por fallar en el trabajo, cuando en realidad a él le iba muy bien y casi había recuperado todo su ritmo después del tiempo en el que trabajó en casa, tras mi desaparición. Yo practiqué el control de la información, cambié detalles. Darle pequeños giros a la verdad era lo que hacía para vivir.

Y pobre señor Prager. Él fue un daño colateral. Lugar equivocado, hora equivocada, profesión equivocada. Él me hizo demasiadas preguntas, demasiadas preguntas equivocadas. Silenciarlo y lograr que Stephanie me ayudara a disponer del cuerpo fue como matar dos pájaros de un tiro. Resolví el problema con Prager y recuperé y aseguré la lealtad de Stephanie de una vez y para siempre. No hay lazo tan firme como el que establecen los cómplices de un crimen. *Thelma y Louise*. Divertidísimo. Stephanie moriría por mí, de haber llegado el momento. Afortunadamente para Stephanie, yo no esperaba que eso fuera necesario.

Lo siguiente que hice fue llamar a Dennis Nylon. Escalé la cadena alimenticia hablando con todos. Llegué muy lejos, a Adelaide, su cabrona asistente personal.

Ella dijo:

—¿Cómo obtuviste este número? Emily Nelson está muerta, y esta es una broma de mal gusto. ¡Quienquiera que seas, sabes que Emily está muerta! Lo que estás haciendo es repulsivo.

Le dije que se calmara, y revelé varios hechos sobre Dennis, varias crisis y estancias en rehabilitación de las que solo yo —Emily— podría haber estado enterada. Prácticamente podía escuchar cómo la mandíbula de Adelaide se cayó. Luego dije: «Deja de joder, Adelaide. Soy yo. Emily. No

estoy muerta. Pásame a Dennis».

—Sabía que no estabas muerta —dijo Dennis—. Mi psíquico me dijo que no podía localizarte en el otro lado, así que todavía debías estar aquí.

—Debes tener un psíquico confiable —respondí.

—El mejor que el dinero puede comprar —dijo Dennis.

—Necesito ir a verte.

—A la hora del coctel —dijo—. Estaré esperándote.

Lo encontré acostado en el sofá en una esquina de su *loft* cavernoso. Puso en la mesa el libro ilustrado sobre las miniaturas de Mughal, se levantó y me besó en ambas mejillas.

Adelaide entró con una bandeja y dos copas para martini llenas con la bebida favorita de Dennis, el coctel mango-mezcal, el filo de las copas estaba escarchado con chile en polvo. Eran mucho mejores que los que yo me había preparado en el *Suites* Hospitalidad.

—Salud —dije—. Esto es delicioso.

—Salud —dijo Dennis levantando su brazo.

—Es bueno estar de regreso —dije.

—Dennis drenó su copa en tres tragos. ¿Cómo supo Adelaide cuándo reaparecer con otro coctel y llevarse el vacío?

—Sabía que tendrías que hacer algo heroico para salir de ese matrimonio. Pero no tenía idea de que tendrías que fingir tu propia muerte. Todos por aquí estaban devastados. Excepto yo. Sabía que todo era una payasada, así como supe que el matrimonio feliz era un fraude.

—¿Cómo lo supiste? —pregunté—. Yo no lo sabía.

—No quiero sonar cínico pero la mayoría de los matrimonios lo son. Y en tu caso... todo el mundo lo sabía. Por cierto, algunos de los niños que trabajan aquí dijeron que tenías un amante, que eras adicta o algo y que te ayudaron a conseguir una identificación falsa. No sé por qué no acudiste a mí. Yo pude haberte encontrado las mejores credenciales falsas. El marido británico era lindo pero no tenía el cerebro o la resistencia para seguirte el paso, de nadar con un tiburón como tú, querida. Todos sabíamos que te aburrirías. Te habrías fugado hace años de no ser por ese hermoso hijo quien ahora se puede convertir en un niño mucho más interesante, el producto de un hogar roto...

Sentí una punzada al extrañar a Nicky.

—Necesito un favor —dije.

Dennis respondió:

—Si quieres tu antiguo trabajo, es un hecho. No hemos contratado a una persona permanente. La vida en la zona de guerra no ha sido la misma sin ti.

—¿En verdad? Eso sería increíble —contesté—, pero antes tengo que hacer unos trámites burocráticos. Unas cosas de las que debo ocuparme. No estoy segura aún, pero quizá necesite un abogado. Sé que tenemos unos cuantos buenos por comisión.

—¿Un abogado experto en divorcios?

—No lo sé —aclaré—. Doméstico.

—Conozco a uno excelente —dijo Dennis—. Cuando ese *stripper* loco me demandó, este tipo lo hizo dar marcha atrás. Considéralo a tu disposición. A la psíquica también, si la necesitas.

—Gracias. Te lo haré saber. Mientras tanto necesito algo fabuloso que ponerme.

Stephanie:

Todavía no sé cómo pasó, pero Emily me dejó claro que nunca íbamos a hablar sobre el investigador del seguro muerto. Nuestro voto de silencio —su secreto sumario, podría decirse— empezó inmediatamente después de que tiramos su auto al precipicio.

Me dijo que después de llevarla a su auto, la siguiera durante un tiempo. Continuamos por el camino trasero hasta que Emily se detuvo en un restaurante y yo di la vuelta para estacionarme.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, lejos de otros clientes. Emily pidió café y un queso asado. Eso sonaba bien. Perfecto, de hecho. Yo pedí lo mismo. No debería tener hambre después de todas las cáscaras de papa que comí en el bar, pero sí tenía.

Pensaba en cómo empezar a plantear lo que yo quería cuando Emily dijo:

—Esto nunca sucedió.

—¿Perdón?

—Lo que acaba de suceder, jamás sucedió. El señor Prager... el auto... nada de eso pasó.

Lo pensé.

—Está bien —eso ciertamente resolvería muchos problemas—. Alguien lo descubrirá. Tiene que haber consecuencias.

—Consecuencias —Emily giró los ojos como una manera de decir que esa era la palabra más ofensiva y estúpida en la lengua. Nos quedamos calladas cuando la mesera trajo nuestros platos y comimos en silencio.

Emily parecía muy confiada. Pero yo estaba segura de que alguien nos encontraría. Había ido a ayudar a una amiga y me había convertido en una criminal, una forajida. Imaginé el cartel de SE BUSCA con mi rostro en él. La grabación que Emily hizo a un lado del carrusel no era nada en comparación con lo que ahora tenía en mi contra.

Tampoco tenemos permitido hablar sobre eso.

—No sucedió —insistió Emily. Terminamos de comer, nos levantamos y nos fuimos del restaurante.

Y después de una semana y otra en la que nada pasaba, no había consecuencias, yo casi estaba a punto de creer que ella tenía razón.

Nada pasó. No hubo consecuencias. Quizá todo había sido un mal sueño. Algo que yo imaginé.

Sin embargo, cuando recogí a Miles de la escuela, cuando le leí a mi hijo y lo acosté en la cama, yo ya no era la misma persona. Era una mamá, una bloguera y una cómplice de asesinato.

Sean:

La primera señal alarmante es que había dos autos estacionados en mi entrada. Uno era de Stephanie. Eso era extraño en sí mismo, porque había pasado una semana desde que se mudó. Y aunque todavía, por decirlo así, compartíamos la custodia de los niños llevándolos de un lugar a otro y de casa en casa, y aunque ella todavía los recogía de la escuela por las tardes, yo no la veía mucho.

Nuestra relación, si la podemos llamar así, estaba maldita desde el principio. No había manera de que pudiera sobrevivir a la visita de Prager. La probabilidad —el hecho— de que Emily estuviera viva la hacían imposible. Yo estaba furioso con Stephanie por no decirme que mi esposa tenía una gemela. Y Stephanie estaba encolerizada conmigo... no quiero hacer un recuento de las cosas por las que Stephanie tiene derecho a estar enojada.

Bueno, yo no lo lamentaba tanto. No me molestaba dejar de vivir con Stephanie, que nos sobrealimentaba a mí y a Nicky con sus comidas nutritivas. Era divertido ser solo dos hombres de nuevo. Padre e hijo comiendo *pizza* de pie. Era bueno estar en casa, en donde solo teníamos que lidiar uno con el otro, nos llevábamos bien.

Me puse en contacto con Alison, para que alguien se encargara de todo cuando yo iba a la oficina y no quería que Nicky se quedara con Miles.

Así que Stephanie viniera a mi casa era un tanto inusual. Me inquietó. Bueno, quizá vino a recoger algo que se le olvidó. ¿Pero a quién le pertenecía el otro auto? ¿Con quién había venido Stephanie? ¿Otro investigador del seguro? No había sabido nada de Prager desde esa visita inicial, y eso tampoco me gustaba. Que no hubiera noticias no era necesariamente una buena señal.

El otro auto era un viejo Buick café con placas de Míchigan. Yo no conocía a nadie en Illinois, excepto a la madre de Emily, y de hecho no se podría decir que la conociera. Nunca nos habíamos visto.

Quizá era Emily.

Había tenido un mal día en el trabajo. No podía concentrarme. Eso era comprensible. Estaban pasando muchas cosas.

Carrington, el vicepresidente internacional de bienes raíces, el hombre que me trajo a la firma y en quien creí que podría confiar, quizá porque ambos éramos británicos, me había dado varias pistas para evitar los problemas. La pista más clara fue durante una comida en un bar. Cada uno ordenó tres *whisky* y un estofado de ostras. Dijo que deseaba que yo no estuviera fuera del juego o que regresara pronto... Había trabajado mucho y creía que me estaba yendo bien. Pero el día que llegué a casa y vi dos autos estacionados en mi entrada, un proyecto que debió haber sido para mí, lo asignaron a un muchacho de Utah que acababa de empezar a trabajar en la firma.

Hasta donde yo sabía, Nicky iba a pasar la noche en casa de Stephanie. Compré una botella de buen *whisky* y planeaba acurrucarme con ella frente a la pantalla para ver en *stream Inspector Morse*.

Abrí la puerta de enfrente.

—Hola —algún ángel guardián o instinto útil me salvó de gritar un nombre.

Entré a la sala. Stephanie y Emily estaban sentadas una al lado de la otra en el sofá. Me dije: «Concéntrate Sean, concéntrate».

Emily comenzó:

—Creímos que esto sería divertido. ¿No crees que es divertido?

—¿Qué está pasando? ¿Por qué están aquí?

—Pregúntale a Stephanie —dijo Emily—. Ella es quien ha estado viviendo aquí.

Miré a Stephanie. «Dile que te mudaste», pensé. Dile que ya no estamos juntos. Como si eso hubiera podido salvar la situación. Como si eso hubiera hecho cualquier diferencia. Sin duda Emily ya lo sabía.

—¿Dónde están los niños? —pregunté.

—Jugando en el cuarto de Nicky —respondió Stephanie—. Déjalos en paz.

¿Quién era Stephanie para decirme que dejara en paz a mi hijo? Miré a Emily buscando apoyo. Parecía impropio de ella sentarse y dejar que otra

mujer me dijera qué hacer con Nicky. Eso era preocupante. Y no cualquier mujer. Stephanie era el pez que encontramos para que nos ayudara en el plan enloquecido.

Emily me fulminó con la mirada. ¿Por qué le estaba preguntando a Stephanie dónde estaba Nicky? La nube negra de odio y desprecio se deslizó sobre Stephanie y se cernió sobre mi cabeza.

—Es asqueroso —dijo Stephanie.

—¿Qué?

—Que pudieras abusar de tu esposa maravillosa.

—¿Qué? Nunca «abusé» de ella —yo no podía dejar de poner comillas sobre la palabra aunque sabía que era una mala idea—. Tú lo sabes tan bien como yo.

—Yo lo vi —dijo Stephanie—. La abofeteaste frente a mí.

—Estás mintiendo —fue todo lo que pude decir. Eran dos contra uno. Él dijo, ella dijo... y ella dijo.

—¿Y qué decir de lo que le hiciste a mi hermana? —Siguió Emily—. ¿Cómo voy a perdonarte por eso?

—Ni siquiera conocí a tu hermana —reviré—. ¿Cómo diablos pudiste estar casada conmigo por seis años sin decirme que tenías una gemela?

Emily se volteó hacia Stephanie.

—¿No odias la manera en que maldicen los británicos?

Luego volteó a verme. Sus ojos que alguna vez me parecieron tan hermosos, que me habían visto alguna vez con lo que yo creí que era amor, se habían convertido en dos discos brillantes de hielo.

—Tú supiste de ella todo este tiempo. La viste muchas veces. El no saber que ella existía fue otra de tus actuaciones. Otra mentira. Me refiero a cómo la amenazaste la última vez que todos estuvimos juntos en la cabaña del lago. Y cuando ella se apareció inesperadamente en la cabaña en el fin de semana de tu cumpleaños, no podías estar más molesto. Te burlabas y la atormentabas diciéndole que no estaba hecha para vivir, que debería morir, que debería hacerme un favor y morirse, que ella no tenía nada por lo que vivir, que el mundo estaría mejor sin ella. Hasta que finalmente te creyó. Tomó meses, quizá, pero funcionó. Cuando yo regresé sin ti y la encontré. A medianoche, cuando ella y yo estábamos dormidas, ingirió todas esas

pastillas, se bebió todo el alcohol en la casa y se metió en el agua.

—Yo nunca estuve ahí cuando tu hermana estuvo —respondí—. Tú lo sabes, Em.

—No me llames Em —gruñó mi esposa—. Te dije que nunca me llamaras así. Esa era la manera en que ella me llamaba y ahora por tu culpa está muerta.

—No soy la persona que crees que soy. No reconozco al monstruo que estás inventando tú, tú...

—Loca estúpida —dijo Emily.

—Loca estúpida —dije—. Son tus palabras.

Stephanie resopló.

—Locas estúpidas —dijo Stephanie—. ¿Lo escuchaste? Esas somos nosotras. Locas estúpidas.

Emily y yo volteamos a mirarla pensando: «Cállate». Así que al menos teníamos eso. Sentí como si estuviera viéndonos a los tres desde arriba, a una gran distancia. Qué pequeño y patético me veía fantaseando con el perdón, buscando desesperadamente señales de que Emily todavía estuviera de mi lado —ambos queríamos que Stephanie se callara—, cuando la terrible verdad era que Emily estaba haciendo acusaciones que podrían meterme a la cárcel.

—Dile eso al médico forense —dijo Emily—, pregúntale si pueden saber la hora de la muerte con gran precisión. Pregúntale si puede afirmar que tú no estabas en la cabaña en la hora en la que se suicidó Evelyn.

Sabía que lo que decía no tenía sentido, que no era lógico, que yo podía probar mi inocencia. Pero no podía pensar.

—Esa es una mentira. Son mentiras.

—Tú eres el mentiroso y no quiero que nuestro hijo se convierta en un mentiroso como tú. Dijiste que estábamos juntos en esto. Y obviamente no lo estábamos.

—Sean, tu médico te advirtió que esas pastillas para dormir podían hacerte psicótico —dijo Stephanie—. Podrías haber hecho cosas y no recordar que las hiciste. Podrías haber hecho un viaje y no recordarlo. Podrías intimidar a alguien hasta la muerte y no tener idea de que lo hiciste...

Emily miró a Stephanie como la maestra que observa al estudiante soso

decir algo inesperadamente inteligente. A Stephanie se le debió ocurrir lo de las pastillas para dormir. Si tenía que hacerlo, podría comprobar que mi doctor no me las prescribió hasta después de que Emily desapareciera. ¿Realmente tendría que probar eso?

—Quiero a Nicky —dijo Emily—. ¿Así o más claro?

Sentí repugnancia al ver que Stephanie le sonreía a mi valiente esposa.

Emily explicó por qué había regresado, con tranquilidad y frescura. Ella estaba determinada a llevarse a Nicky. Stephanie la ayudaría. Ambas estaban decididas. La historia de Emily era sólida. Ella tenía un testigo. Yo la abofeteé. Acosé a su hermana hasta la muerte. Obligué a Emily a desaparecer y a fingir su muerte. Planeé defraudar a la compañía de seguros y forcé a mi aterrorizada y golpeada esposa a seguir mi plan.

Que dos mujeres conspiraran en contra mía era la clásica fantasía de terror de un hombre, pero nunca me vi como el tipo de hombre que tiene esas fantasías. Me gustan las mujeres. Nunca les había tenido miedo, hasta ahora. De cualquier forma, eso no era una fantasía. Era real. Estas mujeres harían cualquier cosa para separarme de mi hijo. Mentirían. Cometerían perjurio. Dios sabe lo que harían.

—Solo estoy diciendo la verdad —dijo Stephanie— sobre lo que te vi hacer.

Y entonces, para mi horror, entendí: ella creía lo que estaba diciendo. No tenía idea de cómo se había convencido, pero estaba convencida. Desde el primer momento había sido un error poner nuestro destino en las manos de una mujer que no tenía pensamientos, solo sentimientos.

—No podrán salirse con la suya —dije—. Conseguiré un abogado. Ya se está realizando una investigación de la aseguradora y esta vez les contaré la verdad sin importarme cuáles sean las consecuencias...

Yo estaba fingiendo, pero qué importa. Deseaba a medias que el señor Prager tocara el timbre en ese momento. Él nos vería a los tres juntos, percibiría el ambiente y lo entendería. Descifraría la verdad. Pondría orden de una vez por todas. Él era demasiado listo para dejarse engañar por Stephanie y mi esposa. Sería genial tener a otro hombre presente. ¡Vernos a los tres sentados en el mismo cuarto volvería a abrir su investigación!

—Hazlo, consíguete un abogado. Yo tengo al equipo legal de Dennis

Nylon de mi lado. Ellos les dirán a las autoridades que tú amenazaste con llevarte a Nicky si yo no seguía tu plan para defraudar a la aseguradora. Y yo acepté muerta de miedo. O existe otra versión que podemos decir. Yo necesitaba un tiempo lejos de la familia y tú te aterrorizaste y llamaste a la policía. Una terriblemente mala comunicación... ¡lo lamento! Y el hecho de que sacaras la póliza solo fue una coincidencia. Sin falta, ni culpa. Sin pago. Estaré feliz de decir la segunda versión solo si te vas y dejas a Nicky conmigo.

No podría. No podría dejar a mi hijo y permitir que mi esposa, mi esposa loca, lo criara. Tenía que haber otra manera.

—Solo estoy intentando entender. Miren, todos podríamos respirar profundamente y tranquilizarnos...

Ambas intercambiaron largas miradas.

Stephanie dijo:

—Sabemos lo que le hiciste a Emily. Y Emily sabe cómo proceder.

—Oh, por favor —dijo Emily impacientemente—. Todo mundo sabe todo. Ese no es el punto.

Tenía miedo de dejarlas así. De dejar las cosas en ese estado. Pero necesitaba aire. Solo en ese momento me di cuenta de que no me había quitado el abrigo.

—Voy a salir por un momento —dije—. No puedo escuchar esto. Antes quiero ver a Nicky.

Pasé a lado de ellas en el camino hacia el cuarto de mi hijo. Él y Miles estaban construyendo una cochera con legos.

—Hola chicos —dije—. Eso está muy bonito.

Los niños apenas me miraron.

—Hola papá —saludó Nicky.

—Hola —dijo Miles.

Besé la dulce cabeza de mi hijo y la tristeza me inundó.

—Mamá está en casa —dijo Nicky, sin rodeos. Como si nunca se hubiera ido.

—Lo sé. ¿No es genial?

—¿Mi mamá todavía está allá afuera? —Miles sonaba preocupado. ¿Pensaba que era el turno de su madre de desaparecer?

Desearía que Stephanie quisiera desaparecer. Aunque no le desearía eso a Miles.

—Está en la sala, con la madre de Nicky.

Mi casa ya no se sentía como mi casa. Había sido invadida y destruida por mi esposa y su amiga. No podía hacer que se fueran sin recurrir al tipo de violencia del que me estaban acusando. Necesitaba salir de ahí. Fui a mi cuarto y agarré mi traje, un cambio de ropa, algunas cosas para viajar, mis pastillas para dormir y mi *laptop*.

Me despedí de mi esposa y de Stephanie. No me respondieron. No parecían escucharme. Se sirvieron copas de vino blanco y se extendieron en esquinas opuestas del sillón.

Manejé a la estación y tomé el primer tren a la ciudad. Me registré en el Carlyle. Era más caro de lo que podía pagar pero me dije que el dinero es para tiempos como este.

Llamé a la oficina para decir que estaba enfermo y pasé el día en la cama. En la noche bajé al magnífico bar del Carlyle, en donde están los murales de Ludwig Bemelmans. Siempre pensé que era uno de los sitios más elegantes y sofisticados en Nueva York.

Yo necesitaba estilo, necesitaba sofisticación y servicio. Mi vida se había hecho oscura, solitaria y ruda. No quería pensar en lo feliz que había sido cuando creía que Emily estaba muerta.

Pedí un civilizado martini (simple, con aceitunas extra) a un civilizado mesero y cuando me lo trajo completamente helado miré alrededor del civilizado lugar y después del segundo martini imaginé que las cosas entre Emily y yo —y supongo que ahora Stephanie está en esa mezcla— podrían ser arregladas de una amigable y civilizada manera.

Regresé a mi cuarto, tomé dos pastillas —el doble de la dosis recomendada— y caí dormido, sin soñar nada.

A la mañana siguiente me bañé en la tina lujosa y usé todos los costosos productos de baño. Olía a un ramo floral. Ordené café al servicio a la habitación, le di una muy buena propina al mesero y me vestí.

Al llegar al trabajo, fui directamente a la oficina de Carrington.

Me atemorizaba tener esta conversación. Iba a preguntarle si tenía un abogado que pudiera —tenía que ser muy cauteloso en esto— aceptar mi caso, y de necesitarlo, bajo la tarifa de la compañía.

¿Qué le diría al abogado? Una vez más, no podía pensar con claridad. Mi esposa había revuelto mi cerebro, por así decirlo.

Carrington se recargó en su silla y la hizo rodar lejos de su escritorio.

—Bien, bien Sean, ¿eres la única persona en el planeta que no ha visto esto?

Le dio la vuelta al monitor. Para que yo pudiera leer tenía que inclinarme o sentarme en cuclillas frente a su escritorio. Las dos opciones eran terriblemente incómodas.

En la pantalla había una página de Facebook. La foto de perfil era de la esposa de Carrington en su jardín con un ramo de ruibarbos. Era la página de Lucy Carrington.

El encabezado decía:

«MAMÁ BLOGUERA RESUELVE EL MISTERIO: CONOCE LO QUE ESTA MAMÁ TIENE QUE DECIR SOBRE LA DESAPARICIÓN DE SU AMIGA».

Carrington me pasó el mouse.

—Dale clic. Espera. Puedes sentarte en mi silla. Yo no tengo que estar aquí cuando lo leas.

—Puedes resumírmelo —dije.

—No sé cómo hacerlo —respondió.

Se fue. Seguí la liga hacia el blog de Stephanie.

Post en el blog: ¡El misterio se resolvió!

¡Hola, mamás!

Antes que nada, espero que estén sentadas. Cómodamente. En sus escritorios o mesas de cocina. Para aquellas de ustedes que necesitan ponerse al corriente puse *links* a los *post* sobre cómo empezó mi amistad con Emily y a la serie de entradas en las que hablé de su desaparición y muerte. O lo que todos pensábamos que era su muerte. Pero me estoy adelantando en mi historia. Para cuando terminen de leer esas entradas estarán al corriente.

De cualquier forma, los últimos capítulos son verdaderamente sorprendentes.

Mamás, ¿están listas para las grandes noticias?, ¿para noticias impactantes?

¡¡¡Emily está viva!!!

Me saltaré un par de pasos. Omitiré mi vaga sospecha de que Emily realmente no estaba muerta. Llamémosle intuición de madre. El sexto sentido maternal que una vez más resultó estar en lo correcto.

Cuando escribí esa entrada sobre la vida después de la muerte, la publicación que tantas de ustedes compartieron, de hecho estaba intentando comunicarme con Emily, en caso de que ella estuviera en algún sitio, viva, y de alguna manera pudiera leerme. Quería que supiera que yo no había dejado de pensar ni de rezar por ella.

Emily es en quien estaba pensando cuando escribí sobre la amiga que está pidiendo nuestra ayuda y cómo saber si es real (*Link*).

Déjenme decirlo tan claro como puedo: su esposo es abusador.

Ella le tenía tanto miedo que fingió su propia desaparición y muerte. Fue peor que eso. A él se le ocurrió un plan fraudulento para cobrar una fortuna a una compañía aseguradora después de su supuesta muerte. Es el tipo de cosas que ves en la televisión, pero supongo que también sucede en la vida real.

De hecho, fue su gemela quien murió, la hermana de Emily fue orillada

(para ser justos, solo en parte) a tomar una medida desesperada por su cruel, poco compasivo y abusador cuñado.

Sean Townsend.

Si parece sorprendente que el hombre bueno y padre responsable que yo alababa en mi blog resultara ser una persona terrible, todo lo que puedo decir: estas cosas pasan. Estafadores e incluso asesinos seriales asedian a mujeres amorosas. No significa que el esposo de mi amiga sea un asesino. No literalmente, quiero decir.

Sean es una muy mala persona. No sé cuáles sean las leyes del seguro. Pero según Emily, el señor Isaac Prager inició una investigación. La rastreó a Emily y se puso en contacto con ella. Hicieron un trato, acordaron que ella no sería implicada en el caso, si le contaba la verdad. Y por supuesto, remitió al señor Prager de nuevo con Sean. Lo último que supo Emily del señor Prager es que él y Sean habían concertado una cita a cincuenta kilómetros de nuestro pueblo.

Emily y yo somos amigas de nuevo. Ella fue muy valiente para pedir ayuda y yo fui suficientemente buena para apoyarla. Una vez más, somos mamás unidas en la misma lucha. Así que brindo por las mamás y por la buena amistad.

Con cariño,
Stephanie

Sean:

Carrington esperó afuera de la oficina, como el doctor espera que te desnudes antes de entrar al cuarto de diagnóstico.

—Mala cosa —dijo mientras volvía a entrar—. ¡Mujeres! Te compadezco, querido amigo.

Sin importarme si él creía que yo era inocente o no, me sentí agradecido de que fuera amable. Civilizado. En ese momento pensé que había tomado demasiadas pastillas anoche. Quizás en unas cuantas horas me daría cuenta de que nada de esto había sucedido. Aunque no había tomado tantas. Esto era real.

—Todas son mentiras, lo juro. ¿Esto no es acoso cibernético? ¿Chantaje? ¿Cuáles son las leyes por difamación en este país? Nada de esto es verdad.

Di mi versión de los hechos. Cambié insignificadamente la verdad. Fingí ignorar que mi esposa estaba planeando un fraude al seguro. Hacía que la historia fuera menos vergonzosa. Menos complicada. Dije que no vi la conexión entre la póliza a la que me inscribí y la subsecuente desaparición. Hasta que los detectives la señalaron. Todo fue su idea. Ella siempre había sido adicta a la adrenalina. Siempre necesitó jugar a la chica mala.

—Esa cualidad no será tan buena cuando Emily envejezca —dije.

Carrington jaló sus mangas, un lenguaje de señas para comunicarme que era demasiada información. Somos británicos. Y dijo:

—Le preguntaré a uno de nuestros hombres en el departamento jurídico. Aparentemente Internet no es como la imprenta. Hay muchas más zonas oscuras. Mientras tanto, ¿qué necesitas?, ¿qué puedo hacer?

Era uno de esos momentos de caminos poco andados en los que uno tiene que escoger una ruta o la otra. Y lo único que esperas es sentirte guiado. Ser dirigido. Yo lo sentía. Estaba siendo guiado. Quizá las pastillas fueran buenas. Me evitaban pensar demasiado las cosas.

El primer pensamiento es el mejor, dicen. Aunque no el mejor

pensamiento absoluto, quizá. Debí haber mencionado a Prager.

—Necesito distancia y tiempo —dije.

Emily se había ausentado un tiempo. Ahora era mi turno. Salir. Ir a otro lado. Pensar. Esperar que el polvo se asentara. Todas las señales y augurios señalaban en esa dirección.

—Esto ha sido compartido en Facebook, ha tenido cientos de *likes*. Se hizo viral, como dicen. Medianamente viral. Tratable, quizá —su risa era árida y melancólica—. La supuesta verdad no es el punto.

—Dios santo —dije.

—Dios santo, en verdad —repitió Carrington.

—¿Qué significa todo esto para mí?

—Significa que mientras estamos hablando hay alguien que está pensando si puede procesarte. Y si ellos deciden hacer eso, las cosas podrían suceder realmente rápido.

—Maldita sea.

—Maldita sea, en verdad —Carrington tenía el hábito de esperar a que alguien más maldijera para hacerlo.

—Eres afortunado, me caes bien. Y porque te creo, excepto la parte en la que no sabías el plan del seguro, que no me molesta, a mí, aunque hubiera generado una desafortunada publicidad para la compañía si hubieras sido apresado. Mientras tanto, tengo una idea. Necesitamos a alguien que se encargue de la venta de un terreno en la costa irlandesa donde un cliente planea construir un retiro. No es un gran cliente, no es un gran retiro, quizá un poco de evasión de impuestos, pero todo es perfectamente legal. Quizá podrías organizarlo. Una reubicación temporal. Dicen que el golfo en esa parte del mundo es espectacular.

»Y como dijiste, distancia y tiempo. Tan pronto como los asuntos estén ordenados, podremos arreglar tu regreso».

Había varias cosas que Carrington no necesitaba decir. Yo era un ciudadano británico. Nadie iba a extraditarme por sospecha de abuso doméstico, participación en un suicidio ni intento de fraude. La compañía de seguros estaría encantada de no tener que pagar. Prager podría pasar a otro caso.

Carrington era un buen hombre, un hombre amable. Reconocí su oferta.

La cuerda que se le avienta al que se está ahogando. El rescate del edificio en llamas.

—El puesto es para iniciar inmediatamente —dijo Carrington. Él no podía verme, lo que estaba bien.

—Excelente —dije—. Gracias, de verdad. Gracias.

—Con una vez es suficiente —respondió Carrington.

Sabía que era temporal. Yo necesitaba distancia y tiempo. Me iría y regresaría para quedarme con Nicky. Su madre y yo todavía podíamos arreglar las cosas de una manera más o menos civilizada.

¿Civilizada? Qué significaba esa palabra cuando hablaba de Emily, mi esposa, la mujer que amé y que pensé conocer. Lo que ahora sabía es que muy probablemente mi esposa no había terminado de vengarse de mí. Ella todavía tenía reservado un plan malvado para castigarme por lo que ella creía que yo había hecho. No podía dejar de pensar que Emily aún no había terminado conmigo, no descansaría hasta verme sufrir más.

No había nada que hacer más que esperar. Aguantar la respiración y esperar.

Emily:

Sean, mediante un correo, me aviso que se iría. Se le asignó un proyecto en la costa de Irlanda. No sabía cuánto tiempo estaría allá. Era una gran oportunidad. Me pidió que le diera a Nicky muchos besos y abrazos. Dijo que estaría en contacto para estar al tanto de Nicky tan pronto como supiera cuánto estaría afuera y cuándo regresaría. Eso era muy sorprendente. Pensé que él pelearía más fuerte.

Pero no me quejaba. Era lo que yo quería. No podía imaginar una mejor solución para todo.

Hubo una noche mala. Quizás el miedo estaba en mi cabeza. Pero en ese momento nadie hubiera podido decírmelo.

Era la primera noche después de que Sean se mudó. Fui a la casa. Pasé el día restaurando mi casa a su inmaculada condición pre-Stephanie, tiré los tés asquerosos con los que había llenado la despensa, abastecí mi refrigerador de vinos, tiré sus repulsivos cojines bordados que decían «Bendice nuestro hogar feliz», que había tenido el descaro de traer de su casa y ponerlos en mi sofá, además de mandar mis invaluable piezas de diseño y mis objetos personales a una bodega.

Solo éramos Nicky y yo. Los dos. Tuvimos una cena deliciosa, perfectos y crujientes macarrones con queso que hice desde cero. Nicky canturreaba alegremente. La cocina estaba caliente. Yo había vivido como un animal cazado, pero era de nuevo un ser humano. Había arriesgado todo. Había jugado fuerte. Y había ganado.

Supe que nunca sería más feliz. Juré que lograría retener esto, haría todo lo posible para superar el impulso de romper mi vida en pedacitos y aventarlos al aire. Me prometí que lograría hacer que todo funcionara, nunca más me sentiría inquieta. No dejaría que las cosas cotidianas me aburrieran, molestaran o asustaran. Dejaría de controlar la verdad y empezaría a vivirla.

Mientras pudiera.

Esa primera noche acosté a Nicky y estaba terminando la novela de Highsmith que empecé mucho tiempo atrás. *Those who walk away*. Asumo que mi subconsciente cogió lo que tenía a la mano.

Quizá leer ese libro en particular con la casa sola —excepto por Nicky— era un error. Justo acababa de leer una parte espeluznante, en la que el padre vengativo de la muerta sigue a su yerno para asesinarlo. El anciano acecha en los oscuros callejones de Venecia, como si fuera una repulsiva enana roja en esa *sexy* película de terror con Julie Christie y Donald Sutherland.

Estaba leyendo en el sofá cuando tuve la sensación de que alguien estaba afuera. Observándome desde el bosque. Quizás imaginé eso porque yo había sido la que observaba la casa. Pobre Stephanie. La atormenté. Qué desperdicio de energía. Ni ella ni Sean se lo merecían.

Quería pensar que sabía lo que una persona podría sentir si alguien estuviera afuera. Sabía que yo era más consciente que Sean y Stephanie. Pero lo sabía desde aquel lado. Ahora estaba en el otro.

Escuché un ruido. Un crujido en el bosque. Sean estaba allá afuera. Podía sentirlo. Percibía su presencia. Su ira. Su malevolencia. ¿Iba a entrar a la casa para intentar robarse a Nicky? Él se convencería de que yo lo merecía.

Escuché silbidos a lo lejos. El sonido se hizo más fuerte... Luego se detuvo. Cerca.

¿Sean estaba silbando? ¿Por qué me sonaba familiar esa melodía? Quizá no era Sean, sino un extraño, un asesino. El fantasma enojado del señor Prager.

Quise mirar hacia afuera pero tenía miedo. Apagué las luces y observé la noche opaca sin luna. Luego tuve miedo de estar en la casa con las luces apagadas, así que las encendí. De repente, odié tener tantas ventanas. ¿Por qué creímos que necesitábamos tanta luz?

Pude haber llevado a Nicky al auto y manejar hacia un lugar seguro. A casa de Stephanie, por mucho que me hubiera costado pedir su compañía. Su protección. Quizás usaría su paranoia al imaginar un marido vengativo.

Pero finalmente, despertar a Nicky e irnos parecía demasiado problemático... por ningún motivo. Decidí tomarme una de las pastillas para dormir de Sean. ¡Él nunca las necesitó cuando estaba conmigo! Pero, para ser

justos, yo todavía no había desaparecido y muerto, y él todavía no había puesto a alguien más en mi lugar y yo todavía no lo amenazaba con mis versiones alternativas de la verdad.

Me acosté junto a Nicky. Sean tendría que despertarme si quería llevarse a mi hijo.

Justo cuando me estaba durmiendo recordé que Stephanie dijo que las pastilla de Sean podían convertir a alguien en un psicótico. Quizás él se había vuelto loco. Quizás él había perdido la razón y en verdad estaba allá afuera.

O tal vez la loca era yo. Había tomado una de esas psicopastillas. Estaba muy despierta. Mi corazón chocaba contra mis costillas. Me tomé otra pastilla y caí dormida hasta que Nicky me despertó a la mañana siguiente.

La luz del día entraba por la ventana. Estaba en la cama de Nicky. Me había quedado dormida con la ropa puesta. Los rayos del sol se estrellaban contra el suelo.

—Buenos días, mamá —dijo Nicky.

Besé su frente suave y húmeda y nos abrazamos debajo de las cobijas. Era una bendición.

Quiero que Nicky tenga un padre. Permaneceré en contacto con Sean. Mientras tanto, pediré el divorcio. Con custodia completa. Por si acaso. Estas leyes internacionales y trasatlánticas tardan años en llegar a un acuerdo.

No sé lo que Stephanie esperaba de mí. Quizá que nos convirtiéramos en amigas de verdad. Que juntáramos a nuestros hijos y recursos y viviéramos juntas en un tipo de cooperativa experimental, como un kibutz en el que podríamos dividirnos el cuidado de los niños y la lavandería.

Eso nunca iba a suceder. Hasta vivir con Sean hubiera sido mejor que eso.

Regresé con Dennis Nylon y negocié un aumento considerable que usé para contratar a una niñera de tiempo completo. Persuadí a Dennis de apoyar a una fundación que rescata y alberga niños de la calle, y le pusimos el nombre de mi hermana. También conseguí un horario más flexible, trabajar medio tiempo desde casa, para pasar más tiempo con Nicky. Supongo que a veces te tienes que marchar para lograr que la gente te aprecie, aunque esta estrategia puede ser contraproducente, como lo descubrí con Sean.

Nunca imaginé que pudiera estar satisfecha con una vida como la de ahora. Casa, maternidad, trabajo —menos ese aburrimiento espeluznante, esa imparable necesidad de causar problemas, de hacer que algo dramático y horrible nos suceda a mí y a todos los que me rodean—. Estoy evitando muy bien esa sensación de no estar completamente viva a menos que tenga el control, que esté en fuga o en peligro. Quizá todo el sufrimiento por el que he pasado —perder a mi hermana, estar separada de Nicky— me ha enseñado una lección y me ha dado un poco de sabiduría. Quizá no. Eso está por verse: cuánto tiempo puede durar esta tregua con mis demonios. Por ahora parece que se mantiene. Quién sabe cuánto tiempo puedo seguir así o qué traerá el futuro.

Nicky y Miles son amigos todavía, pero ya no se ven tan seguido para jugar. Nuestra nueva niñera, Sarah, deja a Nicky y lo recoge de la casa de Stephanie.

Ocasionalmente estoy en contacto con Sean. Planeo establecer una fecha en el (no tan cercano) futuro, cuando él pueda volar aquí para ver a Nicky, pero eso tendrá que esperar hasta que yo sienta que él lamenta suficiente lo que hizo, forzarme a desaparecer, fingir que estaba muerta y contribuir con la muerte de mi hermana gemela.

Todavía no he decidido cómo ni cuánto planeo hacer sufrir a Sean. Por lo menos quiero que sufra tanto como yo.

Me gusta estar de regreso en Dennis Nylon. Todo mundo aquí parece contento de tenerme de vuelta después de mis aventuras. Me gusta estar en casa, cenar con Nicky o al menos acostarlo. Me gusta mi privacidad, mi soledad.

No podría estar más complacida con la manera en que resultaron las cosas.

Post en el blog: *Todo está bien*

¡Hola, mamás!

Lo bueno es lo que bien acaba. Aunque por supuesto la maternidad nunca termina mientras nosotras y nuestros hijos estemos en la Tierra, perdura mucho más que eso, como he blogueado en el pasado.

Emily y yo somos vecinas de nuevo, criamos a nuestros hijos para que sean las personitas más felices y saludables. Sean está fuera del país, y no está claro cuándo regresará, o si lo hará. Aunque desconozco los detalles, asumo que él podría enfrentar un problema legal cuando regrese, si lo hace. Y conociendo a Emily, estoy segura de que ella planea hacerlo pagar muchísimo por lo que hizo.

No veo a Emily tanto como me gustaría. Ella trabaja mucho y es una gran madre, está recuperando el tiempo perdido. Pero la amistad oscila, y yo sé que vendrá el momento en el que de nuevo compartiremos su sofá grande y cómodo, si aún lo conserva. Miles me cuenta que Nicky tiene cosas nuevas en su casa, diferentes a las que había cuando vivimos ahí. No lo presiono para que me dé detalles. Hay algunas cosas, bastantes, en las que no quiero pensar.

A Miles le va espléndidamente en la escuela, Nicky está atrasado solo ligeramente.

Todos hemos pasado por muchas cosas. Pero mi corazón salta por el pequeño Nicky. Él pagó el precio más alto. Perder a su madre, recuperarla y luego perder a su padre. ¿Cómo aprenderá a confiar?

El único consuelo es lo fuertes que son los niños. Lo valientes, duros y resilientes que son. Nicky sobrevivirá a esto, crecerá por ello, y se convertirá en un adulto todavía más amable, compasivo y sabio. Una persona más interesante.

Llegará el momento en el que cada uno de nosotros será capaz de seguir adelante y poner esto detrás. Cuando aprendamos a vivir con nuestros secretos, cuando sepamos valorarlos. Porque ellos son parte de nosotros

también.

Yo no podría haber superado esta época llena de retos sin el amor y el apoyo de la comunidad de mamás.

Dios las bendiga, mamás de todo el mundo. Manténganse fuertes. Permanezcan bellas. Y si tienen una historia así, las invito a publicarla.

Pronto les contaré más.

Con cariño,
Stephanie

Emily:

Más o menos un mes después de que me mudé de nuevo a casa, una patrulla se estacionó enfrente de nuestra puerta.

Me dije: «Esto no significa nada».

Dos policías sin uniforme se bajaron del auto y tocaron el timbre.

La mujer extendió su mano primero.

—Soy la detective Meany —dijo—. Y este es mi compañero, el detective Fortas.

—Yo soy Emily Nelson —me presenté.

—Sí, lo sabemos —respondió la oficial Meany.

—¿Quieren entrar? —pregunté. No tenía nada que esconder.

Entraron y se sentaron en el sofá nuevo que compré para reemplazar el sofá en el que se había sentado Stephanie.

—No creo que nos hayamos conocido oficialmente —dijo el detective Fortas—. Pero trabajamos en su caso. Conocimos a su esposo...

—Mi esposo, que está a punto de ser mi exesposo, está en Inglaterra por el momento.

—Ya veo —dijo la detective Meany—. Eso no debió suceder. Alguien probablemente necesite interrogarlo en algún momento...

Estaba curiosa por saber en qué momento sería. Pero mantuve bajo control mi curiosidad. Asumí que lo descubriría, tarde o temprano.

—Miren —dije—, quiero decirles que lamento haberlos molestado. No fue completamente mi culpa. Mi esposo y Stephanie se pusieron frenéticos, apretaron el botón de pánico cuando salí del radar. Pero todo lo que necesitaba era un poco de tiempo para llorar la muerte de mi hermana. Realmente necesitaba desconectarme, desaparecer. Fue una tremenda incomunicación que por desgracia coincidió con una póliza que olvidé que mi esposo había sacado —sonreí.

—Lo recuerdo —dijo el detective Fortas—. Entrevistamos a una joven

llamada Stephanie, su amiga, la madre de uno de los amigos de su hijo...

—Buena memoria —dije—. Debió ser Stephanie. No es la menos neurótica de mis amigas, si saben a lo que me refiero.

La detective Meany sonrió. Ella conoció a Stephanie. Sabía a lo que me refería. Los dos policías rieron disimuladamente, como si no estuvieran seguros de qué se estaban riendo o incluso de si deberían reírse.

—No quiero ser descortés, pero ¿puedo preguntarles por qué están aquí?

—Solo es una conversación —dijo el detective Fortas—. Una conversación preliminar. En los últimos días, alguien encontró un auto destrozado y quemado no muy lejos de la frontera interestatal. No tan lejos de aquí. Y en el auto estaban los restos de un hombre que creemos que era el señor Prager. Esta casa estaba en la lista de llamadas que él hizo unas semanas antes de su desaparición. Y naturalmente relacionamos esto con su aparente desaparición, la cual, como dijimos, nosotros investigamos.

—¡Qué sorpresa! —dije—. ¡Qué coincidencia! —Estaba coqueteando con los dos. Necesitaba que me creyeran.

La detective Meany dijo:

—No había muchas evidencias en el auto destrozado. Lo más probable es que haya sido un accidente. Pero hay ciertas sospechas y... aspectos intrigantes aquí. Encontraron una pieza de joyería en la escena que parece improbable que perteneciera al señor Prager.

Ella me entregó una fotografía. Supe exactamente lo que iba a ver.

Por supuesto, me había dado cuenta de que había perdido el anillo de la madre de Sean. Pero como ya no tenía el hábito de usarlo, habían pasado varios días antes de que notara que lo había perdido. Lo extraño es que no me importaba. Solo había pertenecido a mi hermana por... no quería pensar por cuánto tiempo. Antes fue mío durante un tiempo. Y antes de eso había pertenecido a la madre de Sean. Ahora, cuando pienso en el anillo, escucho la exasperante voz de la mamá de Sean, llorando y quejándose sobre su vida mientras lavaba los trastes en esa cocina apestosa y horrible.

Me dije que no debería preocuparme por el sitio en el que perdí el anillo. Había muchos otros lugares en los que pude haberlo olvidado además del lugar en el que empujé el auto de un muerto al barranco. Parecía improbable que el anillo estuviera ahí, especialmente porque había trabajado tanto para

convencerme —a mí y a Stephanie— de que nada de eso había sucedido. Sin crimen, sin consecuencias.

Debí quitarme los guantes después de que empujamos su auto. Pero no recuerdo haber hecho eso. Muchas cosas de ese día están borrosas, es difícil recordarlas con certeza. Me he esforzado en no pensar en eso, y hasta ahora lo había logrado.

—Lo curioso —dijo la detective Meany— es que mi compañero tiene una memoria fenomenal para los detalles. Así que cuando esta imagen se desplegó en la pantalla, este anillo... mi compañero recordó uno similar en el reporte de la autopsia. Cuando encontraron el cuerpo que creyeron que era suyo.

Ambas miramos al detective Fortas, como si viéramos al tipo de ser humano maravilloso que tiene poderes mentales como ese. Pero todo lo que vimos fue un tipo aburrido con granitos en la frente y un ralo bigote rubio.

—El anillo que encontraron en Míchigan y entendemos que le dieron a su esposo durante el caso...

—Sé a qué anillo se refieren —me escuché a mí misma hablando a través de los dientes apretados. Los policías eran lo suficientemente inteligentes para recordar una foto de un anillo que vieron meses atrás pero no lo suficientemente listos para darse cuenta antes de que el «cadáver» que mencionaban era mi hermana que se había suicidado. Mi amada gemela. Solo ahora, demasiado tarde, lo entendieron. El detective Fortas se sonrojó con un rosa desagradable.

—Lamentamos su pérdida —dijo la detective Meany.

—Está bien —dije. Pero no era cierto. Y ellos lo sabían.

—Lo extraño —dijo el detective Fortas— es que recuerdo la primera vez que entrevistamos a su marido. Y a su amiga. Y la estaban describiendo. Ambos mencionaron este anillo —señaló la hoja de papel—. Estamos bastante seguros de que se trata de este anillo.

Era crucial no dudar, no retroceder, ni vacilar.

—Mi esposo me lo dio cuando nos comprometimos. Después mi hermana lo robó para comprar drogas. Así es como terminó en el lago.

¿Ellos lamentaban mi pérdida? Yo lo lamentaba mucho más que ellos.

—Permítanme preguntarles algo —dije—. Cuando hablaron con mi

esposo, en medio de ese... malentendido sobre mi desaparición... ustedes dijeron que hablaron con él y con una amiga... Stephanie.

—Eso es correcto, Stephanie —dijo el prodigio de la memoria, Fortas.

—Bueno, ¿sabían que ella se mudó posteriormente con mi esposo? ¿Sabían que ellos planeaban casarse? ¿Sabían que él le dio el anillo de su madre, mi anillo, y que ambos se sintieron muy bien por ello? Ellos pensaron que era algo que yo hubiera querido. ¿Pueden creer eso?

—Dios mío —dijo la detective Meany horrorizada por la traición de mi esposo y mi mejor amiga—. Asumo que usted tendrá la actual información de contacto de... Stephanie.

—Su número y su dirección —dije— se las puedo decir sin tener que ir a buscarlas. Y si necesitan más información sobre su relación con mi esposo, puedo pasarles una liga a su blog. Mi impresión es que él ya la abandonó, pero eso ya no me interesa nada, como ustedes pueden imaginar.

La policía lo podía imaginar. Tomaron nota de todo. Tenían a Stephanie en la mira.

Recordé algo más que me dijeron los campeones de póquer sobre el pez. Tú sabes que el pez va a perder pero no sabes cuándo. Nunca sabes cuál mano es la que va a agarrar al pez y a dejarlo en el suelo dando coletazos resollando.

Si la policía hubiera sido menos incompetente, menos torpe, me hubieran arrestado ahí mismo bajo sospecha. O al menos me hubieran pedido ir con ellos para responder más preguntas. En vez de eso se fueron —imaginé que siguiendo el rastro de Stephanie— y amablemente me pidieron que no me fuera muy lejos. Prometí que no lo haría.

Después de que la policía se fue, esperé un poco. Di varias respiraciones profundas para aclarar mi mente. Después fui al cuarto de Nicky, saqué algunas cosas y empecé a empacar. Era tiempo de marcharse. Era el momento para que Nicky yo nos dirigiéramos hacia el atardecer, el amanecer o a donde fuera. Para que saliéramos del cuadro durante un tiempo. Tomaríamos un descanso, a ver qué pasaba.

Agarré el pasaporte de Nicky y los míos —el falso y el verdadero— por si los necesitábamos. Quizá visitaríamos a Sean por unos días. Quizá jugaría con él. Lo atormentaría. Quizá yo podría ser el gato de nuevo, incluso con

otro ratón.

Estaba esperando esto. Planeando esto. Preparándome para algo como esto, durante mucho tiempo. Durante toda mi vida, podría decirse.

Nunca había estado menos asustada. Me sentí joven, excitada y valiente.

Me sentí feliz de estar viva.



Darcey Bell creció en una granja en el oeste de Iowa y actualmente es profesora de preescolar en Chicago. Le encantan los niños, los libros, las series de detectives y el té de jengibre. *Un pequeño favor* es su primera novela.